



# NUESTROS MEJORES MOMENTOS

AUDREY FERRER

*Nuestros mejores momentos*

Audrey Ferrer

© Audrey Ferrer

1ª edición, octubre de 2017

ASIN:

Imagen de cubierta: Jared Sluyter

Diseño de cubierta: Audrey Ferrer

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi hermana, mi gran amor, mi pequeña, mi perfecta  
compañera de vida;  
por ser el motor de este proyecto.*

*A mi Sr. Paciente, mi inspiración, mi triángulo equilátero;  
por todos nuestros mejores momentos.*

## Sinopsis

Elea es psicóloga y su vida está patas arriba.

Marco solo es alguien de su pasado. Alguien enterrado, olvidado, carente de importancia... al menos eso es lo que ella quiere creer.

Pero ¿y si ese seductor de ojos verdes vuelve con su sonrisa ladeada para demostrarle que no está dispuesto a rendirse?

¿Y si se reencontraran en el MOMENTO menos idóneo?

Paula es la mejor amiga de Elea, además de la más picante y divertida. Podría ayudar a la psicóloga en su desorden, si no estuviese demasiado ocupada con sus líos con dos hombretones.

*Un libro, pero dos historias de amor, dos conquistadores irrefrenables, muchas risas y... emoción.*

# ÍNDICE

## PARTE I: INTIMIDAD

CAPÍTULO 1: EMBRIAGADA DE SENTIMIENTOS

CAPÍTULO 2: LO QUE PUDO SER

CAPÍTULO 3: ME DIJISTE TU NOMBRE

CAPÍTULO 4: LA PETICIÓN

CAPÍTULO 5: EL TURISTA

CAPÍTULO 6: LAS VENTAJAS DE SER PSICÓLOGA

CAPÍTULO 7: UN UNIVERSO ALTERNATIVO

## PARTE II: PASIÓN

CAPÍTULO 8: MIS SACRIFICIOS

CAPÍTULO 9: RESCATANDO RECUERDOS

CAPÍTULO 10: FREUD, ELEA Y YO

CAPÍTULO 11: SORPRESA

CAPÍTULO 12: EL TRIÁNGULO

CAPÍTULO 13: CULPABLE

CAPÍTULO 14: LAS 1.001 ELEAS

CAPÍTULO 15: A LA LUNA DE VALENCIA

[CAPÍTULO 16: ELE-cción](#)

[CAPÍTULO 17: TURISTA EN TU PIEL](#)

[CAPÍTULO 18: MI LUGAR FAVORITO](#)

[CAPÍTULO 19: ENCERRADO EN TI](#)

[CAPÍTULO 20: ESCONDIDOS](#)

[CAPÍTULO 21: INOLVIDABLE](#)

[CAPÍTULO 22: NOS HIZO FALTA TIEMPO](#)

[CAPÍTULO 23: LA ÚLTIMA SESIÓN](#)

[CAPÍTULO 24: NUESTRO TRIÁNGULO](#)

[PARTE III: COMPROMISO](#)

[EL EPÍLOGO DE ELEA](#)

[EL EPÍLOGO DE MARCO](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

# PARTE I: INTIMIDAD

# CAPÍTULO 1: EMBRIAGADA DE SENTIMIENTOS

Septiembre 2005

Lo conocí un día de finales de septiembre.

Como cada tarde, salí a pasear a Darwin, un enérgico y tozudo perro labrador que por aquel entonces tenía complejo de entrenador personal. Cada día elegíamos una zona para nuestro paseo-lucha interespecie-entrenamiento, o como queráis designarlo. Darwin corría a un ritmo frenético y, jadeando, tiraba y tiraba de la correa. Yo, extenuada, la presionaba y presionaba, temiendo que al final mis brazos cedieran y me abandonaran a mi suerte, yéndose con él. Así era la primera media hora. Después se relajaba, contento con la paliza que me había dado en su circuito de ejercicios para piernas, brazos, abdomen y glúteos; y entonces me mimaba con cariñitos, caminaba cerca de mí, olisqueaba lo que le parecía y me ofrendaba sus necesidades. A continuación, si el lugar era apropiado, lo desataba para que ambos pudiésemos liberarnos de la correa y cada una de mis articulaciones se desentumeciera poco a poco. ¿Quién decía que los entrenadores personales y los osteópatas fueran caros?

Por aquel entonces, yo vivía con mis padres en un pequeño pueblo situado a pocos kilómetros de Valencia. Era una municipio diminuto, pero con un encanto inigualable gracias a su localización, rodeado por el paraje natural de la Albufera, con su lago, su dehesa, su fauna, su sensación de libertad... y a escasos kilómetros del mar.

Ese día podía haber sido como cualquier otro si no hubiera elegido ir a aquel lugar. Pero, como otras tantas veces, Darwin y yo preferimos esa ruta. Y para sernos fieles, primero realizamos nuestra rutina de *entrenamiento* por la parte del pinar y, una hora después, agotados y relajados, paseábamos tranquilamente por el embarcadero del lago, entre los juncos, las cañas y los arrozales, yo pensando en mis cosas y mi guardián olisqueando las suyas. Darwin me instó a entretenerlo, y con su morrito me acercó una de tantas ramas, con un claro mensaje. Utilicé el truco de tirarle varios palos en distintas direcciones, tan lejos como pude, resarciéndome de su falta de empatía para conmigo anteriormente, y me sacó algunas risas verlo salir disparado sin saber muy bien qué camino tomar primero ante la repentina lluvia de estímulos que él quería atrapar.

Allí, con las manos hundidas en los bolsillos de mis *shorts*, divertida con la situación, escuché unos crujidos a mis espaldas que me hicieron sobresaltarme y dar la vuelta repentinamente.

Y así fue cómo me encontré con unos ojos curiosos que me observaban a pocos metros.

Unos ojos verdes que pertenecían a un chico.

Un chico rubio.

Y menudo rubio...

Guardo la imagen en mi memoria como si fuera una de esas escenas de película en la que todo sucede a cámara lenta, y el silencio se rompe únicamente por un latido de corazón de fondo. El problema es que aquella vez el latido era el mío. Él permaneció inmóvil frente a mí unos segundos, que me bastaron para examinarlo. Tenía un cuerpo imponente. Era alto. Sus brazos se adivinaban fuertes, levemente presionados debajo de la camisa, cruzados como por casualidad a la altura de su pecho, como quien espera algo. Los últimos botones de su camisa, generosos, regalaban la imagen de un nacimiento de torso atlético que me hizo tragar saliva. Seguí ascendiendo en mi rápido escáner hacia su destacada mandíbula, y sus labios, que sonreían de lado. ¿Por qué sonreía? El viento deshizo sutilmente su pelo, precipitándolo hacia su rostro, ocultando un poco sus ojos verdes, que me observaban divertidos con el ceño algo fruncido. Si la especie humana había sido seleccionada por algo, los genes de este chico habían encabezado la lista de razones. ¡Dios mío, cómo estaba! ¿Pero qué hacía allí parado, con ese gesto curioso? ¿Qué esperaba? ¿Qué observaba?

—Ha llegado esto hasta mis pies, ¿tenía que traértelo o solo iba dirigido a tu perro? —Señaló con un casi imperceptible gesto de su cabeza un pequeño valle tras los matorrales, en el que dos chicos, que deduje eran sus amigos, hacían fotos y enmascaraban su vigilancia en nuestra dirección. Y sí, recordaba haber lanzado hacia ese valle uno de los palos... quizás exactamente el que él acababa de sacar del escondite entre sus brazos.

Me felicité mentalmente por haber estado a punto de privar de un ojo a ese ejemplo de excepción a la imperfección humana. ¿Cómo se trata a esos especímenes? Me dije a mí misma que tenía que controlarme y actuar con normalidad, como si no me atontara su atractivo, y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, traté de disculparme sin parecer noqueada.

—Era para mi perro, siento si os ha asustado. La verdad es que no me he dado cuenta de que había gente ahí abajo y los he lanzado casi sin mirar. —

Era un diminuto palo, y con mi fuerza tampoco podía haber sido lanzado cual jabalina, así que con esa disculpa debía valer. Y entonces él podría alejarse y yo recuperar el pleno funcionamiento de mis pulmones.

—No nos ha asustado, pero casi has hecho diana. —Me regaló una pícaro sonrisa de la cual deduje que el dichoso palito allí no era tan relevante... al menos el que él sostenía entre sus manos. Además, aún me observaba con suma curiosidad, como si nunca hubiese visto a una chica paseando a un perro en su puñetera existencia.

Seguí procurando controlar mi estupor momentáneo, devolviéndole su fija y fisgona mirada y respondiéndole. Pero lo último que quería hacer mi lengua era articular palabras. Mi mente y mi cuerpo habían desconectado de nuevo. Mi cabeza ordenaba que se controlara, pero parecía que mi cuerpo estuviera demasiado entusiasmado recolectando feromonas. Quiero pensar que aquello me pasó porque entonces yo era muy joven, tan solo tenía veinte años. Quiero pensar que el deseo que me bloqueó en ese momento fue producto de mis revolucionadas hormonas veinteañeras. Quiero pensar que no hubo nada diferente. Quiero, quiero, quiero...

—Bueno, ya me he disculpado, puedes estar tranquilo, estaré más atenta para lanzar de nuevo. —Genial, al menos la frase tenía algo de sentido. Y había logrado articularla sin estancarme con la lija que tenía por lengua. Y ahora solo tenía que volverme y caminar alejándome de él, digna.

—Gracias, señorita, me quedo más tranquilo. Y, si fueras tan amable, ¿me podrías explicar por qué llevas una camisa de hombre puesta? —preguntó, manteniendo el ceño fruncido, pero con una sonrisa burlona. En ese momento, hasta su voz me parecía puñeteramente sensual.

La pregunta me hizo despertar de mi ensimismamiento momentáneo (que esperaba que le hubiese pasado inadvertido a él), y me di cuenta de que llevaba la misma camisa que yo. Ahhh, ¿ese era el misterio de su mirada indiscreta? Menuda decepción.

Era una camisa de botones, de cuadros *vichy* en blanco y negro, que llevaba abierta y con las mangas subidas. Me había puesto debajo de ella una camiseta negra de tirantes y lo había combinado con unos shorts en blanco, deshilachados, porque antes de que me decidiera a customizarlos habían sido unos pantalones largos. Y, en fin, sí, la camisa era de hombre porque se la había cogido a mi hermano. Ya por entonces me gustaba la moda, adaptaba las tendencias a mi forma de ser, y me las ingeniaba para ir *trendy* sin contar con mucho presupuesto, aunque eso supusiera customizar toda la ropa que

encontrara por casa.

—Claro, si tú me explicas por qué vienes a un parque enfangado con zapatos de vestir —le contesté, entretenida y vengativa, observando su indumentaria.

Llevaba una camisa idéntica a la mía, unas tallas más grandes porque era más alto y fornido que mi escuálido hermano, unos vaqueros oscuros con cinturón negro y unos mocasines de piel también negros. Curiosa elección de ropa para ir a un parque natural y salvaje, tras unos días de intensa lluvia. Además, la gente que solía pasear por allí vestía siempre mucho más informal. Pensé que era un turista embobado que no sabía adónde lo llevaban.

Tras mi respuesta, rio, mirándose los pies, y levantó un poco las suelas, llenas de barro, por supuesto.

—Trato hecho —me respondió, entrando en mi juego.

—La camisa es de mi hermano. Creo que le viene pequeña, porque no la usa casi, y se la cogí prestada —dije, encogiéndome de hombros. Después, me agaché para atar a Darwin, que se había acercado hasta mis pies sin dejar de observar al desconocido y babear. Me abstuve de decirle: «sí, pequeño, sí, es real... pero acuérdate de que a ti te van las hembras».

—¿Y ya está? ¿Sueles vestirte con ropa de hombre? —lo preguntó y su mirada recorrió sutilmente mi cuerpo, de arriba abajo.

Su forma elegante de contemplarme había conseguido hacerme sentir atractiva, deseada, admirada en ese punto justo en el que aún no se cruzan los límites de lo picante. No obstante, el hecho de que un desconocido cualquiera me tratara con esa naturalidad activó mis defensas. Menudo atrevido. Un turista atontado cuestionando cómo vestía yo. ¿Qué era lo que le molestaba? ¿Acaso afectaba a su hombría ver a una chica con su misma camisa? ¿O es que le entusiasmaba cuestionarme para entablar conversación?

—Cuando me apetece, igual que imagino que cuando a ti te apetece vas a la playa con botas de esquí, como si fueras un turista mal informado —contraataqué, malévola. *Ay mis locos veinte años...qué atolondrados.*

Estalló a reír sin contemplaciones. Y pude admirar un poco más su físico. Deduje que mediría alrededor del metro ochenta, y tenía una complexión mediana. Su sonrisa arrebatadora regalaba la imagen de una dentadura perfecta, ahora transformada en una de esas sonrisas francas que iluminan el rostro.

—¿Turista mal informado? ¿Eso parezco? Qué mala... —fingió que le dolía—. La verdad es que vengo de clase; vamos a hacer un trabajo sobre este

lugar, y hemos venido directamente. No he pensado que esto estaría aún así de húmedo, la verdad... —dijo, deslizado la mirada desde el barro hasta mis ojos. Me pregunté si su referencia a la palabra *húmedo* se debía a que había percibido mi estado y procuré proseguir el ataque. ¿No dicen que es la mejor defensa?

—¿Y vas así vestido a clase? Ni que fueras el decano... —dije, de nuevo mostrándole la mejor de mis sonrisas sarcásticas.

Volvió a reír y se acercó unos pasos. Sí. Definitivamente su risa contribuía a aumentar la humedad del lugar.

—¿No te parece buena elección? —preguntó, mirándose la ropa de arriba abajo sin borrar la sonrisa de su rostro—. ¿Tú estudias? ¿Cómo vas vestida a clase?

—Sí, estudio, y visto... pues como todo el mundo, informal. Sin zapatos de vestir ni camisas de botones. —Empezaba a sentirme incómoda, sus comentarios me alteraban un poco. Bueno, sus comentarios y todo él... a pesar de que los míos parecían no afectarle lo más mínimo.

—¿Qué estudias? Si puede saberse, claro.

—Psicología.

—Ahhhhh, claaaaaro. Eso lo explica todo... —rebatí, enigmático.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que explica? Si puede saberse, claro —imité su tono.

—Que no entiendas mi indumentaria. Allí vestís todos medio en pijama. Os las dais de *hippies* y profundos por llevar rastas, pantalones sin forma y un porro enganchado en la boca todo el santo día.

Y, por su sonrisa ladeada y el brillo de sus ojos al decirlo, supe que se había percatado de mi tono de fastidio anterior y estaba intentando exasperarme. Se iba a enterar este.

—Ahhh, buena deducción. Y eso lo dice alguien que estudia...

—Publicidad.

—Ahhhhh, claro. Eso lo explica todo —volví a imitar.

La intensidad de su sonrisa se iba acentuando por momentos y contribuía a aumentar su magnetismo, que me atrapaba cual imán.

—¿Y qué es lo que explica? —lo dijo intentando copiar mi tono de voz y cruzando de nuevo sus brazos a la altura del pecho, lo que hizo que me deleitara con la visión de la envergadura de sus músculos debajo de la famosa camisa. Eso no iba a distraerme, no, señor, había desatado mi metralleta verbal.

—Que te vistas así. Que te publicites. Porque a eso vais allí, ¿no? A aprender cómo engañar a la gente y hacerla consumista de pantalones Levi's, y polos Lacoste, y si, encima, podéis aprender vosotros a ser un poco más superficiales, mejor que mejor.

Esta vez estalló en una sonora carcajada que me molestó profundamente. ¿Por qué la única picada de los dos era yo?

—Claro, porque deduzco que nos habéis psicoanalizado, ¿no? —replicó de nuevo.

¿Ese tío no se cansaba nunca? Mira que yo era pacífica, pero me estaba sacando de quicio su socarronería pura y sus maneras de resabido.

—¿Nos habéis analizado vosotros para hacer algún estudio de mercado para publicitar champú para las rastas?

Levantó los brazos en señal de rendición.

—Vale, vale... me rindo. Eres buena. Está claro que no he empezado esto con buen pie. Soy Marco —dijo, tendiéndome la mano.

Me extrañó el gesto, no estaba acostumbrada a esos formalismos, pero, aun así, me pasé la correa de Darwin a la mano izquierda para poder estrechársela. Y no sé cómo lo hizo. No sé qué sucedió. Pero su tacto, o la forma de estrecharme la mano, o su calidez, o cómo me acarició la palma con sus yemas al retirarla lentamente... me infundió seguridad. Me hizo sentirme invulnerable. Puede que fuera el deseo que veía en sus ojos. O su admiración. O la delicadeza con la que lo había hecho. O la suma de todas las partes. Pero aquella sensación me hizo sonreírle levemente y susurrarle mi nombre, sin apartar mis ojos de los suyos, que seguían siendo magnéticos.

—Elea.

—Elea... —repitió, con un gesto de asombro, paladeando cada una de las letras—. Me encanta tu nombre, nunca lo había escuchado —susurró hinchando el pecho—. Y, dime, ¿vienes mucho por aquí?

—De vez en cuando, a pasear a Darwin.

—¿Darwin? Curioso nombre. ¿Tienes otros animales a los que llamas Kafka o Lamarck? —replicó, con sorna.

—Vaya, estoy impresionada de que en publicidad conozcáis a Lamarck —rebatí, maliciosa.

De nuevo provoqué sus carcajadas.

—Perdona, me lo merezco. Te he vuelto a pinchar yo —reconoció, asintiendo.

Sonreí, desviando la mirada hacia el frente. Si miraba un poco más aquel

ejemplo de perfecta sonrisa, temía deslumbrarme y caer rendida a sus pies. Entonces, echaría por tierra todas las teorías sobre la evolución de las especies.

—¿Y en qué consiste el trabajo que hacéis por aquí? —desvié su atención.

—Tenemos que crear una campaña original para publicitar el turismo en Valencia, convencer mediante una charla para que elijan nuestra ciudad como destino —anunció, torciendo un poco el gesto.

—Ah, bueno, es sencillo. Valencia es preciosa.

—¿Sí? ¿Te parece sencillo? No lo es, tenemos que ser originales en nuestro enfoque. ¿Qué les dirías? —Supe que era un reto.

Me quedé unos segundos pensando, con la vista fija en el rumor del agua del lago.

—Les diría que lo mejor de Valencia son sus momentos. Los momentos que nos regalan sensaciones que guardaremos de por vida. Como un amanecer en este parque, entre cañas y cabañas, entre olor a barcas y gaviotas. Les hablaría de la magnífica sensación de hundir los dedos en la arena de sus playas tras haber comido una de nuestras paellas. Y de la calma que aporta uno de los pulmones de nuestra ciudad, el parque del antiguo cauce del río. Los animaría a relajarse en él, tumbarse en el césped leyendo; pasear, observando mientras tanto a la gente que medita allí, que practica malabares y que se enamora. Y, después, les recomendaría perderse en el centro histórico, disfrutando de su arquitectura y sus aromas, hasta la noche, para poder vagar por las callejuelas adoquinadas y poco iluminadas. —Me volví hacia él, que me miraba fijamente—. Les hablaría de las pequeñas cosas que no vienen en las guías, ni se fotografían, de las sensaciones, de los mejores momentos que pueden disfrutar aquí.

Marco se quedó un instante pensativo, parecía estar procesando mis palabras.

—Les hablaré de todo ello. Puedes estar segura. Y también les hablaré de la posibilidad de encontrarse en la orilla de un lago a una chica preciosa e ingeniosa, capaz de apasionarse por los pequeños placeres y, quién sabe, quizá algún turista mal informado caiga rendido a sus pies...

Me hizo reír.

—Embaucador.

—¿Sí? ¿He conseguido embaucarte?

—¡Claro que no! —Acaricié a Darwin, que se mantenía protector a mi vera, en un intento de romper el contacto visual. La conversación se estaba

volviendo incómoda y me daba cuenta de que llevaba demasiado tiempo hablando con alguien a quien no conocía. Además, aún me quedaba un ratito de vuelta a casa y temí que empezara a caer la noche—. La charla es agradable, pero tengo que irme antes de que empiece a anochecer.

Miró hacia el cielo, imitando mi gesto, y asintió, algo desencantado. Empecé a andar, planteándome cómo despedirme.

—Oye, espera un momento. Podrías darme tu teléfono o algo, ¿no? Seguramente necesite ayuda para hacer el trabajo y esas cosas... —dijo, sacando a relucir de nuevo su sonrisa y metiendo sus manos en los bolsillos traseros de su vaquero.

Mis pensamientos se detuvieron un momento en ellas, en esas afortunadas manos que estaban tocando su culo en ese preciso instante... *Qué traicioneras pueden llegar a ser las hormonas a los veinte.* Me deshice de la idea con rapidez y vacilé sobre qué hacer. La verdad es que me apetecía darle mi teléfono, había sido un encuentro original, y era evidente que físicamente me atraía. Pero, por otra parte... parecía uno de esos chicos que empieza y acaba con problemas. Uno de esos chicos que te emborracha de sensaciones inigualables, y luego te proporciona una resaca infinita. Uno de esos que acabas comparando con cada uno de los que le seguirían, y te hacen sentir tras su marcha que todo lo demás es un sucedáneo.

—No doy mi teléfono a los desconocidos... y seguro que con tu inteligencia te las apañas para el trabajo. —Y, mientras lo decía, intentaba tragarme la sonrisa, pero esa también me traicionó y salió a relucir, taimada. Me aplaudí silenciosamente por alejarme de los problemas, cuestionándome si alguna vez alguien lo habría rechazado antes.

Y me obligué a alejarme unos pasos más, seguida de Darwin, que movía la cola. Hasta mi perro babeaba por el rubio. Qué débiles éramos en el fondo, puñetas.

—Pues déjame que te llevemos en coche a casa y así nos conocemos un poco, anda.

Señaló con la cabeza un vehículo negro, aparcado a lo lejos, junto a la carretera. Los dos chicos de antes estaban ahora sentados en su capó, mirando en nuestra dirección, esperándolo, imaginé.

—No, no puedo. Darwin no está tranquilo cuando sube a los coches. Pero gracias —comenté, ya en marcha.

—Vale, vale, como quieras. ¡Me pasaré a buscarte por tu facultad! —gritó para que lo escuchara en la distancia.

Entonces la que rio con ganas fui yo. Mi facultad era grande, y éramos un montón de gente... Ardua tarea encontrarme. También dudé de que lo cumpliera. Marco me parecía un ligón de los que te regalaba los oídos con promesas y cumplidos, y mejoraba su técnica con cada ingenua que se lo creía. No, yo no sería una de ellas.

—¡Suerte con ello! —le dije, ya de espaldas, bastante alejada de él. Pero, a pesar de la distancia, volví a escuchar su risa...

Prometo que luché por no darme la vuelta para mirarlo. Lo prometo.

«No te des la vuelta, Elea, solo es un chico guapo. No te des la vuelta. Hay cientos como ese. No te des la vuelta. Seguro que es un creído. No te des la vuelta. No lo volverás a ver...».

Pero mi cuerpo nunca ha estado demasiado conectado con mi mente, siempre han ido un poco de autónomos por la vida... y volví la cabeza unos segundos para mirarlo. Solo unos segundos.

Un cielo tintado con acuarelas anaranjadas, rosadas y azulonas.

El agua calmada, con oscuros brillos.

Una figura oscura, mirando hacia el suelo, golpeando una piedra, aún con las manos en los bolsillos traseros...

El ruido de mis pasos alejándose.

Una estampa que se quedaría conmigo, a pesar del paso de los años.

## CAPÍTULO 2: LO QUE PUDO SER

Mayo 2013

Observo las numerosas cajas amontonadas en el comedor de mi nuevo piso. Las tengo que empezar a ordenar, lo sé, lo sé, lo sé. Me repito mentalmente que de esta semana no pasa que acabe de instalarme. No porque me molesten las cajas. Porque le tendré que enseñar el piso a mi madre algún día y organizar la cena de inauguración que les prometí a mis amigas. Y, como no me dé prisa, improvisan una fiesta sorpresa entre las cajas, que me las conozco.

Hoy, como siempre, he acabado a la una del mediodía el turno de la mañana en el trabajo. He comido unos *tortellini* a la gorgonzola en la barra americana de la cocina, y ahora me encuentro mirando de reojo las cajas, decidiéndome a organizarlas al menos. Tengo que volver al trabajo en un rato, pero me sentiré mejor si empiezo a distribuir las por las habitaciones según su contenido. Busco a la Elea organizadora que hay en mí, y le ruego que se haga cargo de todo esto. Se está haciendo el ánimo cuando me detiene el sonido de una llamada a mi móvil. Salvada por la campana.

En la pantalla aparece la foto de una guapa rubia platino, con el pelo a lo *garçon*, que me saca la lengua y abre los ojos como si quisiera que se le salieran de las órbitas. Es la payasa de Paula.

—Me acabas de rescatar, recuérdame que al próximo café te invite yo —le digo, a modo de saludo.

—Tojkoutsaco... pff.

—¿Qué has dicho? —Seguro que es una de sus salidas. Paula está fatal.

—Te he dicho cómo se dice psicólogo en japonés, ji, ji, ji. —Cuando está tontorrón, se ríe como si fuera una niña pequeña.

Lo sabía. Otro de sus chistes de psicólogos.

—Vengaaaaa, dime cómo me llamo —me resigno con esta mujer.

—Sakudo Tukoko. —Y estalla a reír, la muy pava.

—JA-JA-JA —finjo una risa forzada sarcástica.

—Vengaaaa, no finjas, reprimida, que sé que te estás riendo. —Y sigue sin parar de reír.

Y acierta, claro. Me conoce demasiado.

—Bueno, este no es de los peores chistes. Vas mejorando.

—¿Qué me decías de rescatarte? —pregunta.

—Ah, sí. Que me has rescatado. Estaba a punto de ponerme a desembalar más cajas, con cero ganas, cuando me has llamado.

—Perfecto, porque te llamo para que me rescates tú. Necesito hablar con vosotras.

—¿Qué pasa?

—Lo he visto. —Se detiene unos segundos—. Está con otra.

—Ok, ¿en diez minutos en el Starbucks?

—¿No quieres en nuestra *cafe* de siempre?

—No, así Vicki y yo estamos más cerca del trabajo y apuramos más tiempo contigo.

—Ok, voy para allá. Yo aviso a Vicki.

—Perfecto. ¡Hasta ahora!

Paula es una de esas amigas a las que quieres como si fueran familia, que forman parte de tu cuerpo tanto como tus pulmones. Es de esas personas que se cuelan en tu vida tan intensamente que no importan los pocos días que haga que la conoces. Ya la quieres. Ya te quiere. Y se preocupa por ti mucho más que algunas personas que llevan a tu alrededor media vida.

Nos conocimos hace unos ocho años, cuando tuve que abandonar el pueblo y venirme a vivir a Valencia capital, después de la devastación de la que fue víctima mi familia. Buscaba desesperadamente una habitación para alquilar, y Vicki, una de mis compañeras de la carrera, me ofreció la habitación libre que quedaba en su piso. Paula era la otra inquilina, estudiante de peluquería por las mañanas, curranta por las tardes y charlatana a tiempo completo. Con ambas puedo presumir del mismo sentimiento.

Llegué al piso después de las peores navidades de mi vida. Estaba enfadada con el mundo, dolida y abrumada por un cúmulo de vivencias que aún no había podido digerir. Tuve la suerte de que ellas intentaban encontrar una nueva inquilina con la cual conectaran. La elegida fui yo. No sé qué vieron en la Elea de entonces, pero no se equivocaron. Encajamos de inmediato. O, mejor dicho, ellas se encargaron de conectar conmigo, porque por aquel entonces yo vivía anestesiada.

De compañeras de carrera y piso pasamos a formar una familia. Me ayudaron a resurgir con sus locuras, con sus reglas absurdas, con sus famosos *kits* de supervivencia... pero, sobre todo, con su comprensión. Me di cuenta entonces de que, hasta ese momento, yo había intentado encajar de mil

formas distintas, sin conseguirlo. La vida con ellas me enseñó que no había que intentar encajar en nada, solo dejarse llevar con cada uno de nuestros matices, aceptarse y quererse mucho. Convirtieron una de las épocas más tristes de mi vida en la más feliz hasta el momento.

\*\*\*

Paula y Vicki me esperan charlando, sentadas en un sofá de piel marrón, frente a tres tazas. Sonrío al verlas, y no puedo evitar pensar de nuevo en lo curioso que resulta que dos personas tan diferentes como ellas congenien tanto. Vicki es dulce e inocente como quedan pocas. Todo le parece bien, el mundo para ella es idílico y tintado de color rosa y, aunque a veces intente convencernos para que no hagamos alguna tontería, siempre sucumbe y se une a ellas. Tiene un rostro aniñado, y una melena pelirroja que va cambiando de tono ligeramente según los caprichos de nuestra amiga y peluquera. Es rellenita, y por suerte hace años que dejó de comprobar las kilocalorías de la comida y se aceptó tal cual es: bonita y sexy como ella sola. Es un gozo tener a mi amiga como compañera de trabajo en la fundación.

Paula, sentada a su lado, con su pelo platino deshecho a conciencia, su tez blanquecina y sus labios pintados de rojo pasión a conjunto con su estilo *pin up* habitual la marea con gestos bruscos. Se percata de mi presencia y finge pucheros con la boca. No puedo evitar reírme y levanto la bolsa que llevo en la mano, mostrándoles que he traído nuestro *kit de supervivencia para depresiones* y provocando un aplauso de mis amigas. Vicki me sonrío, negando con la cabeza.

—Sé que la situación aún no lo requiere, pero lo he traído igualmente — les digo, tendiéndoles la bolsa.

Paula saca impaciente todo el kit y esparce sobre la mesita baja nuestros álbumes de fotos, varias revistas de moda de primavera-verano, bombones rellenos con chocolate blanco, palitos de regaliz roja, los DVD de una de las temporadas de la serie *Gilmore Girls*, y un trozo de papel con letra apresurada que indica «VALE por una noche de chicas».

—Sí lo requiere, estoy destrozada. —Lloriquea—. Esta noche pienso ver la temporada completa de nuevo.

—Venga, cuéntanos —pido, mientras me apresuro a saborear mi café de moca.

—Pues eso, reinas, que he visto a Julio. He cerrado la peluquería y, volviendo a casa, me lo encuentro de cara, ¡de cara! —recalca, con los ojos

casi fuera de sus órbitas—. Iba con una chica, ella le abducía su mano. ¡Como si se le fuera a escapar! Ahora que lo pienso... quizá lo estaba secuestrando. Bueno, la cuestión es que él ni siquiera me ha saludado, ha actuado como si no me conociera —dice, sorprendida.

Evito corregirla porque sé que se enfadaría, pero el caso es que no se conocen. Paula cree fervientemente que el chico en cuestión es el amor de su vida. Pero *conocerse*, tal cual lo entendemos el resto de mortales... no se conocen. Le echó el ojo cuando ella era aún una quinceañera y, desde entonces, no ha dejado de soñar con ser su pareja, a pesar de que ella tampoco ha perdido el tiempo y ha tenido relaciones con otros hombres, claro. Tiene impreso en su memoria cada detalle de las veces que lo ha visto: su ropa, la de su acompañante, la hora y el lugar exactos... ¡Incluso fue *stand* por *stand* del Corte Inglés hasta encontrar el perfume que llevaba!

Al parecer, él vive cerca de nuestro barrio, porque de vez en cuando nos lo cruzamos. Paula consiguió averiguar (siguiéndolo cual acechadora) que trabaja en una empresa de placas solares. Hace unos años nos solidarizamos con ella y fuimos a pedir información para colocarlas en nuestro piso de alquiler. El chico nos atendió amablemente, aunque no entendiera por qué nos empeñábamos en pedir presupuesto de todos los tipos de placas existentes y todas las instalaciones viables para todos los tipos de vivienda y todos los posibles consumos. Paula calculó que había estado cuarenta y cuatro minutos y treinta y seis segundos con el chico de sus sueños. Salimos de allí muertas de la risa y avergonzadas por nuestro numerito. Y ese día descubrimos que nunca triunfaríamos en Hollywood. Al menos no como actrices, como humoristas era más plausible.

Desde aquel día, ella lo saluda siempre sonriente, mientras contempla desde lejos el desfile de novias del chico.

—Y, encima, la chica es mona —explica, mientras come un bombón tras otro—. Pero viste mal. Tiene muy mal gusto. Pero, joder, ya se me han colado otra vez.

Vicki ojea la revista de moda mientras de vez en cuando me lanza miradas divertidas, y yo me entretengo con el regaliz disimulando sonrisas. Se me ocurre que debemos de parecer un cuadro, las tres apretujadas en un sofá, mal sentadas y cada una con su tema.

—¡Pero no os quedéis calladas! ¡Menudas psicólogas! ¿Qué hago? —se enfurruña Pau.

—Ya te lo hemos dicho mil veces y de mil formas distintas —replica

ahora Vicki, evitando reírse.

—Una más, anda... —mendiga.

—¿Qué quieres oír, la versión de psicólogas o la de amigas? —pregunto, al comprobar que Vicki ha devuelto la mirada a los looks primaverales de la revista.

—Prueba con la de psicóloga, a ver si me interesa.

—Tienes que hacer una resolución de problemas. Ya te lo explicamos, ¿recuerdas? —Me pone la misma cara que pondría Lady Gaga en un desfile de Burberry—. Todo aquello que hicimos de preguntarnos cuál era tu meta concreta y realista, hacer una lista con las alternativas y...

—Ah, sí, sí. Ahora me acuerdo. Hice la lista esa. Y tenía muchas alternativas, pero no puedo pagar ninguna. Eran muy caras.

¿Caras? ¿Pero en qué está pensando? ¿En invitarlo a un viaje a las Maldivas para ligárselo? Vicki se descojona sola ante la revista.

—A ver, dinos alguna.

—Pues pensé en contratar a un actor que se hiciera pasar por vidente y que fuera a entregarle mi foto y a decirle con voz grave y acojonante que yo soy la mujer de su vida y que, si no quiere desperdiciarla, tiene que venir a por mí cuanto antes. Otra opción era contratar a un detective privado y que lo investigara y yo pudiera dejarme caer por los sitios a donde él vaya, o aliarme con sus vecinos o algo por el estilo. Otra alternativa era contratar a un matón para que lo amenazara con darle una leña si no me pedía matrimonio en un plazo de veinticuatro horas. Y la última, hacerle vudú para que se enamore de mí. Por cierto, ¿no incluimos en el kit un muñeco de vudú?

Es Paula... no hay más descripción. La Elea psicóloga reaparece en mi interior y me recalca que, en efecto, mi amiga vuelve a delirar.

«Idea delirante extravagante: falsa creencia cuyo contenido es claramente absurdo y sin base real posible».

—No, lo propusiste, pero Vicki y yo nos negamos —confirmo, captando de reojo cómo Vicki asiente.

—Lástima... —Lloriquea.

—¿Has pensado en opciones más sencillas? No sé, como, por ejemplo, hablarle algún día, invitarlo a algo... —ironizo.

—No, eso es demasiado típico. Pensé en acercarme un día y decirle que en mi peluquería hago masajes para calvos, pero no sé si se lo tomará bien.

—No es calvo, Pau —dice Vicki con expresión de cansancio—. Se afeita la cabeza porque tiene poco pelo. Eso no es ser calvo.

Ahora las que sonreímos somos Paula y yo, recordando que Javier, el novio de Vicki, cada vez tiene más entradas, tema que preocupa al chico soberanamente.

—Para mí, sí lo es, pero aun así es guapo y me encanta. —Y sonrío maliciosamente—. Bueno, ¿y tú, qué tal? ¿Has vuelto a saber algo de Lucas? —me pregunta Pau.

Es oír la pregunta y mi cuerpo se deja caer hacia atrás en el sofá, dando a entender que no quiere hablar de él. Lucas es mi... ¿exmarido en proceso? No lo sé. Estamos en trámites de separación desde hace unos meses, aunque es una situación difícil de explicar. Él está en Holanda, y me sigue llamando porque piensa que nuestra situación es temporal y que podrá solucionarse cuando se instale de nuevo y definitivamente en Valencia. Yo... al principio también lo creí. Creí que necesitábamos un tiempo solos para reordenar ideas y darnos cuenta de lo mucho que nos echábamos en falta, pero ahora mismo no sé si eso ha ocurrido.

—Lo de siempre: me llama de vez en cuando, pero me habla siempre de la investigación. Se supone que en unas semanas vuelve a Valencia — respondo, resignada, mientras hundo más la cabeza en el sofá y dejo que Paula me acaricie el cabello.

—Y, cuando vuelva, ¿qué?

—No lo sé —murmuro—. Tengo ganas de verlo para saber qué siento cuando lo tenga delante. No quiero pensar en nada antes, quiero esperarme a ver qué sucede cuando venga. Improvisaré —recalco. Paula tuerce los labios, compungida.

—Vaya dos. Aunque, bueno, al menos tú conoces a Lucas, es un gran paso —bromea Vicki.

Sonrío, suspirando como si quisiera vaciarme de todo.

—Estoy loca por quererlo así, ¿no, chicas? —vuelve a preguntar nuestra preciosa *pin-up*.

Sonrío con ternura. Sé que, aunque ella intente restarle importancia, le preocupa su situación y conducta con Julio.

—No, cariño, solo lo has idealizado —respondo, acariciando su mejilla—. Le has atribuido cualidades que no sabes realmente si tiene, pero todo el mundo lo hacemos, fantaseamos con personas, con lugares, con trabajos, con situaciones, con relaciones... El «y si» es muy poderoso. ¿Qué pasaría si hubiera conocido a ese hombre que tanto me gusta? ¿Y si hubiera actuado diferente con mi expareja? ¿Y si el señor X estuviera enamorado de mí? ¿Y si

nos hubiéramos conocido en otro momento? Y nos recreamos en esas ideas, ¿verdad, Vicki? —requiero, mientras le doy un codazo para que me ayude, provocando que deje la revista en la mesita y se reincorpore a la charla.

—Claro, *bobi* —me rescata Vicki—. Todos fantaseamos con personas, con trabajos, con casas, con tipos de vida... Les atribuimos la capacidad de hacernos felices, pero hay que razonarlo un poco, Pau, ya lo hemos hablado.

Mientras habla, mi mente pasea por el recuerdo de varios hombres en mi cabeza. Me pregunto si hice las elecciones adecuadas, o si hubiese sido más feliz con otras. Me pregunto qué habría sucedido si nos hubiésemos conocido en otros momentos, ¿y si ambos hubiésemos cambiado nuestra forma de proceder? ¿Y si...? Creo que esas ideas son más valiosas porque nos permiten soñar que por lo que hubieran llegado a ser. Pero qué valioso todo aquello que nos consiente soñar...

—Tienes razón... son los «y si». Los bautizaremos como los «hombres y si». —Finge una sonrisa, haciendo chocar nuestras tazas a modo de brindis. Le encanta bautizar con nombres raros nuestras expresiones o ideas... pero sé que ahora está intentando darle un toque de humor a su inquietud.

—Solo son sueños. —No sé si se lo digo a ella o estoy intentando reafirmarlo y crearlo para que las imágenes que parpadean en mi memoria no adquieran ningún sentido.

—Aunque sea algo común, quizá les hayas dado mucha importancia a esas ideas. Piénsalo —tercia Vicki.

Paula escucha atentamente, un poco meditabunda, y asiente. Sé que lleva un tiempo intranquila, a pesar de que finja que todo va bien, bromee como siempre y sonría. Es su lucha interior, una fase habitual en ella hasta que consigue bajar su escudo y dejarse ver. Algo me hace creer que no se trata solo del tema de Julio. Está un poco irascible, desilusionada, siempre ha sido refunfuñona, pero, estos últimos meses, parece que algo haya cambiado. No quiero preguntarle directamente; conociéndola, sé que debo esperar a que esté preparada para confiármelo.

—Elea, ya es hora, se ha hecho tarde —me avisa Vicki, señalando el reloj. Mierda, se nos ha echado el tiempo encima y yo aún tengo medio café en la taza. Tenemos que volver a la fundación ya—. ¿Voy yo delante y te acabas eso?

—Ay, me salvas si lo haces.

Ellas se despiden con un cariñoso abrazo y veo salir a Vicki escopetada mientras apuro mi café.

—¿Sabes lo que necesitamos? —pregunta Pau, robándome el último palo de regaliz.

—Ir al bingo —adivino. Mi amiga nos arrastra allí siempre que sufre mal de amores. Cree fervientemente que en el juego al menos tendrá suerte.

—¡Sí! Y después... ¡¡¡Fiestaaaaa!!! —Y simula una felación a mi pobre regaliz.

—Por Dios, Pau, no seas guarra. —Me río.

—En serio, este sábado salimos las tres. Tengo el «vale por un fiestón» del *kit* y lo quiero usar este *finde*. Sabéis que es algo sagrado. Tú y yo necesitamos conocer hombres y Vicki necesita airearse.

—No necesito hombres. Además, ya no me acordaría ni de ligar.

—A ti no te hace falta acordarte de cómo se hace. Tú ligas en todos los rincones del planeta, eres asquerosamente sexy. Creo que es por tu melnaza rizada del siglo pasado y por tus labios carnosos. Si hasta yo me los comería, joder —bromea.

Sé que lo dice para animarme, claro, porque ni soy sexy ni ligo tanto. Es que decir ligar ya es toda una exageración, porque ni recuerdo qué es eso. Pero, para mi amiga, que un tío sea un poco amable conmigo ya significa que está flirteando, y siempre me taladra con ello. Que si el chico de la gasolinera me mira, que si el amigo te mira a ti, que si esos se han girado para ver tu culo, que si el de la mesa de al lado te hace ojitos... No sé nunca si lo piensa realmente y tiene ese sexto sentido atrofiado, o lo dice para incomodarme un poco y divertirse a mi costa. Sea lo que sea, es mejor no hacerle caso. Para las personas que te quieren tanto, siempre eres guapa e increíble. Y no es que sea fea, pero tampoco tengo nada distinto, nada que me diferencie. Soy una más. Una chica más, morena (quizá en Londres sea algo raro, pero aquí en España ser moreno es igual de común que no tener trabajo), con el pelo largo, con ojos oscuros, de estatura mediana. Como hay miles.

—Tú me quieres, así que tu opinión no es objetiva. Además, no quiero ni oír hablar de ligar. Ahora que estoy resucitando, no quiero complicarme la existencia. Pero este sábado nos vamos de fiesta.

Mi amiga me aplaude. Hombres no, gracias, pero una fiesta con ellas sí que necesito, así que mientras nos levantamos para irnos, la dejo hablar sobre a dónde podríamos ir, los locales nuevos que han abierto y *bla bla bla*. Y salgo escopetada hacia el trabajo.

## CAPÍTULO 3: ME DIJISTE TU NOMBRE

2005

Después del curioso encuentro en aquel paraje natural, pensé a menudo en él. A pesar de que quisiera controlarlo y negarlo, y me repitiera a mí misma que ese tipo de chico no me convenía, estaba en estado de alerta constante, esperando encontrarlo buscándome por la facultad. Tan solo era un desconocido, que encima olía a problemas, al menos emocionales. Exacto, había acertado largándome de allí sin darle mi teléfono. Y sin embargo... me tensaba más que Jennifer Aniston cerca de Angelina Jolie si de reojo me parecía ver a algún chico rubio. Llegué a plantearme si estaba sufriendo un trastorno de despersonalización.

a) *¿Tiene experiencias persistentes o recurrentes de sentirse distanciado o como si uno fuera observador externo del cuerpo?* Afirmativo: Lo imaginaba acercándose a mí entre los viejos pasillos repletos de futuras psicólogas, casi sin aliento, confesando que no había podido pensar en otra cosa que no fuera yo desde nuestro encuentro, y besándome como si no existiera otra mujer en el mundo. O buscándome entre la multitud de rastas y pijamas de mi cafetería, sonriendo al encontrarme con ese gesto suyo tan pícaro que me había enajenado el primer día.

b) *¿Durante la experiencia de despersonalización permanece intacto el sentido de la realidad?* Afirmativo: en cada uno de esos trances, sentía como si fuera cien por cien auténtico... después, la bofetada de realidad era tremenda.

c) *¿La despersonalización causa molestias significativas en el funcionamiento social, ocupacional...?* Afirmativo: Perdí horas enteras de estudio machacándome con esas escenas.

\*\*\*

Mis compañeras de la universidad me tranquilizaron asegurándome que no había nada de patológico. Aunque creo que muchas de ellas dudaron de la existencia del sujeto que les describía. Llegué a plantearme si aquel encuentro era parte de mi imaginación por mi recién descubierto trastorno. Tan solo necesitaba encontrármelo un día por Valencia. O en la universidad. O de nuevo por el parque.

Pero, claro, nada de eso pasó.

Los que pasaron fueron los días, y me acabé reprendiendo a mí misma por no acabar de creerme lo que ya sabía desde el momento en el que lo conocí: que aquel chico tendría tías a pares haciendo cola para estar con él, así que no había ninguna razón para que me buscara a mí. Me resigné, adjudicándole todos los defectos posibles. Estaba claro que físicamente no tenía ninguno, por lo que me cebé conjeturando que le olían los pies, tenía halitosis extrema, el pene diminuto y sufría esquizofrenia de tipo paranoide.

Y casi llegué a creerlo...pero, entonces, apareció de nuevo.

\*\*\*

Estábamos en la fiesta de Psicología que se organizaba cada inicio de curso. Se celebraba en un local de música retro que se cerraba exclusivamente para los estudiantes de nuestra carrera, que no éramos pocos.

Mis compañeras y yo, comúnmente conocidas como las «PsicoLocas», con nuestro habitual humor, nos movíamos imitando los bailoteos retro: nos tapábamos la nariz y fingíamos bucear, imitábamos a Machín con sus maracas, a *Grease* con sus movimientos de caderas, hacíamos el antifaz con los dedos en uve... En fin, todas esas tonterías que no piensas hacer nunca en el inicio de una noche, y empiezas a hacer en la segunda ronda de cubatas. Ese baile debería haber alejado a los chicos, pero, claro, no contábamos con que estábamos entre psicólogos y, al parecer, un grupo de ellos pensó que éramos sujetos interesantes para estudiar ciertos fenómenos. Y se acercaron.

Nosotras manteníamos una estúpida regla: nunca decíamos nuestro nombre real si el chico no nos gustaba o no lo veíamos de fiar. Así que todas nos inventamos nuestros nombres, y nos mirábamos de reojo mientras nos desternillábamos intentando recordar los nombres de las demás. Yo fingí ser Elvira.

Los chicos preguntaban, nosotras improvisábamos más datos y nos crecíamos con cada bola. Y cada vez eran peores. Para perderlos un poco de vista, nos dirigimos a la barra, disculpándonos, mientras entre nosotras alabábamos las burradas que les habíamos contado. Pero no funcionó, los chicos se unieron al grupo. Parecía que, a pesar de ser estudiantes de Psicología, no sabían analizar muy bien nuestra comunicación no verbal, que les pedía a gritos que se esfumaran. Estábamos ideando nuestra segunda maniobra de despiste, muy original por cierto (consistía en huir al baño), cuando me tensé de repente al notar un contacto inesperado.

Alguien me cogía ligeramente por la cintura, desde atrás. Pensé que alguno de aquellos chicos se estaba pasando de listo al ignorar las indirectas... y, dispuesta a explicárselo muy, pero que muy directamente me giré.

De nuevo... me asombró tenerlo allí.

Marco se mantenía seductor frente a mí, con aquella sonrisa suya tan pícaro estampada en la cara. Me embargó el deseo de lanzarme en sus brazos, loca de alegría: ¡por fin una prueba de su existencia! Me traía sin cuidado estar eternamente comparando al resto de mortales con él, si podía quitarme esa sensación de deseo insatisfecho que me había acompañado desde que lo había visto la primera vez.

Antes de que pudiera reaccionar, se acercó hacia mi rostro, descansando con delicadeza una de sus manos en mi cintura, cautivándome con su perfume, que, mezclado con cada uno de sus poros, emanaba masculinidad... y cuando ya pensaba que me iba a saludar con un beso sin preliminar alguno, se desvió para susurrar en mi oído:

—Ahora entiendo porque ibas vestida con ropa de hombre. Con ropa de mujer estás irresistible... —La última palabra la pronunció con un deseo que atravesó mi piel.

Y esa voz... y ese perfume... y esa mano en mi cintura, agarrándome firmemente... y esos ojos verdes devorándome... y sus labios provocadores... y las ganas que tenía de verlo de nuevo... hicieron que me recorriera un escalofrío desde el interior del muslo que me erizó la piel. Él seguía mirándome con esa maldita sonrisa que me desarmaba.

Meforcé a controlar la situación de nuevo, y a hacerlo como yo era, y no como las millones de tías que flirtearían con él a diario.

—Deberías probarlo, vestir con ropa de mujer siempre ayuda. —Le guiñé un ojo y deseé que mis nervios no me hicieran parecer bizca sino sensual.

Se rio con una sonrisa nueva, una franca y sincera, sin poses ni restricciones. Esa sonrisa era cien por cien Marco. Lo supe en el momento.

—Lo intentaré, pero no creo que ningún vestido me marque esas curvas como lo hace contigo. Estás espectacular —dijo, repasándome de abajo arriba.

Me había puesto un vestido azul eléctrico que se pegaba a mí como una segunda piel. El escote estaba presidido por una cremallera en diagonal que marcaba el ritmo que quisieras darle a la noche. Desde señorita Rottenmeier si la subías hasta arriba, a Beyoncé si la bajabas al extremo. Yo la llevaba

bastante subida. Había tenido un ataque de falsa decencia antes de salir de casa, pensando que debía dar buena imagen entre mis compañeros de carrera. En esos momentos maldije mi dignidad.

—Si me recomiendas la ropa femenina, ¿significa que esta vez tampoco apruebas mi vestuario? —preguntó, picarón.

No había tenido mucho tiempo de reparar en él, sinceramente. Había otros aspectos que habían acaparado todo el protagonismo, así que tuve que alejar la vista hacia atrás un poco para tener una perspectiva total de su cuerpo... ¡Ah, sí!, y de su ropa, claro. Vestía de nuevo camisa, esta vez en gris marengo y combinada con vaqueros negros. Lucía la camisa estratégicamente colocada, la mitad por fuera del pantalón y la otra mitad por dentro, y pensé que era una táctica para que todas las mujeres tuviéramos unas ganas enormes de ayudarle a meter el resto de la camisa dentro y ya de paso hacer una excursión guiada por el interior de sus pantalones.

Le señalé que necesitaba que se diera la vuelta para evaluarlo, porque no tenía un buen plano y, al notar un poco su reticencia, lo ayudé con mi mano. Vaya, vaya, el ligoncete de turno también tenía un poco de vergüenza, ¿eh? Pude contemplar su culo unos segundos, ¡por Dios, qué trasero! Entre risas anuncié que tenía un notable alto, sobre todo por la gracia que había tenido al girar (evité mencionar que en realidad era una matrícula de honor dirigida esencialmente a su trasero). Marco aprovechó para pedirme una vuelta a mí, haciéndome girar sobre mí misma con nuestras manos unidas por encima de mi cabeza, y me puso un bien.

—Así que un bien, ¿eh? Me esperaba más nota por tus cumplidos. — Fingí lloriquear.

—Aquí hay muy poca luz, estoy seguro de que, si salimos fuera, ambos podremos reevaluarnos mejor...

—En tus sueños, canalla —repliqué, divertida.

—Oh, sí, y en mis sueños estás totalmente desnuda, preciosa. —Y me atrajo hacia él, apresándome entre sus brazos.

En ese momento, mis compañeras iniciaron un festival de toses y carraspeos que me recordó que estaban a mi lado contemplando la escena y que no les había presentado a Marco. Muy a mi pesar, arranqué con las presentaciones y él hizo lo propio con sus dos amigos, que se unieron a nuestro grupo rápidamente.

—Pero ¿tú no eras Elvira? —Fue entonces cuando me percaté de que seguían allí algunos de los estudiantes de Psicología/acosadores, aunque

ninguna los miraba (extasiadas con los nuevos fichajes).

La pregunta y su gesto de extrañeza provocaron que todas se desternillaran de la risa, y que los pobres chicos se cansaran de nuestras bobadas y se esfumaran. Pero el comentario también había conseguido que Marco me escrutara con curiosidad y me preguntara por lo ocurrido con insistencia, así que no tuvimos más remedio que contarles nuestra regla.

—A mí me dijiste tu nombre... —dijo, susurrándome de nuevo en mi oído—. ¿Eso significa que te gusté?

Cada vez que se acercaba, saltaban todos mis fusibles y se me disparaba el corazón. ¿Y aún me preguntaba si me gustaba? ¿Estaba ciego o qué? O era eso o yo estaba representando a las mil maravillas mi papel de dura.

—No, no tiene nada que ver. Me pillaste sola y desprevenida, no tenía mucho sentido mentirte —intenté escabullirme.

Pero él esbozó esa sonrisa ladeada y, despejándome suavemente la melena de mi oído, volvió a susurrar:

—Me dijiste tu nombre... —Y sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. ¿O me había dado un suave beso?

¡Dios! No sabía qué había sido, pero aquel contacto había vuelto a erizar cada centímetro de mi piel. Me había disparado el deseo y, si antes ya tenía pocas defensas, ahora me había quedado totalmente desamparada ante su energía sexual.

Sonreí sin poder evitarlo, y me mordí un poco el labio. En ese instante, mis compañeras me avisaron de que iban al baño y me uní a ellas sin pensarlo, disculpándome con Marco. Necesitaba alejarme un poco de esa divinidad rubia, enfriar mis pensamientos... y mi cuerpo. Y lo más importante: necesitaba comprobar mi aspecto para infundirme un poco de seguridad.

En el baño, alborotadas, todas me interrogaban sobre él, y yo, nerviosa, no podía dejar de reír e intentar restar importancia a sus comentarios. Una pizca de orgullo infló aún más mi seguridad. Tenían razón, Marco estaba tremendo y había venido a buscarme a mí, tenía que recordarlo para salir ahí fuera controlando un poco más la situación. Me retoqué un poco el maquillaje y me inspeccioné centímetro a centímetro. ¿Y si me bajaba un poco la cremallera del escote? Si la bajaba mucho, lo notaría y se lo creería más, lo cual no me interesaba. Pero, si solo la bajaba un centímetro, solo uno, apenas lo notaría, y yo me sentiría un poco menos Rottenmeier. Dudé un poco y, finalmente, la deslicé un poco, solo un poco. Y para sentirme mejor me dije que no era por

él, que era por mí, para sentirme más sexy. Y así me sentía cuando me planté de nuevo delante de él.

—Ya estaba pensando que me habías dejado plantado otra vez. —Rio, mientras se separaba de sus amigos y dejaba su vaso en la barra.

—He valorado la posibilidad, pero me he apiadado de ti.

—Ya lo veo, imagino que querías comprobar si me daba cuenta de que te has bajado un poco la cremallera del escote y te subía la nota, ¿no?

Pero ¿cómo se había dado cuenta? ¡Si apenas era un centímetro! Era imposible fijarse tanto, debía haberlo intuido, no notarlo. Maldije mi lujuria, sabiendo que eso le iba a dar más seguridad a él. Y su seguridad menguaba de algún extraño modo la mía, me hacía sentir que él llevaba las riendas... y no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Debatimos un poco sobre si era un efecto óptico o realmente me había bajado la cremallera. Él insistía en haber memorizado mi piel, y que ese diminuto trozo era nuevo ante sus ojos. Yo me derretía ante sus palabras, pero le aseguraba que eran sus ganas de creerlo las que le estaban haciendo ver cosas donde no las había. Y tan segura me vio de ello que creo que lo convencí.

—Bueno, y, dime, ¿qué hace un estudiante de Publicidad en una fiesta de psicólogos? —contraataqué, removiéndola nerviosa la pajita en el vaso del cubata.

—Te dije que te buscaría —dijo, con voz ronca, mientras me acariciaba el lóbulo de la oreja, apenas rozándola con su dedo índice sin apartar la mirada de mi rostro—. Fui a tu facultad, pero me di cuenta de que sería difícil encontrarte. Le pregunté a un conocido que estudia tercero de Psicología y, evidentemente, no te conocía, y me aseguró que sería difícil dar contigo por allí, pero me señaló que hoy era vuestra fiesta, así que le pedí que me sacara entradas y he esperado con paciencia hasta encontrarte. Y, al parecer, he hecho bien, porque he descubierto que me habías dicho tu nombre y te has bajado un poco la cremallera...

Me estaba provocando, le encantaba. Quería desarmarme más, y lo estaba consiguiendo.

—Yo te dije mi nombre, pero eres tú quien se ha tomado muchas molestias buscándome. —rebatí sin disimular cierto orgullo.

—Yo no lo niego, Elea, no me lo has preguntado, pero ya te lo digo yo: me encantas.

Estaba claro que Marco sabía qué decir y cómo decirlo, porque, aunque yo estaba intentando fingir que su proximidad no me intimidaba, estaba

absolutamente prendada de él. La ardiente revolución que había entre mis muslos lo probaba, aunque yo me revolvía inquieta intentando paliar la sensación. Y no, esas revelaciones no me ayudaban.

No estaba dispuesta a ponérselo tan fácil, así que desvié la conversación hacia cuestiones más triviales. Y así me enteré de que tenía veinticuatro años, cuatro más que yo, y estaba en último curso de Publicidad y Relaciones Públicas; previamente había estudiado Administración y Dirección de Empresas, pero había dejado la carrera por no ser lo que esperaba. Vivía en uno de los barrios obreros de Valencia junto a su madre y su hermano, y no sabía nada de su padre desde que los había abandonado cuando eran unos críos. Hablaba de todo ello sin sufrimiento, como quien narra un paseo en bicicleta.

Me tocó el turno a mí y lo informé de que vivía en el pueblo de al lado del parque donde nos habíamos conocido, con mis padres y mi hermano. Hablamos de nuestros estudios, de *hobbies*, de música, y la noche se nos iba y seguíamos sumidos en nuestra burbuja, como si el resto del universo no existiera y no nos encontráramos en un local cutre.

Marco se acercaba a mi oído para hablarme, aunque no fuera necesario, porque el volumen de la música no estaba muy alto. Yo me dejaba arrasar por su masculina inducción y su seguridad, removiendo la pajita de mi cubata en el vaso para aplacar mi nerviosismo.

—Como no dejes de jugar con la pajita y después llevártela a la boca como si nada, no voy a poder controlarme más —me susurró con su mirada fija en mis labios.

El problema es que yo lo quería descontrolado. Lo quería sobre mí, devorándome la boca y bebiéndose mis jadeos.

—¿Qué problema tienes con las pajitas? —bromeé, llevándomela a la boca de nuevo.

Se mordió el labio y me siguió el juego, retirándomela de la boca.

—Las pajitas en tu boca me desconcentran... Además, son un obstáculo —musitó, recorriendo lentamente con su pulgar mis labios.

Ya no podía más. Mi cuerpo me rogaba un capricho, y ese capricho era sucumbir a aquel impulso incesante. Le cogí con suavidad la mano que paseaba por mis labios.

—Fuera obstáculos... —suspiré, mientras observaba cómo asentía y se acercaba a mí.

Finalmente, nuestras bocas se sellaron en un beso lento. Todos mis

sentidos se centraron en el contacto de nuestros labios, en la firmeza con la que me sujetaba, en la suavidad de su lengua recorriendo mi boca, en su ritmo pausado, que se aceleraba poco a poco en la medida en la que aumentaba nuestro ímpetu. Nos atropelló la boca ajena. El delirio del otro. Y aunque el inicio fue frágil, viró a un abandono absoluto y desinhibido de dos cuerpos que se agarraban casi con fiereza, y de repente se absorbían con delicadeza. En esos momentos, era cuando abríamos los ojos y parecíamos sorprendernos. Quizá de encontrarnos. Quizá de que aquello pudiera ser tan intenso.

No sé cuánto rato pasamos besándonos, ajenos a todo, mirándonos a los ojos, acariciándonos como si ambos descubriésemos esos pequeños placeres por primera vez. Me pareció muy poco, pero debió de ser mucho para que mis compañeras decidieran avisarme de que se marchaban y me preguntasen qué pensaba hacer.

—Me gustaría llevarte a casa —se ofreció Marco—. Pero no tengo coche, voy en moto. —Y deslizó la vista hacia mi vestido.

Estaba aún un poco ofuscada por el éxtasis anterior, pero entendí que se estaba excusando para no llevarme. Y me recordé a mí misma que si besaba tan bien era por su larga experiencia en ligues, y no por ser un chico de los que se preocupaba mucho por lo siguiente. Disimulé mi decepción con una perfecta sonrisa y añadí que prefería ir en coche con mis compañeras.

Él y sus amigos nos acompañaron a la salida e, intentando no pensar en lo incómodos que de repente nos sentíamos, me concentré en el entusiasmo de mis compañeras, comprobando que habían intimado bastante con varios de sus amigos. Antes de subir al coche, Marco me sujetó del brazo.

—No tan deprisa. Ya no soy un desconocido, ¿no? Ahora me puedes dar tu número de móvil. —Me miraba fijamente, parecía evaluarme. Deslizó la mirada hacia Vicki y compañía, que les pedían los números a sus amigos para quedar de nuevo. Observé su mandíbula, tensa, que parecía expresar un enfado contenido. ¿Estaba disgustado por no haber llegado a más esa noche? ¿Se había quedado tan abrumado como yo después de conocer nuestra intensidad?

Descarté lo segundo, segura de que eran de nuevo exageraciones mías, y vacilé reflexionando acerca de darle el número. Me había decepcionado un poco con su actitud al separarnos... pero la verdad era que quería que tuviera alguna vía para contactar conmigo; era una forma de comprobar si realmente le interesaba. Le dicté los números sin poder quitarme la irritación del cuerpo,

mientras observaba cómo los anotaba en su móvil, rígido, y nos despedimos con un casto beso en los labios. Me supo a poco, y me desconcertó advertirnos a ambos tan distantes.

Adopté la misma actitud, por protección, y me metí en el coche, esta vez sin darme la vuelta para mirarlo.

## CAPÍTULO 4: LA PETICIÓN

2013

Llego con bastante retraso a la fundación. Imagino que Vicki me habrá cubierto con alguna de sus excusas, así que me dirijo directamente a mi despacho, descargo el bolso y me dejo caer sobre mi sillón resoplando.

—Llega usted quince minutos tarde, gerente en funciones —me dice la voz aterciopelada y socarrona de Vicki, que asoma la cabeza por la puerta.

—Lo restaré de las mil doscientas horas extras que hago desinteresadamente al mes, no se preocupe usted, señorita subordinada. —Le guiño un ojo. Siempre bromea con el tema de que sea su *superior*. Entró a trabajar aquí porque puse todo mi empeño en ello, pero valió la pena toda la fuerza invertida.

—Acaba de llamar Dana. Le he dicho que estabas haciendo unas gestiones fuera, y me ha pedido que te diga que necesita una reunión urgente contigo esta tarde, a las ocho, cuando termines con las sesiones. No puede posponerla porque se va a Milán... tiene unos asuntos urgentes de los que ocuparse. —La última frase la pronuncia con tono burlón.

Ambas nos reímos maliciosamente. Sabemos que esos asuntos importantes son las compras: siempre se va a Milán de compras; bueno, y a Londres, y a Nueva York, y a un laaaargo etcétera de destinos imposibles para unas simples plebeyas como nosotras.

Daniela Herranz, Dana para los allegados, es la propietaria de la fundación en la que trabajamos. Proviene de una familia adinerada que posee numerosos negocios. Hace cuatro años creó la fundación porque, según explicó, quería que el nombre de su familia se relacionara también con acciones sin ánimo de lucro, aunque, debido a sus muchos compromisos, ella tan solo se acuerde de la institución para lucir palmito en los eventos de recaudación de fondos que organizamos periódicamente.

—¿Te ha dicho sobre qué es la reunión?

Tengo curiosidad, porque es extraño que quiera reunirse de repente conmigo. Dana está bastante al margen de la gestión del centro, y la mayoría de temas los suelo tratar con sus asesores o abogados. Con ella tan solo acuerdo las fechas de los eventos, y alguna cuestión relativa a su organización. Puede que quiera hablar sobre las próximas galas benéficas,

pero me sigue pareciendo raro que tenga tanta prisa.

Una sensación de incomodidad me recorre el cuerpo, mientras me cuestiono qué puede ser tan urgente.

—No, no ha dicho nada, pero suena muy raro, Elea... —Vicki se sienta en la esquina de mi escritorio, un poco cabizbaja.

—O quiere despedir a alguien o quiere cerrarnos el *chiringuito*. —Es la voz de Carlos, que irrumpe en el despacho con gesto afligido.

Lo cierto es que llevamos un tiempo preocupados. La crisis ha disminuido la cantidad de subvenciones y aportaciones económicas de particulares que recibimos, y además ha aumentado el número de niños que necesitan nuestras ayudas porque sus familias no pueden permitirse otros centros. Trabajamos más horas, hemos buscado otras fuentes de ingresos, otras ayudas... pero hay momentos en los que tememos que nada de ello sea suficiente y las posibles pérdidas hagan que Dana decida dar por terminada su faceta solidaria. Sin embargo, no quiero pensar en esa posibilidad. ¿Por qué siempre tenemos que anticipar en negativo? Quizá traiga buenas noticias...

—No seas dramático, Carlos. No va a pasar nada de eso, tenemos varias galas benéficas en las próximas semanas, puede que quiera hablarme sobre ellas —digo, aparentando serenidad.

—Para eso habría llamado por teléfono, como siempre hace. Lo sabes. Te digo que aquí se acaba nuestra suerte —añade, sentándose frente a mí.

Carlos es el terapeuta ocupacional del centro, y Vicki y yo las psicólogas. Formamos un gran equipo. La idea de perder a alguno de ellos o de que cierren el centro me atormenta desde hace algunos meses. Y no solo por el cariño que les profeso, ni porque sepa cómo de difícil resultaría ahora encontrar otro trabajo para cualquiera de nosotros. Sino porque me desvela pensar que nuestros niños se quedarían sin ayuda y sin medios para conseguirlos. Desamparados de nuevo. Algunas de sus caras se cruzan por mi mente, y me dan aliento para reponerme. También pienso en el resto de centros como el nuestro que han cerrado en los últimos años por el mismo motivo, la maldita crisis, que está maltratando aún a los más débiles. No podemos permitir que nuestros niños pierdan más recursos.

—Si es lo que quiere decirnos, lo peharemos. Le propondré las nuevas ideas que tenemos y no podrá negarse a intentarlo. —Observo cómo sus caras de derrota parecen desvanecerse, al menos un poco—. Tenemos aproximadamente una hora hasta que empiecen a llegar los niños, ¿no? Venga, pues vamos a prepararlo.

Ellos vuelan a sus despachos a por sus cuadernos y yo empiezo a sacar mis notas. Espero no equivocarme, y que Dana no venga a decirme que cierra el centro, porque ahora mismo solo me faltaba eso. Cuando me separé de Lucas, tuve la genial idea de mudarme para no tener que vivir en el mismo edificio que mis suegros y con todos los recuerdos de mi vida con mi *exmarido*. Así que ahora vivo sola, pero, mientras no se formalicen todos los trámites, sigo pagando la mitad de la hipoteca del piso que compré con él, además del alquiler de mi nuevo pisito y todos los muebles que necesito para acomodarme. ¡Como me quede sin trabajo, me hundo en la miseria! Intento descartar la idea, no me puede salir todo tan mal... por probabilidad, hoy tocan buenas noticias.

Carlos y Vicki entran de nuevo y empezamos a analizar las propuestas que hemos ido recopilando, las valoramos y pensamos ideas para hacerlas viables. Cuando empiezan a sonar los timbrazos que anuncian la llegada de cada uno de los pequeños, corren a sus despachos y empezamos la carrera maratoniana de sesiones.

En las mías veo a Saúl, un niño de cinco añitos que se hacía pis por todos los rincones, y que me confiesa con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos abiertos como platos que, gracias a mis *trucos*, ahora está siempre *seco*. Lo celebramos con vítores, hurras y saltos como si la selección española, su favorita, hubiera ganado el Mundial de nuevo. Después viene el turno de Ariadna, que tiene un trastorno del espectro autista y está sufriendo pesadillas nocturnas, y ensayamos las estrategias para superarlas; y Nacho, que me enseña orgulloso una cartulina con los nuevos hábitos que está consiguiendo mejorar en casa; y Carlos, que viene enfadado, como siempre, porque sus padres están aprendiendo a negarle cosas y no parece que ello le haga especial ilusión; y Nadia, que sufre el síndrome de Tourette y está asimilando cómo relajarse; y Paco, que con la llegada de su hermanito se siente destronado... Y me siento afortunada por trabajar con mis pequeños, aunque hoy cierta inquietud empaña el sentimiento.

Sesión tras sesión, casi sin darme cuenta, se han hecho ya las ocho de la tarde, cuando veo entrar a una elegante y guapísima rubia en mi despacho. Mi jefa es una de esas mujeres que te bajan la autoestima cada vez que aparecen, por muy psicóloga que seas. Es guapa, alta, delgada, rubia natural (no son leyendas, existen), y encima tiene los ojos azules. Además, siempre lleva su melena perfectamente peinada de peluquería, y ropa de las mejores marcas, eso sí, es muy clásica. Algún defecto había que sacarle.

Me sonrío desde la puerta y entra con paso vacilante. Parece que se encuentre insegura, lo que es raro, raro, raro (con entonación de papuchi Iglesias)... y me hace entrar en pánico a mí. La saludo mientras rodeo la mesa para sentarme a su lado, y ambas preguntamos por la familia de la otra, por formalidad. Dana y yo nos conocemos desde que éramos pequeñas. Mi madre trabajaba como asistente en su casa, por eso ella me contrató a mí cuando creó la fundación, claro. A pesar de todo ello, y aunque le estoy muy agradecida, nunca hemos tenido mucha confianza. Da la impresión de que mi jefa tiene un extraño don para crear una atmósfera incómoda en el ambiente. Como ahora, aquí estamos las dos estirando la cara a modo de sonrisa.

—Me ha asustado un poco que quisieras una reunión urgente —me sincero. Cuanto antes salga de dudas, mejor—. ¿Va todo bien?

Dana juguetea con su anillo de boda y cruza las piernas, acomodándose.

—La verdad es que no, Elea. Pero no sé por dónde empezar.

Ay, Dios, que me va a dar algo... Siempre que pienso en positivo, se me aparece el señor Murphy para recordarme su teoría, y siempre acabo yendo a peor. ¡Maldito Murphy! Me armo de valor para prepararme todas las propuestas y convencerla de que no puede despedir a nadie, y mucho menos cerrar. ¡Pero si se va de compras! No pienso dejar que abra la boca.

—Sé que estamos pasando un momento difícil en la fundación, pe...

—No es eso, Elea. —Y fija su sobria mirada en mí—. Es sobre mi marido.

Mierda, mierda, mierda, mierda. Me acabo de quedar sin respiración. ¿Lo sabe? ¿Marco se lo ha dicho? Pero ¿por qué? Miles de posibilidades se agolpan en mi cabeza. ¿Y si no ha sido él? ¿Quién se lo ha podido decir? ¿Algún amigo? No tiene sentido... a él tampoco le interesa decírselo, después de habérselo ocultado tanto tiempo. Y se habrá ocupado de avisar a sus amigos, ¿no?

Me siento estúpida. Debí habérselo contado en su momento, quizá lo habría entendido. El terror y la culpa me asaltan, ahora sí que estoy en problemas.

—Sé que es violento decírtelo... —interviene ante mi silencio, pero de nuevo se calla.

Sí, es violento. La entiendo. ¿Cómo le dices a tu empleada que sabes que se lio con tu marido? Fue hace muchos años, ocho, concretamente. Antes de que ellos se conocieran, por supuesto. Pero sigue siendo incómodo.

Yo no pude confesárselo en su momento... y la verdad es que confiaba en

que no se enterara nunca. Éramos muy jóvenes, fue hace mucho. No debería haberse enterado.

Cuando Dana me presentó a Marco como su prometido, en una de las primeras galas benéficas de la fundación, me quedé de piedra. Hacía años que no lo veía, ni sabía de él. ¿Cómo iba a encajar que de repente estuviera en frente de mí como el prometido de mi jefa? Y, encima, Lucas a mi lado, y Dana presentándolo como mi prometido, y explicándole a Marco que nos íbamos a casar en tres meses... y yo muda, intentando procesarlo todo.

Marco estaba allí, después de tantos años.

Marco era el prometido de mi jefa.

Marco se iba a casar con Dana...

Y yo con Lucas.

Mis recuerdos son confusos, pero creo que Marco estrechó primero la mano de Lucas, y luego se acercó para saludarme con dos besos. No habíamos dicho que nos conocíamos; de hecho, ninguno de los dos había articulado palabra. Al darme el beso en una mejilla, me susurró: «tranquila»; y en el segundo beso, en la otra mejilla, musitó: «no sabe nada». Después, me arrebató de las manos la copa de champan que sostenía y, muy seguro de sí mismo, disimuló ante todos, explicando que nos aconsejaba no beberlo porque estaba ácido. Creo que lo hizo porque se dio cuenta de que en mi estado de *shock* la copa peligraba. Si a alguien le pareció extraño, no lo dijo. Lucas simplemente sonrió, contemplando su copa medio vacía. Imagino que no discutió nada porque parecía que, con su porte elegante, Marco entendiera más de artículos de lujo como aquel, y Dana se disculpó y se marchó a pedir explicaciones a la empresa del catering, arrastrando a Marco con ella.

Sé que después de eso debí haber llamado a Dana para contarle, restándole importancia, que había tenido un corto *affaire* con su prometido. Pero la simple idea me revolvía todas las tripas. Además, tan solo hacía unos meses que había empezado a trabajar en la fundación; había sido casi un milagro encontrar trabajo sin contar con experiencia. Y ese milagro había ocurrido porque Dana y su familia me conocían; no podía arriesgarme a que no se lo tomaran bien. Marco me había tranquilizado y había fingido también no conocerme, así que no parecía que tuviera ningún interés en decirle nada. Decidí callarlo.

No imaginé que, después de cuatro años, tendría ahora a Dana delante a punto de... ¿de qué?

—Tengo que pedirte algo —sostiene con seriedad.



## CAPÍTULO 5: EL TURISTA

2005

Después de nuestro encuentro en la discoteca, lo tenía más crudo: era evidente que Marco no tenía halitosis, no parecía padecer esquizofrenia y, a juzgar por aquella magnífica corpulencia que se le marcaba, su pene no era diminuto. Si quería dejar de pensar en él, debería conjeturar otro tipo de inconvenientes.

La única ventaja era que esa vez no podría autocastigarme recordándome que yo lo había puesto más difícil, porque él sí tenía mi teléfono. Si no se ponía en contacto conmigo, era porque no le interesaba lo suficiente, no porque yo lo hubiera hecho imposible.

Me preparé mentalmente para la espera (que podía ser eterna, después del sabor agrisado de nuestra despedida), y adopté como estrategia mantenerme muy ocupada para distraerme y no malvivir esperando una llamada. La universidad ocupaba mis mañanas, aunque las preguntas constantes de las PsicoLocas no ayudaban a dejarlo de lado. Me recordaban cada día lo atractivo que era, el rollo que tenía vistiéndolo, lo divertidos que parecíamos juntos... Las tardes tampoco eran mejores. Los libros permanecían abiertos ante mis narices, pero cada una de mis neuronas transmitía señales que me conducían directamente al recuerdo de nuestras ávidas bocas. Y esas señales se convertían en sensaciones corporales de calor y deseo. Los paseos con Darwin me llevaban una y otra vez al mismo recorrido que había hecho aquel día, en una especie de autocondena ineludible.

Las cosas en mi casa tampoco marchaban muy bien, así que la necesidad de abstracción aún era más grande. Mi hermano seguía atormentando mi casa, metiéndose en peleas continuamente, robando dinero a mis padres para sus caprichos, desapareciendo durante días... Mi madre vivía sumisa en un sufrimiento perenne, que intentaba disimular con sonrisas forzadas, y mi padre gritaba a todas horas y se mostraba hosco y distante. La posibilidad de que me llamara era mi mayor vía de escape en esos momentos.

El jueves, cinco días después de aquella fiesta, mi móvil por fin recibió la señal que anhelaba. Tenía la imagen de la pantalla grabada en mi retina, de tanto que la ojeaba, estuviera haciendo lo que fuera. Así que, cuando vi un mensaje de un número que no conocía, di tal respingo que incluso el profesor

se me quedó mirando un poco perplejo. Intenté disimular, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo mis compañeras ahogaban sus risas sentadas en las sillas adyacentes de las largas mesas, y me lancé a mi droga cual adicta al *crack*. Y, como todas las drogas, con cada dosis, aumentaba mi dependencia, y el texto de ese mensaje me abocaba a la adicción sin remedio alguno.

**MARCO:** «Turista mal informado y algo aburrido en clase busca guía para acompañarlo en recorrido por su ciudad. Requisitos: ser divertida, sexy y con tendencia a vestir con ropa masculina para evitar infartos innecesarios.

Abstenerse personas que no cumplan los requisitos».

Lo leí varias veces, para hacerme a la idea. Marco me había escrito. Se había puesto en contacto conmigo, me había vuelto a buscar, y quería verme de nuevo. La emoción revoloteaba dentro de mí sin contención alguna. Las manos me temblaban un poco sujetando el teléfono, sin poder dejar de sonreír como una boba, y ante la testarudez de mis compañeras, les pasé el móvil, que desfiló de una en una ante sus caras de emoción mientras leían el mensaje. Al mismo tiempo, yo pensaba en qué contestarle. La realidad es que me moría de ganas por decirle que ya tardaba en venir a por mí en ese mismo momento, pero la Elea seductora que había en mi interior me dijo que debía seguir jugando un poco. Como era habitual entre mis compañeras, el suceso inició una conversación mediante un folio que iban pasando, y en el que anotaban sus comentarios y me sugerían qué debía responderle. Empezaron siendo ñoñas, siguieron con algunas ideas insulsas y acabaron siendo pornográficas. Las dejé a su aire y, recobrando mi ansiado móvil, le escribí algo sin pensarlo mucho; quería que fuese espontáneo y no producto de horas y horas de reflexión.

**ELEA:** «Estamos tramitando su solicitud. Hay varias candidatas disponibles en estos momentos. ¿Sería tan amable de especificar cuál es su seleccionada?».

Lo envié sin vacilar, satisfecha por el juego que iniciaba e imaginándolo en clase mientras lo recibía. ¿Reiría con esa sonrisa suya ladeada? ¿Le brillarían esos ojazos con la intensidad con la que lo hacían el pasado sábado? ¿O quizá le parecería un gesto mío de inseguridad querer que me dijera que me buscaba a mí? Tal vez estaba acostumbrado a que las chicas se le echaran

encima y mi mensaje le resultaba un poco aburrido. ¿Era insulsa? Me estaba poniendo de los nervios y me reprendí a mí misma mentalmente. Yo no era una persona tan insegura. Tenía mis lagunas de inseguridad, como cualquiera, pero eran pequeñas, y no nadaba en ellas constantemente. Esa atracción no podía convertirme en alguien peor, no podía permitirlo. Rebusqué en mi interior a la estudiante de Psicología, y la saqué a la superficie para que controlara la situación, me calcé en ella y fingí que me interesaba por la clase. Su respuesta no tardó en llegar.

**MARCO:** «Desde hace días solo tengo a una candidata en mente... Espero que esta vez lleve pantalones para poder subir en moto».

Destensé los músculos inconscientemente al leerlo, aliviada. Marco seguía el ritmo, y me confirmaba que había pensado en mí. Me alegré de que mis anteriores temores fueran infundados y, escondiendo el aparato en mi regazo para no ser descubierta, tecleé de nuevo sin borrarle la sonrisa de la cara. Volví a la naturalidad, sin analizar mucho, solo escribiendo lo que ansiaba.

**ELEA:** «Como sigue sin especificar, lo animo a que sea usted mismo quien venga a por ella y lo compruebe».

Sonreí satisfecha al releerlo, y mis amigas me elogiaron por mi actitud, haciéndose las moñas. Pero, aunque quisiera zafarme, las dudas volvieron a mí. Me sentía inquieta, y además esta vez su respuesta se demoraba. Se acabó la clase y cambiamos de aula, pero seguían sin llegar nuevas señales. ¿Se había cansado del juego? ¿No lo había entendido? Intenté distraerme leyendo la extensa conversación de las PsicoLocas plasmada en el folio, y contuve las carcajadas ante sus bestialidades. Unos minutos más tarde, cuando sus miradas ya me interrogaban preguntando qué ocurría, llegó... ¿la tranquilidad?

**MARCO:** «Gracias por su interés. La espero en la puerta delantera de su facultad para iniciar las comprobaciones oportunas».

El corazón dio varias vueltas de campana por mi pecho. Marco estaba esperándome... Ahora entendía la demora. Volví a pensar, como en un

cortocircuito: Marco estaba ahí, fuera, a unos escasos metros de mí... y yo tenía que reaccionar cuanto antes. Recogí mis cosas, avisé a mis compañeras de que me iba y, ante sus comentarios lascivos, me fui directa al baño. Me planté en el espejo para revisar mi aspecto, comprobando que no era uno de mis mejores días, pero debía servir: vaqueros pitillo en color gris, bailarinas rojas y camiseta rockera de Queen, que había customizado para conseguir cuello barca. Me retoqué un poco el pelo y me convencí para no hacerlo esperar más, suspirando hondo como si quisiera hacer llegar el aire a mis pies para que no me fallaran.

Lo encontré mirando hacia la puerta, con una medio sonrisa que se convirtió en entera cuando me vislumbró. El sol otoñal de la mañana le iluminaba la mitad de su cuerpo, recostado en un pilar sujetando el casco.

—Uff, menos mal, esta guía es la adecuada. Pensaba que me mandarías a otra para martirizarme un poco —bromeó a modo de saludo cuando me acerqué.

—No sabía si iba a resultar seleccionada, la última vez no saqué muy buena calificación. —Ladeé la cabeza.

—¿Eso te dijeron? ¿Y te lo creíste? —requirió, fingiendo sorpresa.

Después, se acercó a mí, me dio un corto beso en los labios y me señaló una motocicleta negra de carretera, mal aparcada encima de la acera. Pero la Elea payasa que había en mí estaba corriendo por la pista de atletismo, celebrando su triunfo saludando a la multitud, por el beso y el comentario que acababa de obtener. Demasiado absorta como para contestar.

—¿Preparada para el recorrido turístico? —Me guiñó un ojo—. No tengo otro casco, así que no nos lo pondremos ninguno de los dos. Espero que no nos multen.

—¿Dónde vamos?

—No lo sé, tú eres la guía— dijo, montándose en la moto sugerentemente.

Subí con un ligero movimiento tras él, que me miraba con gesto divertido. ¿Por qué demonios sonreía tanto? ¿O era yo que solo tenía ojos para su puñetera sonrisa? ¿Sabía que eso me deslumbraba y me crucificaba con ello? Evité pensar que sonreía porque estaba notando lo nerviosa que estaba. Una no tenía delante todos los días a un chico así, con sus brazos torneados al descubierto, cogiendo con esa elegancia los mandos de la moto. Evidentemente, el contacto no apagó mis nervios.

—¿De verdad quieres ir de turismo? —pregunté, resuelta. La idea era encantadora, la verdad, pero en ese instante se me ocurrían mil cosas mejores

que hacer antes que ver monumentos. Bueno, todo dependía del tipo de monumentos...

—Quiero dar una vuelta contigo. Así veré la ciudad con los ojos con los que la miras tú. —No podía verle la cara, pero el tono parecía sincero.

El sonido al arrancar me alertó. No le pasó desapercibido, porque descansó su mano en mi muslo y, deteniéndose, me preguntó si todo iba bien. Afirmé concisa y reanudó la marcha, pero su gesto había conseguido ruborizarme. Me aferré a la parte trasera de la moto, y le propuse ir al centro de la ciudad. Si había que hacer turismo, qué mejor que por allí. Unos minutos más tarde, la moto paseaba delante de las torres de la muralla medieval de la ciudad, las Torres de Quart, y empecé a inventarme la historia de su origen. Marco nos detuvo un instante delante de ellas, sin poder reprimir la risa por mis absurdas invenciones.

—¿De qué siglo dice que son, señorita guía?

—Ya se lo he dicho, caballero, debería usted permanecer más atento a mis indicaciones.

—Venga, vámonos —dijo desternillado— antes de que los ejércitos de palomas nos bombardeen.

Nos adentramos por las callejuelas del barrio del Carmen, que, si ya de por sí me resultaba romántico, ese día sumaba puntos. La moto se deslizaba por los adoquines lentamente, y Marco y yo señalábamos lugares y nos contábamos anécdotas referentes a ellos. De vez en cuando, me pinchaba preguntándome por algo, y yo continuaba con mis invenciones, que mezclaba con las partes de historia real que recordaba de nuestra ciudad. Contemplamos otras de las torres medievales, las de Serrano, también los magistrales edificios del Mercado Central y la Lonja. Marco, entre mi parloteo, sugirió entrar a verlos, pero decliné su oferta y le prometí una visita a pie otro día. Hacía rato que, entre risas y bromas, me había olvidado de mis miedos, acogiéndome a su cintura. Me había acomodado tanto y estaba tan a gusto que temía que al bajar de la moto se pudiera romper el encanto. Creo que él pensó lo mismo, porque atisbé un gesto de satisfacción ante mi negativa a aparcar nuestro transporte y seguir a pie. De vez en cuando, él acariciaba con su mano izquierda la mía, que descansaba sobre su cintura, y la reposaba allí unos segundos, sin dejar de hablar. Con nuestros rostros casi pegados, deambulamos un rato más. Rodeamos la plaza de la Virgen y la plaza Redonda, contemplando las tertulias de sus terrazas y, aunque ya eran las doce de la mañana, le sugerí tomarnos un chocolate con churros en una

horchatería cercana que tenía encandilada a mi madre, Santa Catalina.

—¿Ahora chocolate?

—No finjas, que acabo de notar cómo tus tripas claman subsistencias — me mofé. Así era, seguía sin querer soltarme de él, pero había oído un leve rumor en su estómago, y me parecía cruel alargarlo más.

—Pillado. —Se giró hacia mí, negando con la cabeza y sonriendo—. No quería decírtelo para no cortar tus discursos, pero ¿chocolate a estas horas? ¿Antes de comer?

—¿Por qué no?

Paramos en la horchatería y saboreé mi chocolate con churros, mientras Marco se deleitaba con una cerveza sin alcohol y un bocata de jamón y queso.

—Esto es lo que toca ahora —dijo, muerto de la risa al comprobar la diferencia de nuestra comida—. No chocolate y churros.

—Desde el invierno pasado que no tomaba chocolate, tenía capricho — expliqué con un mohín—. Además, no me gusta seguir convencionalismos, ni pautas.

Eso me convertía en ocasiones en una persona voluble, pero la rigidez nunca fue lo mío. No quería una vida encorsetada, anhelaba la espontaneidad. Por eso quizá estaba allí, saltándome las clases con él, a pesar de que todos mis instintos presentían que era un chico complicado para mí.

—¿Y qué es lo que te apetece ahora?

Nos fuimos de allí cogidos de la mano, sin extrañezas, como si estuviéramos acostumbrados a ello desde hacía tiempo. Y Marco volvió a conducir su moto, instigándome a cogerlo de la cintura de nuevo, y a hundir mi cabeza sobre su hombro hasta que la aparcamos. Fuimos al cauce del río y paseamos por el césped sin dejar de hablarnos y contarnos lo que nos parecía. Marco me habló de su futuro, en el que se veía creando su propio imperio empresarial y convirtiéndose en un gran hombre de negocios. Pensé que no iba desencaminado, que aquello era lo que le iba a sus maneras elegantes, su labia y su porte de galán. Por mi parte, le confesé que no sabía concretamente qué quería del futuro, pero que tenía claro que necesitaba dedicarme a la psicología. Y, quizá inconscientemente, le ligué mi pasión por mi carrera con los problemas que había en mi casa, y lo hice como él lo había hecho en la fiesta de Psicología: sin dramas.

No pensaba en ningún momento en nada más que en lo que estaba viviendo, no había espacio para el mundo exterior, para mis

preocupaciones... Estaba abducida por su encanto, por sus bromas, por sus comentarios seductores, por el tacto de su mano, por el hormigueo que me producía que me arrastrara a él y pegara nuestros costados, por la calidez de su voz. Atravesamos varios de los puentes que cruzan los jardines del cauce del río y, cuando nos agotamos, nos dejamos caer exhaustos en el césped, cesamos el parloteo y nos dedicamos a lo que nos apetecía. A besarnos. Poco a poco. A abandonarnos en la boca el otro. Con dulzura, con tiento, como si tuviéramos miedo de malgastar el sabor. Casi sin conciencia, nos vimos abocados a aumentar el ritmo, y nos besamos con más premura, ahora como si lo que tuviéramos miedo de malgastar fueran los segundos. A los besos se sucedieron las caricias, y nos encendimos en roces. Creo que nos detuvimos porque fuimos conscientes de que estábamos en medio de un parque a plena luz del mediodía. Ninguno planteó la posibilidad que sospecho que ambos teníamos en mente: irnos de allí y buscar un sitio donde pudiéramos acabar con nuestra torpe calentura.

Apoyé la cabeza sobre su pecho, y dejé que me mimara el cabello mientras nuestras respiraciones se aplacaban con lentitud.

—Es extraño... me siento conectada a ti como si te conociera desde hace tiempo. —Fue una reflexión en voz alta que probablemente se me escapara por el estado de distensión que sentía.

—¿Has tenido relaciones duraderas?

A regañadientes le hablé de los dieciocho meses que había estado con mi exnovio, un amigo de siempre. Y de algún rollete que había durado un poco más de lo habitual... A excepción de eso, había sido una loba solitaria. Dieciocho meses le parecieron una eternidad, así que aproveché la coyuntura para interesarme por sus relaciones pasadas. Y me confesó que no había tenido nada estable.

—¿Ninguna? —Me levanté de su pecho y arqueé las cejas.

—Ninguna.

—¿Y eso? ¿Eres de los que no quieren tener novia? ¿O no te has enamorado nunca? —Casi recé mentalmente para que fuese la segunda. Estaba claro que me gustaba, no quería tener que lidiar con el miedo al compromiso: aún no había llegado a la asignatura de mi carrera que trataba eso.

—No, nada de eso. —Se encogió de hombros y se incorporó, sentándose a mi altura—. No lo sé, soy muy radical. Soy de «todo y nada», no me van las medias tintas. Me gustaría tener algo estable, no es que no quiera. Al

principio es todo muy agudo, pero el problema es que el «nada» llega siempre muy pronto. —Se detuvo unos segundos—. No sé explicarlo, pero se esfuma, o me canso, o vete a saber...

Me sentí un poco ridícula. Quizá yo pensaba que habíamos conectado especialmente, y era unidireccional. Estábamos en desigualdad de poder sobre el otro. Yo tan entregada. Y para él... ¿un inicio más, que acabaría pronto? Por otro lado, había dicho que le gustaría tener algo estable. ¿Significaba que realmente no había encontrado a nadie de quién no se cansara? ¿Y eso no significaba que no se había llegado a enamorar? ¿Nadie le parecía suficiente? Uff, debía de ser trágico que alguien como Marco te confesara un día de sopetón que se había cansado de ti. Metí aquellas palabras en la caja de momentos para olvidar... porque parecía que habían acabado con la magia del momento. De pronto, recordé que lo tenía allí delante, y que parecía estar descifrando mis pensamientos. Tenía veinte años, puñetas, había que vivir en el presente.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que compremos unos sándwiches y comamos por aquí o por la playa? —Ya eran pasadas las tres de la tarde, y aquello era perfecto para desviar la conversación y que se detuviera el aluvión de preguntas que repiqueteaban en mi mente.

Marco pareció asombrado por mi repentina sugerencia, pero sonrió, levantándose y ayudándome a incorporarme. No quería irme aún, no quería otorgarle mucha importancia, e intuí que la mejor opción era hacer como que no había ningún problema en aquello. A los veinte, una tampoco era tan partidaria del *para siempre*, parecía lejano. Prefería un *todo* momentáneo, dejarse llevar hasta donde aquello condujera. Hasta que la *nada* llegara y él se cansara. Porque veía muy difícil que me cansara yo de las sensaciones que me proporcionaba estar con él.

No tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

## CAPÍTULO 6: LAS VENTAJAS DE SER PSICÓLOGA

2013

Me despierto con uno de esos dolores de cabeza puntiagudos que te recuerdan al instante aquello que te preocupa, lo que te mantuvo hasta las tantas dándole vueltas a la cabeza. Me río yo de la gente que aún cree que los psicólogos somos personas paranormales con poderes superiores para la vida en general. Como si estudiar Psicología te otorgara la perfección absoluta. Claro, por eso todos los Premios Nobel son psicólogos, por su magnificencia. Si fuera tan fácil, nos obligarían a todos a estudiar Psicología, y el mundo sería un lugar idílico. No te fastidia...

Mi vida ahora mismo es una prueba de ello. La situación no es caótica, pero tampoco es lo *ideal*, lo que alguna gente esperaría de la vida de una psicóloga. Siempre intento aplicar mis conocimientos a mi propia vida, pero eso queda lejos de que seamos personas con vidas impecables. Me molesta que haya gente que tenga esas expectativas. ¿Esperan que las casas de los arquitectos sean las mejores del planeta?, ¿o les piden a los maestros que sus hijos sean Einstein?, ¿o a los ginecólogos que sus mujeres tengan...? Vale, lo vamos a dejar ahí.

Pero sí, los psicólogos tenemos que soportar esa ingeniosa frase: «Parece mentira que seas psicólogo/a». Que te dan ganas de contestar: «También soy boxeadora profesional, gilipollas». Pero no, como eres psicóloga, respetas su opinión, con una sonrisa, para más inri, y encima tienes que controlar tu enfado. Las ventajas de mi profesión... entre muchas otras.

Otra ventaja es que tu jefa te puede pedir en cualquier momento que hables con su marido para intentar hacerlo entrar en razón para que acuda a una terapia. Marido con el que tuviste un corto *affaire* en tu juventud.

Esa es la ventaja más divertida hasta el momento.

Me visto como hago siempre, acorde con mi humor y mis ganas, y hoy el cuerpo me pide comodidad, así que saco unos *jeggins* negros y mi bomber *zarera* con motivos japoneses. Así salgo pitando hacia el trabajo, con un humor de perros, unas ojeras que ni Bela Swan, pero con estilazo, oye. De camino, enciendo mi reproductor de música del móvil, y escucho a Gabrielle Aplin, porque sus letras casan con mi estado actual... y tengo la esperanza de que alguna de sus palabras me ilumine y me guíe para comentarles a Vicki y

Carlos mi reunión de ayer. No sé ni por dónde empezar.

Cuando llego al centro, los encuentro esperándome, hiperpreocupados y confundidos. Ayer, tras la reunión con Dana, me estuvieron llamando y preguntando por mensajes cómo había ido, pero lo ignoré todo. Solo les pude responder pidiéndoles que no se inquietaran y prometiéndoles que hoy les contaría todo. Estaba demasiado abrumada por lo ocurrido en la reunión.

Me parece advertir que el estado en el que me ven los confunde, porque contradice mis palabras. Nos sentamos todos en mi despacho de nuevo, y empiezo por explicarles que Dana por el momento sigue apostando por conservar el centro, aunque tengamos que seguir sacrificándonos por mantenerlo a flote. Ambos suspiran, reconfortados, y me intentan sonsacar todos los detalles.

—Entonces, ¿por qué tienes mala cara? ¿Cuál es la mala noticia? — pregunta Vicki.

—¡Nos bajan el sueldo de nuevo! — intenta adivinar Carlos con cara de horror.

—Nooo... no tiene nada que ver con eso. Lo cierto es que tengo que comentaros un aspecto de la reunión de ayer un poco peliagudo. Es totalmente confidencial, le pregunté a Dana si podía hablarlo con vosotros, y le costó un poco aceptar, así que espero que seáis conscientes de que, aunque no se trate de una paciente, recibirá el mismo trato confidencial que si lo fuera. —Percibo bastante expectación en sus rostros, pero asienten como si tuvieran motores propulsores en sus cabezas.

—¡Venga Elea, suéltalo ya!

—Dana me ha confiado que atraviesa una crisis con su marido, y me ha pedido que los ayude con la terapia.

Vicki se cubre la cara con ambas manos, maldiciendo algo que no logro escuchar, y Carlos parpadea un poco asombrado por nuestra actitud. Evidentemente, él desconoce mi pasado con Marco.

—¿Eso es todo? — me pregunta, perplejo—. Hombre, ya sé que es peligroso tratar a tu jefa en terapia, pero...

—¿Qué le dijiste? — lo interrumpe Vicki tras recomponerse.

—Pues me negué, pero...

—¿Cómo que te negaste? ¿Estamos locos o qué? Están a punto de chaparnos esto, no podemos negarnos, Elea — me corta Carlos, visiblemente confundido.

—Carlos, es que tú desconoces algunos detalles de la situación — suspiro

antes de seguir—. Yo tuve algo con Marco hace muchos años. No fue nada serio, pero, bueno, Dana no sabe nada y ahora no deja de ser un poco raro todo —confieso, mientras lo veo abrir los ojos como platos. Vicki asiente, observándonos preocupada.

—Mierda. ¿Estuviste con él? ¿Cuándo?

—Hace mucho, en la universidad, pero solo fueron unos días. Cuatro años después, Dana me lo presentó como su prometido, y yo no pude confesarle nada. Si ahora se entera, le va a sentar fatal...

—No tiene por qué enterarse. Pon cualquier excusa y no los trates — intenta resolver Carlos. Claro, como si fuera tan fácil.

—Lo he intentado, pero ya sabéis cómo es, me dijo que no había opción. Intenté pasarle el caso a Vicki, pero no quiso.

Lo cierto es que Dana no confía mucho en la profesionalidad de Vicki. Ya me lo ha hecho saber en algunas ocasiones, e incluso me costó convencerla para que la contratasen, pero es un tema que ellos desconocen.

—Sí, ya lo imaginamos, tranquila.

—Uff, menudo marrón, esto se nos puede complicar. —Resopla Carlos, y yo me siento un poco más culpable si cabe. Me duele que el centro pueda peligrar ahora más por no haber hecho las cosas como debía en su momento.

—Me sabe fatal que estemos en esta situación por mi culpa.

—Eh, eh, eh... venga, no digas eso. Que la fundación está en pie gracias a ti, que la llevas levantando desde el principio. Esto no es para tanto —añade tajante Vicki, lanzando una mirada de reproche a nuestro compañero—. ¿Te presionó mucho con el centro? Cuéntanos cómo fue.

Asiento resignada y les resumo la reunión. Por supuesto que intenté negarme cuando Dana me pidió que les ayudara como psicóloga a ella y a Marco. Primero entré en *shock*, porque no era esa petición lo que me esperaba. Y, cuando logré reaccionar, la convencí de que era contraproducente que los tratara, porque, al ser conocidos, podía perder la objetividad.

No lo hago por mi historia con él, de eso hace mucho y está todo completamente olvidado. Pero, si ya es delicado tratar a gente conocida porque se debe cuidar mucho la objetividad, que sea la persona que controla tu sustento económico y con cuyo marido te has liado, ya es la monda. No, sabía que no podía tratarlos. Y menos en una terapia de pareja, que es lo que Dana cree que necesitan.

Dana cedió en el tema de la terapia, pero insistió en que debía hablar con

él para convencerlo de que se dejara ayudar. Insistió, insistió mucho. Me aseguré que no había oído a nadie defender mi profesión como lo hago yo, que tanto sus padres como ella confiaban mucho en mi profesionalidad, y que todos estaban de acuerdo en que debía intentarlo. Intenté zafarme de nuevo, sugiriéndole a varios colegas y explicándole que podía traernos consecuencias negativas a nosotras en nuestra relación profesional, pero Dana no escuchó ninguna de las mil razones que empleé para escabullirme. Incluso me sacó el tema de la delicada situación de la fundación para que fuera consciente de que aquello no era una petición. Era una orden. O un chantaje, según quisiera verlo.

Mis compañeros me escuchan con atención, y atisbo gestos de indignación cuando les relato las presiones de Dana. No es santo de su devoción...

—A mí me suena a capricho, no parece nada tan grave. Ahora estará de moda en su club asistir a terapia de pareja, y a la señorita se le ha ocurrido —escape Carlos.

—Al parecer, ella ha intentado que vayan a un terapeuta de parejas muy conocido —les explico—, pero Marco se niega a recibir ayuda de ningún tipo. Es de los que *no cree* en los psicólogos —remarco, algo molesta.

Aún me asombra eso de que *no crean* en los psicólogos. Como si fuésemos una religión o algo por el estilo.

—Pero ¿tan grave es su situación?

—Bueno... a ver... Dana está preocupada porque cree que están en una crisis de pareja, pero él lo niega. Sospecha que puede tener una amante, pero a la vez se niega a creerlo. Lo percibe muy irritado y los últimos meses su carácter ha empeorado, lo que ha afectado más a la convivencia. Lo cierto es que conseguí que aceptara que no podía tratarlos como pareja, porque no soy especialista en ese ámbito. Pero sí que tengo que hablar con él y tratar de convencerlo de los beneficios de ir a terapia.

—¿No los tienes que tratar?

—No exactamente. Logré convencerla de que lo único que podía hacer era orientarlo un poco sobre lo que se hace en una terapia de parejas para que razone ante el tema. Serán cuatro sesiones en total. Después de eso, sea cual sea el resultado, Dana me ha asegurado que no me pedirá nada más. Si al final Marco accede a ir a terapia, les recomendaré a algún colega experto en el tema.

Cuatro sesiones. Cuatro. Solo cuatro... Es gracioso a veces hacia dónde te

puede arrastrar la vida. Desde que Dana nos *presentó* hace cuatro años, Marco y yo nos hemos evitado al máximo. Hemos cruzado un par de palabras de cortesía cada vez que nos hemos encontrado. No porque la situación fuera incómoda por nuestros sentimientos; sé que estamos vacíos de ellos. Más bien porque ambos cargamos con el peso de la mentira, y eso incomoda. Y ahora nos tenemos que sentar a hablar, y lo tengo que persuadir de que tiene que ir a terapia con su mujer.

Me río por no llorar, mientras observo a Carlos y a Vicki más tranquilos.

—Joder, haber empezado por ahí. Eso lo mejora todo —suspira Carlos.

—Entonces, serán como charlas de orientación sobre las terapias, ¿no?

—Sí, algo informal.

—Bueno, yo no lo veo para tanto. Hablas con él, le sueltas todo ese rollo que siempre dices sobre la psicología y *chim pum* —asegura Carlos, muy optimista.

—No quiero ser irracional ni negativa, pero no lo veo tan fácil. Puede ir mal y que Dana se enfade conmigo y lo mande todo a hacer puñetas, y quiero que seáis conscientes de ello.

—No nos anticipemos, Elea —interviene mi amiga—. Eres muy buena profesional, y estoy segura de que por eso ha acudido a ti. Puede que suceda lo contrario, y consigas convencerlo.

—No lo creo. —En el mismo momento en el que lo digo, me doy cuenta de que mis pensamientos me están jugando una mala pasada y debo cambiarlos. «Venga, Elea, rescata a la psicóloga que hay en ti y aplícate el cuento, bonita».

—¿Sientes algo por él? —pregunta Carlos.

—¡Claro que no! Fue una tontería, y éramos unos críos. ¿¿Cómo voy a sentir algo??

Joder, me enfada que no me entiendan. Estoy preocupada. Nuestro centro peligra, y con él la ayuda a los pequeños y nuestro puesto de trabajo, y no puedo permitirme eso en plena crisis económica nacional e individual. Y no quiero ni pensar en dejar de ver a los niños del centro. Lo de mis sentimientos por Marco está muy claro, muy muy claro.

—¿Es tu *hombre y sí*? —interviene Vicki, recordándome nuestra charla del día anterior.

—Nooooooo, he dicho que no. Así que no vayáis por ahí, que no es eso.

—¿De qué habláis? ¿Qué es un *hombre isi*?

Mi amiga consigue reírse entre tanto drama y le explica el bautizo de los

*hombres y si* a Carlos, mientras yo intento relajarme un poco y controlar mi enfado por la situación.

—Si no te queda otra opción, y dices que no sientes nada, no es para tanto —sostiene Vicki—. Piensa en Paula, varios de sus ex siguen yendo a su peluquería y ella tan contenta.

Sé que Vicki está intentando desdramatizar la situación con humor, pero creo que estoy cansada, porque de repente me imagino cortándole el precioso pelo rubio a Marco, y pienso que me resultaría mucho más fácil eso que sentarme cara a cara con él. Aparto la idea de la cabeza y me vuelvo a esconder tras mis manos.

—Ele, cariño, creo que estás magnificando esto porque estás en una etapa complicada. —Vicki acaricia mi espalda; vuelvo a aparecer tras mi desesperación y la miro esperanzada—. Es normal que, con lo de Lucas y todo, estés un poco aturdida, y puede que estés exagerando esto. Confía en ti y Afróntalo con seguridad. Si te lo han pedido, es porque saben lo buena que eres. Nosotros confiamos en ti, y sabemos que lo convencerás.

Sus palabras son un bálsamo. ¿Y si tiene razón Vicki? ¿Y si lo estoy exagerando un poco? Puede que sea todo más sencillo y pueda hablar con él un par de veces, e incluso llegar a convencerlo. Un halo de esperanza me atraviesa; eso sí, con poco entusiasmo. Quizá porque sé que Vicki es siempre optimista. Además, es la típica amiga que siempre te da la razón. Ya puedes llamarla y decirle que estás pensando en tatuarte todo el cuerpo con el programa político de cada uno de los partidos de tu país, que te va a decir que, si te hace feliz, lo hagas. Paula se parte de risa en tu cara y encima te da ideas para que además de los programas políticos te tatúes en el brazo la cara de sus dirigentes rodeados de corazones. Así que con ellas suelo estar perdida.

Carlos y Vicki siguen reflexionando sobre la situación, y yo los escucho a ratos, les cuento algún detalle más de la charla con Dana, y los informo de que las sesiones serán los lunes a las ocho, tras las últimas terapias con los niños, con el centro cerrado. El próximo lunes empezaremos la primera. Ellos intentan bromear un poco con el tema de la terapia y, finalmente, pasamos a organizar algunos asuntos pendientes sobre el centro, que consiguen evadirme.

El resto, lo hacen las sesiones con los niños. Es imposible describir el inmenso orgullo que siento cada vez que veo una pequeña evolución en alguno de ellos. O cuando los veo entrar con sus caras de entusiasmo, o

cuando me hacen sentir tan especial con su cariño. Es el enganche de mi profesión, el combustible de mi pasión. Una vez lo pruebas, es imposible vivir después sin intentar sentirlo de nuevo. Quizá por eso me implico tanto en mi trabajo, por eso considero a mis renacuajos casi como mi familia. Quizá por eso esté dispuesta a luchar con lo que sea para que la fundación se mantenga.

\*\*\*

Esta noche he conseguido dormir mejor. Ayer tuve tiempo para reflexionar y analizarlo desde otra óptica. Lo cierto es que es una situación que no puedo controlar, así que la mejor opción es aceptarla y enfrentarla con un punto de vista positivo. Quizá este sea el momento de sincerarme con Dana y contarle lo de Marco. Puede que sea la mejor opción, pero me gustaría antes avisarlo a él de mi decisión, ya que nos afecta a ambos.

Mi positivismo también se debe a que hoy es sábado y he podido estirar los minutos en la cama. La sensación de inquietud no se ha marchado de mi cuerpo totalmente, así que decido mantenerme ocupada todo el fin de semana, para intentar olvidar que el lunes tengo que enfrentarme a mi primera charla con Marco. Para olvidarme de que es fin de semana, el tiempo ideal para disfrutarlo en pareja, pero que Lucas sigue en Holanda...

Empiezo por ocuparme por fin de las cajas de mi mudanza. Mira por dónde que al final todas las situaciones negativas traen alguna ventaja, y mi urgencia por distraerme va a conseguir que me instale definitivamente en mi piso. Cuando me mudé hace tres meses, tan solo desembalé las cajas de lo que necesitaba: la ropa de primavera, los útiles de cocina y aseo, y poco más. El resto se ha quedado enterrado bajo el cartón, esperando con paciencia que surgieran mis ganas por reubicarlo en mi nueva vida.

Por un impulso irrefrenable de masoquismo, la primera caja que abro es la que contiene los álbumes de fotografías. La primera imagen es ya de por sí dolorosa. Sobre varios álbumes de fotos, resalta el marco plateado de mi boda con Lucas. En la foto, sonrío, comiéndome con la vista a mi recién estrenado marido, que me estrecha hacia su pecho mirando hacia el frente. Hasta en la imagen emana ese aspecto de hombre tranquilo, correcto, sincero, responsable. Quizá solamente lo aprecie yo, porque sé que lo es. Además, sale bien en la foto. No es que sea un hombre de los que quitan el hipo, pero tiene uno de esos atractivos implícitos, que resulta más evidente cuanto más lo miras. Es castaño, con los ojos color miel y un rostro sereno y simétrico,

casi tanto como es él. El precioso traje color gris no deja entrever su atlética delgadez, pero mi memoria la recuerda a la perfección.

Siempre me gustó esta foto robada. Ninguno sabía que nos estaban captando, y se aprecia la naturalidad de nuestros gestos. Ambos tenemos los ojos entrecerrados, nuestras enormes sonrisas provocaban que no pudiéramos abrirlos más. Se nos ve felices. Pletóricos.

Hay ilusión en la imagen. Hay compromiso. Hay esperanza. Hay promesa. Hay cariño. Hubo de todo eso.

Devuelvo la foto a la caja, la cierro de nuevo y decido dejarla para el final. Observo el resto de cajas, con los títulos marcados en rotulador: «libros», «ropa invierno», «revistas», «ropa invierno», «zapatos invierno», «ropa verano», «papeleo», «ropa ~~invierno~~ otoño»...

Es su letra. Y me hace recordar ese momento. Ayudándome a embalar mis cosas. Ambos en silencio. Él lo plegaba todo tan mal que le propuse que se ocupara de marcar el contenido de cada caja con el rotulador mientras yo lo organizaba. Ambos sonreímos un poco, sin borrar la amargura de nuestras caras. También lo corregí:

—No, eso no es ropa de invierno, es de otoño.

—Ah, es que no veo la diferencia. Aún no he podido encontrársela.

Y rectificó la rúbrica.

—Ponte un suéter de lana gorda en octubre con nuestro clima y, cuando te empieces a asar como un pollo, aprenderás las diferencias —bromeé, intentando frivolar el momento.

—Sí... tienes razón. Supongo que ahora me las tendré que apañar solo con todas esas cosas.

No respondí. Ni siquiera pude mirarlo a la cara. Me limité a suspirar.

—No te vayas... Espera a que vuelva, intentémoslo una vez más. Quizá solo esté un año fuera... —suplicó, con la voz quebrada.

Sacudo la cabeza como si el movimiento fuera a llevarse ese recuerdo, y mientras voy organizando las cajas, no puedo evitar pensar que no las he abierto antes porque aún lo estoy esperando. O lo estaba, ya no lo sé.

Esperaba que la separación lo hiciera reaccionar, que abandonara el proyecto de Holanda con la idea de recuperar lo nuestro. Esperé día tras día que me llamara diciéndome que volvía para luchar por mí. Pero en sus llamadas solo ha habido promesas. Promesas de que volverá pronto y lo solucionaremos. Promesas de futuro. Solo promesas. Siempre lo mismo.

## CAPÍTULO 7: UN UNIVERSO ALTERNATIVO

2005

Después de mi propuesta para comer, Marco sugirió invitarme a algún bar cercano, pero insistí en comprar unos sándwiches y organizar un picnic sentados en el mullido y fresco césped, bajo el cálido sol con mis libretas improvisando un mantel. Adopté la postura de india, y Marco alargó las piernas y comió elegantemente tumbado de lado. ¿Tenía que ser sexy incluso comiendo en el suelo? Sí, para mi deleite, parecía que así era.

La comodidad era palpable en el ambiente. No tuvimos que esforzarnos por buscar temas, ni había silencios embarazosos, ni posturas artificiales, ni intentos forzosos de nada... Reímos sin parar, hablamos de nuestras comidas favoritas, y de cómo cocinaban nuestras madres, y acabamos retándonos en un duelo de sus *tuppers* para la siguiente quedada. Supongo que parecíamos grandes amigos, nada semejante a dos desconocidos descubriéndose el uno al otro. Cuando nos cansamos de observar el lánguido paso de las nubes, con nuestras cabezas a escasos centímetros, volvimos a dar un largo paseo por el parque, dirigiéndonos hasta donde habíamos aparcado la moto en el principio de nuestra aventura. Volvimos a desfilar bajo los puentes que cruzan el cauce seco del río, y se me ocurrió volver al rol de guía del turista y le parloteé de todos los puentes que podíamos contar atravesando el río, cada uno de ellos de épocas y estilos distintos, según el barrio donde se encontraban. Algunos me parecían preciosos, majestuosos, fundiéndose con los detalles de la zona, con las gárgolas, o los arcos de piedra, las flores... Le confesé lo encantador que me resultaba apreciarlos desde abajo, como estábamos haciendo nosotros, paseando, con el cielo de fondo y la vista del río enmarcándolo. Marco desconocía que fueran tantos puentes y, como respuesta a mi entusiasmo, me aseguró que un día nos dedicaríamos a recorrer el paseo, contemplándolos uno a uno. Eran ya muchos días los que necesitábamos, y esa idea me ilusionó, se me metió entre la sangre y me turbó entera. Sonaba a empezar un *todo*.

Después, volvimos a rondar en moto por la ciudad, esta vez en un silencio placentero que contrastaba con el ajetreo de las calles. Me pareció que ambos estábamos sumidos en nuestros pensamientos. Intentaba hacer fotografías

mentales de todo aquello, para que esos momentos se quedasen eternamente conmigo. Retraté en mi cabeza la imagen de sus manos fuertes en los mandos de la moto. De su espalda firme protegiéndome del viento. La calidez que emanaba su cintura, y mis manos aferrándose a ella. El suave tacto de sus dedos fugaces, reposando en mi mano por efímeros segundos. El cosquilleo de mi cuerpo cuando rozaba mi pierna.

Marco rompió mi grabación de instantáneas. Aceleró la moto y frenó de golpe, provocando que desapareciera la poca distancia que había entre nuestros cuerpos y me abalanzara encima de él. El susto provocó que me sujetara demasiado fuerte a su cintura y que despertara repentinamente del dulce letargo en el que me había sumido. Cuando me recuperé, le di dos o tres palmadas en la espalda y farfullé algún insulto, y él se rio para repetir segundos después la pulla. Disfruté aferrándome a él, sintiendo su contacto prácticamente en todo mi cuerpo, estrechando mi mejilla contra su espalda.

—Es que pensaba que te habías dormido —se justificó entre risas.

—Ya, claro, no tiene nada que ver con querer apretujarme contra ti.

Desde su extraño comentario o confesión, no nos habíamos vuelto a besar. Seguíamos cómodos, pero necesitaba procesarlo todo con tiempo y desentrañar cómo podía afectarme a mí que Marco se definiera así. No es que quisiera un *para siempre*, pero tampoco quería meterme en la boca del lobo. Por eso, y porque la idea de *cansarnos* me rondaba por la cabeza, le dije que era tarde y debía volver a casa. No quería irme, hubiera estirado los minutos hasta convertirlos en horas, pero estaba asustada y abrumada, y una vocecilla en mi interior me pedía a gritos que ordenara todo aquel barullo de mi cabeza.

Marco me llevó a casa, y en ese momento sí que nació cierta inseguridad e incomodidad entre nosotros, o eso me pareció percibir. Definitivamente, éramos pésimos en las despedidas.

—Lo he pasado muy bien —dije, bajándome de la moto. Había estado los últimos minutos ensayando mentalmente cómo podía despedirme, aunque quizá en mi mente las palabras afloraban con más seguridad.

—Yo también. Espero que hayas disfrutado de esos pequeños placeres por nuestra tierra, *guía*. —Me hizo gracia que rememorara aquel comentario mío. Evidentemente, yo no podría olvidar nunca ese día. Me observó unos instantes, cargando toda su fuerza en su mirada y, curvando un poco los labios en una media sonrisa, esperando mi respuesta, que no llegó—. Te llamo pronto y nos vemos.

Asentí y me volví hacia el portal, un poco nerviosa, rezando para encontrar rápidamente las llaves en la bandolera y que mi trasero no fuera objeto de inspección por mucho rato. Él esperó montado en su moto, observándome hasta que encontré las malditas llaves y entré con aparente decisión en casa, sonriéndole al encontrarme con sus ojos vivaces, que se perdieron tras cerrar la puerta. Y allí me quedé, soportando la puerta, escuchando el sonido de su moto propagándose en el camino que lo alejaba de mí, al tiempo que empecé a procesar cada uno de los segundos del día con una dulce ilusión radiándose en mí.

No tuve noticias suyas hasta dos días después, el sábado, cuando me envió un mensaje preguntándome qué planes tenía el fin de semana y quejándose porque siempre tenía que ser él quien se interesase por mí. Para entonces, yo ya había hecho una tesis doctoral sobre sus palabras, y había llegado a varias conclusiones. La primera de ellas era muy evidente: estaba completamente extasiada con Marco. No tenía nada que ver con las pánfilas ilusiones que había tenido hasta ese momento con los chicos... era como si Marco hubiese sido extraído (a imagen y semejanza) de mis mejores fantasías. La segunda me costó admitirla un poco más: tenía miedo de ello. Y de él. No me consideraba una persona miedosa, pero la seguridad que emanaba, la franqueza al admitir el tipo de relaciones habituales y la poderosa atracción que yo sentía, hacía presagiar que aquello tenía muchas probabilidades de provocarme sufrimiento. Y ya tenía yo demasiado de eso en mi casa.

No pensaba cerrarme del todo a lo que pudiese surgir, pero sí me obligué a ir con pies de plomo y controlar mi interés en él.

Por todo ello, me devané los sesos para responderle en un tono neutral que ya tenía planes, cerciorándome de que no sonara en exceso a excusa o desinterés. Elegí cada palabra y coma... y no me sirvió de nada porque Marco me desarmó al llamarme por teléfono.

—Estás rara —soltó a bocajarro. O yo había medido muy mal las palabras o era en exceso transparente.

—Qué va... ¿yo, rara? Qué va... —Y, de nuevo, soné tan falsa que provoqué hasta sus risas.

—Desembucha, psicóloga.

¿Qué pasaba si era sincera con él? Por mis estudios reconocía la importancia de la comunicación... aunque no sé si ese era el momento de ponerla en práctica. Decidí que, habiendo sido pillada, ya poco me quedaba

como alternativa.

—Dijiste eso de que nunca habías estado en serio con ninguna chica antes...

—También dije que no me negaba a una relación más estable si surgía —replicó con tranquilidad.

—Ya, si no es que yo quiera desesperadamente atarme —respondí, resuelta, antes de que pensara que era una loca del compromiso—, pero me da un poco de miedo...

—¿Miedo?

Cuando aconsejaban los efectos positivos de la comunicación, deberían admitir también las contraindicaciones. En menudo apuro me había metido. Me sentí un poco estúpida pero... de perdidos al río.

—Sí. No quiero que haya una desigualdad de interés por ambas partes y acabar sufriendo.

El teléfono expandió sus carcajadas. ¿En serio yo había dicho desigualdad de interés?

—Joder, es verdad eso de que todos los psicólogos estáis rayados. —Las risas continuaban y empezaron a molestarme.

—Mira, opina lo que quieras. Simplemente no estoy yo para empezar caminos que no me lleven a ninguna parte. —Mi tono delataba que había encendido mi mecha.

—¿Y cómo sabes tú a dónde lleva el camino si no lo recorres, psicóloga *enfadica*? —Al menos alguien de los dos parecía divertido... aunque sus palabras tocaran diana.

Suspiré, al tiempo que llevaba la mano libre del teléfono a mi garganta simulando estrangularme.

—Escucha, Elea... ¿me oyes?

—Sí —susurré.

—No te agobies. Lo pasamos genial juntos, es evidente que quiero conocerte porque siempre soy yo el que te va persiguiendo, he rastreado la facultad de los pijamas en tu busca, ¿no es evidente que tengo interés?

—Sí, ahora mismo sí, pero...

—No hay peros. Disfrutemos el momento, ¿no es eso de lo que hablabas el otro día, de momentos? Iremos paso a paso, sin promesas, los dos nos exponemos en esto, si llega la *nada*, al menos habremos disfrutado antes del *todo*, sin medias tintas, ¿no crees?

Me dejó sin posible réplica.

—Tienes razón. No sé qué cable se habrá cortocircuitado en mi cabeza. Te prometo que no estoy todo el día planteándome estas cosas...

Esta vez sus risas me tranquilizaron.

—Lo que yo te diga, vamos, que todos los psicólogos sois unos rayados de la vida. Tanta teoría, tanta teoría, y, al final, tengo que venir yo a ayudarte a ponerlo en práctica.

Los piques, los duelos, las risas, las acusaciones, la comodidad y la espontaneidad fueron los protagonistas de la segunda parte de nuestra conversación, que finalizó con una cita para vernos el sábado siguiente en nuestro duelo de *tuppers* con la comida de nuestras madres, y pasear bajo los puentes. El ganador del duelo invitaría a cenar por la noche... Supe de inmediato que sería una semana laaaaarga.

Pero no contaba con que Marco consiguiera que no lo echara mucho en falta, alimentando ese *todo*. Nos mensajamos con asiduidad y nos llamamos alguna noche, hablando bajito, porque mi madre se olía algo y curioseaba.

No me sorprendía que mi madre sospechara, porque yo andaba por la vida con una sonrisa tonta dibujada en mi cara todo el santo día. Además, se me escapaban las risas nerviosas cada vez que mi móvil vibraba y leía alguna de sus tonterías, y me frotaba las manos restando el tiempo que faltaba para el sábado. Mi estado de humor contrastaba con el ambiente que se respiraba en mi casa, y me alegraba por ello, porque creí tener la capacidad de absorber todo ese dióxido de carbono y convertirlo en oxígeno para todos.

De nuevo, me equivocaba sin remedio.

No nos veríamos ese sábado.

El momento en el que se conoce a una persona es crucial. A veces, no le otorgamos la suficiente importancia, porque quizá es un factor que juega a nuestro favor, pero, cuando lo tenemos en contra, reconocemos su valor. En la mayoría de ocasiones, cuando conoces a una persona que te atrae e ilusiona, te parece estar flotando en un universo alternativo entre arcoíris, unicornios y flores de mil colores. Te parece. Es solo una vaga ilusión, la ilusión de que el resto del mundo está en otra dimensión y no puede inmiscuirse. Conmigo las circunstancias fueron superiores: me inundaron sin remedio.

El jueves de esa misma semana, mi madre me despertó gritando frenética a las siete de la mañana, agitándose entre llantos y suplicándome que llamara a una ambulancia para mi padre. Antes de que pudiera apenas despertarme, ya había llamado y me encontraba a los pies de la cama de mi padre,

diciéndole a una voz tras el teléfono que no respiraba. Mi padre no respiraba. Llamadas. Intentos de reanimación. El cuerpo de mi padre frío y rígido. Los alaridos de mi madre. Las miradas de lástima de los vecinos que se habían acercado a ayudar. El miedo entrando por mis poros e instalándose allí. El nombre de mi padre aullado por mi madre mil veces. Las preguntas que se habían estancado en el aire. Y el pesar que había aparcado en mi pecho. Entre todo ello, fui consciente de que mi padre nos había dejado para siempre.

Indudablemente, los días siguientes fueron un infierno, pero nada comparado con lo que aún estaba por llegar.

Mi padre había sufrido un infarto, y mi hogar se había sumido en el caos. No me quedó otra opción que adoptar el papel de cuidadora. Mi madre se pasó días atiborrada de pastillas, muy a mi pesar. Mi hermano, que al menos postergó un tiempo sus desapariciones y disparates, vagabundeaba con la cabeza gacha y se escondía para lamentar su pena. En mi casa los hombres no lloraban.

El resto de mi mundo quedó sepultado bajo la pena, las dudas, las preguntas... Había respondido a algunos de los mensajes que me habían llegado dándome el pésame, pero no me apetecía hablar con nadie, así que no cogí ninguna de las llamadas. Uno de los mensajes fue de Marco, que, ajeno a todo, intentaba quedar conmigo. Le respondí que tenía algunos problemas y no podría quedar en algún tiempo. Me respondió con una llamada que no quise descolgar.

A mis escasos veinte años, tuve que enfrentarme a un intento de abogado hablando de temas totalmente nuevos para mí, y solucionar el papeleo que al parecer entrañaba una muerte. Y, debido a ello, se descubrió el pastel. Aquello por lo que entendimos que mi padre llevara tanto tiempo arisco y encrespado. Quizá incluso aquello que había provocado el infarto.

Se había ahogado en las deudas.

Y nos desahuciaban de casa.

Lo perdíamos todo.

Cuando lo supimos, esperando que fueran errores del inepto abogado, o una incomprensión mía, llamamos a mis tíos, la única familia de mi madre, para que nos ayudara a entender. Pero lo que entendimos fue que estábamos en un aprieto. Mi padre había estado sacando dinero todos los meses desde hacía un tiempo. Había pedido un préstamo para cubrirse, y no había afrontado los plazos.

Al parecer, el dinero se lo había llevado el juego. Y, sabiendo lo que le

esperaba a su familia, también se lo llevó a él.

Nos habíamos quedado sin él. Nos íbamos a quedar sin casa. ¿Qué más nos quedaba? Solo nosotros y nuestra amargura. Y los reproches en silencio. Y los alaridos de mi madre preguntándose por qué.

Por qué.

Por qué.

Por qué...

Después de aquello, se quedó casi sin palabras, como si la vida, ecuación a ecuación, le hubiera ido restando las letras del abecedario y con ellas sus ganas de comunicarse con el mundo.

Mi dolor fue mayor que la pequeña ilusión que se había empezado a generar con Marco. Así que, semanas más tarde, le contesté a uno de sus mensajes diciéndole que lo sentía, pero no era un buen momento para conocernos. Entendí lo del *todo o nada* cuando ni siquiera me contestó. Quizá se cansó de mensajes sin respuesta. Quizá entendió que por mi parte había llegado la *nada*. Quizá tenía otros intereses.

Poco después, nos trasladamos a vivir a casa mis tíos, de forma temporal, mientras encontrábamos otra solución. Nos cortaron las líneas telefónicas y cambiamos de números. De casa. De vida. De carácter. Finalmente, mi hermano se fue a vivir con su novia y los padres de esta, mi madre se quedó viviendo en casa de su hermana y yo me busqué un trabajo a media jornada como recepcionista en un gimnasio para poder seguir estudiando. Los horarios de la carrera y el trabajo me obligaron a buscar una habitación en alquiler en Valencia meses después, donde me esperaban mis mejores terapeutas, Vicki y Paula.

Y sí, por supuesto que alguna vez pensé en Marco. En aquel chico que me divertía, me seducía, me pinchaba, me alteraba, me calmaba y me ilusionaba a niveles desconocidos para mí. Por ello estuve tentada a llamarlo en algunas ocasiones, cuando mi vida empezó a redirigirse de nuevo. Pero el miedo al rechazo fue mayor. ¿Se acordaría de mí? ¿Sería todo como cuando nos habíamos conocido? En esa época, me sentía vulnerable, tenía demasiadas puñaladas abiertas en canal, no quería provocarme yo misma otra. Tuve que extirparme a fuego lento sus recuerdos. La anestesia de mi situación familiar facilitó la operación. Tuve que convencerme de que tan solo había sido un lío sin importancia. Recordarme que él no había intentado ponerse en contacto conmigo. Imaginarlo rodeado de otras chicas, mil veces más guapas, mil veces más sexis, con mil problemas menos que los que yo tenía. Me convencí

de que lo único que un chico como Marco podía ofrecerme eran dolores de cabeza, y yo aspiraba a tener una vida tranquila, a no cometer los errores de mi madre, a hallar a un compañero que no me hiciera sufrir.

No volví a saber nada de Marco hasta cuatro años después, cuando mi jefa me lo presentó como su prometido.

# PARTE II: PASIÓN

## CAPÍTULO 8: MIS SACRIFICIOS

MARCO

—Marco, tu mujer al teléfono —me avisa Celia, irrumpiendo en mi despacho con un mohín—. Dice la marquesita que te está llamando al móvil y no lo coges. ¿Le digo que estás reunido y va para largo?

A pesar de no estar de humor, se me escapa una sonrisa. Celia, además de mi secretaria, es la mujer de mi hermano; por eso le permito esos motes hacia mi mujer. Es de las pocas personas que en estos momentos sabe cómo arrancarme una sonrisa. Dana y ella batallan una elegante guerra fría: no se soportan, pero fingen que se esfuerzan por disimularlo.

—Perfecto, dile que la reunión es con unos directivos importantes. Pero ¿por qué no utilizas el teléfono interno para esas cosas? —la regaña. Sabe que no me gusta que entren al despacho sin motivo.

—Porque me encanta ver la cara de jodido que pones cuando te hablo de ella. —Y se marcha con aire triunfal, mientras yo sonrío sutilmente negando con la cabeza.

Al pensar de nuevo en Dana me sacude el enfado. Lleva toda la mañana llamando y enviándome *whatsapps*, aun después de haberla advertido de que estoy muy ocupado. Intuyo que sabe que la estoy evitando, pero no me preocupa.

Arturo me mira sonriente mientras niega con la cabeza.

—¿De qué diablos te ríes? —espeto, fulminándolo con la mirada.

—Eh, relájate conmigo, que al parecer soy un directivo muy importante —bromea, divertido, el muy cabrón—. ¿De qué me voy a reír? ¡De Celia! La verdad es que pones cara de jodido cuando te hablan de Dana, pero solo ella puede reírse de ti en tu cara por eso.

Resoplo y me niego a contestarle. Con lo furioso que estoy, si hablo, lo pagaré con él. Me limito a volver a coger las hojas que tengo delante e intentar centrarnos de nuevo en lo que fuera que estuviéramos haciendo antes. Soy consciente de que Arturo me está mirando fijamente, por lo que levanto la vista.

—¿Qué pasa ahora? —resoplo.

—¿Qué te pasa a ti? Hoy estás más irritado que de costumbre, y mira que eso es difícil. ¿Más problemas con Dana?

No los considero problemas, tengo la situación bastante controlada, pero

los últimos imprevistos con ella me han hecho utilizar demasiados recursos y me está agotando.

—Nada importante, no te preocupes. Sigamos.

—Soy yo, Marco, suéltalo y descansemos un poco —se exaspera.

Dejo caer los folios sobre la mesa y me masajeo los lagrimales del ojo con el índice y el pulgar. Necesito relajarme.

—Dana me ha pedido que vayamos a terapia —digo, observando el gesto imperturbable de Arturo—. Cree que llevo demasiados meses estresado e irritado, y dice que nos está afectando en todos los aspectos.

Suspiro, mientras me acomodo en el sillón de mi escritorio. Mi mujer lleva meses dándome la paliza con el tema de ir a terapia, pero esta vez no me ha dejado otra salida que aceptar. Cree que estoy estresado e irritado, que nuestro matrimonio atraviesa un bache, que no me ve feliz... ¿Qué coño pasa? ¿Que no llevo la falsa sonrisa como ellos pintada en mi puta cara las veinticuatro horas del día? Finjo la mayor parte de mi vida, así que no puedo fingir más en casa. Estoy hasta los huevos.

—¿Eso es todo? Eso lo manejas tú con los ojos cerrados, hombre. Niégate y ya está —me intenta tranquilizar Arturo.

—Ya lo he hecho. Me negué, y lo compliqué todo. Vinieron mis suegros a casa para apoyarla. —Solo con el recuerdo de la situación ya me hierva la sangre. Eso es lo que pasa cuando te casas con una niña de papá, que estás casado con ella, con el papá, con la mamá y con la niña. Así soluciona los problemas mi mujer, trayéndome a la tribu.

Prácticamente me insinuaron que, si no tenía un buen estado anímico, no confiaban en que pudiera contar con las habilidades para dirigir sus empresas cuando mi suegro se jubile. Jugaron sucio, me cago en la puta. Jugaron sucio. Han estado tanteando todo este tiempo la fecha del traspaso de la gestión de la dirección porque saben que es mi sueño, mi ambición profesional, y me chantajearon con eso. Creé mi propia empresa de publicidad y organización de eventos de lujo poco antes de casarme, pero su promesa siempre fue que en un plazo de uno o dos años dirigiría el imperio de empresas de mi suegro: varios restaurantes repartidos por España y los dos hoteles. Para ese momento me he estado preparando y formando todo este tiempo. Por ello me zambullí en otra vida muy distinta, de otra liga y en primera división. Y en mi nueva vida las apariencias cuentan mucho. Así que me calcé la máscara y empecé a jugar como ellos, pero al parecer no es suficiente.

Pienso fundar un imperio cuando me ponga al frente del negocio, quiero

crear una cadena de hoteles y conseguir que sean de cinco estrellas. Pero ya son casi cuatro años, y mi suegro sigue posponiendo su jubilación, y hay más sacrificios, y están consiguiendo acabar con mi paciencia. Me agrio al recordarlo y doy un puñetazo en la mesa.

—Eh, eh, eh... Relájate, campeón. No te subleves tan rápido, has solucionado cosas peores.

—Sé que voy a solucionarlo, joder. Pero me cabrea que jueguen conmigo. Si tenemos o no problemas, a ellos no les importa, no es su matrimonio. Y encima me ponen sobre la mesa el tema de la dirección de las empresas que están postergando ya años y lo sacan ahora para salirse con la suya...

Arturo asiente con su mirada fija en mi mesa.

—Te han manejado un poco, pero si lo ves por otro lado, tampoco te piden tanto. Vas al psicólogo, le cuentas una milonga, y problema resuelto.

—Es psicóloga, y ambos la conocemos... —lanzo, esperando su reacción.

—¿Cómo?

—Me han pedido que vaya a terapia con Elea.

La convicción del gesto de mi amigo se desvanece al escuchar la última frase.

—Putra miseria... estás en un marrón.

Así es. Habría accedido a visitar cualquier otro psicólogo, y no es que me haga gracia, pero habría sido más sencillo ir a otra persona. Con ella, esto se me enreda un poco. Cuando me vi arrinconado, intenté explicarles que me sentiría más cómodo acudiendo a otro profesional, sin insistir demasiado, para que no sospecharan nada. Pero, evidentemente, ellos la preferían a ella, la conocen desde hace mucho, tiene mucho prestigio profesional, y sé que mi suegro piensa que eso es un punto a su favor para poder *controlarla* a su antojo. Además, creen que mis visitas a la fundación pueden disfrazarse como temas de negocios, por lo que nadie se enterará de que hay problemas en su paraíso particular. En este mundo, las apariencias cuentan casi tanto como el dinero.

Ese es el único aspecto que echo de menos de mi antigua vida: no tenía que fingir las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, todos los meses del año. Las apariencias van con el pack. Junto con el ático en el centro, la señora de la limpieza, el Jaguar, la ropa de marca, las vacaciones, los hoteles y Dana. Así que estoy intentando vivir con ello como puedo.

—No entiendo nada. ¿Por qué Elea?

—Porque les conviene, Arturo. Es su empleada, la conocen desde siempre

y confían mucho en ella como profesional. Dana quiere que nos trate ella por encima de todo. Y así, de paso, disfrazo nuestras consultas como temas de negocios. No tienen ni idea de que nos conocimos... íntimamente, así que para ellos es la solución perfecta.

—Elea no accederá, tranquilo. Se inventará cualquier excusa pero no os tratará. —Sonríe con ingenuidad.

—Ya lo ha hecho —suelto, tajante—. La han presionado con el tema de la fundación, que pende de un hilo. Ha pactado con Dana que no nos tratará como pareja, porque no es su especialidad, pero intentará orientarme y razonar conmigo para que vaya a terapia con algún colega suyo. —Observo el gesto de asombro de mi amigo—. Ha acordado que solo habrá cuatro sesiones; me convenza o no, tras ellas, se queda al margen de la situación. Imagino que ha puesto un tope porque sabe que no hay posibilidad de convencerme, así esto no se alarga.

Arturo se revuelve un poco en su asiento mientras se acaricia la barbilla.

—Al menos te ha facilitado las cosas —responde, con la vista fija en mí.

Sí, así es. Lo cierto es que me preocupé cuando mi mujer me explicó la conversación con Elea. Temí que se sintiera presionada y acabara confesando nuestro pasado. Sé que Dana no soportaría la envidia, lo trataría como una humillación, y nos traería serios problemas a todos. Sospecho que a Elea más que a mí. Pero, al parecer, ella mantuvo el tipo y negoció con mi mujer. Conozco lo persuasiva e insistente que es Dana, así que me doy por satisfecho con los términos del pacto. Cuatro sesiones, una por semana, y se acabará este infierno.

—Sí, lo cierto es que sí me ha allanado el terreno. El resto lo he hecho yo solo. —Mi amigo me mira con gesto de interrogación—. Le di un ultimátum a Dana. Solo accedí a ir si, tras las cuatro sesiones, sea cual sea el resultado de las mismas, no vuelve a insistir con la idea de la terapia y empezamos a idear el traspaso de poderes de las empresas. A ver si es tan obstinada con su *papi* como conmigo.

Que mi mujer esté siempre encima de mí con sus preguntas y extrañas ideas está acabando con mi paciencia. Al fin y al cabo, no he hecho un mal trato, y encima mis suegros comprueban que estoy dispuesto a ir por el beneficio de las empresas. No tiene por qué ir mal.

—Cuidado, amigo —me advierte Arturo en un tono amenazador—. No estás en condiciones de exigir, te tienen cogido por las pelotas.

—Dana ha accedido, así que no creo que lo tenga tan claro...

—O confía mucho en Elea, y cree que al final saldrá ella victoriosa...

Descarto la posibilidad regalándole una sincera sonrisa.

—Amigo mío, parece mentira que me conozcas tan poco —afirmo, totalmente relajado. Es indudable que eso no va a suceder. A pesar de todo, sigo controlando la situación, estoy seguro.

—Cuidado... Está claro que tu mujer tiene un don para conseguir siempre lo que quiere —susurra mi amigo, señalándome con el dedo.

Y me jode que así sea, pero no puedo refutarlo. Me pregunto si no será eso lo que ha jodido tanto nuestra situación. Las cosas no fueron siempre así. Tampoco estuve profundamente enamorado de ella nunca. Bueno, ni de ella ni de nadie. A mí esas cosas no me pasan. El porqué no lo sé a ciencia cierta. Imagino que soy un tipo demasiado racional y práctico. Y el amor no entra en ninguna de esas dos categorías. Pero, al menos, con Dana las cosas eran fáciles. Siempre lo fueron. Nos conocimos cuando estudiábamos un máster en una prestigiosa universidad de Madrid. Ambos éramos de Valencia, pero ese título era el mejor en *marketing* y publicidad ofertado en el país. Solo lo podían pagar los niñitos de papá, como ella. Por eso lo estudié: si quería meterme en el mundo de los grandes negocios, tenía que estudiar en los sitios en los que esos contactos se forjaban. Lo tuve tan claro que no me importó invertir en ello mi parte de la herencia de mi madre.

Al principio, no noté ninguna distinción especial hacia mí, pero, una noche de fiesta, coincidimos con ella y sus amigas en un local y creo que la impresión que causé en sus amigas fue lo que movió a Dana a sentir atracción por mí. De repente. Así que su indiferencia en las clases se tornó en un desmedido interés; temí por momentos que se quedara sin pestañas de tanto aletearlas. Tortícolis tuvo seguro, porque se pasaba todo el día ladeando la cabeza y retorciéndose el pelo mientras me sonreía. Me pedía ayuda para todo, se ofrecía para todo... Hubo momentos incómodos. Siempre he estado acostumbrado a que las mujeres me encontraran un punto atractivo, y a que me lo hicieran saber, pero no hasta ese punto. Al final, consiguió convertir lo difícil en sencillo. Un día de tantos en los que nos juntábamos el grupo de clase y acabábamos con las existencias de las bebidas más repipis de los locales más *in* de Madrid, acabamos conversando solos en la barra. Me preguntó por mi estado sentimental, y ambos coincidimos en ser escépticos en el amor. Ahora dudo, y me pregunto si lo pensaba realmente o era una estrategia para darme la razón; el caso es que ambos reconocíamos que la parte romántica parecía tras el efecto de la novedad. Para mí, era un huracán

de pasión que parecía un *todo* y se convertía pronto en *nada*. Estábamos de acuerdo en que la sociedad promovía esa necesidad de estar en pareja. Después de esa conversación, una cosa llevó a la otra y nos sorprendimos al coincidir también en una visión similar de la vida, con unas metas muy cercanas el uno al otro. Dana catalogó todas esas coincidencias, sumadas al hecho de que ambos fuéramos de Valencia y nos conociéramos en Madrid, como una señal del destino, y siempre he pensado que eso la empujó también a probar a empezar una relación que se sustentara en nuestras ideas.

Esa noche, la acabamos en su cama, y la mañana me pilló desprevenido, con un resacón de narices y una chica convencida de que teníamos una relación formal. El grupo de clase también contribuyó a afianzarlo, nos habían visto salir juntos, así que a partir de ese momento nos trataban como pareja. Yo tampoco ayudé a disuadir a nadie. Dana me ponía las cosas fáciles, sin agobios, sin demandar gestos acaramelados... Aunque nunca lo hablamos claramente, creo que también influyó el hecho de que competía con sus amigas, y pescar al ligón parecía un reto apetecible. Por mi parte, desengañado en tantos aspectos, en ese momento una relación tan llevadera me pareció una opción satisfactoria. Me compensaba que ella tuviera las ideas tan claras sobre las relaciones, y que siempre fuera tan predecible y facilitara las cosas con sus ideas superficiales y prácticas. Parecían muy frecuentes en su mundo de élite. Pocos meses después, finalizado el máster, regresamos a Valencia y Dana me planteó la boda para poder empezar a vivir juntos. Y un año después pasamos por el altar, con sus padres decepcionados por el partido elegido por su hija, pero sonrientes y orgullosos a ojos de todo el mundo. Nosotros con las ideas claras: en el futuro, ella tendría todas las apariencias que quisiera, y yo me dedicaría a las empresas en un mundo que se abría ante mí.

Quién lo diría..., pero de todo eso ya hace cuatro años.

—Venga, Marco, vámonos a comer por ahí y te despejas, que te hace falta. —Me rescata mi amigo de mis meditaciones.

Salimos a comer a uno de los restaurantes de siempre y, mientras nos preparan la mesa, las camareras coquetean con nosotros como viene siendo habitual. Muchas de las mujeres del restaurante levantan la vista cuando pasamos cerca de sus mesas. Algunas se recrean, otras disimulan frente a sus parejas. Es el efecto de la ropa de marca, de tendencia y una buena percha, nada más. Arturo les sonrío a casi todas, y le guiña el ojo a una rubia que se acaricia el escote. Estoy seguro que saldrá del restaurante con su número de

teléfono y, esta noche, se conocerán más a fondo.

Mientras comemos, mi amigo me distrae relatándome sus últimas conquistas y episodios sexuales. El tío, a sus treinta y dos años, sigue como si aún tuviera veinte. Tiene nuevas citas todas las semanas, se va a la cama con mujeres distintas cada fin de semana, y no engaña a ninguna, ni se engaña a sí mismo; todas saben qué pueden llegar a esperar de él y lo que no obtendrán nunca. Y es feliz. No hay más que verlo. Mientras habla, yo me planteo qué ha podido fallar para acabar así, asqueado, estirando el tiempo para no llegar nunca a casa.

Su estrategia de distracción ahora gira en torno a temas del trabajo. Estamos intentando cerrar varios contratos succulentos con unos grandes almacenes, y los detalles nos llevan de cabeza. Aunque mi amigo es consciente de que la mía hoy no está al cien por cien en los negocios.

—¿Te preocupa ella? —pregunta de repente.

—¿Dana?

—Elea.

—No —respondo, rotundo. Es la verdad. No me preocupa ella. Que me joda la situación no quiere decir que me preocupe—. Hablaré con ella y lo solucionaremos para salir ambos ganando. Solo quiero tranquilizarla para que no se sienta presionada y nos meta en un lío.

—¿No hablaréis de aquello?

—Joder, ¡no! Fue hace mucho, una gilipollez, no hay nada que hablar. Ella tiene su vida y yo la mía, y ni quiero meterme en la suya ni que se entrometa en la mía.

—Te jodió que pasara de ti... —Mi amigo me intenta pinchar con una sonrisa ladina, pero capto sus intenciones a la legua.

—Arturo, era un crío, no habían pasado nunca de mí, y yo tampoco insistí tanto. Fue lo mejor. Éramos muy diferentes. No hay nada de lo que preocuparse. Mi única inquietud aquí es que nada se des controle y mi suegro se jubile de una puta vez para que pueda dirigir yo las empresas. Y, si para ello tengo que ir y hablar con Elea, voy y punto.

—Donde hubo fuego...

—Ya, el problema es que no hubo fuego. Nos gustamos, nos liamos, dejé de interesarle y me olvidé de ella. Cosas de críos. Punto y final —digo, remarcando cada palabra para que quede claro y se olvide ya del tema.

—Entiendo —responde, cogiendo su copa de vino blanco—. Yo recordaba que te habías encoñado bastante con ella... pero serán cosas mías.

Además, no es de tu estilo —bromea. Está intentando hacer que salte, pero obvio sus comentarios y me concentro en la comida—. Pues he oído que se ha separado de su ex —ataca de nuevo.

—Sí, me lo dijo Dana. No me extraña, menudo páñfilo.

Desde la primera vez que vi a Elea con Lucas, me había parecido una relación abocada al desastre. No parecía mal tipo, todo lo contrario, pero dudaba que aquella chica espontánea que había conocido pudiera sentirse atraída eternamente por alguien tan cuadriculado y rancio como Lucas. Y al parecer no me equivoqué. Lo que no entiendo es como una mujer como ella ha podido obviar todos esos detalles. Cuando comprobé el poco interés que tenía por conocerme, no imaginé que su estilo de chico sería alguien tan aburrido como su exmarido. Todas las veces que los he visto, parecían cómodos juntos, pero no atisbé ni una sola vez esa chispa en su mirada... la chispa que sí tenía conmigo.

—Entonces genial, tengo el camino totalmente despejado. Dale recuerdos de mi parte esta tarde. —Me guiña un ojo, el muy cabrón.

—Se los daré, tranquilo, y deja ya el puto temita.

## CAPÍTULO 9: RESCATANDO RECUERDOS

ELEA

Ha llegado el temido lunes, pero lo cierto es que el fin de semana ha conseguido renovar mis energías y rescatar una actitud más positiva. Un porcentaje de ello se debe a que mi estrategia distractora para no pensar en todo el meollo en el que ando metida ha sido ordenar todas las cajas, y por fin mi humilde morada parece una vivienda y no un almacén de mercancías. Empezar a sentirme un poco ama de casa competente me ha producido una satisfacción hasta ahora inexistente. Es el comienzo, que tiemble el club de las marujonas, que allá voy con ellas.

Pero el mayor porcentaje de mi buen humor se debe principalmente a la salida nocturna del sábado con Vicki y Paula. Fue *destroyer*, como suele ocurrir con ellas.

Salimos por nuestro barrio, Ruzafa, que en los últimos años se ha convertido en uno de los más concurridos en cuestiones de ocio y cultura en Valencia. A las tres nos enloquece el barrio, por su multiculturalidad, por ser tan alternativo, por reunir locales tan diferentes, porque en ocasiones tiene alma de pueblo, con el mercado y las ancianas arrastrando sus carros repleto de productos frescos; y en ocasiones tiene alma de ciudad, cuando se encienden sus luces y la gente trascurre por delante de sus calles adoquinadas y sus edificios antiguos, apeándose en cualquier local *trendy*. Por eso siempre acabamos saliendo por aquí, con la misma gente de toda la vida. Por eso y porque, como nos dejamos el sueldo en los locales, solemos tener descuentos y privilegios, todo hay que reconocerlo. Total, que primero fuimos al bingo, del que salimos tan pobres como de costumbre, y después al local de uno de nuestros amigos, donde bailamos hasta la extenuación, nos reímos hasta tonificar los abdominales, y Paula, entre recuerdo y recuerdo de Julio, cogió una cogorza que la acabó llevando directamente hasta mi casa a dormir. Ayer se pasó el día conmigo, ambas en pijama con mi música de Pink a tope, ayudándome a acabar las cosas de casa. También tuvimos una de nuestras charlas. De esas que disfrazamos con palabras habituales, casi triviales, pero que podrían solucionar los problemas fundamentales de la humanidad. Y los nuestros. Si después siguiéramos nuestras propias palabras, claro.

—Lucas me ha enviado un correo —dije, mientras me mostraba ocupada con las últimas cajas.

—¿Qué te promete ahora? —Su voz mostró algo de fastidio, pero supe que no tenía nada que ver con la conversación, sino con él.

—Que vendrá unos días cuando acabe la una de las últimas pruebas de esta investigación.

—¿Y?

—Nada, que el miércoles me llamará, como todas las semanas, y que me echa de menos, y que cree que pronto podrá darme mejores noticias, pero no quiere adelantarlas. —Me sentí un poco ingenua mientras lo decía. Porque ese cuento me sonaba, y también me sonaba mi propia voz diciendo lo mismo una y otra vez, pero no recordaba ninguna vez que hubiera podido festejarlo.

—Ajá... —Paula ojeaba mis discos de Pink, Anberlin, Serrat, etcétera, y los colocaba en un mueble antiguo del comedor, sin apenas mirarme ni prestarles demasiada atención a mis palabras—. Pues quizá cuando vuelva sea el mejor momento para zanjarlo todo definitivamente, Ele.

Su propuesta no me pilló desprevenida, así que ambas seguimos ordenando y limpiando como si nada, dejando que esa frase se colara entre las vigas del piso sin ningún aspaviento. Al contrario que Vicki, Paula siempre ha sido categórica en su idea de que Lucas no me hacía feliz.

—Me parece una farsa que estéis *separados* pero mantengáis la idea de volver, si sabes que será un error. Cuanto antes os divorciéis y paséis página, mejor para los dos. No es justo tampoco que lo tengas en vilo cuando ambas sabemos que lo tienes claro —expuso de nuevo.

—No, eso no es verdad. Las personas cambian, Pau, y los problemas se solucionan. No tengo tan claro que quiera darlo por perdido.

—Tú misma, pero, una vez, unas amigas mías psicólogas me dijeron que uno de los problemas de las personas es que intentaban siempre solucionar las cosas de la misma forma, y eso nos abocaba al desastre una y otra vez. Creo que es momento de que dejes de escoger el mismo camino, Elea.

—Consejos vendo, y para mí no tengo —ironicé.

Y me pregunté si lo que me molestaba era que mi amiga no fuese capaz de aplicarse el propio consejo, o no querer aceptar que tenía razón. Sin embargo, Paula no me permitió pensar mucho en la cuestión, puso la canción *Enjoy the Silence*, de Anberlin, a tope y se puso a tararear la letra:

*Words are trivial  
Pleasures remain  
So does the pain*

*Words are meaningless  
And forgettable*

La letra quizá contenía un mensaje subliminal, mientras Paula me abrazaba, cantaba desafinando y se llevaba la molestia muy lejos de allí. Pero cuando ella y sus ocurrencias se fueron ayer por la tarde, empezaron a llegar señales de alarma que había conseguido ignorar durante el fin de semana.

Mis muchos esfuerzos no han logrado aparcar por entero los pensamientos sobre la sesión que tendré hoy con Marco. He imaginado el encuentro desde mil ángulos diferentes. En mi imaginación se han creado, sin querer, miles de situaciones posibles. Pero en todas, lamentablemente para mí, aparecían esos ojos mentolados, retadores. En todas aparecía él, con su letal elegancia y su sonrisa ladeada. Algunos resquicios de nuestra historia se han erigido con más fuerza. Me han visitado con vehemencia las evocaciones de un paseo en moto, de unos brazos torneados conduciéndola, de unas manos acariciando las mías, de una voz masculina susurrando en mi oído, de unos labios sensuales consumiendo los míos, de una sonrisa pícara, y unos ojos verdes seguros. Y, a pesar de la distancia en el tiempo, a pesar de que fue hace tanto... han logrado estremecerme.

La psicóloga que hay en mí me dice que es normal, que guardo en mi memoria los recuerdos de las emociones que sentí esos días, que embargaron cada uno de mis sentidos: Deseo, optimismo, interés, sorpresa, éxtasis... Y me pregunta si tengo miedo a rescatarlas, si no he enterrado los recuerdos tan hondos por temor al dolor. A pensar en lo que pudo ser.

Me pregunta si no he estado evitando a Marco todo este tiempo, no por la mentira que entraña...

Sino por la verdad de lo que fue.

De lo que fue para mí, claro. Porque estoy convencida de que él no recuerda nada de aquello. Fui una más. Su no-reacción lo demostró. La psicóloga que hay en mí insiste en las preguntas. ¿De verdad está todo claro con él, Elea? ¿Realmente tienes claro que no amparas ningún sentimiento romántico? Le respondo que sí, y lucho con cada una de las intrusiones, con cada una de las preguntas, con cada respuesta que se queda en el aire, contra mi imaginación, contra mi memoria.

Mis intentos obsesivos por mantenerme ocupada me han llevado a traer a mi madre a mi nuevo hogar para comer con ella y mostrarle finalmente el pisito. De esa manera, pienso que conseguiré no pasarme el mediodía

cambiándome de ropa para la sesión y consultando mis apuntes sobre terapia de pareja del máster en Psicología Clínica. He optado por vestirme sofisticada pero profesional: con unos pantalones *capri* negros, una delicada blusa de *plumetti* en beige, la blazer negra y taconazos del mismo color. Y con esa pinta me ha sorprendido mi madre en la cocina, aunque la idea de traerla haya sido un auténtico desastre. Ni el arroz al horno que he comprado en Allioli me ha librado de sus quejas por lo que estoy haciendo con mi vida. En síntesis, mi madre no es capaz de entender:

- a) Por qué vivo en un piso alquilado si el piso del cual estoy pagando la hipoteca ahora mismo está vacío.
- b) Por qué el piso que he alquilado es viejo, pequeño y no tiene ascensor.
- c) Por qué me estoy separando de un hombre tan bueno y trabajador como Lucas.
- d) Por qué no lloro por los rincones si estoy en una crisis matrimonial, y me dedico a ir «de bar en bar» con mis amigas como si tuviera dieciocho años.

He intentado explicarle de mil formas distintas que:

- A) No vivo en mi piso porque mis suegros viven debajo, además de que me trae demasiados recuerdos.
- B) Mi actual piso es una finca de estilo modernista, no viejo, y el interior es *vintage*, y lo estoy decorando a mi gusto, con una mezcla de estilos rústicos y nórdicos muy *chic* que me tienen mucho más enamorada que las líneas frías e impersonales de mi anterior piso. Además, estoy a dos minutos de la peluquería de Paula, y a diez minutos de casa de Vicki. No tiene ascensor porque no puedo permitirme más.
- C) Ser bueno y trabajador no soluciona, por desgracia, las dificultades de mi relación con Lucas.
- D) Me dedico a ir de bar en bar con mis amigas porque llorar por los rincones hasta el momento no me ha solucionado nada, y los bares y mis amigas sí.

Mi madre tiene pocas palabras. Suele permanecer callada y recogida en sus humildes y aún negras prendas, pero las pocas palabras que le quedan siempre son dirigidas a mí, como en forma de plegaria, así que ha continuado con su repertorio de lamentos. Al final, he optado por callarme, porque se me rompe el corazón al verla tan preocupada, consigue despertar en la máxima

potencia mi instinto sobreprotector, y sé que, después de todo lo que ha sufrido, no merece cargar con mis problemas. La he dejado hablar sobre la importancia de la familia, y lo bien que nos irá cuando vuelva al piso con mi marido y formemos una familia, comprobando que el nivel de la aceptación de mi separación para ella sigue siendo nulo.

Lo cierto es que Lucas supo camelarse a mi madre fácilmente. Es el yerno que el noventa por ciento de las suegras querría. Por ello, mi madre no ha querido anunciar a nadie mi situación. Para la gente del pueblo, Lucas está en Holanda por trabajo, y yo sigo esperándolo en Valencia como una buena esposa. Porque eso es lo que se espera de mí. Siempre fui la hija pródiga, la buena estudiante, la chica responsable, la mujer trabajadora, la esposa virtuosa. Y encima psicóloga. No, el error no entra en mis posibilidades para ella. Por eso, cuando le anuncié mi separación, creo que el mundo de mi madre se resquebrajó de nuevo. Para ella era un fracaso. Algo inesperado en mí. Y me intentó convencer por todos los medios de que arreglara la situación.

Las llamadas de Lucas a mi madre no ayudaron, ni lo siguen haciendo. Él la llama semanalmente como si nada hubiera sucedido, y sigue conservando su intención de solucionarlo. Ambos están convencidos de que cuando regrese todo volverá a la normalidad. Ojalá yo pudiera engañarme a mí misma tan bien como hacen ellos.

Es curioso. O paradójico. Pero las mismas cosas que me enamoraron de Lucas fueron las que me desenamoraron. Me he preguntado todo este tiempo si quizá no era lo que yo quería para mí. Quizá solo llegó a mi vida en el momento más oportuno.

Mi padre había fallecido unos meses atrás, y mi hermano seguía metiéndose en continuos líos. Mi madre seguía viviendo en casa de mis tíos, y trabajaba la mayor parte del día casa de los Herranz. En su escaso tiempo libre, se balanceaba lentamente en la mecedora agarrada a su rosario, con la vista fija en el suelo.

Yo sobrevivía como podía. Trabajaba en la recepción del gimnasio, vivía con las chicas y estudiaba. Estudiaba sin tregua. Suplicando que los libros me dieran las respuestas a todos los problemas, que en las clases me iluminaran con alguna solución mágica que me hiciera comprender mejor nuestra mala suerte. Porque eso era lo que mi madre decía que teníamos. Mala suerte. Me costó mucho darme cuenta de lo equivocada que estaba. Me costó aceptar que lo que teníamos era mucha responsabilidad en todo aquello.

Y entonces, de repente, como sacado de la nada... apareció Lucas. El caballero. El tranquilo. El responsable. El comedido. El trabajador. Lucas, por aquel entonces había acabado de soplar veintidós velas en su tarta de cumpleaños, y yo rozaba los veintiuno. Mis compañeras y yo estábamos saltándonos una aburrida clase en la cafetería de la facultad. Eso sí, en nuestra defensa, diré que la estábamos aprovechando para ponernos al día en los apuntes que nos hacía falta pedir por las múltiples ausencias a las clases, y repartiendo los resúmenes de los libros que teníamos que estudiar. Nos reíamos sin parar por la interpretación de una de mis compañeras, que imitaba a un profesor tarado que nos había contado en una de sus clases que su tío había muerto al prenderse fuego al vello púbico para deshacerse de una plaga de ladillas y había acabado ahogándose con el humo.

En mitad de las risas y los comentarios obscenos, apareció nuestro compañero Daniel con unos amigos. Daniel siempre se sentaba con nosotras para almorzar. Aseguraba que nuestras charlas eran más divertidas que las de su grupo, y a nosotras nos encantaba contar con una opinión masculina en nuestros debates distópicos sobre las relaciones entre géneros. Ese día, acudió con Lucas y otro chico más, a los que presentó como sus «amigos de toda la vida». Gracias a Daniel, la conversación se apresuró divertida hacia nuestras rutinas en la facultad, y nuestro delator les relataba cómo nos las ingeniábamos para leer revistas en clase sin que el profesor se diera cuenta, cómo conseguíamos los mejores apuntes de todos los grupos a base de pintorescas excusas, cómo nos pintábamos las uñas de manos y pies entre diapositiva y dispositiva, sin por ello desatender nuestros apuntes... y cómo, a pesar de ello, éramos uno de los grupos más queridos de nuestro curso.

Mientras conmemorábamos momentos y se descontrolaban nuestras carcajadas, yo percibía la tímida pero atenta mirada del chico castaño centrada en mí. Iba vestido con una camiseta básica negra, tenía los ojos color miel, y golpeaba suavemente la botellita de agua en la mesa alargada, como si marcara un ritmo... o estuviera nervioso. Crucé alguna palabra con él, pero nada más. Tras las cordiales despedidas, volvimos a clase y me sometí a las bromas de Vicki, que aseguraba que tenía un nuevo pretendiente que se me comía con la mirada.

Y esas bromas se acrecentaron y se extendieron al grupo de compañeras, porque, días después, nos encontramos de nuevo con el chico castaño y su amigo durante el almuerzo. Nos saludaron y explicaron que, a pesar de estar lejos de su facultad, nuestra cafetería era más barata y servían mejor. Todas

reconocimos la mentira entre gestos cómplices. La alta tasa de estudiantes de género femenino en nuestra carrera acercaba a nuestra facultad por las más ínfimas excusas a la mayoría de estudiantes de género masculino de toda la ciudad. No tuvimos piedad: les hicimos saber que no nos tragábamos su excusa y provocamos sus sonrojos. Se sentaron con nosotras y se sumaron a nuestras charlas absurdas. Y esas ocasiones empezaron a repetirse a lo largo de las semanas, mientras las PsicoLocas hacían porras por adivinar el día en el que me diría algo y esas porras quedaban en tablas.

Finalmente, Lucas un día aprovechó que yo iba a pedirme un segundo *croissant* en la barra y me acompañó, farfullando que quería pedirse algo también. Y al lado de mi deseada bollería, y entre el barullo incontrolado de la hora del almuerzo en la abarrotada cafetería, me pidió el móvil para ir algún día a estudiar juntos a la biblioteca y tomarnos algo. Recuerdo perfectamente su gesto impaciente, y como martilleaba con sus dedos la barra, nervioso. También recuerdo que conté al menos tres ocasiones en las que tragaba saliva, y me explicaba que le gustaba mucho, pero estaba llegando tarde demasiados días a las clases por pasarse a verme a mi facultad, se acercaba época de exámenes y no sabía si podría hacerlo más.

Entonces cobraron más sentido todos aquellos almuerzos casuales. Y sus miradas risueñas con sabor a miel. Y su repiqueteo de los botellines de agua sobre la mesa. Y sus discretas preguntas acerca de nosotras. Y creo recordar que sonreí. Al menos, sonreí por dentro. Y le respondí que era una buena idea. Intercambiamos números en aquellos ladrillos infernales que por aquel entonces también llamábamos móviles, y quedamos en hablar para concretar. Sabía perfectamente que no había fuegos artificiales en mi estómago, pero también sabía que Lucas era la clase de chico que ofrecía una vida sin complicaciones.

Aquella misma tarde, Lucas me llamó para vernos la tarde siguiente en una biblioteca que conocía. Y ahí empezó nuestra prudente historia.

## CAPÍTULO 10: FREUD, ELEA Y YO

MARCO

Llamo al timbre del centro y espero respuesta, mientras compruebo que llevo bien la americana y la camisa. No me siento nervioso por la consulta, ni siquiera incómodo. Estoy seguro de poder manejarla, y sé que todo esto acabará bien para mí, pero eso no me impide estar furioso por la pérdida de tiempo que entraña. Sí, eso es. Estoy enfadado; enfadado con Dana por llevarme a esta situación y conmigo por no haber pensado en una solución mejor.

Mierda, ¿por qué no abre la maldita puerta? Espero que estos minutos ya cuenten como consulta y no me haga salir más tarde, lo que me faltaba ya... Apoyo un brazo en el marco de la puerta y, con el dedo índice y el pulgar de la otra mano, me masajeo el lagrimal de los ojos para calmarme. Exaspero, si tarda medio minuto más me largo y esto cuenta como una consulta. Decidido.

Mientras pienso que puedo librarme de la primera sesión, la puerta se abre y aparecen Elea y una anciana que lleva de la mano a un niño pequeño.

—Hola, Marco, buenas tardes —me saluda Elea, esquivando mi mirada.

—Buenas tardes —respondo, aún apoyado en el umbral de la puerta.

Elea redirige su mirada a la anciana y al niño, y se despide afectuosamente de ellos, mientras el renacuajo me mira con gesto de extrañeza. Después, me abre más la puerta, invitándome a pasar delante de ella, murmurando algo que no consigo escuchar, pero que tampoco pregunto para no aumentar la incomodidad de la atmósfera. Intento centrarme en cualquier cosa que no sea su figura. Adentrándome en el local, me sorprende al notar lo cambiado que está. He estado aquí solo en dos ocasiones, y el centro no estaba tan colorido. Lo recuerdo con las paredes blancas y los muebles azules, y ahora las ilustradas paredes se imprimen en mis ojos, cuadros y dibujos por doquier, plantas en cada esquina... Me pregunto si cabe algún detalle más. Elea me observa mientras ojeo cada detalle.

—¿Te gusta el cambio? Pensé que el centro necesitaba más alegría y le propuse una pequeña renovación a Dana —me explica, mientras sonríe y pasea su mirada por el estampado recibidor—. La verdad es que me costó convencerla, pero finalmente accedió.

—Sí, ha cambiado mucho —respondo, evitando exponer mi opinión al respecto.

No me extraña que Dana no quisiera cambiar la decoración; el aspecto del centro antes era mucho más elegante, me sorprende que accediera a... *esto*, aunque, pensándolo bien, para lo poco que viene por aquí...

—Pasa por aquí, Marco, no sé si recuerdas mucho el centro.

La sigo por el pasillo hasta el despacho de la derecha, evitando mirar su trasero, aunque la tentación es más fuerte... Siempre ha tenido un cuerpo de escándalo, maldita sea. Más me vale acabar con esto pronto.

—No, la verdad es que no lo recuerdo muy bien —respondo cortésmente, intentando controlar mis pensamientos y algo más.

Entramos a su enorme despacho, emborrachado de estampados y detalles también, aunque con colores más suaves que el recibidor.

—Siéntate, por favor —me pide, mientras señala las sillas amarillas que tengo justo enfrente—. Necesito un minuto y vuelvo enseguida.

—Por supuesto.

Y desaparece de nuevo en el pasillo, por lo que aprovecho para examinar un poco el despacho. Parece sacado de un cuento infantil. Todas las paredes tienen fondos de distintos colores, con ilustraciones de animales. La parte derecha del despacho está repleta de muebles infantiles: mesas, sillas, pizarras, juguetes, libros... En la parte izquierda, el escritorio frente al cual estoy sentado, con el ordenador, libretas, folios, carpetas, organizadores, más libros, subrayadores, colores, rotuladores... Rebusco con la mirada algún detalle personal de Elea, pero no encuentro ninguno a la vista. Sus pasos, y el sonido de la puerta al abrirse, me vuelven a traer al presente. Se acomoda en el sillón tras el escritorio y esboza una sincera sonrisa, aunque logro atisbar cierta incomodidad.

—En menuda nos han metido... —anuncia, como preludeo, sin dejar de sonreír.

—Eso parece... —Muy elocuente, Marco, ¿eso es todo lo que tienes que decir? ¿Pero qué coño se debe de decir en una sesión con un loquero? ¿Y con un loquero con el que te has liado?

—Creo que lo mejor es que hablemos de ello antes de empezar, ¿no crees? —requiere, mientras me mira a los ojos. Parece segura de sí misma y bastante relajada. Incluso diría que la situación la divierte. Esto ya es lo que me faltaba...

—Como prefieras —logro responder, siguiendo mi estrategia de analizar adecuadamente la situación antes de iniciar cualquier movimiento. Veo como asiente divertida.

—Dana vino a hablar conmigo la semana pasada para comentarme su preocupación con respecto a vuestra relación y, concretamente, referente a tu actitud. —Se toma un pequeño respiro y me analiza, pero me mantengo imperturbable—. Me explicó que lleva algún tiempo proponiéndote terapia, pero te niegas en rotundo a acudir. Y me pidió que te convenciera para ello y os tratara. —Me tenso un poco al escuchar lo que me mantiene tan cabreado, pero intento que ningún gesto me delate. Asiento y me recoloco cómodamente en la silla, esperando que continúe—. Lo cierto es que mi especialidad es la psicología infantil, y creo que soy la persona menos indicada para trataros... —Desvía un poco la vista, lo que me demuestra que nuestro pasado la incomoda, y se me escapa una ligera sonrisa que me delata—. No obstante, Dana solicitó que intentara al menos hablar contigo y tratara de convencerte de que os podría ayudar mucho una terapia, y, bueno... la verdad es que insistí todo lo que estuvo en mi mano, pero no me dejé negarme al respecto.

—Sí, ya me imagino —respondo, al percibir que está esperando alguna respuesta por mi parte.

—Marco, la verdad es que creo que está en tus manos que la puedas convencer de acudir a otra persona. Yo lo he intentado, pe...

—Yo también, Elea. No eres la única que cree que esto es una locura, pero ya sabes como es. Confía mucho en ti, y cree que venir aquí es la jugada perfecta. Si insisto más en cambiar de persona, puede empezar a sospechar que tengo algún motivo, y creo que es algo que a ninguno de los dos nos interesa.

Elea asiente lentamente, y permanece unos segundos reflexionando mis palabras.

—Entonces, no me queda otra que decirle la verdad. Tuve que hacerlo en su momento, pero...

—No, no, no. Imposible. —Me yergo en la silla, cortando su discurso—. Elea, esto me gusta tan poco como a ti, pero he pensado en todas las posibilidades y te aseguro que decirle ahora aquello no es la mejor de ellas. Si Dana se entera de que hemos estado todo este tiempo escondiéndole aquella tontería, le va a dar más importancia de la que tiene y la más perjudicada vas a ser tú. Es celosa, y no tardaría en despedirte.

—Puede, pero creo que es lo más justo para todos, y tampoco creo que las consecuencias sean tan extremas.

—Mira, si yo lo oculté, fue por ti. Para mí no hubiera supuesto nada

decirle «me lie con Elea cuando éramos unos críos», pero, cuando vi tu cara y analicé la situación, supe que, si lo sabía, tenías los días contados en la fundación, así que ahora no la fastidies. Hazme caso. Son cuatro sesiones, si quieres finjo que vengo aquí y solucionado. Ambos salimos ganando.

Elea desvía de nuevo la vista, parece que calibrando la situación. Su gesto divertido se ha esfumado, aunque tampoco demuestra excesiva preocupación. Parece serena... sí que ha cambiado. Mis palabras me recuerdan al momento en el Dana nos presentó, en una de las galas benéficas de la fundación. Estaba preciosa, enfundada en un vestido negro, analizando ávidamente cada detalle de la fiesta, al lado de su prometido. Yo sabía que esa noche la iba a encontrar. Dana me había hablado de ella, supe que se trataba de la misma persona que había conocido. Su nombre no era muy común, su descripción encajaba y, encima, era psicóloga. No había ninguna duda de que la empleada de mi novia era la única chica que me había rechazado hasta el momento. Su reacción de horror cuando me vio aparecer cogido de la mano de su jefa fue un momento casi histórico. Tuve que reaccionar rápido y aprovechar las presentaciones y los dos besos de rigor para susurrarle que Dana no sabía nada, para calmarla. Después, le retiré suavemente la copa de champán que peligraba en sus manos y evidenciaba sus nervios, inventándome una excusa para justificarlo. Ella se mantenía apabullada, así que me dediqué a escrutar a su novio, ajeno al horror que vivía en aquellos momentos su prometida. Y me pregunté qué había visto en aquel tipo. Qué había encontrado en él que yo no le había ofrecido y, en consecuencia, la había llevado a descartarme tan pronto años atrás. Pero mi examen no me llevó a ninguna conclusión. Me dejó en la boca un sabor amargo. Un sabor a ¿decepción? La charla, cordial y superficial, como todas las que tendría en aquel evento, duró apenas unos minutos, en los cuales Dana hablaba por los codos de los preparativos de la boda, Lucas escuchaba y yo me divertía analizando la perplejidad de Elea. Pero mi —en aquel momento— futura esposa me arrastró de allí para poder presumir ante el resto de la gente de su compromiso, dando por terminado mi espectáculo particular.

—No voy a fingir mi parte del trato, Marco —asume tajante Elea—. No me gusta mentir, y fíjate esconder la verdad dónde nos ha llevado. No podría hacerlo de nuevo. Si no hay más remedio que atenernos al trato, cumpliremos las cuatro sesiones e intentaré de verdad orientarte para que compruebes lo positivo que sería que acudierais a terapia. Lo que me gustaría es algo de colaboración por tu parte.

—Elea, no tengo ninguna intención de ir a terapia de pareja, y no creo sinceramente que la necesitemos. Es un capricho de Dana, ¡por Dios! Tomemos el camino fácil: fingimos que ambos cumplimos el trato y acabamos con esto.

—A mí esto me parece tan extraño como a ti. Ya te he comentado que no suelo tratar a adultos, así que no estoy muy familiarizada con el tipo de terapia que seguramente necesitáis como pareja. No es una terapia en sí, ya se lo planteé a tu mujer, acogeremos las sesiones como unas charlas orientativas en las que te darás cuenta de que los psicólogos no somos una religión en la que creer, así podré derivaros a un profesional con la mejor terapia para vuestro caso que...

—Te prometo que nadie se enterará de nada —la corto.

—A mí los demás no me interesan. Me interesa lo que pienso yo de mí misma, y yo vivo con mi conciencia, y, si me comprometo a algo, lo cumplo. Tú puedes contribuir a hacerlo más fácil para mí o más difícil —suspira, mientras me dirige una mirada cargada de peticiones—. Marco, puedes hacer lo que quieras, no puedo exigirte nada. Pero, si no tenemos más opciones que aceptar el acuerdo, no vas a perder nada por al menos intentar cumplirlo. Vienes, me escuchas, reflexionamos, te sinceras en lo que puedas, y yo veo si puedo ayudarte en algo. Si no es así, al menos ambos nos quedaremos tranquilos por haberlo intentado.

No sé si es por su tono, ahora dulce y pausado. O por su mirada, que parece sincera. O porque me apiado de su conciencia. Pero me sorprende a mí mismo replanteándome todo. ¿Por qué coño esta mujer tiene ese poder de desmontarme todo lo que había planeado? ¿Por qué no nos ahorra a ambos el mal trago?

—¿Crees de verdad en lo que dices? ¿O simplemente estás intentando salir airosa de la situación porque es tu jefa?

—Creo firmemente en lo que digo y creo también que deberías sentirte halagado porque tu mujer se preocupe, sea o no un capricho. Está interesada en intentar mejorar vuestra relación, y busca soluciones. Debería halagarte que se tome tantas molestias, porque no quiera ni pensar en separarse de ti. Está dispuesta a tragarse su orgullo para venir a pedirle a una empleada que os ayude y tiene el valor suficiente para no cerrar los ojos y fingir que no os ocurre nada. —Su tono de reproche la delata, y su mirada se ha tornado amarga, lo que me da a entender que no solo está hablando de Daniela, que ese deje de emoción en su voz se debe a su historia. ¿No ha luchado él por

ella? Es más imbécil y mentecato de lo que aparentaba, pues. Cualquiera se mataría por conservar a alguien como Elea a su lado.

Decido no rebatir sus argumentos... por el momento. Aunque me gustaría apuntar que tiene una imagen distorsionada de Dana, que está más preocupada por la opinión social que de mí o de ella. Que, si quiere intentar arreglar algo, se debe solo a la deshonra que sería para su arcaica familia que la única hija pasara por un bochornoso divorcio. Que su única motivación es mantener intactas las apariencias de vida ideal. Y evito decirlo por Elea, para no destapar lo que a simple vista parecen sus heridas.

—Te aseguro que no hay nada de lo que preocuparse. —Pero me doy cuenta de que mi tono ya no es combativo, que me estoy resignando y ella lo sabe. Verla vulnerable ha podido con mis ideas preconcebidas de lo que quería conseguir.

—Dana no opina lo mismo, y se mostró aterrorizada ante la posibilidad de que os pudierais acabar separando.

—Eso no va ocurrir de ningún modo —respondo, tajante.

Mi tono y la rapidez de mi respuesta parecen agradarle, porque se relaja en su sillón de nuevo.

—Me alegra escucharlo —sostiene, y suspira aliviada. Imagino que porque se vería en un gran aprieto si el resultado de su *orientación* fuera que su jefa se separara—. Mi objetivo es ayudaros, y creo firmemente que una terapia de manos de un profesional podría hacerlo, pero para ello necesito que seas sincero. Solo así puedo saber dónde está el problema, y aconsejaros al mejor profesional, dependiendo del caso. Prefiero que me digas que no puedes responderme, antes de que me mientas. —Vuelve a emplear un tono más suave pero firme.

—Por eso no te preocupes. Nunca te mentaría.

Su risa me pilla desprevenido, como siempre me pasa con esta mujer. Es una risa sincera, sonora, que transforma su rostro y su cuerpo. Le pregunto por qué se ríe en varias ocasiones, pero sigue riendo sin descanso.

—¿Por qué te ríes? —pregunto, cuando consigue vencer el ataque de risa repentino.

—No sé... La situación me ha parecido curiosa, y me ha hecho gracia. Tú y yo aquí, después de tanto tiempo, los dos forzados por tu mujer, y con solo decirme que nunca mentarías, ¡ya sé que me estás mintiendo! ¡Pero si acabas de proponerme que finjamos el acuerdo! —Y ríe de nuevo.

—Escucha, escucha... Yo no he dicho que no mentaría, sino que nunca te

mentiría a ti, que es diferente.

«Pero ¿qué coño haces, Marco? ¿Estás ligando con ella? Pero ¿en qué coño estás pensando?».

—Venga, no intentes regalarme los oídos para salirte con la tuya y que te deje en paz, que no te funcionará. Estoy decidida a que esto nos salga bien a los dos —me asegura, mientras ladea la cabeza sonriendo.

—Ya lo veo, ya.

Parece que la incomodidad inicial se haya diluido para los dos, y me permito observarla con detenimiento mientras anota algo en unos folios. Es una mujer atractiva, no hay duda. Con su melena salvajemente rizada, sus abrumadores ojos marrones, unos labios carnosos que esconden una sonrisa libre, y un cuerpo llamativo, proporcionado y con unas curvas de escándalo. Es indudable que tiene razones de peso para captar miradas, pero probablemente haya muchísimas más mujeres con esos rasgos que no serían capaces de mantener esas miradas interesadas más de unos segundos. Hay algo en ella... hay algo que resulta siempre absorbente. Que te invita a no dejar de mirarla. Creo que es su naturalidad, sus gestos, nada estudiados, seguros. Diría que, cuando la miras, puedes verla. Sin más. Que no lleva máscaras, no finge que no respira para poder erguirse un poco en la silla, no camina como si la vida fuera un pase de modelos eterno. Sí, esa espontaneidad es un reclamo.

Advierto que Elea ha iniciado un discurso sobre la psicología, mientras yo me recreaba en... ¿pero en qué coño estabas pensando, tío? ¡Joder! Eso mismo, necesito *joder* pero ya, antes de que mi falta de sexo me ponga en un compromiso. Espero que ella no se haya dado cuenta de que estoy ausente. Así que asiento de vez en cuando, a pesar de que no sé de qué demonios habla. Psicología... Ya no es lo que era... Métodos científicos... «¿Por qué la asustó lo nuestro? Parecía cómoda conmigo». Fases de la terapia... Evaluación del problema... Asiento. Sonríe. Joder, y yo, como un tonto, vuelvo a asentir. Mueve las manos para explicar algo. «¿De verdad le gustaban más los aburridos, como su ex? ¿Por eso no quiso conocerme más? Vaya gusto, nena». Psicólogo como profesional de la conducta... Guía y enseña nuevos comportamientos... El paciente tiene que participar de forma activa... «¿Por qué me mira a los ojos directamente? Nadie me mantiene la mirada así, a las mujeres parezco intimidarlas, pero ella se muestra invulnerable».

—¿Estás de acuerdo? —pregunta, de repente.

«Mierda, me he perdido lo último».

—Más o menos. A mí los rollos esos de Freud y tal no me van.

Sonríe. «Acabas de salvar la jugada por los pelos».

—Ni a mí, Marco. Ya te he dicho que hay varias líneas dentro de la psicología, y que dependiendo de la escogida hay unas terapias u otras. Yo sigo una línea cognitivo-conductual, como te he explicado, y podría derivaros a algún compañero que siga la misma línea. Desde mi punto de vista, es la que mejores resultados da y...

Bla bla bla. Se apasiona cuando habla de psicología. Y me gusta observarla así. Tiene los ojos brillantes y pone el alma en cada palabra. Mueve el cuerpo al compás de su pasión. Ya lo hacía cuando la conocí... se entregaba en todas sus pasiones. Me acuerdo de cómo se enfadaba si le cuestionaba cualquier cosa. Diría que, con los años, se ha apaciguado. Parece mucho más serena, pero su pasión sigue ahí. Sin poder evitarlo, mi vista se centra en el movimiento de sus labios, y eso me lleva a acordarme de cómo me ponía besarla. «¿También eso lo imaginé? ¿No fue recíproco?». Desajustes en la pareja... Solución: terapia de pareja...

Me jode. Me jode mucho que ella pueda estar aquí conmigo como si nada. Que se muestre tan amable, y tan dispuesta a solucionar los problemas con mi pareja. Con su perfecta profesionalidad y su jodida sonrisa. Como si mi presencia la trajera sin cuidado, como si fuera cualquier desconocido que pasea por la calle. Como si no recordara ni un ápice de aquello. ¿Por qué coño lo puso tan difícil? Fui tras ella como un perro faldero, como no he hecho con nadie. Y ella me ninguneó con un mensaje, excusándose en que no era el momento para conocernos. Soy el puto rey de las excusas, y esa es de las peores; al menos, podría haber sido un poco más convincente. Aunque yo habría preferido que se hubiera mostrado natural, como ella parecía, explicándome que había otro, o que no le gustaba lo suficiente, o que tenía miedo de a dónde nos llevaba aquello. Cara a cara. No por un maldito mensaje después de tenerme en vilo por no responder a mis llamadas y mensajes durante días. También preferiría ahora comprobar que mi presencia la confunde, porque le inspiro algo, incluso me conformaría con asco, u odio, como el que me profesan algunas de mis ex. Pero su total indiferencia... eso me está matando.

Inspiro hondo y, sin pensar mucho, corto su discurso. Ha ganado mi enfado.

—Tengo una duda, Elea. ¿Me estás vendiendo las terapias de pareja como

una panacea por lo bien que os vinieron a ti y a tu marido?

En el mismo momento de pronunciarlo, ya me estoy arrepintiéndome. Después, viene su mirada con atisbos de incredulidad y decepción, que me desgarran. Maldita sea, Marco, ¿qué diablos has hecho? Pero ella parece recibir el golpe con profesionalidad, provocando que me sienta más capullo si cabe. Diría que está conteniendo las ganas de llamármelo ella misma. La Elea de entonces no se lo hubiese pensado tanto.

—No, claro, si fuera la panacea, nadie nos separaríamos, es evidente — reconduce hábilmente, recomponiendo sus gestos—. La terapia de pareja no es milagrosa, hay ciertas características de algunas parejas que pueden resultar inmunes a la terapia. Y, aunque no debería ni mencionarlo, dadas las extrañas circunstancias, lo haré: si tu pregunta indirecta es tu forma de saber si Lucas y yo intentamos la terapia de pareja, la respuesta es no, no lo hicimos. Los motivos no te los daré porque no te importan. ¿Alguna pregunta más?

Esta mujer siempre consigue descolocarme. Siempre me resulta imprevisible. Esperaba una respuesta cargada de ira y agravios, de comentarios mordaces como los que recuerdo de ella, de debate, un tira y afloja. Pero me llevo una mirada dolida, que ha acentuado que me sienta como una mierda.

—Lo siento.

—No, no te preocupes. Lo cierto es que estaba llegando a creer que tenías razón y las actitudes de las que hablaba Dana podían ser imaginaciones tuyas... pero tú mismo me las pusiste en bandeja.

Me acaba de devolver el golpe, pero envuelto con su profesionalidad. No sé si me jode más haberla podido herir o ser tan gilipollas como para darle la razón a Dana.

—Sí, bueno, creo que se ha hecho tarde y ya es hora de marcharse.

Curva los labios en un intento vano de sonreír con tristeza, y desliza los ojos hacia el reloj de abejitas colgado en la pared, que marca las nueve y tres minutos.

—Me gustaría pedirte algo para la semana que viene. Si puedes y quieres... me gustaría que anotaras en una lista todo lo que te irrite o enfade esta semana. No tiene por qué ser referente a tu pareja, puede que el problema se encuentre en otro aspecto de tu vida y la pareja sea el daño colateral. Me gustaría mucho que lo hicieras, Marco.

Fija sus ojos oscuros en los míos, pero consigo mantener el tipo.

—Lo intentaré.

Asiente mientras se levanta de su silla, y yo hago lo propio, pero no me acompaña hasta la salida. Me pregunta si sé el camino y, tras mi afirmación, se despide con un frío «hasta el próximo lunes». Y yo me marchó más asqueado e irritado que nunca.

\*\*\*

Arturo se presenta en mi despacho a media mañana, tras unas reuniones, preguntando por la sesión de ayer. Sin ganas, y anticipando lo que se me venía encima, se la he resumido. Tal como preveía, me acabo arrepintiéndome de abrir la boca.

—Espero que no la hayas jodido del todo, tío.

—Lo sé, lo sé. Lo dije sin pensar, joder. —Evito decirle que me afectó más de lo que pensaba tenerla tan cerca, y su indiferencia, para que los comentarios no me traigan cola.

—Ya. Pues espero, por tu bien, que el resultado de tu comentario no sea que Elea se vaya de la lengua y lo mande todo a freír espárragos.

—¿Qué dices? No le afectó siquiera. Es una profesional. —Aunque me joda reconocerlo.

—Es la empleada de tu mujer, macho. Y estaba pensando en ir a contarle a Dana lo vuestro para no tener que verte el careto. Y tú vas y le das donde más le duele, ¿qué crees que hará ahora? —me pregunta mi amigo, señalando su sien con el índice—. Piensa un poco, Marco... pues quitarse el problema de encima.

Me levanto del sillón y paseo por el despacho, intentando sacar conclusiones del berenjenal en el que estoy metido. Ayer no salí contento de la sesión, pero tampoco me preocupé por nada de lo que Arturo me acaba de plantear. Quizá no le di la importancia que realmente tiene. El cabreo crónico me estará nublando las ideas, y ya no sé si mis juicios son acertados.

—¿Qué sugieres? —le pregunto a bocajarro.

—El de las grandes ideas eres tú, tío. Pero me adelantaría a todo y me disculparía con ella antes de que se te escape de las manos.

Elea no haría algo así. No actuaría a mis espaldas para decirle eso a mi mujer. Pero desconfío de mis juicios ahora mismo, y una disculpa no me supone nada.

—Tienes razón. Le pediré a Celia que le envíe un correo.

—¿Un correo?

—No, es verdad. La llamaré por teléfono. —Aunque se merece un correo. Al fin y al cabo, ella se despidió de mí con un mensaje.

—¿Por teléfono?

—¡¿Qué pasa con el teléfono?! —Me exaspera.

—Tú mismo... Pero yo no creo que eso la pudiera echar atrás si está pensando en lo que te he dicho.

—¿¿Y entonces, qué?? ¿La llevo a *Hay una cosa que te quiero decir* para una puñetera disculpa?

—Tío, ¿Dana te hace tragarte esas cosas? Bendita soltería —frivoliza, imitando el gesto de rezar con sus manos.

—No sé qué coño hago escuchándote. ¡Ni veo el puto programa ni Dana me hace tragarme nada!

Mi comentario provoca sus risas, y me apunto la jugada para devolvérsela en cuanto pueda. Creo que es consciente de que mi cabreo está llegando a niveles peligrosos, porque de repente se levanta e intenta mantenerse serio.

—Yo me presentaría allí, Marco. Me acercaría a la fundación con un ramo de flores y me disculparía cara a cara.

Ahora el que ríe con gusto soy yo. Menudo truhán.

—¿Un ramo de flores? —Sigo descojonándome—. ¡Que no quiero meterla en mi cama, Arturo!

—Estás muy desentrenado con las cuestiones del sexo opuesto, campeón —me recalca, muy seguro de sus palabras—. A todas las mujeres les gustan las flores. No tienen por qué ser románticas, las hay de más tipos. Regálale un ramo, y se olvida de tus palabras, de que tu mujer le paga un sueldo y de que eres un capullo integral. Hazme caso.

Me quedo unos minutos sosteniendo su propuesta. No me convence volver a verla («¿no te convence o no te fías de ti mismo, Marco?»), y menos llevarle flores. Pero quizá tenga razón, y sea la única opción para que se olvide de mi comentario. Tampoco tengo que complicarme tanto: me planto en el centro, la saludo, me disculpo y me largo. Dos minutos. Así puedo comprobar que realmente está bien.

Miro el reloj, y compruebo que es casi hora de comer. Apresuro a Arturo para que me acompañe a por las flores, y pasarnos por la fundación cuanto antes, antes de irnos a comer.

Hemos parado un momento a comprar un ramo en el puestecito del mercado de Colón, con la especificación de que no fuera romántico. La florista, algo paralizada, me ha vendido un ramo multicolor que me ha

recordado al aspecto del centro, así que me ha convencido al instante. Nunca antes había comprado flores aquí, pero siempre que he pasado por delante me han llamado la atención los arreglos, tan elegantes. ¿Quién me diría a mí que la primera vez que compro flores sería para mi *loquera*?

Arturo aprueba mi elección de ramo, detiene el coche en doble fila frente a la fundación y se queda tan pancho escuchando la radio, mientras yo me ocupo del marrón. Dirigiéndome a la puerta, me pregunto qué estará haciendo Elea: si la molestaré, si se sorprenderá, si se alegrará, si se alterará más... Con el resto de personas, suelo tener una idea de lo que puede pasar, pero con ella siempre acabo desconcertado. Quizá ese sea el motivo de que ahora esté nervioso. Solo un poco.

Antes de que pueda llamar al timbre del centro, su puerta se abre y me encuentro cara a cara con Elea... Joder, está preciosa, con la melena recogida en una trenza deshinchada, una chaqueta desgastada vaquera y un vestido rojo no muy ajustado pero que deja entrever sus curvas. Va acompañada de la otra empleada... no recuerdo su nombre, pero reacciono y desconecto el escáner al apreciar sus caras de asombro, que han apagado sus risas.

*Mecagoentodo...* Qué oportuno. Yo aquí con el maldito ramo multicolor-no romántico, y, si ya iba a ser embarazoso, ahora tenemos público. Perfecto. Un tanto para Arturo. Ya me acuerdo por qué nunca le hago ni puto caso.

—Uy, Marco, ¿tú por aquí? —me pregunta Elea, arqueando una ceja. Creo que ella aún no ha reparado en el ramo, pero la otra no le quita ojo, y su sonrisa jocosa me está cabreando.

—Hola, ¿os marchabais ya? Venía a comentarte un...

—¡Hola, preciosas! —La voz de Arturo me interrumpe.

«Pero este ¿por qué coño sale del coche?».

## CAPÍTULO 11: SORPRESA

*ELEA*

Me sorprende encontrar a Marco y su amigo en la puerta de la fundación y, por un momento, me planteo que ha conseguido que su mujer se olvide de su terca idea de que lo convenza para ir terapia, y viene a darme la gran noticia. No se me ocurre nada tan urgente como para presentarse aquí sin previo aviso, y empiezo a dar saltos de alegría mentalmente. ¡Uff, me voy a librar de todo este fregado! ¡El tío Murphy se está apiadando de mí!

No entiendo por qué este hombre tiene que ser tan atractivo, y encima siempre acierta al vestir, tan rabiosamente elegante. Ayer iba impecable con su camisa blanca informal, luchando entre el interior y el exterior de sus tejanos, y su americana, que resaltaba aún más el color de sus ojos. Me hizo recordar aquel día, en aquel antro en el que... bueno, da igual. Mejor no recordarlo. Y hoy, mejora puntuación. Con una americana azul marino de piqué, y lo que parece una simple camiseta roja debajo, con el cuello desbocado, que me hace desbocarme a mí tras él. De repente, me imagino desnudando ese inicio de pecho que se intuye... tan masculino. Tan... él. Madre mía, Elea, no saques a la perversa ahora, rescata a la Elea psicóloga, joder. Autocontrol. Tú puedes, concéntrate.

Al menos, el reparto se compensó con ese carácter tan irritante, que me hace descender a la Tierra y estar agradecida, sí, porque, gracias a eso, no se me cae el reguero de baba cada vez que lo veo. Un alivio, teniendo en cuenta nuestras circunstancias.

Y, ahora que me centro... no entiendo tampoco por qué tiene un ramo de flores en la mano. Muy chic, por cierto.

—¿Os marchabais a casa? —pregunta Marco, visiblemente incómodo.

—Sí... no... bueno, nos íbamos a comer, hemos quedado con una amiga —respondo, mirando a Vicki de reajo, y compruebo que mira alternativamente hacia el ramo y a Marco. El amigo de Marco nos mira del mismo modo a mí y a mi amiga, y me parece entender que está conteniendo su risa. Y yo... yo no soy tan fuerte, y me da por reír. Marco no parece tan entretenido.

—¿Tienes un momento? —requiere de nuevo, un poco hastiado. Imagino que no le ha gustado que nos divirtamos a su costa—. Solo será un minuto.

—Sí, claro, entremos. —Le pido a Vicki que, si llega Paula, se esperen un

momento hasta que termine, y precedo a Marco hasta mi despacho, de nuevo. Prácticamente no hace ni un día que tuve la experiencia más extraña de mi carrera profesional en este mismo lugar. Con él. Una sesión en la que me tuve que obligar a recordarme que aquel hombre que tenía delante era al mismo que conocí. La verdad es que poco tenía que ver el Marco de hace ocho años, sonriente, divertido y pícaro, con el hombre asqueado, serio y distante que se sentó ayer en mi despacho. Sí, conservaba su atractivo físico, sus gestos tan viriles y seguros y su aire seductor... pero el tiempo parece haberse llevado el resto. Me hizo preguntarme si mis veinte años no magnificaron mis vivencias, si el recuerdo no ha alimentado unos desmañados momentos sin relevancia.

—Elea —Marco interrumpe mis pensamientos, clavando sus ojos mentolados en los míos—, vengo a disculparme por mi actitud de ayer contigo. Fui un capullo con ese comentario, y esperaba que me perdonaras. No debí mencionar nada personal, y menos en este momento... No sé por qué me enfadé, la situación es muy engorrosa para mí. —Carraspea un poco, pero no pierde ni un ápice de ese porte seguro que lo rodea siempre—. No digo que eso lo justifique.

Contengo mis ganas de decirle que no es el único a quien la situación le resulta comprometida y difícil de soportar, ya que despierta mi lado más humano y empático tenerlo ante mí luchando por no parecer vulnerable, así que finalmente me apiado.

—Marco, no tenías que venir aquí para disculparte. Entiendo que pudiera sucederte, y no le di ninguna importancia. De verdad.

Su mirada se destensa y encuentra alivio. Sigo manteniendo mis ojos fijos en los suyos, para transmitirle con confianza que el comentario de ayer no me causó dolor alguno, y acepto sus disculpas. Que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí por ese motivo me desconcierta, ni siquiera recuerdo haber expresado que me afectara. En ese momento me sentí humillada, pero me puse mi careta profesional y me recordé que, de entre los dos, él era quién más abochornado debía sentirse en tal situación.

—Gracias. Esto... Bueno, esto era para que aceptaras mis disculpas.

Me tiende el ramo y contengo mis ganas de comérmelo entero. A él, no al ramo, claro.

—No tendrías que haberte molestado. Y no lo digo por decir, que conste. No era necesario que vinieras, y menos aún que me trajeras flores. Pero lo agradezco, lo pondré en la entrada para animarla un poco. —No puedo

contener una sonrisa.

—No es nada. No me fui satisfecho y venía a comprobar que estuvieras bien y que no se te pasaba por la cabeza fugarte a confesarte a Dana — bromea y logra ensanchar mi sonrisa. Uy, este Marco ya me suena...

—Estoy bien, me pongo en tu lugar y te entiendo. Pero estaría bien que recordaras que para mí es también complicado. Olvidémoslo y ya está. Y otra vez que te preocupe algo, me llamas y lo hablamos, sin flores ni escenas rocambolescas. —Consigo arrancarle una de sus sonrisas. Una de las sinceras, de las que consiguen que me quede sin aliento. Como me sucede ahora.

—Me ha convencido Arturo, que me ha comido la oreja con que estarías enfadada y me he dejado guiar por su experiencia con las mujeres.

—Ya, bueno, no sé con qué tipo de mujeres tiene experiencia, pero, desde luego, conmigo no era necesario todo esto. Además, que conste que si en algún momento decidiera entregarme y confesarme por lo nuestro ante tu mujer —dramatizo—, te avisaría antes. Así que respira tranquilo. De hecho, me ha llamado esta mañana para saber cómo había ido la sesión y le he dicho que era mejor que lo comentarais vosotros, porque, aunque no sea un tratamiento normativo, prefiero guardar la confidencialidad.

Lo dejo un segundo solo e improviso un jarrón con una tetera que ya no utilizamos, que quedará perfecta en la entrada. Pero las prisas, los nervios, ~~mi~~ ~~falta de sexo~~ y la penetrante mirada del imponente hombre que tengo a un escaso metro, originan un tropezón que *casi* consigue regar todo el piso del despacho. Y digo *casi* porque Marco previene el estropicio al alcanzarme y sujetar con una mano la tetera-improvisado jarrón, y agarrarme firmemente la cintura con la otra para equilibrarme. Mi cuerpo me traiciona y se apoya en él por instinto, logrando que nuestros cuerpos se estrechen casi en un abrazo. Y, oh, madre del amor hermoso, qué cuerpo más férreo. Qué manos más poderosas. Qué perfume tan masculino y embriagador. Qué labios, tan cerca de los míos y tan apetecibles... ¿serán para comerme mejor?

*Señor-dame-fuerzas-para-salir-digna-de-esto-Señor-dame-un-poco-de-autocontrol-para-no-babearle-la-camiseta-cara-que-lleva-y-no-ponerme-a-husmear-su-perfume-como-si-fuera-un-cerdo-husmeando-comida.* Intento retroceder para probar a soportar mi cuerpo con mis propias fuerzas, pero parece que ahora mismo todas ellas estén concentradas en mi autocontrol, porque creo que no me responden... hasta que soy consciente de que es él quien lo impide.

—¿Estás bien? —No sé si su voz suena extrañamente enronquecida o es que nuestros rostros están tan cerca que ni siquiera mis tímpanos escuchan con claridad.

Creo que logro articular un «sí, gracias» muy bajito, pero no estoy muy segura, porque Marco sigue sosteniéndome y examinando mi rostro con atención. Debo obligarme a retroceder poco a poco, verificando que soy capaz de parecer un organismo vivo con cerebro reaccionando a los estímulos, los pulmones respirando satisfactoriamente y las piernas sosteniéndome.

Cuando soy capaz de coordinarlo todo, salimos en silencio del centro, creo que algo aturridos por esos últimos segundos, y compruebo que Vicki y Paula han estrechado lazos enseguida con el guaperas de Arturo. Ríen jocosamente.

Al vernos aparecer, con el semblante un poco desencajado por las prisas de apaciguar las extrañas sensaciones ante lo ocurrido, disminuyen el volumen de sus risas, y el moreno me guiña el ojo.

—¿Todo solucionado? —pregunta, sin dejar de mirarme.

Arturo debe de ser otro espécimen en peligro de extinción. Tremendamente atractivo, elegante, educado, cariñoso... Hay que reconocer que no es tan guapo como Marco, que tiene unos rasgos más abrasadores... pero Arturo lo compensa con calidez. Resulta complicado no encontrarlo sonriendo, arrugando sus ojos vivaces. El aspecto que te hace descender en la Tierra con él es que, como todo el mundo sabe en mi ciudad, no es hombre de relaciones. Le van los escauceos con cualquier cosa que parezca una muñeca hinchable. En fin, Dios los crea y ellos se juntan.

—Sí, ya está, podemos irnos —les digo a mis amigas, instándolas a que corten el rollo para que nos podamos marchar cuanto antes.

—Habíamos pensado que podíamos ir todos juntos a comer —suelta Arturo.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Juntos? ¿*Habíamos pensado*? Fulmino con la mirada a Vicki, que conoce todo el percal y debería de haberse opuesto a tal insensatez. Y se encoge de hombros apuntando con la cabeza a Paula. Evidentemente, Pau ignora lo que sucede respecto a la *nueva terapia*. Pero Vicki, mi amiga, mi compañera, y para más inri psicóloga, tendría que haberme evitado el trago y haberse negado en rotundo. Ahora esa responsabilidad recae en mí.

—Lo siento, Arturo. Pero nosotras habíamos reservado en nuestro

restaurante de siempre, y suele estar muy concurrido.

—No pasa nada, vamos a otro sitio —propone.

—No, si da igual. Es que hoy se hará tarde. Otro día —insisto.

—¡Pero si Vicki me ha dicho que tenéis hasta las cuatro y media para comer!

Decido lanzarle una indirecta para que entienda que no es posible. Por lo que me ha dicho Marco en la conversación, él es conocedor de todo, así que no debe de ser tan complicado que acepte mi razón.

—Arturo, ya sabes las circunstancias actuales —remarco— y me temo que no es posible que vayamos juntos.

Marco se ha quedado apoyado en el portal del centro, reclinado sobre su hombro y cruzando las piernas, con un pose tan sexy que no hace sino reafirmar mis ganas de escapar de aquí. Ha permanecido en un segundo plano desde que hemos salido, sin ayudarme a desechar la ridícula idea de irnos a comer en grupo, con la vista fija en mí. Sin disimulo alguno.

—¿Qué circunstancias? —pregunta Paula, obstinada.

—Será mejor que nos vayamos —sentencio. Pero, al parecer, él tiene otros planes.

—Elea está tratando de convencerme para que vaya a terapia con Dana, para arreglar nuestros problemas —le resuelve Marco a mi amiga, clavando todo el ímpetu de sus ojos en los míos.

¿Está tratando de provocarme? ¿Qué pretende, simplificando tanto la situación? ¿Es que él no ve una locura irnos a comer como si tal cosa?

—¿Tú también tienes problemas de pareja? —le pregunta Paula y, dirigiéndose a mí, vuelve a intervenir—. ¿Y esas son todas las circunstancias especiales que nos impiden irnos a comer? ¡Venga ya, Elea!

Resumiendo, media hora más tarde, nos encontramos todos *felizmente* sentados en una mesa en nuestro restaurante habitual, el Alquimista de la Pasta, un pequeño y acogedor pedacito de Italia cerca de nuestro barrio y de la fundación. Los dueños nos han adaptado la mesa para cinco, y *curiosamente* mi amiga Paula se las ha ingeniado para sentarse al lado de Arturo, que está frente a mí. Vicky se ha posicionado frente a Paula, a mi derecha, y Marco ha optado por presidir la mesa entre su amigo y yo. Aunque al principio estaba de morros, entre Arturo y Marco le han resumido toda la situación a Paula, y he logrado verla desde su óptica positiva y simple. Las burradas de Paula y Arturo también han logrado hacerme reír, y olvidarme un poco de lo absurdo de la situación. Eso, y el vino blanco que me estoy

tomando casi en contra de mi voluntad. Nunca suelo beber antes de trabajar, pero entre todos me han convencido de que mezclado con la comida no se me va a subir. Vicki se ha mantenido firme con el agua, y aún me ha hecho sentirme más culpable, pero me he dejado persuadir, con la esperanza de que se me suba el vino y se me bajen algunos pensamientos que me ha provocado y me sigue provocando la cercanía del encanto descarado de Marco.

Así que la comida va transcurriendo animada y distendida, dirigida en esencia por la insensata de mi amiga, que ha encaminado la conversación hacia anécdotas de la peluquería. Después, no sé cómo, las tres nos arrancamos con batallitas de las nuestras, y competimos con Arturo, que alardea de las suyas. Marco nos ayuda a desenmascarar algunas de las exageraciones de su amigo, y se mantiene atento a mí, sin permitir que mi vaso quede vacío, acercándome los platos a los que no llego, sin perder la charla, observándome atento en mis intervenciones... Supongo que intenta ganarse mi perdón, y poco a poco lo consigue y voy olvidando al Marco irritante que se sentó ayer en mi despacho... al que acabo echando de menos, al darme cuenta de lo peligroso y seductor que se vuelve cuando no está tan arisco.

Ya en los cafés, Vicki se ha tomado la revancha con Paula por algunas de las cosas que ha confesado de nosotras, y le revela a Arturo la relación romántica-platónica de Paula con Julio. Adivino que se avecina tormenta de piques entre ellas y me retiro un poco para que no me salpique. Después de unos minutos en los que salen a relucir algunos trapos sucios gracias de ambas, Arturo parece percatarse de mi estrategia y no se apiada de mí.

—¿Y Elea? ¿Qué hay de ella?

Aprecio una mirada cómplice entre los dos amigos, y aunque Marco finge limpiarse la comisura de los labios con la servilleta, no se me escapa que intenta encubrir su sonrisa tramposa. Malditos...

—Yo tengo una vida muy aburrida —respondo, detonando con la mirada al culpable de mi salida a la palestra.

—Nah... no tienes pinta de eso, no seas tímida —me pica, el muy canalla.

Siento todas las miradas de mis queridos comensales fijadas en mí, pero hay una en concreto que parece taladrarme: la de un rubio que sigue intentando contener la sonrisa ante las pullas de su amigo.

—Ella es psicóloga, Arturo. Los psicólogos son perfectos. —Ahora es el turno de que me pinche Marco, al parecer.

—Uy, uy, uy... esto se pone interesante —vaticina Paula, frotándose las

manos—. Si empezáis con tópicos sobre los psicólogos, Elea se altera y empieza la función.

—¿No me digas? —se sorprende Marco. Parece muy intrigado. ¿Qué pretende? ¿Saber cómo se me saca de mis casillas para utilizarlo en mi contra en las sesiones? Su sonrisa ladeada me indica lo peor.

—Sí, sí, es muy gracioso. Siempre que salimos y se le acerca algún tío y acaba haciendo bromas sobre tópicos de psicólogos, tenemos que marcharnos corriendo antes de que le salga espuma por la boca —descubre Paula, ajena a todo.

—¡Por Dios, Paula! ¡¡No exageres!!

—Vicki es testigo de ello.

Y Vicki se hace la despistada, consultando su teléfono móvil. Me está devolviendo que yo no la haya rescatado antes, la muy vengativa.

—No le hagáis caso.

—La última vez que salimos se nos acercaron unos chicos monísimos...

—Mientes, no eran monos, parecían cruasanes ciclados, pero tú estabas demasiado pedo para recordarlo —rebato, para restar veracidad a sus comentarios.

—Bueno, da igual, el caso es que se acercaron unos chicos. Y el más mono estaba todo el rato tirándole los trastos a Elea, pero ella lo ignoraba —sigue contando la traidora de mi amiga a dos hombres extraordinariamente atentos—. Y, a él, para hacerse el saleroso, no se le ocurre otra que desempolvar las típicas preguntas sobre psicólogas y, claro, a ella la enervan...

—Paula y yo nos estábamos descojonando por detrás, viéndola con las caras de indignada intentando refrenarse —añade Vicki entre risas.

—¡¡Síííí, pero él ni se enteraba y seguía a lo suyo!! —grita, jocosa—. Vicki y yo hicimos una porra sobre lo que tardaría en responderle alguna bordería.

—¡¡Cuatro minutos!! ¡¡Fue su récord!! —Me encanta cuando mis amigas encadenan las frases supercoordinadas y soy yo el centro de sus ataques. «Me chifla, las voy a matar», pienso, mientras esbozo una falsa sonrisa que indica *vendetta*.

—Pero ¿qué le dijo? —pregunta el curioso de Arturo, que se divierte mucho a mi costa.

—El chico, juguetón, le dijo que la noche anterior había soñado con ella, y le preguntó si lo podía interpretar. Y ella, harta ya de que no entendiera las

indirectas y la dejara en paz, le soltó... ¡que cuando ella soñaba con tipos como él lo interpretaba como pesadillas!

—Pero la ingeniosa criatura repleta de tópicos lo cogió a broma, y no contento con eso le pregunta, acercándose más y más, que si podía adivinar qué estaba pensando en ese mismo momento, y entonces Elea le dijo que creía que pensar era un proceso demasiado profundo para él y que dudaba que algún día llegara a ocurrir en su cerebro —sigue revelando ahora Vicki.

—Imaginaos la cara del chico, que por fin se dio por aludido, con las ganas que tenía de mojar el churro... —Qué bruta es Pau.

Marco y Arturo se desternillan sin miramientos ya, y yo me sumo al algarabío de risas. Eso anima a la que pronto dejará de ser mi amiga, que continúa entrando en detalles sobre mi tortura particular con los tópicos de los psicólogos, relatándoles las anécdotas que ella conoce y que yo debo puntualizar para que no conviertan en episodios *telenovelescos*. Imagino que cada profesión tendrá que soportar sus propios tópicos, pero es que los de la psicología me sacan de mis casillas. No importa que esté tranquilamente tomando una copa en la discoteca, que sean las cuatro de la mañana, y que tenga pinta de haberme bebido algún cubata de más. Cuando sale a relucir que soy psicóloga, siempre queda algún neandertal que me mira con los ojos abiertos de par en par, como si fuera una especie en extinción o un ente mágico y me pregunta por el problema de un amigo, porque claro, ellos nunca los tienen. Y entonces viene esa retahíla de preguntas tan originales e inteligentes que, encima, nunca puedes responder sinceramente.

No es necesario entrar más en detalles, aunque Paula y Vicki crean lo contrario y estén deleitando a los dos amigos con mis leyendas.

Marco no me ha quitado el ojo de encima, atento a cada uno de mis gestos. Si deslizo un poco la mirada hacia él, siempre me encuentro con sus ojos ávidos y, aunque lo evite al máximo, cada encontronazo, acercamiento o roce sensibiliza cada poro de mi piel, y me altera.

—Había olvidado esa forma que tienes tan tuya de reír... —me susurra Marco.

Lo observo unos instantes, preguntándome a qué se referirá. El resto nos ha aislado de su charla, y él se dirige a mí como si estuviéramos solos, como si el resto del universo no existiera.

—Con ellas es imposible no reírte, siempre que salimos, acabo siendo la paciente de una sesión de risoterapia gratuita.

Asiente divertido y devuelve la atención a mis ojos, centrándose en ellos.

Imperturbable. Su magnetismo me atrapa, porque no consigo apartar la mirada, y así es como percibo que su gesto se va transformando lentamente en una afligida sonrisa que no logro entender.

—Siento de verdad lo que ocurrió ayer, y siento que Dana te haya puesto en este compromiso.

Suspiro y asiento.

—Lo sé. No es nuestra culpa, Marco. Pero lo solucionaremos. —Espero que mi voz no logre transmitir las dudas que tengo.

—Cada minuto que pasa, lo dudo más —afirma, casi en susurros, aunque logran atormentarme. Quizá porque sé que tiene razón. Quizá porque siento que todo se está complicando, pero no soy capaz de emprender otro camino. Quizá se refiera a que su relación está realmente jodida. Quizá no sea por mí. Trago saliva y me repito que tengo que cortar esta conversación, pero, de nuevo, parece leerme el pensamiento y se me adelanta.

—Por cierto, no te han gustado las flores. —No es una pregunta, ni su tono es de reproche. Es una aseveración franca. Maldigo ser tan transparente, esa característica siempre me trae problemas.

—No son las flores... es que me repatea que la gente regale para pedir perdón. —Me arrepiento al momento por mi sinceridad, cuestionándome si le molestará, pero para mi incredulidad se ríe—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Hasta ahora creía que a todas las mujeres os gustaban las flores ante esos casos. No sé, parece algo infalible. Ha sido Arturo quien me ha convencido para traerlas, pero, aun así, pensaba que era algo con lo que acertar seguro. Pero, claro, contigo nunca puedo predecir nada...

—A ver, a ver... no se trata de las flores —aclaro—. Lo que no me gusta es que se hagan regalos para engalanar el perdón... Los regalos deben darse en los momentos adecuados, pero no compran un perdón —trato de arreglar—. De todas formas, como regalo, prefiero otras cosas que sirvan.

Ambos estallamos en una sonora carcajada ante mi turbada confesión.

—Las flores sirven, son un detalle y su función es adornar.

—Soy una mujer práctica y me gustan las cosas que tengan otras funciones, no sé... algo que realmente necesite.

—Los regalos nunca deben suplir necesidades. Deben ser caprichos.

—Quizá en tu mundo elitista. En el mío, no hay ninguna ley que lo diga —sentencio, y le arranco una sonrisa.

—*Touché*. —Y lo acompaña con el gesto que caracteriza su expresión—. Y, dime, ¿qué es lo que una mujer como tú necesita?

Paladeo su pregunta, que me permite reflexionar durante unos segundos mientras soy consciente de que mantiene la atención en mí. La naturalidad con la que hablamos y lo cómoda que me siento en estos momentos me permiten compartir mis pensamientos abiertamente.

—¿Qué es lo que una mujer como yo necesita? —repito, pensativa—. No sé si hay mujeres como alguien, es decir, creo que cada persona tiene unas necesidades concretas y que son diferentes al resto. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente. —¿Hay un destello de admiración en su mirada?—. Y, entonces, ¿qué es lo que necesitas tú, Elea?

Me doy cuenta de que los gritos de los tres insensatos de nuestra mesa han hecho que Marco y yo nos hayamos acercado para hablarnos. Inconscientemente, he dirigido mi cuerpo hacia él para salvar la esquina de la mesa, y él ha enderezado su silla en mi dirección. Su cercanía me sigue afectando, y parece que ambos estemos inmersos en una burbuja aislada del resto del mundo. Pero me permito no pensar... me permito disfrutar de esta atmósfera de sana intimidad que compartimos.

—No sé si eres consciente de la importancia de esa pregunta.

—Lo soy. —Y mantiene su enigmática mirada fija en mí, y su determinación de nuevo hace que lo crea.

—Pienso que, si cada persona fuera capaz de saber todo lo que necesita, seríamos más felices. —Asiente medio sonriendo—. No es tan fácil como creemos, ¿sabes? A veces nos engañamos a nosotros mismos, pensando que tenemos necesidades cuando en realidad no lo son, o las enfocamos mal, o pensamos que necesitamos más de lo que realmente nos hace felices. Y descuidamos lo que sí necesitamos... Me estoy haciendo un lío. No sé cómo...

—Te entiendo —murmura—. Pero sigues sin responderme. —Apoya la barbilla en la palma de la mano, acercándose peligrosamente a mi espacio.

—No sé si estoy preparada para responderte en estos momentos. La verdad. Hace poco tiempo que estoy descubriendo poco a poco mis necesidades. Qué es lo que *realmente* necesito. Creo que necesito sentirme bien conmigo misma. Ser yo. Sin seguir dictados sobre cómo debería ser, tener, comportarme... a pesar de que el mundo no me entienda. Pero lo necesito. Necesito ser coherente con lo que me pide mi cuerpo, mi cabeza... Y necesito ser útil. Saber que mis acciones son útiles. Que ayudan. Que hacen el mundo un poquiiiito mejor. Por eso es tan importante para mí la fundación.

—Entiendo. —Y, por cómo lo dice, siento que es así.

—Por eso voy a hacer lo que esté en mi mano para mantenerla. ¿Sabes?

Se mantiene unos segundos meditabundo. Y es así como soy consciente de que ha comprendido el alcance de cada una de mis palabras.

—Puedo ayudarte en ello —responde al fin—. Puedo ayudaros en la gestión.

—No es necesario, tu mujer tiene unos asesores que se ocupan de ello.

—Pues lo hacen de pena.

—¿Cómo?

—Lo has oído.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí, porque podrían aconsejaros muchas cosas, y no lo hacen.

—La verdad es que no nos aconsejan nada. Se dedican a ayudarnos con los trámites que les pido, y a asustarnos diciéndonos que tenemos que ajustarnos el cinturón y poco más. ¿Tú qué nos aconsejarías?

—Tenéis que mejorar los actos benéficos, por ejemplo, hablando vosotros, no Dana. Vosotros sois los que os apasionáis con lo que hacéis, y eso debéis transmitirlo. Tenéis que contar las historias de las familias que acuden a pedirnos ayuda, respetando la confidencialidad, claro, y tenéis que explicar qué queréis conseguir con las donaciones que os lleguen. También podríais contactar con centros afines al vuestro en otras ciudades, para colaborar con ellos y daros a conocer. Podríais acoger a voluntarios para los casos más leves, así podríais atender más casos, y los voluntarios se beneficiarían de la experiencia. Qué más... —suspira y desvía los ojos hacia el techo, adoptando una pose de pensador fascinante—. Hacer subastas públicas, para que la gente se moje dando la cara y compitan por ser los que más donan; aprovechaos de su ego, de su necesidad de fingir, de sus apariencias. Y tenéis que moveros más por esos círculos, con los peces gordos.

Y yo me he quedado admirada ante su facilidad para exhibir esas propuestas. Me he quedado un momento embobada pensando en todo lo que me acaba de decir. No son malas ideas, pero desde nuestra posición parece complicado realizarlas.

—Para todo eso sí nos tendrías que ayudar. Para nosotros es difícil acceder a ese mundo.

—Hecho.

—Lo hablaré con tu mujer.

—Eso déjame a mí.

—Entonces lo hablo con Vicki y Carlos, y te comento algo.

—Tendremos que reunirnos para organizarlo. Háblalo con ellos, y acordamos una reunión.

—Perfecto.

—Ahora que ya somos amigos, me toca a mí pedirte algo.

—Mmm, creo que no estás en situación para ello, pero bueno, dispara — espeto impaciente.

—Sé benévola en las tres charlas que quedan. —Y me mira derritiéndome, el muy chantajista—. Hemos acordado charlas informales, de orientación, o algo así dijiste, ¿no? Como amigos.

—Claro.

—Pues no me trates como a un paciente. No me gusta.

Ay... los hombres y sus problemas con su esfera de invulnerabilidad.

—Hecho.

—Amigos, pues. —Y ambos sonreímos, asintiendo.

El camarero nos interrumpe en ese preciso instante al acercarse para tomar nota de los postres. Pedimos lo de siempre, y se me ocurre aprovechar para romper nuestra burbuja e integrarnos en el resto del mundo, al menos el que ocupa nuestra mesa, pero...

—Pensaba que pedirías chocolate con churros. ¿Sigues pidiéndolos cuando no toca? —requiere con ese punto travieso.

Levanto la mirada hacia él, perpleja. ¿Se acuerda de aquello? ¿Cómo es posible? Si no es más que un detalle sin importancia de una de sus muchas conquistas de hace tropecientos años.

—¿Te acuerdas? —recurro a la sinceridad, y él parece sorprenderse ante mi pregunta.

—Por supuesto. Pareces extrañada. Me acuerdo de todo.

Y ese *todo* es el mejor regalo para mi (últimamente) golpeada autoestima, ese *todo* junto con el Marco que tengo ahora delante, con el que puedo entablar una conversación con facilidad y de forma sincera son la clara confirmación de que no exageraré mis recuerdos. Me pregunto el alcance de lo que almacenará de nuestros momentos, y la curiosidad me reconcome por dentro. Parece leerme el pensamiento.

—Me acuerdo de la guía turística, de tus mensajes, de la comida, de tu cremallera... —¡Dios! Suena tan sensual su voz ronca.

Ha conseguido cortarme la respiración y sonrío complacido. Cabrón.

Cabrón. Cabrón. Estaba esperando mi reacción. Me muerdo el labio y niego con la cabeza, lanzándole una mirada de leve reprobación. Muy leve.

—También me acuerdo de Darwin, ¿dónde está? —Recupera el control y se mueve hacia terrenos permitidos, y lo se lo agradezco, respirando un poco.

¿Se acuerda incluso del nombre de mi perro? Una punzada de dolor me ataca, pillándome desprevenida. Mi añorado Darwin, cómo lo sigo echando de menos.

—Murió hace unos años, de viejecito.

—Lo siento, de verdad. Y, ahora, no me lo digas, tienes otro perro, y se llama...

Me sonrío, ay Dios, sí que se acuerda de todo, de todo. La euforia interna se mezcla con cierta vergüenza.

—No, qué va, no tengo mascotas. Sí que quise, me encantan los perros, pero Lucas se negó a que lo reemplazáramos, le tenía mucho cariño... y los últimos meses fueron difíciles por lo enfermo que estaba Darwin. Después de eso, Lucas no quiso tener más mascotas.

Parezco advertir que se tensa un poco, pero se recoloca fácilmente. ¿La causa es que le hable de Lucas?

—Bueno, mira el lado positivo, ahora que estás separada, puedes tener una nueva mascota. —Y apuntilla con un guiño que me turba enterita.

Uy, uy, uy. Las bromas se van acercando peligrosamente al coqueteo y la Elea racional que hay en mí aparece para recordarme que es el marido de mi jefa. MI jefa. Mi JE- FA. Creo que Vicki también acaba de reparar en el guiño de Marco, porque me atraviesan varias miradas suyas dinamitadas de desaprobación que, junto a sus falsos ataques de tos, me han devuelto a la realidad.

Mi compañera se ha apresurado a excusarnos porque nos teníamos que ir a trabajar, pero Paula ha permanecido inmune a las miradas asesinas de Vicki y ha anunciado que se quedaba relajadamente tomando café con esos dos milagros de la genética. La muy perra. Marco no ha permitido que pagáramos de ninguna manera, así que las dos psicólogas nos hemos ido de nuevo atropelladas para no llegar tarde. Y una de ellas llevaba una insoportable sonrisa bobalicona pintada en la cara, que, aunque se ha afanado en enmascarar, se ha visto aumentada con las abrumadoras miradas de un tipo despiadadamente atractivo que se ha despedido de ella con complicidad. Después de eso, a la psicóloga la sonrisa se le ha borrado de la cara enseguida escuchando de camino los sermones de Vicki, que, con razón, me acusa de

poner en peligro la fundación.

—No es verdad, Vicki. Éramos dos amigos charlando amistosamente. Y, encima, he conseguido ideas para la fundación —intento defenderme, mientras avivamos el paso, no sé si por su enfado o porque de verdad llegamos tan tarde.

—Dos amigos no hablan con esa confianza, Elea. ¡Casi rozaba su cara con la tuya! —se escandaliza.

—¡Porque por culpa de vuestros gritos no nos oíamos!

—¿Y sus guiños? No te engañes, Elea, entre vosotros hay atracción. No sois amigos. Os acabáis de reencontrar, ¡por Dios! Y vuestra energía sexual casi nos ha empujado a otra mesa al resto.

—No, eso no es verdad. No es para tanto, estábamos cómodos y nos hemos dejado llevar un poco. Es fácil conversar con él y no sé por qué, me es fácil abrirme, pero...

—Elea —me detiene y me coge de los hombros—, cuanto antes pases por la fase de negación y aceptes la situación, antes podrás empezar con las soluciones, así que te pido por favor que te saltes las primeras fases y te centres en la última.

—Vale. Me atrae, está claro. Pero puedo obviarlo.

—Perfecto, pues ahora créete de verdad eso, si quieres que sigamos con nuestra labor y puedas pagar tus facturas —espeta, airada.

\*\*\*

He pasado la tarde concentrada en las sesiones con los niños, pero la sensación de culpabilidad se ha apoderado de mí, sin posibilidad de librarme de ella. Vicki se ha asomado dos o tres veces para comprobar cómo estaba. Sé que ella también se siente culpable por la dureza de sus palabras, pero lo cierto es que le agradezco su golpe de sinceridad. Necesitaba rescatar a la Elea sensata que pulula en mi interior (de vez en cuando). Antes de irnos, Vicki y yo nos hemos fundido en un largo y mimoso abrazo, y me he ido pitando a la peluquería de Pau para distraerme y desahogarme.

Mi amiga vive en la misma peluquería. Durante el tiempo que vivimos juntas, estuvo ahorrando para montarla y, ante la imposibilidad de pagar el alquiler del local, la inversión para su puesta a punto y el alquiler del piso, se le ocurrió montar una mini-vivienda en el mismo negocio. Vicki ya estaba pensando en irse a vivir con Javier desde hacía tiempo, y Lucas había tanteado la idea de que nosotros podíamos casarnos para poder hacer lo

mismo (si no pasábamos antes por el altar, matábamos a nuestras familias). Así que, tras un local de estética *pin-up* y *pop-art*, sorteando varios lavaderos de cabeza en la penumbra de la peluquería cerrada, me adentro en mi segunda casa. Una sola habitación de unos treinta metros cuadrados, en la que conviven armoniosamente unos pocos muebles de Ikea, una cama, y una mini-cocina. Aparte (eso sí), en un diminuto cubículo, el servicio.

—Joder, qué susto me has dado —chilla Paula, tras dar un saltito.

—Lo siento, amor, pensaba que me habías oído. —He abierto con mis propias llaves y, con las prisas, ni he voceado que entraba.

Paula está calentando algo delante del microondas, y me observa divertida.

—Tengo que quitarte esas llaves, cualquier día entras y me pillas trajinándome a alguien.

—Antes de que tú te trajines a alguien, siempre vienes pidiéndome pasta o ropa, así que suelo estar avisada de cuando ocurre, tranquila —me burlo.

—Entonces tendrás que dejarme pasta o ropa para el viernes, bonita, porque voy a trajinar.

—¿Perdona?

—Lo que oyes.

Una idea relámpago me pasa por la cabeza, pero la desecho rápidamente. No, no puede ser.

—¿Con quién?

Me mira de reojo, con una perversa sonrisa en su rostro, creando expectación, la muy perra.

—Con Arturo.

El golpe de agua fría que estaba esperando ha llegado.

—Pero ¿qué me estás contando, Pau? Estás de coña, ¿no? —digo, alterada.

—¿Por qué debería estarlo?

—Ambas sabemos el tipo de tío que es Arturo, y eso a ti nunca te ha ido.

—Ahórrate todo lo que me vas a decir, porque pienso hacerlo de todas formas —asegura, levantando una mano—. Sé que se ha tirado a casi toda la Comunidad Valenciana, por eso quiero probarlo antes de que decida irse a explorar por otras provincias vecinas.

—Tú estás mal de la cabeza.

Se ríe ante mi asombro, pizpireta.

—Solo será sexo, Ele. Pero estoy necesitada de mimos, y mientras Julio

esté con la petarda esa, necesito llenar su hueco. —Esboza una cara de pena que me conozco demasiado como para creerla—. Y, no sé por qué, pero creo que Arturo llena los huecos muy pero que muy bien. Ha estado muy atento conmigo, y nos hemos reído un montón. Han venido a La Pelu y le he cortado el pelo.

—¿¿Cómo?? —No me veo a los dos pijos redomados de Arturo y Marco en la peluquería *pop-art* de mi amiga.

—¡Ha sido muy divertido! ¡Cuando le estaba haciendo el masaje capilar a Arturo, casi me corro! Estaba hundiendo las manos en su pelo, y a él se le ha escapado algún suspiro y he empezado a imaginarlo gimiendo sobre mí metiéndome...

—Vale, vale, stop. Ya me imagino.

—Por cierto, Marco no ha dejado de hacerme preguntas.

—¿Preguntas? ¿Qué tipo de preguntas? —El corazón se me acelera, y ella lo debe de saber, porque se hace la remolona con la respuesta—. Paula, no juegues con eso, no le habrás contestado ninguna, ¿no?

—Claro que le he contestado, pero haciéndome la gallega. Le he sacado yo más a él que él a mí, tranqui.

—No, *tranqui*, no. ¿Qué le has dicho? —me desespero.

—Nada, me ha preguntado por dónde solíamos movernos en Valencia, por qué nunca coincidíamos por ahí, que si lo habías pasado mal por la separación, ya sabes... Parecía muy interesado en ti. Y ¿sabes qué me ha gustado? Que no disimulaba ni se hacía el indiferente. Preguntaba sin más, con esa seguridad que tiene. —Me guiña un ojo y nos partimos de la risa. Parecemos dos adolescentes. Pero, para qué negarlo, me encanta que haya preguntado por mí. Aunque tenga que luchar contra esa emoción.

—Mejor que no le hayas dicho nada, que me siento fatal por haber ido hoy a la comida.

—Pues, mona, yo os he visto muy a gusto.

—Con más razón. Vicki me ha echado un puro, y ya sabes que en ella eso es raro, aunque tiene razón. Pero no me lées y hablemos en serio. ¿Estás segura de querer acostarte con Arturo? Tengo miedo, Pau, no quiero verte mal de nuevo, y él no es hombre de relaciones.

—Ni yo quiero una con él. Voy a ser una más en su larga lista, y él va encabezar la mía, porque estoy hasta las narices de esperar a Julio, y esto no ha hecho nada más que empezarrrrr.

## CAPÍTULO 12: EL TRIÁNGULO

MARCO

Aparco el coche lo más cerca de la fundación que puedo, y me dirijo hasta allí el resto del trayecto andando. Tan solo ha pasado una semana desde la última sesión, y desde entonces he permanecido inquieto esperando que fuera de nuevo lunes. Necesito volver a verla. No he podido pensar en otra cosa desde la comida. Teniéndola cerca de mí y tan alejada de su máscara de profesionalidad, tuve que aceptar que me sigue atrayendo demasiado. Y me resulta casi imposible dominarme si ella está cerca. Incluso a mi alrededor han notado que el nivel de mi irritación ha caído en picado, mutando hacia un estado de nerviosismo más llevadero, y cada cual hace sus propias interpretaciones. Celia piensa que tengo una amante. Dana cree que es el efecto de la *terapia*. Y Arturo... bueno, él sabe que es por ella. Me ha advertido de que esto me puede conllevar problemas. Sé que hay muchas cosas en juego. Pero estoy hasta los cojones de controlarme con todo. Hasta los cojones de estar convirtiéndome en alguien en quien cada día me reconozco menos. Y estar con ella me permite olvidarme de toda la mierda que me rodea, y relajarme. No necesito más.

He tenido seis largos días para pensar cómo poder solucionarlo. Cómo huir del problema y acabar aceptando una terapia con Dana con otro especialista. Pero no me da la gana. Quiero verla. Y quiero estar con ella. Aunque sea una mísera hora encerrados en un despacho hortera hablando de lo que sea. Aunque sepa que tengo fecha de caducidad para disfrutarlo.

De lejos, advierto la puerta de la fundación, y a Elea apoyada en el umbral de la puerta, comiendo algo con una mano mientras con la otra se abraza el cuerpo, un poco acurrucada, como si la brisa le estuviera calando en la piel. Mis ojos desfilan sin poder evitarlo por su silueta, realzada con unos pantalones ajustados blancos y un sencillo suéter gris con incrustaciones brillantes en los hombros. Lleva el pelo algo alborotado por el viento. Una oleada de calor desafía con despertar mi erección tan solo con su imagen. Lo que daría por traspasarle todo ese calor para aislarla del frío.

Está observando el paso continuo de gente con la vista en todas partes y en ninguna a la vez. Me pregunto si piensa en mí. Cuando se da cuenta de mi cercanía, guarda lo que queda de empanadilla en la bolsa de papel y me sonrío.

—¿Bollería? ¿Eso no está prohibido? —le pregunto, a modo de saludo informal.

—Ummm, no me mates, si prohíben estas cosas ya no sé qué va a tener sentido en la vida —bromea, sujetándome la puerta para que entre.

—Pensaba que las mujeres no comíais grasas hidrogenadas —sigo picándola, mientras andamos hacia el familiar despacho.

—¿Qué palabra es esa? ¿Cómo es posible que tengas esas ideas tan distorsionadas de las mujeres? ¿Tú con qué tipo de mujeres te relacionas? — Abre mucho los ojos con un gesto de reproche que me encanta. Me vuelve loco su naturalidad.

Y sí, cuánta razón tiene. Por desgracia, me relaciono con mujeres muy diferentes a ella en el mundo por el que me muevo desde que conocí a Dana. Mujeres a las que les importan tremendamente las apariencias y lo que el mundo piensa de ellas. Mujeres que se visten con estilo, sí, pero un estilo robado, un estilo que no es propio. Mujeres que no tienen su frescura, ni su espontaneidad. Que no serían capaces de irse a comer con Arturo y conmigo y sentarse en la mesa sin postureo. Elea y sus amigas nos regalaron una comida diferente a las que estamos acostumbrados. En un local... un local con alma. Un restaurante que hablaba de ellas, de sus anteriores comidas allí, del cariño con el que eran tratadas y trataban al personal. Y comieron. Comieron sin tapujos. Sin contar calorías. Sin rebuscar los platos más ligeros. Pidieron más de lo necesario y comieron sin dejar de hablar, pasándose los platos, mezclando los brazos por encima de la mesa en un barullo incesante de risas, exclamaciones y brindis absurdos. Elea degustaba cada bocado como si no hubiera manjar más exquisito. Tuve que contenerme para no mirarla más. Para no analizar cómo sus labios acariciaban los cubiertos, cómo su lengua se lamía dulcemente en ocasiones algún resto de salsa que yo hubiera querido absorber sin piedad. El vino, además, provocó que se relajara y que se mostrara sin reservas, aún más desenvuelta.

—Pues me relaciono con mujeres que tienen prohibido comer esas cosas. Sus entrenadores personales las colgarían si lo hicieran —reconozco, mientras me dirijo a sentarme en la misma silla que la semana pasada.

—Tengo suerte, pues, de no poder permitirme un entrenador personal. — Y sonrío de nuevo—. Ah, no. Hoy no nos sentamos ahí. He pensado que el escritorio provoca demasiada frialdad, y te cierras mucho. Hoy nos sentamos aquí, ¿te parece? —Señala el rincón infantil, con unas mesas y sillas del tamaño de los pitufos. Y arqueo una ceja, esperando el momento en el que se

ría y me confirme que me está tomando el pelo.

—¿Ahí?

—*Sip.*

—Mi culo no cabe en esa silla.

—Podemos sentarnos sobre el tatami y apoyarnos en la pared, en esa esquina.

—Es broma, ¿no?

Se ríe, pero niega con la cabeza, con un gesto de borde...

—Ven. —Toma mi mano y tira de mí—. Será más divertido. Estarás más relajado. Ya verás.

Se desliza y se sienta como una india en el tatami multicolor. En este sitio todo es multicolor, sí. Y, a pesar de reconocer lo absurdo de la situación, acabo desabrochando y quitándome la chaqueta del traje y sentado en la pared perpendicular a la suya. Estiro las piernas y las cruzo, apoyo la cabeza en la pared y suspiro. Esta mujer va a acabar conmigo. Nunca sé qué puedo esperar con ella. Nunca nada es como pienso que va a ocurrir.

—¿Estás cómodo? —pregunta, observándome recreada. Se muerde el labio...

—Todo lo cómodo que se puede estar en el suelo.

—¡Oye! No estamos en el suelo, verás cómo te gusta más. Este rincón tiene poderes para relajar. A los niños les encanta.

—Gracias por la consideración. Aunque se te haya olvidado pensar que mis piernas miden un metro y pico más que las de ellos.

Ríe de nuevo. Me gusta ver cómo disfruta conmigo. Cómo lo hace con sus amigas. Y me gusta darme cuenta de que ha vuelto mi humor. Hacía tiempo que no se pasaba por aquí.

Después de aconsejarme en varias ocasiones sobre cómo sentarme, y de que yo le jure doscientas veces que estoy cómodo, porque es la verdad, empieza la sesión, resumiendo lo que me explicó la semana pasada sobre las terapias de pareja, y pidiéndome una tarea que me había encomendado sobre anotar mis enfados, pero que he olvidado totalmente. Tras una fingida irritación por su parte, me ha preguntado por mi semana y hemos conversado sobre algunos aspectos del trabajo, los horarios, la comida, sus amigas... Podría estar así para siempre. Viéndola sentada como una india, cogiéndose los tobillos desnudos en ocasiones, con nuestras piernas a escasos centímetros, charlando sobre cualquier tema. Le lanzo indirectas sobre nuestro pasado para observar cómo se sonroja y se muerde un extremo del

labio mientras niega con la cabeza y cambia rápido de tema. O cómo de vez en cuando me sorprende con alguna de sus respuestas inteligentes a mis atrevimientos. Podría estar así eternamente, sí. Notando esta sensación de calor entre nosotros, esta prueba de que hay atracción y de que ambos la percibimos, aunque nos empeñemos en contenerla. Me pregunto hasta cuándo podremos.

Todo ello se ha desvanecido cuando ha sugerido que empezáramos la sesión realmente y me ha preguntado por mi relación con Dana, y he sido consciente de que, muy a mi pesar, dicho tema es la razón principal de que me encuentre ahora mismo con Elea.

—¿Cuál crees que es, desde tu punto de vista, la causa de vuestros desajustes como pareja? —No me mira mientras arroja la pregunta que irrumpe entre nosotros. ¿Le estará costando tanto como a mí mantener aislados todos los pensamientos sobre nosotros para centrarse en mi relación de pareja?

Suspiro y fijo la vista en el folio que ha cogido de la mini-mesa y que sostiene suavemente entre sus dedos.

—No lo sé, es Dana la que piensa que tenemos problemas —evito responder.

Me cabrea que la situación inicial esté virando tanto como para complicarse cada segundo más. Me cabrea que me duela tanto pensar que estoy atado a otra mujer, y tener que hablarle de ella.

—Vale, reformularé la pregunta. ¿Hay algo que te moleste de Dana? —insiste.

Buena pregunta. Me molesta todo. Me molesta que se pase el día pensando en qué dirán o harán los demás, que finja constantemente, que se pase horas enteras mirándose las uñas, y el pelo, y cómo lleva la ropa, y haciendo poses delante de cada espejo. Me molesta que hable tanto, me molesta que me toque, me molestan las tonterías que dice, me molesta que maneje a todo el mundo para conseguir sus caprichos, me molesta que sea tan egocéntrica, me molesta que me pregunte constantemente por el simple hecho de cotillear, sin interesarse por mí, me molesta que me sonría como una tonta, me molesta su voz, me molesta que sea tan predecible... y me saca de quicio tenerla cerca.

Sin embargo, no creo que sea adecuado sincerarme tanto, así que vuelvo a responder con evasivas y anticipo la exasperación de Elea, aunque me imagino que se contiene en expresarlo.

—OK. Intentaré facilitarte las cosas hablándote un poco sobre las parejas —plantea con paciencia—. Quizá, después, se te ocurra con precisión qué aspectos te gustaría mejorar en la tuya. No te preocupes porque, si finalmente vais a terapia, os entregarán unos cuestionarios para rellenar, y resulta mucho más fácil responder este tipo de preguntas a través de ellos. En la terapia os explicarán cómo solucionar el aspecto que esté provocando los desajustes.

Ha vuelto a adoptar esa serena actitud profesional que me resulta familiar, pero que curiosamente ya no me molesta tanto. Me mantengo tranquilo, y me felicito por mi estrategia de intentar evadir el tema de Dana, y poder recrearme en la observación de Elea, que ha empezado a parlotear sobre el amor y las relaciones de pareja. Se ha sentado sobre su rodilla, de manera más informal, y me mira directa a los ojos, como siempre suele hacer. Me alegra saber que está cómoda conmigo. Que puede sentarse como no lo haría con otras personas, y mirarme de esa manera... de esa manera en la que me hace sentir que solo podría mirarme a mí. Ojalá sea cierto.

—...según Stenberg, el amor tiene tres componentes imprescindibles: la intimidad, el deseo o pasión y el compromiso. —Vuelve a mostrarse apasionada mientras habla, gestualizando y provocando que atienda sin remedio a cada una de las palabras que emanan de sus labios—. Popularmente se conoce como el «triángulo de Stenberg» porque, según la importancia que tengan estos elementos en la pareja, el autor diferencia varios tipos de amor. —Forma un triángulo con los pulgares e índices de sus manos y sonrío divertida. No entiendo su manía de gestualizar tanto. Y no entiendo que a mí me guste tanto...

—¿Varios tipos de amor? —pregunto, y creo advertir que se le iluminan sus ojos oscuros ante mi interés. Joder, preguntaría lo que fuera por verla así siempre.

—Sí, según la presencia de esos tres componentes. Es muy interesante. Verás, la intimidad o el cariño serían la necesidad de acercamiento, de comunicación, de interés, de sentirse apoyado y apoyar; en definitiva, de compartir. El deseo o pasión incluye la parte sexual, pero también va más allá, es la necesidad de su calor, de su apego, su anhelo. —«Sí, todo esto me resulta ahora tremendamente conocido», pienso, mientras les echo un vistazo a esos pantalones blancos que me están volviendo loco—. El compromiso se refiere al grado en el cual la persona está dispuesta a mantener la relación, a asumir la responsabilidad y las obligaciones que conlleva. Es como si las parejas estuvieran formadas por un porcentaje de estos tres componentes. Si

alguno está ausente, o tiene muy bajo porcentaje, puede haber inestabilidad y dificultades. Por ejemplo, si no hay pasión o deseo, hablamos de «amor de compañero»; si solo hay intimidad y pasión, sería «amor romántico»; si solo hay compromiso, «amor vacío». —Está claro que este último tipo es el que rige mi relación con Dana y me pregunto si Elea será consciente de ello.

—¿Y el amor que tiene los tres elementos?

—El «amor consumado o pleno». Sería el que tiene intimidad, pasión y compromiso de manera equilibrada.

—Ya, una utopía —sostengo.

—Por supuesto que no. Existe. —Parece muy segura.

Me sorprende su énfasis en la defensa de algo que probablemente le ha fallado a ella y, aunque podría evitar el debate, sé que lo busco en parte por intentar sonsacar más detalles del porqué de su ruptura.

—Supongo que es lo que tienes que decir como psicóloga, pero ambos sabemos que no es así —contraataco sutilmente.

—Entiendo que en este momento estés ofuscado y decepcionado por el estado de tu relación de pareja y pienses que no existe, pero lo cierto es que no es una utopía. Quizá en los inicios de tu relación pensabas diferente. Intenta...

—No, lo cierto es que no recuerdo tal amor, ni siquiera en los inicios de mi relación —la interrumpo. Quiero que tenga claro que nunca lo sentí. ¿Por qué?

—¿Me estás diciendo que te casaste sin amor?

No respondo con palabras, pero mi frialdad y mi silencio parecen responder por mí. Puedo sentir su mirada, atenta a cada uno de mis movimientos, intentando analizar la confesión que acabo de brindarle, pero no demuestra que me juzgue por ello.

—Déjame entenderte —pide, con una voz tierna que provocaría que le diera todo lo que anhelase. Todo.

—No hay nada que entender, Elea. El amor es interés, si nos interesa estar junto a una persona, iniciamos una relación. Y eso hicimos Dana y yo. Ese interés, a veces, perdura, y otras veces no, y entonces las relaciones se mantienen o fracasan. No hay más.

«Ni triángulos ni estupideces», me gustaría añadir, pero no lo hago por no recrudecer un enfrentamiento entre ambos. O por no enfadarla ni molestarla. Ya no lo sé.

—La verdad es que el mundo se mueve por intereses, y el amor no es más

que la etiqueta que hemos puesto a uno de ellos. Y consiste en elegir a la persona que crees que te facilitará más las cosas en tu presente y futuro. Sin más —reincido en mi discurso. Todos los putos teóricos del mundo pueden decir las gilipolleces que estimen oportunas desde sus confortables casas y trabajos.

Ella se mantiene en silencio. Pensativa. Casi puedo oír a toda marcha la maquinaria de sus motores para replicar con alguna de sus teorías.

—¿Y cuál fue tu interés en Dana? —pregunta con suma serenidad, para mi sorpresa.

—Tranquilidad. —La respuesta es instantánea, porque casi cada día he de repetirme lo que me llevó a tomar aquella decisión. Pero Elea frunce el ceño, pidiéndome que me explique—. Supongo que iniciamos la relación como se inician todas, por probar, y después fue fácil dejarse llevar. Dana es previsible. Es fácil suponer qué hará en cada momento, es fácil que esté contenta y eso da tranquilidad. La mayoría os engañáis a vosotros mismos con patrañas sobre el amor, y sabéis que eso es efímero y dura lo que dura la novedad. Dana y yo lo sabíamos, ambos pensábamos igual, así que fuimos prácticos y nos casamos en pro de nuestro interés común. Tú antes lo has llamado compromiso. Eso es lo que tuvimos entonces y ahora.

Ladea un poco la cabeza para tener mejor ángulo para mirarme.

—¿Sabes qué creo yo, Marco? No sé si siempre has tenido esas ideas sobre las parejas y el amor, o las has adoptado tras tener los problemas con Dana. Pero creo que en el fondo te dices eso a ti mismo porque es lo que te interesa creer. Una terapia de pareja podría ayudaros a cambiar esas creencias irracionales sobre el amor y la pareja y...

—Sabes tan bien como yo, después de lo que te he dicho, que no necesitamos una terapia, necesitamos un milagro para que surja ese amor del que tú hablas.

—Vi la preocupación de Dana cuando vino a hablar conmigo, y no es consistente con tus palabras.

—Dana sabe perfectamente lo que hay entre nosotros. Si está tan preocupada, es porque un divorcio denigraría su imagen. Y ha invertido mucho en ella.

No me queda más remedio que contarle cómo iniciamos Dana y yo nuestra relación, y sobre qué ideas la sustentamos. Y lo relato sin dramas, con convicción y de forma escueta, para que comprenda que tanto Dana como yo supimos en todo momento lo que podíamos esperar del otro. Si durante mi

exposición se queda impresionada o sorprendida, no lo demuestra. Escucha con toda su atención puesta en mí, sin dejar escapar ninguna señal que me haga adivinar qué piensa. Quizá conozca demasiado a Dana como para que le resulte extraño. ¿También lo esperaba de mí?

Daría lo que fuera por cambiar sus idealizaciones sobre la pareja y el amor. Ojalá pudiera quitarse esa venda y comprender que la sociedad nos vende esas mentiras para que seamos consumidores y soñemos con lograrlo, pero la realidad es que la pareja es una elección práctica y funcional, que debe ser elegida con la cabeza, y no con el corazón.

—¿A eso te referías con *todo y nada*?

—No. Por aquel entonces sabía que, tan pronto como venía, se esfumaba. No sabía por qué. —Me sorprende que se acuerde de aquel comentario.

—Porque a lo que tú te referías no era amor. Tan solo era pasión —me intenta convencer—. La pasión se desarrolla deprisa, pero también desaparece pronto. El amor va más allá. A veces empieza con la pasión, pero también encierra interés por el otro, y la decisión de intentar mantenerlo en el tiempo. No es algo utópico, ni complicado sentirlo.

Parece saber de lo que habla. ¿Sintió todo eso por su exmarido? Pero entonces...

—¿Qué os pasó? —Ha sido mayor mi curiosidad por saber que el miedo ante su reacción. Probablemente no venga a cuento, pero necesito saber por qué piensa así, y por qué empezó y fracasó su historia con él. Al fin y al cabo, en la comida acordamos ser amigos. Y, por lo que aprecio, esta vez Elea no se muestra dolida, y sabe muy bien qué le estoy preguntando. Apoya la cabeza en la pared y posa su vista en el techo de la estancia.

—No lo disfrutamos. —Sonríe con un deje de nostalgia, sin desplazar la vista de las alturas y se encoje de hombros—. Siempre estábamos pensando en el futuro. Primero, esperando a casarnos y a vivir juntos; después, esperando a tener un trabajo mejor; después, esperando que ese trabajo fuera estable... Lucas se ha pasado los últimos años prácticamente viviendo en el extranjero, sumando puntos para que le den el puesto al que aspira. Cuando me di cuenta de que lo habíamos echado a perder, intenté convencerlo para que intentásemos rescatar lo nuestro, viviendo más el presente y disfrutando de lo que ya teníamos... pero Lucas eligió irse para conseguir el puesto. Él cree que eso nos dará estabilidad para formar una familia y que, cuando vuelva, todo se arreglará. Me cansé de vivir en las promesas de futuro y tomé la decisión de separarme.

Me tomo un tiempo para pensar en su declaración. Es un regalo que alguien se sincere ante ti y lo haga con esa despreocupación y humanidad, afrontando su parte de culpa y sin esperar tu compasión.

—¿Sabes? Me sorprendió que fuera él —reconozco como respuesta—. No entendí que perdieras el interés tan rápido conmigo porque parecías estar a gusto. Pero, cuando lo conocí a él, comprendí aún menos que estuvieras buscando a alguien así o que me dejaras por él.

—No, no buscaba nada, ni te dejé por él. Ni siquiera lo conocía entonces. Y es más complicado que todo eso, Marco. Tampoco fue por perder el interés en ti... es que no era el momento para conocer a nadie.

—Elea, somos adultos y ya lo tengo asumido. No es necesario que te excuses.

—No son excusas —suspira, como si ello le permitiese coger fuerzas—. Murió mi padre, conocimos sus deudas, tuvimos que irnos a vivir con mis tíos... no me apetece profundizar, pero créeme si te digo que no era el momento para conocer a nadie. Después, ya no me atrevía a decirte nada... también tenía miedo a complicarme la vida. Con el tiempo, apareció Lucas, y todo estaba ya más tranquilo, y él me daba seguridad, estabilidad...

—Ya, yo te complicaba la vida, pero con él te morirías del aburrimiento. —Mi tono es tosco—. Debiste decirme que...

—¿¿Cómo se le cuenta por teléfono a alguien a quien acabas de conocer que tu padre os ha engañado, os ha dejado en la calle y encima ha fallecido?? Tenía veinte años, no tenía la puñetera fórmula... —Suena enfadada y transmite todo su dolor con su mirada y, aunque sospecho que tiene que ver más con su padre que conmigo, haber hurgado en su herida me hace sentir de nuevo como un capullo. Sus duras declaraciones me han dejado derrotado. Me imagino a la Elea de entonces enfrentándose a todo ello, y aún siento más rabia porque no me dejara estar con ella para acompañarla en esos momentos.

Me cago en la puta, mi especialidad es fastidiar siempre los momentos con ella. Como no encuentro las palabras adecuadas para transmitirle qué siento al verla así, me levanto lentamente. Ella me sigue con la mirada, intentando adivinar mis intenciones, mientras yo vuelvo a aposentarme en el tatami, pero ahora a su lado, con nuestros brazos en contacto.

—Joder... ¿Cuántas veces tendré que disculparme contigo? —murmuro, mientras le doy un leve empujón con el brazo.

—No. Esta vez ha sido culpa mía. No tienes que disculparte. No lo sabías, no tenía que haberme alterado.

—Me revienta verte así.

—Estoy bien. De verdad.

—Ven. —Tiro suavemente de ella y la apoyo sobre mi pecho y, antes de que pueda decir nada, la abrazo. Es lo que se hace por los amigos, ¿no? —. Tiempo después, pasé alguna vez en moto por tu casa, y fui alguna tarde a pasear por la Albufera, por si te veía por casualidad. Mi orgullo me impidió llamarte después de haberme rechazado. Tendrías que haber encontrado la fórmula para contármelo —le susurro en su oído—. Porque, si lo hubiese sabido, no te habría dejado escapar.

Quiero que sepa mi verdad. Quiero que tenga claro que podía contar conmigo. Que, si lo hubiese sabido, nunca nos habríamos perdido, que habría encontrado la fórmula para no complicarle la vida. Que ahora no estaríamos en esta jodida situación. Me cuesta horrores tenerla tan cerca. Estrechar su cuerpo contra el mío y sentir su piel tan próxima, en un abrazo que no quiero que nunca se desintegre. Levanta un poco la cabeza y me mira con dulzura, y creo que percibe mis ganas de besarla porque se desliza lentamente y se lleva el abrazo y el calor con ella.

—Según tú, el interés se habría acabado antes o después. Así que...

Sonríó ante su ocurrencia. Parece que sigue con sus tretas para que modifique mis ideas. Me cuesta imaginar que alguna vez podría cansarme de ella. Pero, aunque me duela pensarlo, sé que siempre sucede. Todas las parejas se desintegran... igual que los abrazos.

Evito responder, recurriendo a lo tarde que se nos ha hecho. Elea se disculpa por el camino que ha tomado la sesión y se autocastiga aludiendo a lo poco profesional que es conmigo. Yo le recuerdo que no está ejerciendo como psicóloga sino como *amiga*; quizá así nos lo creamos los dos. Me manda una nueva tarea para la semana que viene y me hace prometer que la llevaré a cabo. Se trata de anotar cada noche en una libreta pequeña, que debo dejar en mi mesita de noche, los tres mejores momentos de mi día. Me explica, mientras recogemos, que es una actividad que sirve para acabar el día focalizando en los aspectos positivos del mismo por la obligación que entraña el recordarlos, cribarlos y escoger los tres mejores. Además, asegura que nos sirve para conocernos mejor, y darles valor a las pequeñas cosas del día a día. Ha vuelto a apasionarse mientras habla. Y mi erección, casi perenne desde que la he visto, lucha de nuevo por hacerse notar.

Ya en la salida, cesa su parloteo sobre la dichosa tarea y me mira como si quisiera...

—Marco, necesito pedirte un favor.

—No te aproveches mucho, anda.

—Estoy preocupada por Paula.

—¿Por Paula? —No entiendo nada.

—No te hagas el inocente. Sabes que quedó con Arturo... y Paula no es de las personas que tiene algo con un chico un fin de semana y no se preocupa por ello. Quizá le gustaría ser así, pero la realidad es que se ilusiona mucho y le da muchas vueltas a las cosas...

—Elea, no me puedes pedir que me inmiscuya en esas cosas. Son cuestiones de Arturo, no mías, y son mayorcitos ya. —Me revienta negarle algo, pero...

—Lo sé, lo sé. Pero no quiero que lo pase mal. Solo me gustaría que lo alertaras para que tuviera tacto con ella.

—¿Te ha contado algo Paula sobre el viernes?

—Mmmm... no —vacila al responder—. ¿Y a ti Arturo?

—Mmmm... no —la imito.

Ambos estallamos a reír al unísono, sabedores de lo evidente de nuestras mentiras.

—Vale, hemos hablado, pero no puedo contarte nada. Lo que sí puedo decirte es que estoy preocupada.

—Perfecto. Con eso asumo que se quedó muy complacida con mi amigo y... —Los cachetes de Elea me interrumpen, y me protejo como puedo de sus golpes aniñados mientras intento controlar mis risas. La detengo, inmovilizándola por las muñecas, y mirándola a los ojos la tranquilizo—. Si has hablado con ella, ya sabrás que Arturo nunca miente. Tendrá toda la fama de cabrón que quieras, pero lo es mucho menos que los que venden unas ideas y ofrecen otras. Confía en mí.

Sigo retenéndola por las muñecas, y debo controlar mis instintos depredadores que me harían empujarla hasta la pared y besarla ferozmente como llevo queriendo hacer desde hace días. Pero la dejo ir tras varios intentos infructuosos de llevarla a casa, y nos despedimos entre amenazas de revancha y más risas.

Y, mientras conduzco hasta mi casa, empiezo a encontrarme con esta nueva sensación que no sé catalogar, que se inicia en el pecho y se expande con lentitud sin dejar espacio a nada más. ¿Es una sensación de pérdida? ¿Puede ser que ya la eche de menos? ¿Es la consecuencia de que mi cabeza sepa que solo me quedan dos ratos más como estos y luego todo se

desvanecerá? ¿Es una llamada para actuar? Intento sacarlo todo de mi cabeza llamando a Arturo y, aunque sé que no es necesario, prefiero no arriesgarme: le advierto de que le romperé las piernas si casualmente la amiga de Elea sale desengañada de sus líos. Se muestra tranquilo, y se mofa de mí llamándome calzonazos. Al final, tendré que romperle las piernas de todos modos, porque mañana me espera sesión triple de interrogatorio y de soportar sus jodidas bromas.

## CAPÍTULO 13: CULPABLE

*ELEA*

Los días en mi vida suelen transitar a una velocidad pasmosa, pero el ritmo de estos últimos se ha multiplicado. Creo que mis preocupaciones están llenando los pocos huecos que tenía antes libres. Me he sumergido en el trabajo más que nunca, y en mi precioso pisito. Dana ahora me llama semanalmente para interesarse por el centro (*ejem, ejem*), y ya, como quien no quiere la cosa, me intenta sonsacar qué progresos hay con su marido, al que ella percibe más tranquilo. Yo me mantengo firme en mi decisión de no relatar nada, a pesar de sus sutiles intentos por amenazarme con recortar fondos. A puntito estoy cada vez que cuelgo de pedirles a mis compañeros que empecemos a hacer cola en el INEM... No lo hago porque aún aprecio mi vida.

Y, en medio de este caos, libro una lucha interior entre mis múltiples Eleas. La Elea psicóloga no tiene apenas hueco para salir a la superficie para tratarse a sí misma. Está escondida detrás de una Elea adolescente, que se empeña en ver el mundo desde una óptica totalmente irreal, en la cual Marco y ella son amigos y no hay peligros de los que preocuparse. Aunque en el fondo, en ocasiones, se plantea qué pasaría si superaran todos los obstáculos, cómo sería besar esos labios, qué sentiría al profundizar los abrazos piel con piel... O eso al menos es lo que opina la incansable Elea juez moral, que continuamente me señala mi culpa, por no estar descolgando el teléfono y marcando el número de Dana para poner fin a esta locura. Que continuamente me riñe por no estar consiguiendo que Marco cambie de opinión con respecto a su pareja, por no poner todo mi empeño en ello. Y por rehuir a Vicki y a Carlos, y asegurarles que todo va bien cuando lo único que va bien ahora mismo es mi deseo sexual.

Y así han pasado los días. Entre sonrisas solitarias cuando recuerdo algún episodio con él, y la carga de mi culpabilidad cuando esa vocecita me recuerda quién es. Y en todos mis encuentros con él he intentado resistir el deseo. Creo todas las barreras posibles mientras no está. Lo trato como mi adicción. Controlo todos los estímulos que podrían llevarme a él, y los esquivo como si de una partida de ajedrez se tratase. Hago mis tareas, busco todas las razones por las que debo mantenerme impasible a sus encantos y preparo las charlas... pero, entonces, aparece. Con esa forma tan suya de

andar, metiéndose la mano en su pantalón. ¿Cómo demonios es posible que alguien sea capaz de andar derrochando tanta lujuria? No sé si es consciente, pero atrae las miradas de cualquiera con quien se cruza.

El segundo asalto son sus ojos. Cuando se me planta delante y derriba otro de mis muros con sus potentes miradas. Su voz y su perfume son sus armas en el tercer asalto. Y aquí ya siento que voy perdiendo las batallas, que quedan pocos muros, aunque me siga repitiendo que debo atrincherarme sin perder posiciones. En el resto de asaltos, ya apenas soy consciente de que estoy luchando. Da lo mismo que lo siente en el suelo para que se sienta menos escrutado. Él encuentra una maldita postura sexy, y se quita la chaqueta del traje para resquebrajar mi estrategia. Y sonrío. Y me mira, diciéndome con ello lo que me pierdo. Y sí... yo me pierdo en él, me pierdo en los minutos y los segundos. Y, cuando se marcha, se lleva la comodidad con él, y vuelven las culpas y los remordimientos por mi debilidad.

Me protejo de mis culpas como puedo. Independientemente de que se palpe el deseo sexual entre nosotros, sé que somos seres lo bastante maduros para ignorarlo, a sabiendas de que su única causa son las complicadas circunstancias en las que estamos ambos. Si conseguimos obviar la tentación, podremos solucionar sendas vidas y felicitarnos al final del trayecto. Pero, cuando pienso que estoy consiguiendo convencerme, suena mi móvil con algún *whatsapp* de él, y entonces todas mis hormonas se revolucionan buscando con ansia el maldito aparato que se esconde entre mi desastre de bolso, o de escritorio o de baño.

Claro, porque lo que faltaba es que nos mandáramos mensajitos. El summum de mi culpa. Las letras parpadeantes «CULPABLE» deben de estar escritas a fuego en mi frente, porque cada vez que suena el móvil y Vicki está cerca me fulmina con la mirada. ¿Sabrá que es él? Oooh, Dios... estoy perdida.

Lo de los mensajes empezó el martes. Después de la sesión. Me sentía mal porque lo que pretendía ser una charla de motivación para explicarle la visión científica del amor se torció, y pasé a revelar por qué no pude quedar más con él, por qué no estoy con Lucas, y finalizamos abrazados y disculpándonos. Y después riendo en versión infantil y despidiéndonos entre embobados, cómplices y divertidos. O eso me pareció. Así que, al día siguiente, mientras preparaba las terapias verdaderas y profesionales de mis niños, se me ocurrió mandarle un mensaje recomendándole la lectura de varios libros de psicología y divulgación científica, con la esperanza de que

cambien sus ideas un poco y se decida a probar la terapia. Pero mi estrategia para resarcirme y subsanar la sesión salió estrepitosamente mal, como suele ocurrir en los últimos tiempos a pesar de mis buenas intenciones. Marco se tomó bien lo de los libros, y hasta me dijo que iba a comprarlos en Amazon de inmediato, lo cual me asombró. Después, se me ocurrió despedirme de manera muy competente, recordándole que tenía que hacer la tarea de «los tres mejores momentos del día», de inteligencia emocional, para conseguir desprenderse de esa irritación crónica que asegura tener. Marco me respondió que había empezado la tarea la noche anterior, aunque anotándolo en su tablet. Parecía que todo iba bien... La Elea psicóloga iba a asomarse, orgullosa de ella misma, para recoger sus medallas. Pero entonces recibió un mensaje:

**MARCO:** «Adivina cuáles fueron mis tres mejores momentos de ayer...».

No pude evitar sonreír, ilusionada. ¿Tal vez nuestro abrazo estaría entre uno de ellos? Censuré a la Elea adolescente por siquiera planteárselo. Aquello era toda una provocación en la que no iba a caer... pero, imposible negarlo, me encantaba.

**YO:** «No es un juego de adivinanzas. Anótalos y tráelo para comentarlo la próxima semana».

Me felicité a mí misma por no entrar en su juego y responderle lo más profesional posible. Pero esperé impacientemente su réplica.

**MARCO:** «¿Seguro que los querrás comentar? Rehúyes hablar conmigo de esas cosas...».

Mierda. Nunca unos puntos suspensivos habían sido tan sensuales. Tan provocadores. Supe que estaba en problemas. En graaaaves problemas. Y mi imaginación empezó a funcionar desentrañando a qué se referiría con *esas cosas*.

**ELEA:** «Lee los libros y no me marees. Pienso conseguir que vayas a terapia de pareja».

No podía alejarme de mi camino, y él debía saberlo. Mi cometido era llevarlo a terapia de pareja con su mujer, me costara lo que costara, doliera lo que doliera.

**MARCO:** «Me encantan los retos...».

¿Qué coño le pasaba con los malditos puntos suspensivos? ¿Y por qué a mí me volvían tan loca y me provocaban alucinaciones de su voz ronca en mi oído? Lo peor era que, si se tomaba no ir a terapia como un reto, estaba perdida, no conseguiría convencerlo. Me supuse lo peor... pero el azoramiento no se llevaba ese inútil cosquilleo en todo mi organismo.

Después, pensé que ya no volveríamos a hablar hasta la próxima sesión. Y me dije a mí misma que ya estábamos en el ecuador de todo el embrollo y que podía llegar ilesa y triunfante a la meta. La Elea optimista parece que despertó, y me animó. Pero empezaron los mensajes de Marco comentándome pasajes de los libros que le había recomendado, provocándome en cada mensaje, debatiendo algunos puntos de vista, instándome a responderle y a reflexionar sobre las relaciones y el amor. En fin, complicándome la maldita llegada a meta.

Así hasta hoy, viernes.

Oigo mi móvil vibrar y todas mis alarmas se disparan como locas. Pero en la pantalla aparece la foto de llamada de Paula, así que me preparo mentalmente para lo que tenga que venir. Llevo desde el martes evitando hablar con ella y sin pasarme por La Pelu para que no me atormente con el tema de Marco, pero creo que ya no tengo escapatoria.

—Holaaa —finjo normalidad.

—¿Huyes de mí? —Como siempre, muy directa.

—Pues... un poco. —confirmo con voz dulzona para que no se enoje.

—¡Ja! ¡Lo sabíaaaa!

—No puedo contarte nada, Pau. —A pesar de que no sea una terapia tal cual, quiero guardar la confidencialidad de Marco.

—¿Contarme? ¡Si ya lo sé todo! ¡Por eso te llamo!

—No me vas a sacar nada. Guárdate tus estrategias.

—Arturo me lo ha contado todo.

—No cuela, quieres sacarme la verdad con una mentira.

—Sé que le dijiste lo de tu padre, y que le hablaste de Lucas, y él a ti de Dana, que está leyendo unos libros... —dice con voz pesada, para que la

crea.

—Luego las cotillas somos las mujeres... —ironizo aún un poco perpleja.

—Ah, y también sé que lo tienes *enamoraíto* perdido.

—Sí, ya —desconfío.

—Tengo mucha información... pero, si la quieres, tenemos que ir esta tarde a correr por el río —me extorsiona.

Tampoco pide tanto. Lo llamamos correr porque nos tenemos en alta estima, y así engordamos nuestro ego. Pero empezamos andando deprisa, y acabamos paseando y marujoneando. Eso sí, muy combinadas con nuestro atuendo deportivo y sintiéndonos un poco más livianas.

—Vale. Pero no me vas a sacar nada, que conste.

—¡Que ya lo sé todo, pesada! Pásate a las nueve por La Pelu. Por cierto...

—Dime.

—¿Sabías que la psicología es el único negocio en el cual el cliente nunca tiene la razón? —Cuelgo oyendo sus risas viciosas de fondo.

A pesar de ser las nueve pasadas, la noche se hace de rogar en Valencia a estas alturas de mayo, y el cauce del río está bastante concurrido. El color intenso del césped y los puentes que empezamos a cruzar me recuerdan más que nunca a él. Intento concentrarme en la cacatúa de Paula, que desde que hemos salido ha estado poniéndome al día sobre Arturo. El fin de semana pasado quedaron, y el sábado y domingo ya me relató con todos los detalles imaginables el sexo desenfrenado que tuvieron desde los primeros treinta minutos después de verse. Vamos, que se vieron y casi se desnudaron el uno al otro. ¿Para qué perder tiempo? Según Paula, después hablaron, y acordaron que no querían compromisos, tan solo sexo, y que ambos podían ser libres para verse con quien quisieran. Ella sabe de su tendencia natural a ser promiscuo, y él que ella está colgada de otro al que *no conoce*. Todo extremadamente romántico...

Paula se pasó el fin de semana en mi piso de nuevo, demostrándome cada vez que podía lo satisfecha que había quedado con el semental de Arturo, que parece que sí que ha conseguido al menos llenar uno de los huecos de mi amiga. Y, por lo que cuenta, tiene habilidad para ello.

Al parecer, el miércoles quedaron de nuevo. Primero saciaron sus instintos sexuales y, después, ella le sonsacó toda la información sobre la sesión de Marco. Y así fue como mi amiga, que conoce mis tendencias naturales hacia la culpabilidad, supo por qué llevaba días sin dar señales de vida.

—Arturo dice que Marco está irreconocible: no se enfada, no muerde. ¡Incluso se ríe de nuevo con las bromas!

—Arturo es tan exagerado como tú —resto importancia, pero la Elea psicóloga se añade un triunfo mientras la Elea pervertida le argumenta que no tiene nada que ver con la charla, y menea la pelvis en un movimiento que me niego a describir.

—No creas. Dice que al principio estaba preocupado, porque ya sabía que verte de nuevo le podía traer problemas, pero que, como lo ve tan bien, ha dado por sentado que acabaréis revueltos.

—¿Qué dice?! ¡¡Madre mía!! Arturo está chiflado. —Por mucho que me guste Marco, sé que lo nuestro es imposible. Todo el mundo lo sabe.

—Elea, no te sulfures tanto. A ver, si os gustáis los dos tanto es normal que algo pase.

—Paula, está casado. CA-SA-DO. Y con mi jefa. No vamos a tener nada. Aunque tenga que extirparme los ojos para no caer en la tentación.

La Elea jueza moral reaparece y añade: «extirparte los ojos, la piel, el móvil, quedarte sorda...». La ignoro.

—No es feliz con ella. Arturo me lo ha contado todo.

—Puede volver a serlo. Las parejas tienen problemas pero pueden solucionarse.

—A veces no se puede y, si no la quiere, no la quiere, y punto. Ella también será más feliz si se separan. A mí no me gustaría estar con alguien que está pensando en otra constantemente.

—Tú no conoces los detalles de esa relación, y por mí tampoco los sabrás. Además, aunque se separaran, seguiría siendo el ex de mi jefa. Nunca podría estar con él si quiero mantener mi puesto de trabajo. Y sabes que quiero y necesito mantenerlo. Eso sin contar con que pienso conseguir que vayan a terapia de pareja.

—El trabajo no es razón de peso. Tú siempre has querido montarte tu propia fundación que pudieras dirigir a tu antojo.

—Claro, en un mundo ideal sin crisis y sin hipotecas y con dinero. Yo no puedo montarme nada. —¿Es el sexo el que está potenciando esta vena optimista en mi amiga? Porque, si es así, lo necesito ya.

—¡Pero si ella no pone ni un euro! ¡Te estás buscando tú los fondos! ¡Sería lo mismo! Ella solo da el nombre.

—Dana tiene los contactos, Pau. Busco los fondos en sus contactos, y son sus asesores quienes se ocupan de la gestión. Y algunos meses en los que hay

pérdidas, es ella quien tiene un gran saco y las cubre.

—Excusas y chorradas de cobarde.

—Lo que digas. No sé por qué ahora te empeñas en complicarme la vida intentando liarme con Marco.

—Porque estoy hasta las narices de que siempre hagas lo que debes y te vaya tan mal. Por una vez, podrías dejar de ser la pluscuamperfecta y hacer lo que quieres, no lo que debes.

—Suelo hacer lo que quiero, pero evaluándolo un poco primero, no seas extremista. En esta situación no es tan fácil, la culpa no me dejaría ser feliz.

—Así tampoco sé si lo eres. —El comentario me apuñala el estómago, pero logro recomponerme. Es Paula, no puede decirlo para herirme.

—Somos adultas, Pau. Ya no podemos tomar decisiones alocadas que me traerían consecuencias imperdonables. Está en juego mi trabajo, que ahora es de las pocas tablas de salvación que me quedan. No puedo ponerlo en peligro por un rollete que no sé adónde me llevaría.

—A veces pienso que realmente solo eres valiente para las pequeñas decisiones, pero para el resto sigues los convencionalismos del resto del mundo como una más de su manada. Él es tu *hombre y si* —afirma convencida.

—No sé si él es mi *hombre y si*, y, si las circunstancias hubieran sido diferentes entre nosotros, te aseguro que me lanzaría con él sin que nada más importara. Pero no son convencionalismos. Ambos estamos atados a demasiadas cosas que no podemos arriesgar por un simple flirteo. Estoy intentando evitar meterme en problemas, y te agradecería que me ayudaras en vez de meterme en la boca del lobo.

Parece que he logrado vencer este asalto, porque se calla, a pesar de que parece enfurruñada. No obstante, conociéndola, sé que me quedan varios asaltos más que luchar con ella aún.

—Ahora cuéntame más cosas de Arturo, vengaaa, gruñona. —Le cambia el semblante de forma automática.

—Está loco. Está totalmente loco. Por cierto, sé que le pediste a Marco que le dijera que no me hiciera daño. —Se me hiel la sangre al instante.

Post-it mental: recordarle a Marco que la próxima vez que le pida algo, tiene que hacerlo con delicadeza y disimulo, sin entrar en detalles. Menudos bocazas.

—Yo... —empiezo a explicarme.

—Tranquila... me ha venido de lujo. ¡¡Resulta que a Arturo se le ha

ocurrido la idea de presentarme a Julio!! —grita como una loca.

—¿Qué? —Me paro en seco, pero reanudo la marcha al comprobar que ella no se inmuta—. ¿Lo conoce?

—No, pero se nos ocurrirá algo para presentarse, y luego me presentará a mí como una amiga.

—Ya... Será tu celestina.

—Exacto —responde, orgullosa.

—Entonces, ¿vuestro lío se ha acabado?

—Nooo. Mientras no tengamos pareja estable seguiremos acostándonos, claro.

Claro, claro... Como si esto fuera lo más normal del mundo. Que tu follamigo o aminovio, como quiera la Real Academia de la Lengua Española designar, intente liarte con otro tío del que estás colgada desde hace tiempo es normal. Y si, mientras urdís el plan, puedes seguir tirándote al follamigo-aminovio-celestino, mejor que mejor. Creo que el cóctel Arturo-Paula es más peligroso de lo que creía. Voy a matar a Marco. Que confíe en Arturo, me pide. ¡¡¡Pero si está peor que mi amiga!!!

—Paula... —Tengo que ir con pies de plomo, que, con estas ideas, llevarle la contraria suele traer el efecto opuesto—. ¿No crees que esto puede traeros problemas a ti y a Arturo? A veces pensamos que controlamos esos sentimientos, pero...

—No. Sé toda la monserga que estarás preparando, pero guárdate a la psicóloga en tu cabecita para ti misma y tus rollos y confía en mí. —Ja. Confiar... otra que tal—. Ambos sabemos lo que hay. Disfrutamos del sexo juntos y, después, cada uno se apaña con el resto —responde, muy segura.

Ya, *amor apasionado*, diría Stenberg. El que solo contiene pasión. Pero ¿qué diría el señor Stenberg de que el *apasionador* hiciera de celestino?

—¿La idea ha sido tuya?

—No, eso es lo más increíble. Fue toda suya. Creo que quiere cuidarme. Me dijo que estabas preocupada, y le conté mi desastrosa historia con los hombres. Le dije que Julio era mi *hombre y si*, y me dijo que lo íbamos a solucionar. Y ahí surgió todo.

Perfecto, Elea. Apúntate el tanto y recuérdalo para cuando vuelvas a decidir meterte en asuntos ajenos. La Elea jueza moral está insoportable.

—Por cierto, hablando de ideas de Arturo. También me propuso que saliéramos a cenar el viernes que viene con unos amigos.

—Genial. —Aunque mi tono indique lo contrario.

—Me refiero a nosotras y ellos.

—Yo paso. —Está claro que no voy provocar ningún encuentro con Marco, y tampoco quiero entrar demasiado en la relación Paula/Arturo para evitarme rumiar cosas innecesarias en estos caóticos momentos de mi vida.

—Marco no vendrá.

—¿Por qué? —No es que muera de interés, pero... me gustaría saber si él también está intentando evitar verme. Por mensajes no se corta tanto.

—Porque él nunca va. Imagino que estará con la *marquesita*.

Me río por el nombre con el que designa a Dana mi amiga.

—¿Por qué te ríes? Arturo la llama así. No la soporta. Pero bueno, cuento contigo para la cena, ¿no?

—Nooooo.

—Vicki vendrá.

—Mejor, ya tienes compañía.

—Pero es que os quiero allí a las dos —suplica—. Además, Arturo me ha hablado de sus amigos y parecen muy majos y liberales. Te aseguro que cambia la perspectiva de las cosas con un buen polvo a la semana con uno de esos verracos, imagínate si consigues más.

Joder, la Elea perversa se frota las manos y se imagina montándoselo a lo bestia, y parece estar de acuerdo con mi amiga. Por suerte, la racional está de guardia y sigue negándose a ir.

—¿No echas de menos la *baba de caracol*? —pregunta la graciosa.

—Pues claro. Pero no por eso voy a echarme en brazos del primero que pase.

—Qué lástima. —Y su tono me transmite verdadera compasión.

La *baba de caracol* fue uno de nuestros bautizos del pasado. Viviendo en el piso que compartíamos, cenando una noche y viendo la TV, dieron la curiosa noticia de que algunos científicos equiparaban las propiedades del semen con la baba del caracol. Al parecer, la baba de caracol no era baba en sí, sino semen de caracol, ya que estos eyaculan treinta veces por hora y su *baba* rejuvenece la piel. Alzamos nuestros humildes vasos repletos de agua y bautizamos el semen como *baba de caracol*. Desde entonces, podemos hablar de sexo delante de cualquier persona, que, de oírnos, creerá que somos unas taradas obsesionadas con las propiedades de los caracoles. Un poco taradas estamos. Y quizá un poco obsesionadas con la *baba de caracol*, en algunos momentos, también. Así que no se equivocan mucho.

Soporto como puedo diez minutos de argumentos ilógicos para

convencerme, hasta que acepto ir solo si Marco no está. Me promete ocuparse de ello y nos echamos exhaustas sobre el césped. No sé si estamos más cansadas por las batallas dialécticas libradas o por el ejercicio.

\*\*\*

El sábado me pilla desprevenida. He quedado con Vicki y con Paula para tomar café y dar una vuelta por el centro, porque ambas quieren mirar ropa. Pero, cuando estoy intentando abrir los ojos, me sorprende una llamada al móvil. Es Lucas.

Dios. Lo he tenido totalmente olvidado estos días. Me ha mandado varios correos y ha intentado varias llamadas vía Skype, pero lo he ido postergando día tras día.

—Buenos días —intento que mis cuerdas vocales aún dormidas no me delaten, pero fracaso estrepitosamente.

—¡Buenos días! —responde, animado. ¡Cuántos días sin oír su voz! —. ¿Te he despertado?

—No, no, no te preocupes. Iba a levantarme, he quedado con las chicas para tomar algo —logro articular.

—Ah... —parece decepcionado—. Esperaba que pudieras conectarte a Skype. Tengo muchas ganas de verte y oírte.

—¿Mañana por la mañana? —intento resolver.

—¿No puedes llegar un poco más tarde? No sé si podré mañana... ya sabes, trabajo.

*Game over.* Como siempre. Yo postergando mis planes, y él anteponiendo su mundo a mí. Me gana con sus palabras y envió un *whatsapp* al grupo que compartimos las tres para avisarlas de que me uniré después a ellas, explicándoles el motivo. Mientras lo escribo y enciendo la *tablet* para conectarme a Skype anticipo el inevitable desastre. Paula le contará a Vicki todo lo que le dijo Arturo y esta me degollará cuando vaya. Lo veo venir...

Lucas aparece en la pantalla con su habitación de fondo. Está muy mono. Sonríe con melancolía al verme, con sus ojos cansados, como de costumbre, obligados a trabajar más de la cuenta. Aprecio pilas de papeles extremadamente ordenados en la mesa, y me embarga el recuerdo de cuando esos papeles formaban parte de mi vida.

—Estás muy guapa.

—Y tú.

—Tenía muchas ganas de verte. No me has respondido estos días. —Está

preocupado. Se acerca a la pantalla y se sienta en la silla con los hombros ligeramente hundidos.

—He estado bastante liada —respondo, escueta, para evitar mentirle, aunque sumo puntos a mi culpabilidad—. Lo siento.

—No te preocupes, ahora que te veo está todo solucionado.

Se me escapa una sonrisa amarga de los labios. Desearía poder creerme sus palabras. Desearía creer que nuestros problemas pudieran solucionarse tan fácilmente.

Me pregunta por el trabajo, y me habla del suyo. Cree que tiene opciones para que le den el puesto que ansía aquí en Valencia. En unos meses... De nuevo una promesa. Sabe que no la creo. Que no la puedo creer, y desvía la conversación.

—Parece que se está quedando chulo el piso —me dice, de repente—. ¿Todo eso lo has comprado tú?

—Sí, la verdad es que cada día que pasa me enamoro más de este sitio. Lo estoy decorando poco a poco, pero...

—Cariño, ¿por qué gastar dinero en eso? Es de alquiler, y te he dicho que en unos meses quizá pueda estar ahí.

—Lucas, no empecemos.

Exhala aire y se frota los ojos.

—Mi madre dice que no te pasas mucho por allí.

—No, no he tenido tiempo. —Me sabe fatal, pero no quiero otra sesión de lamentaciones. Ya tuve suficiente con la de mi madre.

—Ya. Lo imagino. Si pudieras pasarte esta semana, me quedaría más tranquilo. La noto un poco cabizbaja. Ya son unos meses sin verme, y sabes que a ti te quieren como a una hija.

Sus palabras se me atraviesan, soy de lágrima fácil... y estos días llevo tanto contenido por lo que querría llorar...

—Elea... —suplica.

Me cubro la cara con las manos, pero lo oigo de fondo. Intento contenerme, tragarme todos mis deseos, que sé que nunca podrán llegar a ser, tragarme la pena por lo que pudo ser y no fue, tragarme la culpa por no saber conducir mejor la situación, tragarme las ganas de esconderme en la careta de profesional cuando estoy siendo persona.

—Elea, cariño, no hagas eso. No llores, por favor. Elea... No puedo verte así y estar tan lejos. Por favor.

Intento contenerme por él. Porque no quiero dañarlo.

—No te preocupes. Ya está. Es que... es todo muy difícil, Lucas. No quiero que me pidas ir a ver a tu madre también. ¡Tú no lo imaginas! Pero para mí es muy difícil. TODO. Y nadie se pone en mi lugar. No sé cómo actuar. No sé qué quiero ni qué debo hacer. Y todos pedís. Y nadie entiende nada.

—Lo sé cariño, lo sé. Tienes razón. Solo quería que te vieran, pero, si es difícil para ti, no vayas.

—No es eso... es que...

—Tranquila. Ya está. Pero no llores más. Escúchame. En unos meses estoy ahí. Y formaremos la familia que siempre has querido, y te prometo que te compensaré por todo el tiempo que no te he dado. Ya verás cómo todo habrá valido la pena.

—No, no digas eso. No me prometas nada más.

—Pero...

—¡No! No lo hagas. Estamos separados. Y eso es lo que ahora mismo tenemos. Ese es el presente. Haz tu vida. Yo hago la mía.

Lucas intenta distraerme preguntándome por las chicas, pero me disculpo con él y cierro la conexión. Y entonces sí me permito llorar. Harta de todo.

## CAPÍTULO 14: LAS 1.001 ELEAS

MARCO

Nunca había ansiado los lunes como ahora, ni recuerdo haber deseado que el fin de semana se esfumara. La semana ha sido *soportable* porque he podido estar en contacto con ella mediante mensajes, y la he imaginado tecleando y sonriendo cada vez que he recibido algo suyo. He leído todos los libros que me recomendó para tener alguna puñetera excusa por lo que escribirle cada día.

Miro el reloj por enésima vez. Aún es mediodía. Horas. Quedan horas. Arturo resopla.

—Por mucho que lo mires, el tiempo no pasará más rápido, así que relájate y céntrate en esto —se queja.

Estamos supervisando el acuerdo con unas fincas importantes, interesadas en un contrato con nosotros para que celebremos allí los acontecimientos que organizamos. Además, hemos conseguido varios tratos para celebrar eventos deportivos muy suculentos, y estamos tanteando actos sociales interesantes.

—Si conseguimos este contrato, le propondré a Elea que la fundación celebre en esta finca las galas benéficas.

—¿La fundación? No sé nada de eso. —Frunce el ceño.

—Ya. No hay nada claro. Se lo propuse en la comida.

—El viernes cenó con ella —anuncia, devolviendo la vista a su portátil.

—¿Con Elea?

—Sí. Con ella y con Paula, le presentaremos a Alejandro. A su amiga le gusta para ella. —El muy mamón suena despreocupado.

¿Alejandro para Elea? Pero ¿qué diablos dice? ¿Por qué no sé nada de eso?

—Qué bien. Gracias por avisarme —satirizo, y percibo cómo empieza a hervirme la sangre.

—No puedes venir y lo sabes. Elea le dijo a Paula que, si estabas en la cena, ella no iría.

Debería fastidiarme, pero que se tome tantas molestias en evitarme me satisface, corrobora que es tan consciente como yo de lo que nos ocurre. Eso no aplaca que me cabree que vaya a cenar con el cerdo de Alejandro, y que a Arturo parezca no afectarle. La corriente de hostilidad se acelera en mí.

—Alejandro es un capullo, ¿en qué cojones estás pensando? —le increpo,

desbocado.

—¡Son cosas de Paula! Y no me seas hipócrita juzgando ahora a Alejandro, nunca te ha importado lo capullo que fuera.

—¡Me cago en la puta, Arturo, ahora me importa! No me jodas y anula lo de Alejandro —vocifero.

—Y una mierda, él no es el problema. Si quieres algo con ella, empieza a solucionar tu papeleta, tío, porque, por mucho que anule lo de la cena, estás igual de jodido.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —Celia interrumpe en el despacho, sospecho que alertada por nuestros gritos, pero ambos la ignoramos.

—Deja de mirar hacia otro lado, joder. O te separas de Dana o te alejas de Elea, pero no me digas a mí lo que tengo que hacer.

—¿Podéis bajar el tono cuando habléis de amantes, por Dios? Cualquiera puede oíros —intercede de nuevo una Celia asustada, que cierra la puerta apresuradamente.

—No tengo amante —bufo.

—Porque ella no te da pie. Por tus ganas no queda —puntualiza Arturo. Se le ve tan nervioso como a mí.

—No haría eso. ¿¿Qué esperas que haga??

—Algo, Marco. Algo sería suficiente. Pero hacerte el sueco no funciona. Lo de Elea se te está descontrolando.

No le niego la evidencia. Nos conocemos demasiado.

—No puedo controlarlo. Y no puedo alejarme de ella. Es superior a mí. ¡Joder! —Me masajeo los lagrimales del ojo intentando relajarme. Noto la mano de Celia en mi hombro, apretándolo.

—Por fin te llega el turno, *cuñadito*. Estaba empezando a pensar que te habían extirpado el corazón o algo por el estilo.

—No tiene nada que ver con el corazón —replico.

—Pues, si es un capricho, mejor ten cojones para dejarla en paz, que ya está pasando suficiente —replica Arturo.

—¿Por qué dices eso?

Aprieta los labios, intentando guardarse algo para sí.

—Arturo, suéltalo. —Me levanto impaciente para que confiese qué sabe de ella.

—¡Pues porque esto tampoco es fácil para ella, joder! Está entre la espada y la pared, y sus compañeros de trabajo están preocupados por el centro y la culpan por cómo lo está llevando. También ha discutido con su ex por su

piso, y se le está juntando todo. Y tú no ayudas, tirándole los trastos si sabes que no vas a solucionar nada en tu casa. ¿Crees que ella se meterá en tu cama estando casado? ¿A qué cojones juegas? ¿Te atreves a llamarme a mí para que no le haga daño a Paula y tú juegas con Elea? ¿No te importa una mierda qué le suceda? ¿Te has puesto por un maldito minuto en su lugar?

Me estremezco y parezco notar cómo algo en el interior de mi pecho se retuerce hasta casi dejarme sin respiración. Me pone enfermo imaginarla sufriendo. Y además por mi culpa. Pero sé que no estoy jugando con ella. Eso lo sé. No sé si me he puesto en su lugar lo suficiente. Pero sé que nunca jugaría con ella. Y, si no juego con ella, ¿qué narices estoy haciendo? Y es ahora, en este preciso momento, cuando soy consciente de que tengo esperanzas con ella. Y sé que lo que he estado intentando hacer es convencernos a los dos de que hay algo posible. No sé muy bien qué puede ser ese algo. Pero sí sé que no quiero soltarlo. No quiero renunciar a ella. Y descubrir la verdad que quizá no he querido destaparme hasta ahora no me alivia; muy al contrario, me tensa la soga al cuello que me acabo de colgar.

—Arturo, cálmate un poco, anda. —Escucho de fondo mediar a mi cuñada, que sigue cogiéndome del hombro—. Escúchame, Marco. No sé apenas nada de la situación, pero lo que sí sé es que nunca debiste casarte con la marquesita. Te ha convertido en un amargado. La pifiaste. Pero hay solución. Te rendiste muy pronto, y yo sabía que antes o después encontrarías a alguien especial y te arrepentirías. No sé si es esta chica, pero está claro que Dana no lo es, te acabará consumiendo.

—Ya lo ha hecho.

No es la primera vez que le escucho los reproches hacia Dana, ni que me aconseja que me divorcie. Casi lo lleva haciendo desde que la conoció, pero está claro que ella no tiene claro todo lo que hay en la balanza.

—Lo que sea, Marco, pero medítalo bien. Son buenas tías, y van de frente. Si es un capricho, mejor que lo olvides —insiste Arturo, y creo que todos nos sorprendemos por su arranque de responsabilidad para con ellas.

—No es un capricho. No te atrevas a repetirlo. Y nunca se me pasó por la cabeza intentar meterla en mi cama en mi situación —me repongo.

—Pues entonces ya sabes qué tienes que hacer.

—Tengo que valorarlo. Hay muchas cosas en las que pensar.

—¡Llevan jugando contigo mucho tiempo con lo de las empresas! —espeta Celia, irritada—. No sé por qué te niegas a verlo. Si pierdes a una persona especial por eso, te arrepentirás toda tu vida.

—Sí, eso es muy bonito, pero, si no funciona, como el noventa y nueve por ciento de las veces, se me va todo a la mierda.

—¿Y si funciona? —Celia se cruza de brazos ante mí—. ¿Y si por fin alguien ha conseguido descontrolar tus malditos planes porque vale la pena?

No puedo negarme a la evidencia de que siento algo intenso por ella. Que sus ojos oscuros crean magnetismo con los míos, y sus posturas me invitan siempre a que la abrace. Que los momentos con ella compiten por las risas que me arrebatan. Que logra que los momentos sean especiales, y siempre acaban erigiéndose como los mejores de mis días. Y aun así... aun así, sigo temiendo que este *todo* se vuelva *nada*, como continuamente sucede. Y que me quede con todos estos momentos, recordándome lo que no tengo. Como ya me sucedió aquella vez.

—No sé si puedo arriesgarme —comento en voz alta.

—Coste de oportunidad, Marco —me recuerda mi amigo, más sosegado—. Toda elección lo implica. Pero tienes que elegir entre alejarte o solucionarlo.

Tampoco sé si puedo ya desistir. No sé si soy capaz ahora mismo de no arriesgarme. No puedo dejar de verla. Tengo que hacer algo antes de que las sesiones se acaben y con ellas mis excusas para saber de ella.

—Es que no se trata tan solo de mis costes de oportunidad, joder. Es que tampoco sé hasta qué punto a ella le importa todo esto... Vosotros lo veis muy fácil desde fuera, pero Elea está muy cerrada a mí.

—¡Ja! ¡Eso es lo que necesita hacer porque tú estás en la situación que estás! Si le facilitarás un poco las cosas, quizá podría plantearse que podéis tener algo más que cuatro ratos, ¿no crees?

—¿Y si ella pierde más que yo? Dana la despedirá.

—Dana cerrará la fundación antes o después. Ya tiene lo que quería, y sabes como yo que es cuestión de tiempo —apunta Arturo con convicción.

—Llamaré a Clara para que me informe de en qué situación quedaría todo y cómo podría pactar si decidiera separarme. Yo... creo que mi matrimonio no está haciendo a nadie feliz. A nadie. Creo que Dana y yo nos equivocamos y nos hemos estado ofuscando. Iré valorando cómo puedo solucionarlo. —Creo que mi boca ha articulado las palabras antes de que mi cerebro las digiera. Y se expanden como un eco en mi cabeza. Vas a llamar a tu abogada. Vas a preguntar por la separación. Esto es lo que está pasando. Y es serio. Joder.

Celia me abraza, musitando palabras de aliento, y Arturo se enfrasca de

nuevo en los papeles que estábamos inspeccionando, creo que en un intento imposible de aliviar el dolor que se ha instalado en el ambiente tras nuestro altercado. Me sumerjo en el trabajo, obviando los pinchazos que siento en el pecho y la presión en mi cabeza. Me pregunto por Elea, si estará en mis mismas circunstancias. Si será consciente de que hay poco margen para la marcha atrás. O si, por el contrario, piensa que estoy jugando con ella.

Celia entra de vez en cuando para examinar mi estado, y consigue distraernos con algunos chismes. Con el paso de las horas, voy animándome, por una única razón: no quiero fastidiar de nuevo el rato que tengo con Elea. Y estoy decidido a dar los pasos que me quedan para acercarme a ella. Por eso se me ocurre un plan para hoy.

Detengo el Jaguar ante la puerta de la fundación justo cuando faltan cinco minutos para la hora prevista, y la pillo de nuevo en la puerta, esperándome mientras merienda algo que esconde tras una bolsa de papel. Se me dispersan los ojos hacia sus piernas, desnudas bajo un vestido de encaje que lleva con unos botines moteros, un *look* muy contrastado que consigue volverme loco. Salgo con rapidez del coche, antes de que mi erección sea más evidente, y me dirijo hacia ella, que me mira con el ceño fruncido.

—Recoge tus cosas. Hoy hacemos la charla fuera —digo, convencido.

—¿Cómo? ¿Fuera, dónde? —se sobresalta.

—Eso da igual. Corre, venga.

—No da igual, no podem..

—Sí podemos. Son charlas, ¿recuerdas? Amigos y todo ese rollo. Pues venga, si podemos hablarlo en un *tatami* de pitufos, podremos hablarlo donde sea.

Creo que la idea le agrada, porque se apresura divertida hacia dentro y sale a los pocos minutos con su bolso y su chaqueta. Ya está. Se esfuman los pinchazos en el pecho, la presión y el dolor de cabeza. Su sonrisa lo eclipsa todo.

—¿Dónde vamos?

—A merendar —respondo, escueto—. No insistas, ahora lo verás.

Confieso que me encanta tenerla en mi coche, a tan corta distancia. Saber que la llevo conmigo. Reconocerla impaciente, expectante.

—¿Qué tal la semana? —pregunta sentándose de lado, hacia mí.

—Eterna.

—¿Sí? ¿Por qué?

Si se lo digo, sale corriendo.

—Quebraderos de cabeza.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —me apresuro a responder, mientras me incorporo al tráfico de la Gran Vía.

—Ok. ¿Has hecho la tarea?

—Sí. Pero no sé si quieres hablar tú de eso... —lanzo la indirecta.

—¿Crees que te ha servido para algo? —parece que ha aprendido de mi estrategia de esquivar lo que no me interesa.

¿Que si me ha servido de algo acostarme cada noche pensando en mis tres mejores momentos del día? Sí, para darme cuenta de que últimamente todos giraban en torno a ella.

—Sí, creo que me está sirviendo para darme cuenta de algunas cosas.

Arquea una ceja, señalando su sorpresa ante mi optimismo. Si ella supiera...

—¡Claro! Si es que es un ejercicio ideal para conocernos mejor a nosotros mismos, y apreciar los pequeños placeres diarios. Siempre pedimos a la vida grandes placeres, pensando que nos hacen felices, cuando en realidad los repetidos y cotidianos detalles positivos son los que más felicidad nos producen.

Vuelve su monólogo y me relajo escuchándola, conduciendo y viéndola tan mal sentada como siempre, y tan cómoda, emocionada con su pasión, gesticulando con sus manos inquietas. Pero sí. Reconozco que tiene razón. ¿Y si estoy intentando alcanzar algo que no me haría feliz? Y si el imperio de empresas ya no significa tanto? ¿Y si, simplemente, con ella bastara? ¿Y si la *nada*, con ella, nunca llegara?

Llegamos a nuestro destino: un local hundido en una playa cercana a Valencia, conocido por su variada carta de sabores, que se degustan en espacios decorados al mínimo detalle, bañados por la brisa del mar. Además, su nombre me hace pensar en ella y sonrío de impaciencia al ver cómo sus ojos recorren el letrero *retro* que lo anuncia: La más bonita.

—¿Qué hacemos aquí? —requiere, husmeadora, con lo cual me da a entender que no lo conoce. Mejor. Quiero que cree aquí sus primeros momentos. Conmigo.

—Tengo hambre. Mientras tú me torturas con tu charla, yo quiero saborear una horchata casi casi hundiendo los pies en la arena. —Le recuerdo sus palabras de nuestra primera conversación, con la cual nos conocimos, y ella se muerde un extremo del labio para no mostrarme su sonrisa. Como si

serviera de algo—. Imagino que tú querrás chocolate y churros... —la vuelvo a pinchar.

—No, hoy no me apetece —resuelve, decidida, y se sienta sobre una pierna en uno de los sillones *chill-out* rodeados de pequeñas palmeras.

Decido sentarme a su lado, guardando una prudente distancia, para poder verla a ella con el mar de fondo, que centellea con sus brillos, saludándonos rítmica y serenamente a poca distancia. Estoy seguro de que este será uno de mis mejores momentos de este día. Anoto mentalmente. Esta imagen y esta sensación. De paz. Por fin. Quizá uno de los mejores momentos de la semana. Qué coño, o del año.

Percibo cómo intenta mantenerse neutral y profesional, preguntándome por los libros que me sugirió leer. Me resulta gracioso verla pelear por mantener a raya toda esta furia sexual que creamos cuando estamos cerca, que se suma con la calma y la comodidad en una mezcla que cuesta pasar por alto.

—Me encanta esta canción... —dice, entrecerrando los ojos.

Agudizo el oído, y distingo la letra y melodía de la canción *Paraules d'amor* de fondo, una de las favoritas de mi madre. Elea mueve la cabeza ligeramente, dejándose llevar por los suaves acordes, que se funden con los susurros de la brisa, el pasear de las olas y el murmullo de la poca gente que nos rodea. Ya tengo otro momento que recordar. Otro que me guardo entre los mejores. Entre mis tesoros. Entre mi fortuna. Siempre se cuele en ellos.

—Me gusta que pongan esta música aquí —apunta con encanto—. Este mar es suyo. Es de Serrat. Él lo hizo eterno para quienes no lo amaban ya. Lo veneró con su música. Está bien que lo honren a él ahora... me encanta.

A mí me encanta ella. Entera. Ella cerrando los ojos, sonriendo, y meciéndose al ritmo de la música. Ella con su naturalidad como bandera. Ella, canturreando en susurros la canción.

—Eres imprevisible —le susurro cuando por fin abre los ojos.

—¿Sí? ¿Te resulto imprevisible? ¿Por qué? —pregunta, curiosa.

—No lo sé. Siempre me lo has parecido. Nunca sé a qué atenerme contigo.

Ríe mientras se sienta sobre una de sus piernas flexionada. Ella y sus posturitas...

—¡Explícate! —pide, sedienta de información.

—No sé... la gente suele resultarme predecible. Tienen un estilo de ropa, un estilo de música, una pareja acorde a sus gustos, actúan casi siempre del

mismo modo dentro de un repertorio limitado... —me atiende, con un brillo en los ojos que me hace perder el hilo—. Pero, desde que te conocí, me resultaste imprevisible. Un día te veo vestida con una camisa de hombre (que te quedaba de muerte, por cierto), y otro con un vestido ajustado, y otro *rockera*, y otro vas de niña buena... Un día creo que te gusta el rock, y otro Serrat. Cuando creo que sé qué esperar de ti, me sientas en un tatami, o pides chocolate antes de comer, o te ríes cuando creo que vas a enfadarte.

Asiente y me observa como si le extrañaran mis percepciones. Después, suspira y posa su mirada en el horizonte.

—Es así. No esperaba que alguien que me conociera tan poco pudiera verlo tan rápido, pero así es. Me gusta pensar que hay mil Eleas en mi interior y, según aparezca una u otra, tomo unas decisiones. Nunca he podido elegir un solo estilo de libros, ni de vida, ni de ropa, ni de música, ni de arte, ni de películas, ni de comida... Quizá estoy toda la semana planeando algo, y después lo cambio todo en el último minuto. Dependiendo de la Elea que va apareciendo. Ahora no me molesta. Pero, cuando era más joven, me descolocaba. Parece que todo el mundo necesite que encajes, que están esperando que vistas de una forma determinada para encasillarte en una personalidad. Y yo parecía no encajar en ninguna. Después, comprendí que vivía mejor sin encajar. Eligiendo libremente, según me apeteciera. El problema lo tienen los demás, que necesitan que les encaje.

Nunca algo dicho con tanta sencillez me ha hecho sentir tan insignificante. En mi mundo, la gente necesita encajar, y aparentar, y fingir, y mantener las conductas deseables en público. Y ella lo rompe todo, y se radiografía ante mí, sin rebuscar palabras, sin necesidad. Me aclara qué siente y cómo es, simplemente porque quiere compartirlo conmigo. Me da una lección. A mí, que llevo años aparentando, creando el personaje que esperan que sea, diluyendo las líneas entre lo que quería y lo que querían. Debes tener mucha seguridad en ti mismo para mostrarte como ella.

—Ahora lo voy entendiendo. —Me mira con suspicacia ante mi observación y se abraza las rodillas, instándome con la mirada a que le explique—. Entonces debe de haber una Elea pitufa, que se pirra por los muebles infantiles —bromeo, tratando de restablecer un clima más informal. Las confidencias no son lo mío.

—¡Ay, me encanta! ¡La bautizaré así, la Elea pitufa! Por los muebles infantiles, las *chuches*, el material escolar...

—Y hay otra muy profesional, muy psicóloga.

—Aunque contigo no suela dejarse ver mucho —ironiza.

—Más de lo que me gustaría. Venga, déjame conocer a las otras.

—Es que hay muchas, hay una racional, y otra irracional, otra payasa... Algunas son muy graciosas. Creo que se está perfilando una Elea Sabinera, porque me ha dado por comprarme camisetas de rayas y combinarlas con chaleco negro y borsalino.

—Me encantaría verte así. —Mi tono, creo que en exceso íntimo, la hace replegarse, y ya asumo que va a escurrirse de nuevo.

—El otro día descubrí a una Elea que quería ser cantante de copla — cambia de registro, intentando soslayarse con el humor.

—No jodas.

—Sí, me puse a canturrear en la ducha con el volumen a mil y moviéndome como si llevara bata de cola.

Nos partimos de la risa con su confesión, y no puedo evitar imaginarla desnuda, con el agua resbalando por su cuerpo mientras ella ensaya movimientos de copla... pero la camarera decide acudir a tomarnos nota, rasgando así el halo creado. Ella finalmente pide un licuado de sandía que le recomiendo y un pedacito de tarta. Yo me mantengo en mi horchata y la secundo con la tarta Bayleys.

—Entonces, me quedan muchas por conocer, quiero llegar a descubrirlas a todas, a las mil una —añado, cuando volvemos a estar solos. Y de mis palabras se desprende lo inevitable, que tenemos el tiempo contado y las ganas infinitas.

Vuelve a reír. Siempre ríe echando la cabeza hacia atrás. Como si quisiera llenar su garganta de carcajadas. Como si pretendiera que su sonido se expandiera. Como si supiera que, cuando lo hace, mi instinto me pide que acaricie y bese su cuello desnudo.

Eso es lo que la hace única. Que no se esconda para reír tras su mano.

Que no se esconda para ser, tras una máscara de rasgos perfectamente previsibles.

—Ni siquiera yo las conozco todas. Las voy descubriendo poco a poco, y las voy aceptando. Además, si alguien las conociera todas, ¡saldría huyendo! —interrumpe mis pensamientos.

—Estoy seguro de que no. —«Estoy seguro de que caería rendido a tus pies en cada una de ellas».

Al parecer, mi tono le sugiere el ánimo de mis pensamientos, porque cambia de nuevo de tema. Un camarero nos acerca las bebidas, y aprecio

cierta incomodidad, que achaco a mis palabras. Conociéndola, sé que dentro de diez minutos se habrá olvidado de todo y se relajará. Es una lástima, con lo graciosa que está así, luchando por no dejarse llevar por nuestra atracción.

Como siempre, los primeros momentos hablamos de nuestra semana. Le comento los proyectos que tenemos en mente en la empresa, y me complace comprobar cómo se interesa por lo que hago, tan atenta, frunciendo el ceño cuando no entiende algo, preguntando cada detalle. Después, me enfrasco en su semana, en sus sensaciones tras cada sesión, en las anécdotas anónimas de algunos niños, en su diversión con sus compañeros y con Paula... Hasta que vuelve a las andadas.

—Esta semana has hecho un curso intensivo en terapia de pareja. No pensaba que ibas a leer todos los libros. —De nuevo, la Elea profesional. Me voy enterando de cómo funciona esto. Al fin.

—Ni yo —respondo, bebiendo un sorbo de mi bebida.

—Habrás leído que la comunicación en la pareja es fundamental y...

—¿Te importa no beber con pajita? Es que me desconcentra —la provoco. Quizá no le permita relajarse. Quizá rebusque hasta encontrar a una Elea más abocada a mis... provocaciones.

Me extermina con la mirada. Sé que he conseguido estimular su memoria. Me apunto el tanto cuando observo que deja en un extremo del plato la pajita, recomponiéndose.

—Gracias —susurro, luchando por contener mi sonrisa canalla—. Hablabas de la comunicación.

—Lo recuerdo, gracias —espeta, algo contrariada—. Te decía que, en las terapias de pareja, suele trabajarse la comunicación, la solución de conflictos, las creencias sobre la pareja o el amor, las...

—Pero una terapia no puede crear amor si no existe en la pareja —la interrumpo, llevándola a mi terreno.

—No. Crearlo no. Pero, en ocasiones, las épocas negativas en las parejas enmascaran los sentimientos, y podemos creer que el amor se ha marchado cuando, en realidad, lo que ocurre es que está escondido tras las experiencias negativas. La terapia ayuda a discriminar los verdaderos afectos.

—¿La infidelidad se trabaja también? —no desisto.

—No, bueno, a ver... —titubea—. La mayoría de terapeutas no trabajan con parejas que mantengan relaciones con terceras personas durante la intervención. Sondean el papel de esa tercera persona en la vida del cónyuge que es infiel, y suelen pactar que se *aparque* dicha relación mientras dure el

tratamiento. Si no, es casi imposible que la terapia funcione, con obstáculos que la sabotean.

—¿Por qué de repente parece tan intranquila?

—Pero es complicado sincerarse con la pareja al lado —convengo.

—No, no se hace así. La primera sesión de terapia de parejas es con los dos cónyuges, pero después cada uno mantiene una sesión individual.

—Entiendo.

—¿Tú... tú tienes... —vuelve a mascullar— a otra persona?

—Depende de lo que preguntes.

—¿Estás siendo infiel?

—Según tus libros, la infidelidad es relativa, ¿no? Cada pareja pone sus límites y lo que traspasa de ellos —alargo mi respuesta.

—Es relativa, pero tú conoces los límites en tu relación. —Parece ansiosa por saber si tengo alguna amante, y disfruto atormentándola un poco.

—¿Desear a otra persona cuenta? —pregunto, mientras recojo su olvidada pajita y la coloco en mi vaso. Quiero probar el sabor de sus labios de nuevo.

—Depende... —dice, distraída, observando cómo me llevo a la boca su pajita.

Menuda locura mi numerito. Me está resultando mucho más insoportable a mí que a ella.

—¿Y cómo podríamos solucionarlo? —la desafío.

—Marco... No juegues conmigo.

—No estoy jugando. No es un juego para mí. Dime cómo lo soluciono. Dime qué hacemos.

—Probablemente solo es atracción, y es normal tener dichas debilidades en las malas rachas, pero es necesario afrontarlo. Un terapeuta especializado te ayudaría mejor con esas situaciones, creo que es fundamental que vayáis a terapia.

—Me pedirán que me aleje de esa persona.

—Seguramente —afirma, impasible.

—¿Y si ya no puedo?

—Siempre se puede.

—¿Y si ya no quiero?

—Tú solo quieres lo que no puedes tener. Eso es lo único que te motiva.

—Un argumento demasiado fácil para que lo emplees tú —contraataco.

—Válido, aun así. —Ladea la cabeza y me desafía con sus ojos oscuros sostenidos en los míos.

—No. No creas. Por lo que he leído, los psicólogos trabajáis por hipótesis, ¿no? Para refutar esa, tendremos que comprobarlo.

Se ríe descaradamente.

—Y, para comprobarlo... debemos ver si, una vez tenga lo que tanto deseo, pierdo el interés, ¿no?

Parpadea varias veces, alucinando con mi proposición, pero, por sus gestos, parece no tomarla en serio.

—Tengo que reconocer que es un buen argumento el tuyo. Pero mi objetivo principal es que compruebes que puedes solucionarlo con tu mujer.

—¿Y si lo pudiésemos intentar? —persevero.

—Tienes que intentarlo.

¿Cómo?

—Me refería contigo —reconduzco.

—¿Te recuerdo por qué llevas un anillo de casado o no es necesario? — Joder, aún me pone más cuando está sarcástica.

—Si te molesta, me lo quito. —Sigo el juego.

—Marco. Si sigues por ahí, me voy a ir.

No la creo, apuesto que está disfrutando tanto como yo.

—Tú has dicho que la comunicación...

—¡Con Dana! Comunícate con ella.

—Me resulta más divertido contigo.

Resopla y se incorpora ligeramente. Algo me dice que va a empezar a sermonearme. Me adelanto.

—Estamos aquí para que me orientes, ¿no? Son charlas de orientación. — Arquea las cejas cuando escucha mis nuevos argumentos, y para mí resulta ya un suplicio domar mis risas—. Oriéntame. Dime cómo dejar de desearte...

—Yendo a terapia de parejas con un especialista en el tema.

—No creo que a él lo desease tanto —bromeo.

—Deberías comprobarlo, es una hipótesis...

—Quiero comprobarlo contigo. —¿Por qué es tan testaruda? ¿Por qué no reconoce que esta tensión sexual tan solo tiene una forma de solucionarse?

—Si me haces caso, un...

—Nunca he dejado de desearte —la corto, y aumento el volumen de mis fundamentos para que empiece a tenerlos en consideración. Para que se entere de que no hablo en broma, aunque lo disfrace para que no salga espantada. Percibo cómo traga saliva y desvía momentáneamente la vista, llevándose su mano a la nuca—. Pero creí que me habías descartado. Ahora

sé que con él nunca tuviste la chispa que tenías conmigo.

Y es la puta verdad. La he visto en algunas ocasiones con Lucas, en alguna gala o evento, y recuerdo mi sentimiento de rabia, porque lo miraba a él con lo que parecía ser admiración. Y busqué su chispa: las carcajadas que recordaba que tenía conmigo, las miradas apasionadas. Y no la hallé.

—Marco... —susurra—. No digas eso.

—Dime qué coño hacemos —la insto, manteniendo mi bajo tono de voz—. Porque no sé si puedo renunciar a ti. Puedo pactar una separación amistosa con Dana...

Joder, hasta yo me quedo atónito ante mis palabras. ¿De verdad, Marco? ¿Tan clara tengo ya mi decisión? ¿Separación? ¿Amistosa? ¿Con Dana? ¿Y la paz en el mundo? ¿Y la abolición de las injusticias? Venga...

—¡Me dijiste que no contemplabas en absoluto la idea de la separación! —Suenas asustada, quizá un poco indignada también.

Creo que empieza a entender el asunto que nos ocupa, y a ser consciente del calibre de mis intenciones.

—Las circunstancias han cambiado. Me lo estoy planteando.

—¿Qué circunstancias?

—Tú. Has aparecido.

—Siempre he estado aquí.

—Pensaba que, cuando nos conocimos, habías perdido el interés.

—Eso no cambia nada, ni quiere decir que ahora mismo tenga interés en ti.

Me río.

—Como si pudieras engañarme. Ni me engañas a mí, ni siquiera puedes engañarte a ti misma. —La enfrento con la mirada y me aproximo a ella—. Sabes lo que hay entre nosotros.

—Marco... —suplica—. Borra esas ideas de tu cabeza. Márchate unos días, desconecta y escúchate. Verás cómo lo analizas desde otra perspectiva. Somos adultos. Podemos ignorar una atracción. No hay nada más. Etiquétalo. Dale el valor que le corresponde. Y sé consciente de que, en la balanza, hay mucho en juego, y que en uno de los lados tan solo hay una atracción. Sexual —remarca.

Sus palabras intensifican el malestar en mi pecho. Pero me froto el esternón intentando aliviar ese nudo y me proveo de valor para no cagarla de nuevo ni enfadarme. Si fuera un puto polvo, sería mucho más fácil de llevar. Ahora tengo que hacérselo entender. Porque necesito que ella sea consciente

y que me ayude a calibrar la situación para tomar una decisión.

—Todos mis puñeteros mejores momentos son contigo —le digo, apuntando a sus ojos con fiereza—. Todos los puñeteros días, he escogido esos momentos. Cuando leía tus mensajes. O te imaginaba leyendo los míos. O Arturo me contaba algo sobre ti. O recordaba tus gestos. Tus posturas. Tus palabras. Tu risa. ¿Es eso que quiero un polvo, Elea?

Se cubre la boca con la mano, desvía la vista y antes de que pueda reaccionar se levanta.

—Será mejor que nos vayamos. —Su voz suena entrecortada. Se dirige al coche, con pasos ausentes.

Me desespera esta mujer. Es la primera vez que le doy tanta importancia a alguien. La primera vez que dejo que mis pensamientos se concreten en palabras sin censurarlos. Como ella hace. Y la segunda vez que una mujer me deja plantado. Y es la misma.

Dejo un billete en la mesa para poder seguirla, y la avisto junto al coche. Subimos en silencio. Elea lo rompe.

—Aunque te separaras, ella seguiría siendo mi jefa. No hay nada que plantearse.

Eso me alienta. Al menos, ha contemplado la idea de que me separara y, si lo ha hecho, es porque cree mínimamente en lo nuestro. Pero me jode que lo dé por perdido por la fundación.

—¿Es ese el único impedimento que se te ocurre?

No hay respuesta. Me aferro al volante para dominarme y desisto en la discusión. Recuerdo las palabras de Arturo, y me repito a mí mismo que no quiero hacerle daño.

Permanecemos callados el resto del trayecto. Yo, observándola de reojo, maldiciendo mi suerte, y ella sentada, con los brazos cruzados y moviendo rítmicamente una pierna. Me calmo yo por no alterarla a ella más. ¿Quién coño me mandaría meterme en este caos? Con lo claro que estaba todo antes de ella, joder.

Ya en el centro de Valencia, le pido que me indique dónde vive, y me va señalando las direcciones y calles. Son las únicas palabras que intercambiamos hasta que paro el coche delante de su finca. Se marcha despidiéndose. Fugaz. Pero salgo tras ella.

—No quiero complicarte nada —le digo, intentado sonar sosegado.

No responde. Clava su mirada en mis ojos. Y lo que veo me desarma. No hay enfado, tal como yo pensaba. Pero sus ojos me imploran que me calle.

Los tiene saturados de lágrimas. Y sé qué significa. Que he dado en el clavo con todo lo que le he dicho. Que ella sabe tanto como yo que hay algo real entre nosotros. Y que, si sigo insistiendo, se rendirá ante la idea, como yo he hecho.

—No sé si puedo controlar todo esto que hay entre nosotros... —insisto—. Pero no quiero asustarte.

—Es que... —titubea y respira hondo, creo que lidiando para que las lágrimas no venzan—. Es que no podemos. Y me cuesta también controlarlo, pero es mejor que nos alejemos. Le diré a Dana que ya hemos terminado, que te he convencido. Le recomendaré un terapeuta.

Exhalo ante su decisión. No verme más. Alejarse.

Vuelve la presión en el pecho. Control. Controla la situación. Rápido.

—Vale. Solo te pido algo —reacciono—. No se lo digas por el momento. Nos tomamos estos días para reflexionar. Ella está en Madrid, vuelve el sábado. Si sigues pensando así, el sábado se lo comunicas. Pero dame tiempo a mí para adaptarme a esto.

—No tomes ninguna decisión ahora, Marco. —Sigue preocupándose por mí—. Necesitas serenarte. Valora en serio la idea de la terapia.

—Lo mismo digo. No te apresures. Por favor —añado, ya casi sin voz.

Asiente, y la observo marcharse y escaparse hacia su portal.

Me niego a que esto sea nuestra despedida.

Dispongo solo de unos días para solucionarlo.

## CAPÍTULO 15: A LA LUNA DE VALENCIA

ELEA

—Algo muy natural, ondas. Hazme ondas —le pido a Paula mientras termina de cortarme las puntas.

—Iremos a algún sitio sofisticado, conociendo a Arturo y sus amiguetes... Podría hacerte un moño alto.

Me contemplo en el espejo de La Pelu, ceñuda, al recordar la cena de esta noche. Vicki ha conseguido zafarse, como viene siendo habitual. Esta vez, la excusa era que Javier se la ha llevado al teatro. Las hay con suerte. Yo me he pasado la semana inventando posibles excusas para no ir, pero, como siempre, soy inútil para negarme a algo que a otra persona le hace especial ilusión. La Elea psicóloga me ha empujado a salir, aduciendo que necesito extirparme a Marco de mi cabeza, tras la abrupta despedida final del lunes.

—Mmm, no, no quiero ir muy *puesta*. —Admito que mi actitud es de *estoy-de-un-humor-de-perros-y-nada-va-a-parecerme-bien*.

—Memeces. Te hago un moño muy desaliñado, con mechass sueltas. Verás que guapa, muy *casual*, pero así cambias —me arrolla, pasando de mis relinches—. Cuando veas a Alejandro, todo lo que te haga para embellecerte te parecerá poco. ¡Cómo está, por Dios! —Se abanica.

—No sé por qué preguntas si acabas haciendo lo que te sale del *kiwi* —gruño.

—Tienes razón, la próxima vez no pregunto. Era por disimular. Después te maquillo y te pinto las uñas.

—No, no, no, maquillarme, no. Que ni me reconozco —digo a toda velocidad—. No, no y no.

—Vale, vale... pues las uñas. Y nos vestimos en tu casa. Llevaré la ropa, pero igual te acabo cogiendo algo.

—Claro.

—¡Hoy es nuestro día, Ele!! —Baila, pletórica.

Esta noche, Arturo le presentará a Julio. Han encontrado unos amigos comunes, y el plan está discurrido. Se ve claro que esto acaba mal, porque los dos están demasiado cómodos juntos como para permitir que otro entre en escena sin que a nadie le afecte. Pero me trago mis comentarios para no alentarla más.

—Y tú esta noche inauguras tu piso. —Me apunta con el índice, enérgica

—. Los pisos se inauguran con un buen polvazo. Lo de las cenas está sobrevalorado.

—Ni lo sueñes. No pienso acostarme con él. Y menos aún la primera noche. No me sentiría cómoda. Necesito conocer con quién estoy, si llega a gustarme. —Una cosa es querer quitarme a Marco de la cabeza y otra es adoptar a un maromo en mi cama.

—Lo que necesitas es quitarte todas las preocupaciones de encima. Y Alejandro es el tío ideal, créeme. Es un cabrón. Este no tiene nada que ver con los otros dos, pero tiene que follar de miedo. Y total... es para lo único para lo que necesitas.

—Nosotras somos demasiado cándidas para esas cosas.

—Ja. Habla por ti, mona. Yo estoy disfrutando así con Arturo.

—No te engañes a ti misma. Y cuidado esta noche, yo sigo sin ver claro que él te presente a Julio. —Fingiré que lo creo para no desatar una batalla dialéctica que me agote.

—Espero que no te pase nada y me dejes huérfana, mamá Elea —se mofa. Parece que su euforia le impide ver más allá. Se avecina tormenta—. Por cierto, tu *proyecto de paciente* se ha ido de la ciudad, y a Arturo le parece rara esta salida tan precipitada, ¿sabes algo?

Reconozco que me invade una sensación extraña cuando me habla de él, y noto cómo mi respiración se acelera. Intento enmascararlo para que Pau no sospeche nada.

—No sé nada —respondo, cortante—. Pero, aunque lo supiera, ya sabes que no te lo diría.

Imagino que ha seguido mi idea de alejarse unos días para aclararse. Es paradójico que, por una vez que sigue mis consejos, yo me debata entre el desánimo y el alivio por ello.

—Ais, qué arisca y secreta te vuelves con su tema. —Sus manos vuelan mañosas por mi cabeza con el gran cepillo redondo, que parece una maza, y temo por mi seguridad—. Bueno, pues yo te cuento nuestras impresiones. Arturo cree que esto se os está yendo de madre. Antes no parecía preocupado, pero ahora diría que sí lo está. Me pregunta constantemente por ti. Dice que Marco está perdido y que, hasta que no lo intentéis, no podréis avanzar ninguno de los dos.

Me quedo de piedra con las ideas de Arturo. O bien está igual de loco que Paula, o me he perdido algún capítulo...

—¿Cómo puede decir esas cosas sabiendo que está casado? Estáis los dos

igual de pirados.

—Sabes que ese matrimonio está más perdido que Eurovisión para España.

—Esto está más que hablado, Pau —me exaspero—. No voy a estar con Marco. Aunque algún día su relación se acabara, seguiría siendo el exmarido de mi jefa. Todos sabemos que solo es deseo sexual; si nos acostáramos se acabaría todo, su reto se habría alcanzado y perdería todo el interés. Y ya hay demasiados secretos con Dana, no quiero uno más.

—Vale. Piénsalo al revés. —Deja un momento el secador y me mira fijamente a través del espejo—. Tú quieres acabar con todo este jaleo y olvidarte de Marco. Si puede ser, te gustaría que acabase con su mujer felizmente casado para salvar tu fundación, ¿no? —suspiro y asiento con lentitud—. Mi plan es que os acostéis. Se acaba el reto por su parte, tú te quitas las telarañas y tu anhelo, él vuelve con su mujer y tú a tu fundación. ¡¡¡Problema resuelto!!!

—Sabes que nunca me acostaría con alguien que tuviera una relación, Pau. Vuelves a delirar. Además, tu plan hace aguas por todos los sitios y lo sabes. —Pongo los ojos en blanco.

—Tú siempre me dices que en ocasiones hay que elegir el mal menor, psicóloga de pacotilla.

—Tú coges los consejos que te interesan. Anda, acaba de peinarme y llévame de copas, ¡por Dios!

No niego que, mientras acaba de hacer su magia, ha tocado de dos formas mi cabeza: sus manos han moldeado mi peinado, y me han insertado en la mente lo fácil que sería mi vida si eligiese verla un poco, solo un poquito, desde el prisma de mi amiga.

\*\*\*

Alejandro y Arturo nos esperan apoyados en su coche enfrente de mi finca. Me asomo al balcón y los espío, mientras mi amiga se perfila los últimos detalles del atuendo. De lejos parece atractivo. No tiene la arrebatadora presencia de Marco, para qué engañarnos. Pero no está casado con mi jefa. Últimamente me conformo con eso.

Bajamos las escaleras ya quejándonos de los tacones. Paula se ha puesto un vestido ajustado negro, con escote corazón... y su corazón prácticamente al descubierto por el escote. Y yo me he decidido por un vestido en rosa fucsia, con un volante en un hombro como único tirante. Me he maquillado

con discreción, porque el impresionante moño *casual* que me ha dejado mi peluquera particular debía llevarse el protagonismo, aunque compite con unas sandalias multicolor que me agencié en las últimas rebajas de Bimba y Lola. «Estamos divinas, ahora solo nos lo tenemos que creer», ha apuntado mi amiga antes de salir. Cierto.

Arturo nos saluda con cariño mientras su colega nos repasa sin cortarse, y así empieza a restarse puntos estrepitosamente. Mientras nos presentan, lo intento escanear con disimulo.

Alejandro es un tío guapo. Sin duda. ¿Atractivo? En este momento no sabría decir. Lleva la camisa aprisionada en un pantalón innecesariamente estrecho. Y sí, sé que es la moda... pero me gustan los pajarillos más libres. Tiene los ojos azules, y una sonrisa que demuestra lo mucho que se estima a sí mismo. No sé si me guiña el ojo en repetidas ocasiones o tiene un tic. Así que, en resumen: no, no me resulta atractivo.

Tras las incómodas presentaciones, en las que Paula no deja de parlotear, nos montamos en el coche rumbo a una noche que se presenta... ¿interesante? Durante el trayecto, Alejandro, sentado a mi lado, intenta entablar conversación, pero mi estado de ánimo no lo ayuda. No es Marco. Sus ojos no son codiciosos y exigentes. Ni sus gestos tan viriles, tan malditamente sexuales. Ni su sonrisa es ladeada y acaparadora, como la de Marco. Ni su olor se filtra entre mis piernas. No, ninguno tiene nada que hacer en comparación con Marco. Lucho por apartar al omnipresente Marco de mi cabeza.

Descubro que Alejandro es un *chulazo piscinas*. Me cuenta su vida, plagada de éxito al parecer; se dedica a la compraventa de coches de lujo, y no pregunta mucho por mí. Mejor. No me apetece hablar. Pienso, mientras lo veo mover sus labios, que quizá me plantee lo de llevármelo a la cama si así la noche acaba pronto y se calla. Dios. Se me va la pinza. Creo que últimamente paso demasiado tiempo con Pau... y parece que la Elea neurótica hace su aparición estelar.

Por fin llegamos al restaurante elegido, y mi ánimo revive. El sitio es imponente, como anticipamos nosotras. Alma del Temple, leo en la fachada, y al entrar me quedo muda ante las vistas: es un espacio que fusiona una muralla y los restos de la misma con muebles minimalistas, la calidez de la madera y la luz del cristal, y una tenue luz, creando todo ello un espacio inigualable. Arturo saluda amistosamente al que parece ser el *maître*, y nos adentramos en el restaurante, ante la cara de pasmo de Pau y mi piel erizada,

sorteando mesas ocupadas con ligeros murmullos.

Me deleito con cada detalle mientras escucho a Arturo aclararnos que su empresa (mejor dicho, la de Marco. Marco. Marco de nuevo. Marco en todas partes), se encarga de la publicidad y organiza muchos eventos en el restaurante y su respectivo hotel. Nos sentamos en una mesa reservada a nombre de la empresa, situada al lado de la muralla, y acaricio las piedras, notando la ambigua mirada de Alejandro puesta en mí.

—El sitio es impresionante —murmuro, aún abrumada.

—No está mal. —El *chulo piscinas* resta importancia al lugar. Se me ocurre que Marco sí es capaz de valorar estos detalles, aunque me obligo a ocultar el pensamiento. Marco de nuevo. Marco. Marco sin remedio.

—La comida también, Elea. Te va a encantar —responde Arturo, guiñándome un ojo y distrayéndome. Este chico me gusta cada vez más para mi amiga.

—¿Podría dar una vuelta para ver todas las estancias?

El *chulazo* me mira con desaire, como si acabara de decir algo totalmente fuera de lugar.

—Claro, te las muestro —asegura Arturo, solícito, mientras Paula abre los ojos con pavor. ¿Qué le ocurre? ¿Tanta hambre tiene que no puede esperar unos minutos?

Y, entonces, oigo esa voz. O quizá huelo su perfume primero. O quizá mi cuerpo ha reconocido su presencia antes que nada.

—Ya voy yo. —Marco, detrás de mí, al lado de una chica muy guapa, se ofrece a acompañarme. Pero mi cuerpo no reacciona. Ni mi cabeza.

¿Qué hace aquí? ¿Por qué está con otra que no es su mujer? ¿Quién es? ¿Por qué es guapo a rabiar? ¿Por qué me pongo nerviosa? ¿Por qué me hace ilusión verlo si llevo toda la semana evitando pensar en él?

—La madre que te parió... ¿Qué haces aquí, Marco? ¿Cómo sabías dónde estábamos? —lo interpela Arturo.

—Casualidades, supongo. —¡Ja! No se lo cree ni él.

Debí suponer que iba a ocurrir esto. Porque es lo que sucede cuando Paula me convence para algo, que siempre me meto en una situación surrealista. Arturo y Paula evalúan mi reacción (que se me ha quedado atascada); juraría que él me está pidiendo disculpas con una mirada lastimosa y ella rogando clemencia con unos ojos asustados. *La-que-te-voy-a-armar-cuando-estemos-solas, MAJA*. Y el resto, presentándose y saludándose. Sé que suceden más cosas. La chica se acerca a darme dos besos sin apenas rozarme la cara. Pero

yo estoy en una nebulosa particular haciéndome a la idea aún de que Marco está aquí. A mi lado.

—Ven, yo te muestro el local, te fascinará. —Me tiende la mano, sonriente, y, aunque mi cabeza se niega, mi cuerpo la acoge deseosa. Su firme tacto me asiste para escurrirme entre los cuerpos sin trastabillar con mis sandalias, y me doy cuenta de que mi mano tiembla. No sé qué hago dejándome llevar. Estoy obnubilada. Pero me apetecía verlo, y quiero preguntarle qué demonios hace aquí. Tengo que averiguar qué se traen estos dos entre manos. ¿Es su amante? Pero, entonces, ¿por qué quiere mostrarme esto a mí? ¿Juega con todas?

—Arturo, encárgate de que añadan dos comensales más a la mesa, por favor. No te importa, ¿verdad, Clara? —Marco se dirige a la chica que lo acompaña.

La chica lo atraviesa con una mueca furiosa contenida, sospecho que su idea de tenerlo para ella sola se ha ido al traste. Rezo mentalmente para que ella se niegue y aleje a este vendaval sexual de mi lado, pero me rindo cuando balbucea unas falsas y estúpidas sílabas que vienen a significar que no hay problema.

Hip. Hip. Hurraaaaaa. A cenar todos juntos, ¿por qué no? Pongo los ojos en blanco y chasqueo la lengua ante la evidencia de la noche que me espera, y noto que Marco tira de mí sin ocultar un gesto travieso de aquel que sabe que se ha salido con la suya.

—Estás impresionante hoy. —Me contempla con una dulce admiración que empieza a derribar mis barreras y disminuye irremediablemente el tono de la regañina que voy a darle.

Venga, Elea, empieza a buscar el interruptor del autocontrol y enciéndelo antes de que te arrastre con él.

—Eres un embaucador. —Lo miro con desaprobación, aunque por alguna poderosa razón no pueda permanecer demasiado seria con él—. Me pediste unos días para reflexionar, y te presentas aquí. Con otra. ¿Es tu estrategia para darme celos y que de esa manera caiga?

Se ríe, negando levemente con la cabeza. Está guapísimo. Lleva una incipiente barba, que aún le da un aspecto más fiero, unos pantalones grises que se intuyen carísimos remarcando un delicioso trasero y un finísimo suéter negro, de un tejido endiablado que remarca su regia y perfecta constitución. *Jesusito-de-mi-vida-dame-fuerzas-para-no-caer-en-la-tentación-y-líbranos-de-la-noche-de-hoy.*

—Qué maquiavélico me haces. No hay estrategia. He venido porque es la única forma que tengo de hablar contigo. Tengo algo urgente que comentarte.

Ya empieza a querer marearme. Huye, Elea. O, quizá, apreciando su tranquilidad y excelente humor, estos días de descanso le hayan servido para calibrarlo todo y tan solo quiera retractarse por sus palabras del otro día.

—Mejor después. Nos estarán esperando para pedir, no quiero demorarme mucho. Pero dime quién es. —No puedo contener mi ansia de información.

—¿Clara? —requiere, provocador—. Es nuestra abogada de confianza. Es muy buena, y también es prima de Arturo.

Espera, espera. ¿Abogada? Nah, no tengo por qué ponerme en lo peor; si es la prima de Arturo, debe de tratarse de temas de la empresa. Descargando fuerzas asesinas. Vuelvo a querer la paz en el mundo. La Elea jueza moral me da un cachete mental por haber estado tan preocupada por su acompañante cuando no me incumbe, y la Elea psicóloga me obliga a cuestionarme si eran celos. Las aparto a ambas como quien espanta moscas.

—¿Por qué la has traído? —intento sonar despreocupada.

—Estaba con ella tratando un asunto hasta hace un rato, y he pensado en invitarla para que tu acompañante no se quedara solo —recalca las últimas palabras. ¡Ja!

—No te lo creas tanto —saco a relucir mi vanidad.

—No trates de aparentar. Te hago un favor; si ya ha abierto la boca, te habrás dado cuenta.

Nos reímos al unísono antes de que me muestre una a una las salas del restaurante, explicándome algunos de los trabajos que han realizado aquí y saludando sin reparar mucho en la gente con la que nos cruzamos. Pasamos por debajo de un arco gótico y Marco me informa de que el hilo conductor de las diferentes estancias es la muralla árabe del siglo doce. Mientras me muestra cada detalle y me comenta la historia del palacete convertido en hotel y restaurante, creo que ambos evocamos el recuerdo de un lejano paseo en moto, porque sonreímos cómplices, íntimos, casi tiernos. Me estremezco cuando pienso que estos serán nuestros últimos momentos juntos, que mañana le diré a Dana que las sesiones han acabado, y que Marco volverá a desaparecer de mi mundo. ¿Quizá en alguna ocasión coincidiremos a través de Paula y Arturo? Me cuesta trabajo pensar que toda esta comodidad entre nosotros se esfumará a partir de esta noche. Me sonrío cuando acaricio la muralla del local, y le digo que me encantaría saber las historias que han presenciado cada una de ellas. También cuando me quedo embobada

contemplando algún detalle. Me gusta que me mire así. Que, a pesar de que la gente nos mire extrañada, él me aliente a seguir escrutando cada rincón. Me señala cada detalle, y me guía en ocasiones apoyando su mano en mi espalda en un movimiento suave y casual. Yo la siento como si quemara, como si mi cuerpo en este instante estuviera exclusivamente concentrado en ese leve roce, como si sus terminaciones nerviosas y las mías estuvieran conectadas de tal forma que ni siquiera la fina tela de mi vestido fuera capaz de aislarlas. Soy capaz de sentir cada milímetro de su mano en mi espalda, y su casual y lento recorrido que se desliza lentamente hasta mi cintura. Se suman en ocasiones leves roces de su torso con mi hombro cuando sorteamos algún obstáculo. Noto como si me costara hacer llegar el aire a los pulmones hasta que me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. ¡Por Dios! ¿Todo este deseo sexual solo se ha desatado por sentir su mano en mi espalda? Hago meritorios esfuerzos por concentrarme en lo que sea que me esté contando.

—Anda, dime por dónde te has quedado y te lo repito —musita casi en mi oído, con voz melosa. Nooooooo. ¡Se ha dado cuenta de que no me estoy enterando de su cháchara! ¡Y se ríe, provocándome!

—¡Serás engreído! Te he escuchado todo. —Cuadro los hombros y levanto la cabeza en una intentona de recobrar mi decoro y enfriarme entera.

—¿Ah, sí? ¿Quién es el arquitecto del que te hablaba? —¡¡Oh, no!! ¡Pillada! ¡¡¡Y se está recreando!!! Argggg.

—Serás insensible y manipulador indecente y...

—Shh... shhh... shhh... —Se ríe, con la mano en el vientre, mientras se acerca a silenciarme con uno de sus dedos posándose en mi boca—. Te van a oír. —susurra.

—Será mejor que volvamos.

—Espera, aún me queda un rinconcito que enseñarte; además, este te va a encantar, lo sé. —Me arrastra de nuevo antes de que pueda protestar, y me lleva a una pequeña y solitaria terraza aislada del restaurante.

—Este sitio es soberbio. —La cálida noche valenciana me envuelve, y soy capaz de respirar con profundidad.

—Sabía que te gustaría. Le dije a mi cuñada que le sugiriera a Arturo que os trajera aquí. Menos mal que le hizo caso.

—¿Ves cómo eres maquiavélico?

—No me harían falta estas tretas si no fuera tan difícil hablar contigo. ¿Me reservarás un rato después? —Me pregunto qué querrá e intuyo una nueva disculpa y una negativa a ir a terapia con un profesional. Me preocupo

un nanosegundo por la reacción de Dana ante su negativa, pero la destierro de mi cabeza; ya no es mi problema. Hoy acabo con ellos y, tras asentir ante su demanda, le insisto en volver a la mesa junto al resto. De camino, recreándome de nuevo en las vistas, me pregunto por el arquitecto que antes me ha comentado como artífice de este lugar.

—Por cierto, ¿quién era el arquitecto del que me hablabas? —Se encoge de hombros, como si no comprendiera, aunque sé que no es así—. Sí, el arquitecto que ha remodelado este sitio.

—¿Arquitecto? ¿Quién ha hablado de arquitecto? No tengo ni idea de quien podría ser.

—Ah. Eres imposible. Antes me la has colado. —Me guiña un ojo. Tremendo—. Entonces, ¿de qué me hablabas?

—La verdad es que no tengo ni idea, Elea. Ha sido posar la mano en tu espalda y perder la noción de lo que decía.

Me toca callar ante su sincera declaración. Porque lo entiendo perfectamente. No entiendo este efecto que tenemos el uno sobre el otro que nos impide alejarnos si estamos cerca. Así que, silenciosos y conscientes de que hoy nos despedimos, llegamos a la mesa junto al resto.

La cena transcurre penosa. Clara parece enfurruñada y no intenta disimular su aversión hacia nosotras, y los comentarios estúpidos de Alejandro tampoco contribuyen a destensar el ambiente. A pesar de ello, los cuatro restantes hacemos loables esfuerzos por dirigir la velada, y conversamos sobre temas banales. El vino nos acompaña en nuestra misión, y de nuevo el flamante caballero rubio de ojos verdes sentado a mi derecha se ocupa, solícito, de que mi copa siempre lo contenga. Alejandro, a mi izquierda, se revuelve inquieto en su asiento cada vez que percibe algún detalle por parte de Marco.

—No puedo creer que la película que más te guste sea *Dirty Dancing* —se mofa Arturo de mi amiga.

—¿Por qué? ¿Quieres que sea una esnob y te diga alguna película desconocida para que todos finjamos que la conocemos e incluso la entendimos?

—No, eso tampoco. Pero *Dirty Dancing*... —Hace una mueca.

—Pues trata sobre los prejuicios, así que cuidado con abrir la boca.

Arturo se retira, fingiendo derrota. Y Clara empieza a ensalzar películas que, al menos Paula y yo, desconocemos. Esnob, esnob.

—¿Cuál es tu película preferida, Elea? —Marco me interroga e ignora el

parloteo de su acompañante, sentada frente a él.

—No sé, depende del género...

—¿Por qué lo complicas todo tanto? —Otra de sus pullas.

—Romántica, una romántica —me pide Paula.

—Buff, no sé... Creo que *Memorias de África*. La banda sonora también es preciosa.

—Así que te gustan los hombres rubios, guapos, aventureros, inteligentes... —Sé que me está provocando, refiriéndose a sí mismo, pero lo cierto es que su humor me divierte.

—Pero es muy dramática —interviene Clara. Aguafiestas.

—Depende de cómo se mire. A veces, lo dramático es no sentir nunca esa pasión y ese amor por nadie —respondo.

—Estoy de acuerdo —me apoya Marco.

—Brindemos —anuncia Paula, de repente, con voz cantarina, logrando ponernos de pie una vez más—. Por las pasiones descontroladas. Por lo que ansiamos todos: un amor luchador, que sacuda nuestro mundo y nos haga sentir que somos fuegos artificiales. Por los hombres *y si*.

Mi amiga me observa mientras lo pronuncia. Y creo que no son paranoias mías si afirmo que todo el mundo empieza a atar cabos respecto a Marco. Aunque, gracias a Dios, nadie habrá entendido la última frase. Mira por dónde, sus bautizos sirven para algo...

Percibo el cuerpo de Marco rozando el mío, aprovechando el acercamiento que hacemos todos para el brindis.

—Te aseguro que lo de sacudir a mí se me da de vicio —susurra en mi oído casi rugiendo.

Vicio. Sacudir. Marco. Susurros en mi oído. Promesas seductoras. Su fragancia. Su presencia a mi lado. ¿Resultado? Aprieto los muslos y me ruborizo, fracasando inútilmente en mis intentos de ser inmune a él. Tarea de la semana: reforzar mi autocontrol. O emigrar a otro continente mientras él esté en este. Me animo pensando que solamente quedan unas horas y después podré bajar escudos.

Clausuramos la cena y empiezan a llover propuestas para continuar la noche. Sugiero mi retirada, pero todo el mundo (a excepción de Clara, que nos sigue mostrando su antipatía) me lo impide. Al final, me animo a seguir de marcha, convenciéndome de que estamos entre amigos y me niego a mí misma que sea porque quiero disfrutar un rato en compañía de Marco, por última vez. Así que llamamos a dos taxis para seguir con la noche, que ahora

se presenta más sugestiva que nunca.

En el trayecto en taxi, Paula y Arturo se han disculpado mil veces por la aparición de Marco en la cena. Me han jurado otras dos mil veces que no tenían ni idea de sus planes, y por sus caras de apuro y cabreo, los he creído. Inexplicablemente, me ha encantado la velada, así que tampoco tiene mucho sentido que los culpe. Esta noche nos despediremos como viejos amigos, y podré atesorar, durante ocho años más, otra retahíla de recuerdos divertidos con él. ¿Me seguiré preguntando si es mi hombre y *si*?

Siguiendo la sugerencia del rubio de ojos mentolados, llegamos al Ático del Ateneo, un local desconocido para mí, situado en la misma plaza del Ayuntamiento, en lo alto de un carismático edificio, desde donde se admiran todas las bellas vistas del iluminado centro de Valencia. Me hechiza al instante. Marco sigue pendiente de mí, me guiña un ojo y sonrío al comprobar cómo disfruto de la panorámica como si nunca antes hubiera estado en esta plaza. Y solo es necesario un gesto, una combinación de su mirada y un leve asentimiento, para que yo sepa que me está diciendo en silencio «sabía que te gustaría».

Nos sentamos con vistas a la plaza del Ayuntamiento por mi insistencia, y percibo cómo el alcohol va ayudando a que el ambiente se suavice, porque todos conversamos animados. Clara se mantiene seca con nosotras, no así con los hombres. Especialmente *buscona*, se acerca a Marco y desata mis celos. Sí, injustificados, e irracionales. Pero me corroen cada vez que lo toca o le habla tan cerca de su boca. En mi cabeza varias Eleas se pelean: «*Pero ¿por qué co\*\* te molesta si tú quieres alejarte de él, lerda?*»». «*Ja, tú intentando que vaya a terapia y la otra estirando hacia el otro lado*». «*¿De veras estás jugando al juego de, si no lo quiero yo, que no lo quiera nadie?*». Opto por fingir que estoy inmersa en las conversaciones reales que se desarrollan en la mesa y no en el circo que tengo montado en mi mente.

—Es una *mona rhesus* —me susurra Paula al oído refiriéndose a Clara.

Otro de nuestros bautizos. En la carrera, leí un estudio de un tipo de monas, las *monas macaco rhesus*, que eran misóginas: las hembras se acosaban las unas a las otras y competían, sobre todo por los machos. Lo comenté con Paula y, desde entonces, todas las mujeres que intentan dañar a las otras quedaron bautizadas como *mona rhesus*.

—Totalmente de acuerdo. —Me uno a sus risas malévolas.

—Es de mala educación cuchichear —se mete Marco. Uy, pues parece que ha podido librarse de la abducción de la despampanante abogada.

—Eso díselo a tu acompañante, que lleva toda la noche haciéndolo — espeto.

—¿Celosa? —Se muerde el labio y se le arrugan los ojos, esbozando una pícaro sonrisa. Maldita sea, estoy engordando su ego.

—Iluso.

La *mona rhesus* corta nuestra batalla abduciéndolo de nuevo, y creo ser consciente de que Marco en algún momento se muestra irritado con ella. Casi me da hasta lástima, pero a Pau y a mí nos divierte un poco la situación. Quizá el alcohol tenga algo que ver al respecto, porque juraría que nos reímos como niñas pequeñas.

De repente, nos vemos envueltas en la conversación de Alejandro y Arturo sobre golf. Como auténticas plebeyas que somos, nos divertimos haciendo gala de nuestra ignorancia por tal deporte y mostrándoles lo esnobs que son. Alejandro y Arturo se regodean, y percibo que los cuatro amenizamos la charla con comodidad. En ocasiones, siento los ojos de Marco puestos en los míos, e intenta captar mi atención, con alusiones a mí, preguntas... como si intentara pedir un rescate de su captora. Pero creo que los cuatro lo ignoramos por razones distintas. A Paula y a mí nos divierte un poco verlo en apuros, Alejandro no quiere compartir su atención, y creo percibir que Arturo está un poco molesto con él por su estelar aparición esta noche.

—¿Pero vosotras sabéis jugar al golf? —nos ataca la *mona rhesus*. Seguro que está celosa por el buen rollo que tenemos en nuestro círculo.

—Nosotras jugamos a otros juegos con las *pelotitas*, ¿verdad, Elea? —asegura sugerente Paula, desafiándola con la mirada. Casi espachurro el cóctel por encima de la mesa al escucharla. Las risas del grupo me salvan de mi respuesta, y Clara finge que se divierte, pero nos apuñala con los ojos.

Alejandro parlotea sobre el juego, y yo finjo escucharlo, mientras Arturo y Paula empiezan con algunas carantoñas y se van aislando del resto del mundo. Mi *chulazo piscinas* me pide otro cóctel, e inicia un monólogo sobre cómo se gana a los clientes mientras juega al golf; y yo inicio un diálogo interior en el que una de las Eleas me suelta aquello de «ya sabía yo que no debías haber venido», y la otra me pide que me desmelene y me sumerja en el alcohol.

—Lo de la pajita es juego sucio. —Su voz ronca en mi oído penetra en mis entrañas. Soy consciente en este momento de que estoy bebiendo el cóctel con la pajita, y que Clara y Marco piensan unirse a nuestro interesante

monólogo. Alejandro, tan solícito, pide otra bebida para la *mona rhesus*.

—¿Te has divertido a mi costa esta noche? —Achica los ojos, intentando fulminarme con ellos, tan risueños.

—La verdad es que sí. Seguro que habéis tenido tiempo de solucionar todos los negocios que teníais entre manos. —Me asombro yo misma de lo maléfica que estoy, pero ambos reímos.

—Eso ha estado muy mal por tu parte, yo he venido a salvarte enseguida cuando he visto que empezabas a dar cabezadas.

—No es verdad, acabo de hacer un master exprés en golf, puedo añadirlo a mi currículum —bromeo.

—Lo de esta noche me lo vas a pagar... y no tardaré en devolvértela. —No puedo evitar mordirme el labio ante semejante amenaza. Estoy perdida, si hasta bromeando me parece tan sensual.

—Alejandro, ¿no te parece interesante que Elea sea psicóloga? —suelta Marco de repente. Está cumpliendo su amenaza, así que rezo para que Alejandro no caiga en su red.

—La verdad es que sí, siempre he querido estudiar Psicología.

«Sí, sí, claro. Ahora, cállate y no sigas».

—Qué bien —intento sonar cortante.

—¿Me has psicoanalizado? Dime, ¿cómo soy? Te daré una pista... mi horóscopo es Libra. —Esboza una sonrisa grotesca.

Marco desata sus risas. Y yo bufo, concediéndole la victoria del asalto.

—Empate, nena —musita, casi rozando el lóbulo de mi oreja. Se despiertan mis instintos carnales de nuevo.

Me recompongo consultando mi teléfono móvil, ya tanteando la idea de irme, que reconozco que estoy alargando para no enfrentarme a Marco. Paula se ha ido al baño hace un momento, y por el rabillo del ojo aprecio cómo Alejandro y Marco se alejan hacia la barra, rígidos. La tensión se palpa entre ellos, y me azota de golpe la revelación de que estamos dando un espectáculo demasiado obvio. De que aunque nosotros sepamos que esta complicidad no pasará de aquí, podemos estar enviando señales equivocadas al resto.

—Puede que Marco esté separándose, pero creo que las cosas entre vosotros deberían ir más calmadas hasta que sea algo definitivo. —No es la voz de mi conciencia, es la de la *mona rhesus*, que me ha descubierto con la mirada perdida y culpable, puesta en los dos amigos, que parecen estar echándose cosas en cara. No me impactan sus palabras respecto a la separación, porque sé que son totalmente falsas. ¿Son los rumores que corren

ya sobre Dana y Marco? ¿Es un intento de sonsacarme sobre su relación?

—No te incumbe la situación de Marco con su mujer, sea la que sea, ni tienes derecho a dar consejos que no te hayan pedido.

Me levanto airada, antes de entrar en ebullición espontánea porque se haya metido en asuntos que no le conciernen, pero hay cierta vocecilla repelente de la Elea juez moral que se atreve a decirme que lo más me molesta es ser consciente de que, aunque nos esforcemos por ser solo amigos, la tensión sexual que sentimos se manifiesta abiertamente para todos, y nos tacha de algo que no queremos ser. Me doy una paliza mental y decido alejarme de él, tal y como había planeado. Me acerco a mi amiga, que ya está en los brazos de su amante-celestino, y la aviso de que me marchó. Me indica, mostrándose culpable, que no me puede acompañar porque están esperando que su cebo traiga a Julio al local, y me convenzo de que nuestras vidas son completamente absurdas mientras me escabullo antes de que Marco, que está siendo abordado de nuevo por Clara, me alcance.

La putada de estar en un ático es que todo el mundo sube y baja por un mismo ascensor, así que tengo que esperarme unos segundos que parecen eternos, hasta que veo las puertas del mismo abrirse lentamente.

—Elea, tenemos que hablar. —Me zafo y accedo al ascensor antes de que su voz se acerque más, pero es inútil, ya que Marco me alcanza y detiene las puertas antes de colarse dentro—. Quería explicártelo al inicio de la noche, pero no me has dejado.

—¿Explicarme el qué? —No sé de qué habla, y estoy un poco agobiada. Mis tacones tampoco me dan mucha estabilidad.

—Mi separación de Dana.

—Sé que lo ha dicho para hacerme daño o sonsacarme, pero...

—No ha mentido. —El espacio en el ascensor de repente me parece minúsculo, y el oxígeno insuficiente. No puede estar hablando en serio.

—Dime que es una broma de mal gusto —le suplico.

—Fui a Madrid a ver a Dana. Arturo pensaba que aún estaba allí. Hablé con ella y le comuniqué mi decisión. Clara me ha estado ayudando esta semana con ello.

Definitivamente, las partículas de aire existentes no son suficientes y empiezo a sentirme más mareada de lo que ya estaba.

Me apoyo un poco en la pared. Marco se planta delante de mí y me sujeta con delicadeza la cara, subiéndola hasta que miro directamente hacia sus ojos verdes, ahora preocupados.

—No podía más... —susurra atormentado. Y me hace creerlo.

—Dime que no ha sido por mí —imploro, aún enganchada a sus ojos.

Justo en este momento, las puertas del ascensor se abren y salimos en silencio para no hacer partícipe a la gente que nos rodea de nuestra charla. Para mí, el motivo es trascendental, porque no quiero cargar con culpas. Me dijo que no iba a separarse. Y, de repente, su cambio ha sido drástico; necesito corroborar que no he sido yo la causante. Necesito desmarcarme de todo esto y convencerme de que esta relación no tenía ni presente ni futuro. Que no lo he robado yo. Mis pensamientos me provocan más nerviosismo si cabe. Tengo un nudo en el estómago, y sé que se convertirá en náuseas si no consigo sosegarme.

—Tenemos que hablar —insiste—. ¿Pido un taxi?

—Necesito tomar un poco el aire, iré a casa andando. ¿Podemos hablar en otro momento?

No sé si, con este malestar, voy a poder llevar una conversación; tengo que encontrar espacio para no desmoronarme y calibrar todo lo que comporta este giro en los acontecimientos. Pero, en el fondo, sé que también necesito tener todos los detalles y conocer cómo afectarán a la situación. ¿Para qué engañarme? Ansío conocer el porqué de su decisión, y saber que tanto Marco como Dana están bien.

—No, lo que quieres es alejarte. Te acompaño andando, no podemos postergar más el tema. —La seguridad con la que suena su voz termina por convencerme de que es lo mejor.

Iniciamos una marcha lenta hacia mi piso, y da la impresión de que ambos llevamos el mundo encima. Me aplico a mí misma los pasos para relajarme, con respiraciones profundas y mensajes de calma. Marco inicia su relato, y su voz suena tranquila y concisa. Lo escucho sin levantar la mirada del suelo, abrazándome a mí misma e impregnándome de cada palabra. Una luna llena despejada nos acompaña todo el camino. Intuyo que Marco intenta desdramatizar, porque me informa de que mi jefa se tomó la noticia con frialdad, y ávida de información. Sospecha que hay una tercera persona en la pareja, y lo acusó de serle infiel desde hace años, hecho que él se apresura a negar con rotundidad. Me adelanta que mañana se reunirán con la familia de Dana para comunicar la situación y acordar cómo llevarla a cabo sin que afecte a su imagen pública. Alucino con las inquietudes de su familia, pero no lo dejo entrever. Con una melodía a ritmo de explicaciones y silencios que fingen no ser crueles, llegamos a mi edificio. Sé que quedan palabras

pendientes, y él las espera.

—Tienes frío, ¿no has cogido chaqueta? —Repara en mis brazos, que me envuelven intentando que la brisa no se cuele debajo de mi piel.

—No, se me ha olvidado, pero no te preocupes.

—Podemos entrar. —Señala el portal.

—No, mejor no. —Conozco mi clavija del autocontrol, así que mejor no forzar la situación.

—Venga, tranquila, no vamos a subir, pero en el portal nos resguardamos, anda. Quiero que me hagas partícipe de todo lo que has ido sospesando mientras yo te hablaba.

La Elea racional me dice que es mejor que acabemos cuanto antes esa conversación y no la dilatemos de nuevo para otro día. Así que entramos sigilosos, y nos sentamos en las escaleras. Adopta una de sus poses sexis, a pesar de estar sentado en un maldito escalón, apoyado en la pared con una pierna estirada. Yo me acurruco en un peldaño superior. Las palabras se agolpan en mi cabeza, y sigo percibiendo que las ideas oscilan de un extremo a otro.

—Te dije que no te precipitaras —empiezo. Lo primero que se me ocurre es un reproche. Genial.

—Me estaba consumiendo, Elea.

—Pero no ha sido por mí, ¿verdad? Sabes que no sucederá nada. Es mi jefa; si se enterara, me despediría. No puedo dejar la fundación. Lo sabes. —«Ni comprometerla por una aventura». Marco inclina la cabeza, arqueando las cejas.

—No hablas de ti, de lo que sientes. Me hablas de ella. Y de tus responsabilidades. Solo eso.

—No puedo hablar de lo que siento, Marco.

—Entonces, dime qué es todo eso que te preocupa. Suéltalo de una vez con sinceridad. —Parece agobiado.

Suspiro y, tras rendirme al silencio unos segundos, decido vaciarme entera.

## CAPÍTULO 16: ELE-cción

MARCO

—He sido sincera todas las veces que he hablado contigo, Marco. Está claro que me atraes, pero no es suficiente. Creo que estás confundido, y es *nooormal* cuando una relación atraviesa problemas. Siempre parece que lo externo a ella esté exento de dificultades, que nos atrae más. Pero no quiero que caigamos en ello. Nos daríamos cuenta de que no funciona, nos arrepentiríamos los dos, nos cargaríamos esta amistad que acabamos de recuperar, y lo peor es que perderías a Dana para siempre y yo la fundación. Y no nos lo perdonaríamos —sentencia, con voz ahogada—. Nos culparíamos el uno al otro y nos perderíamos para siempre.

—¿Te puedo revelar algo? —Me tomo un segundo para organizar bien en mi cabeza todo lo que quiero transmitirle, devolverle a Elea toda la sinceridad con la que ha hablado conmigo estas últimas semanas. Sé que me costará sacar cada una de las palabras y me juego mucho. Pero me lanzo con convicción—. Creo que siempre he sabido que me equivocaba con Dana. Sé que suena cobarde. Pero hasta estas últimas semanas no me he atrevido a pensar en ello sin justificarme, ni siquiera he sido capaz de decirlo en voz alta hasta hace poco. Cuando desde el inicio de la relación tratas de convencerte a ti mismo de que debes dar ese paso, ya sabes que no es lo que deberías sentir. Cuando acallas a toda la gente que te advierte, y borras cada comentario para seguir convenciéndote a ti mismo de que es lo mejor, sabes que no es eso lo que deberías sentir. Pequé de apresurado. Y ahora lo sé. Entonces estaba como abrumado. —Se me escapa un suspiro cansado—. Pensé que tendríamos una vida envidiable, que sería una vida tan llena de tantas cosas y tan fácil, con una mujer que perseguía lo mismo que yo, que no sería necesario nada más. Ahora, cuando lo pienso, siento vergüenza de mis propios pensamientos, pero, cuando entras en ese mundo de lujos y poder, es difícil no dejarte seducir. Está claro que los problemas llegaron porque estaban ahí desde el principio. Y joder si pensé veces que había sido un idiota, pero intentaba centrarme en lo que sí tendría. —Cojo impulso de nuevo sin perderme en ningún momento su reacción, hasta ahora intrigada—. De repente llegas tú, y no, respondiendo a tu pregunta, no eres culpable de que me separe. Pero sí que me abres los ojos a otra forma de vivir. Veo que la gente da pasos hacia delante y se desprende de lo que no les va bien en la

vida, y avanzan, y asumen las consecuencias. Y veo que hay gente que toma el camino difícil, pero sonrío mientras lo sigue, y yo tomé el fácil y soy incapaz de sonreír. Así puede decirse que, al separarme, estoy dando el paso que no me atrevía a dar.

—¿Cuándo lo decidiste?

—No podría decirte con seguridad. Y no quiero que te sientas culpable, pero empecé a plantearme cómo sería la vida sin Dana poco después de reencontrarte. Hasta ese momento, había tenido épocas de mierda, sí, pero cuando la idea se cruzaba por mi cabeza la alejaba, quizá tampoco tenía ninguna motivación que me hiciese tomarlo en serio. Pero estas últimas semanas... no sé... ha sido como si todo lo antes inhibido ahora se precipitara en mi cabeza. Al principio me dije que podía controlar estar cerca de ti; después me dije que éramos amigos y me di un tortazo de realidad cuando supe que no podría dejar de verte al acabar las cuatro sesiones. Supe que me había estado intentando engañar a mí mismo y que quiero arriesgarlo todo por intentarlo. Pero, aun exponiéndome a perderte a ti también, sé que no puedo seguir con una vida que no me hace feliz. No sé qué puede pasar entre nosotros, Elea. Pero sí sé que no estoy dispuesto a seguir con una relación que me consume, ahora que soy plenamente consciente de ello. Ojalá me hubiese dado cuenta antes y no estuvieses metida de lleno en esto. Ojalá nos hubiésemos reencontrado los dos una noche de copas y pudiera haberte conquistado sin arrastrar estas ataduras. Pero estamos aquí, nena. Y no voy a dar marcha atrás con ella. Desde que he dado el paso me siento liberado. Ni siquiera me asusta todo lo que puedo perder. Soy una persona sin ataduras. Y me gustaría que dejásemos salir todo esto que creamos al estar juntos, sin pensar en nada más.

El silencio nos atrapa unos segundos. Pienso qué más puedo decirle para que me entienda. Ojalá que esto sea suficiente para ayudarla a ponerse en mi lugar.

—No puedo dejar al margen la fundación, Marco. Y sabes que, si ella se entera, vendría a por nosotros. —Suena derrotada, pero mantengo la esperanza. No ha dicho que no. Solo teme por la fundación.

—Vale. Lo entiendo. Pero no tiene por qué enterarse. Ni ella ni nadie. No mientras no lo tengas claro; podemos hacerlo así.

Sé que acabo de derribar las últimas excusas que le quedaban, porque se cubre con ambas manos la cara como si con ello pudiese desaparecer. Bien, bien, bien, bien. Se está rindiendo a la evidencia.

—Ehhh... —murmuro—. Ven aquí, no te me agobies.

—Llegas tarde para eso —farfulla tras las manos, adoptando un tono de lamento, y se me escapa una sonrisa.

La atraigo hacía mí, hacia el rellano del escalón, agarrándola por su cintura, y la siento entre mis piernas.

—Marco —protesta débilmente. Como si así se disiparan nuestras ganas. Como si pudiera simular que cada centímetro de su espalda no disfruta con nuestro roce.

—Shhh, tranquila. Somos amigos. Solo amigos. No va a pasar nada. — Creo que se apacigua un poco.

—Pero...

—Shhhh, los amigos se pueden sentar juntos. No pasa nada. No te agobies. Confía en mí.

Inicio un suave masaje por su cuello para relajarla. No quiero que sufra, ni que siga dándole vueltas a todos los peros que irá sacando a mi propuesta. No ahora. Ahora que por fin tenemos unos momentos para estar juntos, quiero exprimirlos y que se convierten sin duda en los mejores de su día. Quiero que se dé cuenta de cómo nos fusionamos. De que esto es único.

Le pregunto por su semana y empiezo a notar cómo se va relajando al hablarme de los peques. Después, me pregunta por algunos detalles de la separación, pero sorteo el tema para no preocuparla más. Mañana ya tendré tiempo de angustiarme por ello.

Mis manos están consiguiendo atemperar su respiración y sus últimas reservas. La encuentro adorable, rindiéndose y ablandándose, cada vez más reclinada sobre mí. Estoy haciendo esfuerzos titánicos por no asustarla dejándome arrastrar yo también por mis instintos más primarios. Ahora me habla de Pau y Arturo. Lo de estos dos es de traca, pero en parte admiro su valor. Creo que Elea piensa lo mismo, porque comenta el caso con humor, sin juzgarlos, partiendo de que es una locura lo que hacen, pero que ojalá nosotros fuéramos tan valientes como para dejarnos llevar por nuestra locura también. Se lo digo abiertamente, y sé que he dado en el clavo porque no alega nada.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos así, en el portal, confundidos en la penumbra, donde solo se escuchan las quejas crepitadas de las paredes de tanto en tanto, y las respiraciones de nuestras ganas, ceñidos en las señoriales escaleras. Disfrutando del roce del otro, adentrándonos poco a poco en el atrevimiento, pero despacio... por momentos hablando, otros

riendo con el volumen amortiguado, a ratos divagando en silencio cada uno entre sus miedos e ilusiones. Pero podría estar el resto de la noche solo con esto, viéndola ya más tranquila, con un leve rubor en las mejillas, que diría que se va intensificando.

—Me encanta verte por fin tan relajada. —Sigo recorriendo con toda la suavidad de la que soy capaz su espalda, sobre la fina tela de su vestido y sus brazos, proporcionándole más calor. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y, aun así, noto que se me corta la respiración—. Eres una provocadora y casi me matas esta noche —le hablo cerca del oído, no quiero romper esta magia—. Este hombro lleva toda la noche seduciéndome... —Dejo un leve roce en su hombro desnudo y mi cuerpo envuelve el suyo, consciente de que ahora es ella quien contiene un poco la respiración—. Los amigos no se besan en la boca, pero sobre los hombros no hay nada escrito, ¿no?

—Eres un caradura. —Pero su tono no infunde amonestación.

—Eso significa que no lo hay. Perfecto.

Sigo recorriendo con la boca su hombro, y al paso dejo pequeños mordiscos que inflaman mi calentura. El portal se llena de su respiración, ahora más agitada, y mi miembro apenas se contiene enjaulado tras el bajo de su espalda. Dejo que los mordiscos se vuelvan más y más explícitos, consiguiendo que Elea abandone su cabeza en mi torso, que es la señal de consentimiento que necesito para dejar sutiles besos en su cuello. Aún me cuesta creer que por fin esté ocurriendo. ¡Dios!

—Me moría de ganas por recorrer tu cuello —revelo, mientras sigo depositando besos lentos en su piel desnuda, preservando la intensidad, aunque yo arda, evitando que erija de nuevo sus barreras—. Cada vez que te ríes y te inclinas hacia atrás... —Cuido las pausas, quiero que eche en falta mis caricias— ...anhelo lamerlo.

Al final, se desboca su deseo, porque gime débilmente y se arquea, presionando su trasero contra mí, y provocando que se me escape un gruñido al entrar en contacto con mi erección. Desato todas mis intenciones retenidas, sujetando su pelvis contra mi sexo para no perder ni un milímetro de su contacto, mientras con la otra mano desvío su rostro hacia el mío. Necesito ver su rictus de placer, necesito grabar en mi mente a esta Elea indefensa ante el deseo, con los ojos entrecerrados y ansiando mi boca sobre la suya. La mirada se me escapa a su vestido, que ha ido escalando por su muslo, dejando casi desnudo su sexo. ¡Joder, me vuelvo loco por colar mi mano bajo esa tela

y darle placer!

Pero me obligo a calmarme. Me permito cerrar unos segundos los ojos, con fuerza, para infundirme sosiego. Lo último que quiero es que vuelvan a levantarse todos sus muros por un movimiento desafortunado. Suspiro en su pelo y deposito unos besos delicados, descendiendo hasta el lóbulo de su oreja, lamiéndola mientras escucho casi lejano el sonido gutural de mi propia respiración.

Quiero embriagarla de mis atenciones. Quiero que se vuelva casi tan loca como estoy yo por tenerla. Sigo descendiendo por su rostro y me gano que desplace un poco la cabeza, brindándome su boca, sedienta... Me halaga, y algo parecido al orgullo se une a mi excitación en mi interior, pero sé que no es un movimiento acertado. No esta noche.

—No, no, no —murmuro, con tono juguetón—. Los amigos no se besan en la boca. Ahí no podemos, preciosa.

Vuelvo a oír el sonido de su suave risa.

—Cabrón. Has conseguido que esté a tu merced, pero no pienso suplicarte...

Sonrío y me relajo al comprobar que nos recreamos en el mismo juego.

—Mmm... no, necesitas suplicarme, nena. Te aseguro que me muero por pasar todos los niveles contigo... pero esta noche somos amigos. —Sigo recorriendo con mi boca su rostro, sin traspasar las comisuras de sus labios, con mimo—. Y los amigos tienen prohibida la boca. —Gime de nuevo—. Shhh. Pero los amigos somos *muuuy* afortunados, tenemos mucho margen... no te preocupes, puedo besarte en muchos lugares. Esos labios no son imprescindibles para el placer.

Sigo jugando con la anticipación y percibo que su cuerpo se tensa ante la sugerencia. Dejo que se recree en la imaginación de mi cabeza entre sus muslos, y la sola imagen consigue hacerme jadear. Mi polla está tan caliente que temo que la fiesta acabe en unos minutos para ella.

Mis manos maniobran casi a su voluntad y, gracias a ello, la volteo hacia mí, depositando sus piernas con cuidado sobre una de las mías. Gruño al fijar la mirada momentáneamente en su escote, y me pierdo en su clavícula, lamiéndola con sutileza. Elea inclina la cabeza hacia atrás hasta que encuentra mi brazo, protector, en su nuca. Acaricio sus piernas, casi midiendo el roce de los dedos sobre su piel, que se eriza entera al paso de sus manos. Intento obviar la incómoda postura en la que me encuentro.

—Estás preciosa. *Eres* preciosa —rectifico entre besos, bocados y

lametones, y alterno mis revelaciones con ellos—. Abandonada a mí... relajada... sin máscaras... como tú eres... me vuelves loco... Llevas volviéndome loco demasiado tiempo... te ansiaba así...

—Ay, Dios... Tenemos que parar. —Percibo que se envara y sé a qué momento hemos llegado. A ese que estaba intentando evitar a toda costa... Me infundo una tranquilidad que no tengo, pero lo hago por ella.

—Sí, tenemos que parar, nena, porque, si no, mi polla va a provocarme un problema en los pantalones. —Intento sonar despreocupado y desviar la atención con humor.

Resopla y se cubre la cara con las manos, tras levantarse y tirar de la tela del vestido como si esta pudiera multiplicarse. Resulta adorable tan vergonzosa ahora.

—Marco... esto... yo... esto no debería...

La acallo con un dedo sobre sus labios, sin dejar de sonreír.

—Shhhh... No lo vamos a estropear, ¿vale? —Espero su asentimiento sin apartar mis ojos de los suyos para infundirle mi seguridad—. Escucha, Elea, no ha pasado nada, nos hemos relajado y nos hemos dejado llevar hasta donde hemos querido. Ahora somos dos personas libres y solo quería demostrarte que sí debemos conocernos, porque entre nosotros hay... algo. No íbamos a ir a más.

—Pero es todo muy reciente. Acabas de decidirlo, no podem...

—¿Dónde está escrito? ¿Dónde está escrito que en una relación acabada desde el inicio, en el que una de las personas toma el paso para terminarla, aún haya que esperar? ¿Tengo también que ir de negro? ¿Qué es lo que marca la ley divina y social? ¿Porque lo diga quién? Nena, tú no eres de convencionalismos. Somos libres. Y moral y éticamente, tanto Dana como yo podemos buscar nuestra felicidad.

Afirma como puede, porque mis manos siguen reteniendo su cara, evitando el escape.

—Bien. —Suelto la tensión contenida. Ahora tengo que calmarla como sea—. Ahora te voy a acompañar hasta la puerta de tu piso, y después me iré, ¿vale? Porque quiero que nos quedemos con las ganas del otro, y que pienses bien todo esto antes de dar más pasos. Pero no te voy a poner fácil que escapes, porque sé que nos tenemos ganas y quiero que me eches de menos. Después hablaremos, y te darás cuenta que te has quedado sin excusas ni barreras... y nos dejaremos llevar a todos los niveles, ¿sí?

Espero que mi discurso haya sido efectivo, porque no puedo perderla

ahora. Traga saliva, y creo que está más serena tras el ataque de miedo.

—Está bien —logra articular. Y ya me conformo con esto.

Subimos la escalera disimulando la incomodidad del silencio, de su vergüenza; ya ves, por algo de lo que yo me siento pletórico. Intento desviar su atención hablando muy bajito sobre la finca, sobria y pequeña, pero de estilo modernista. Y, finalmente, ante la puerta de su piso, nos volvemos a mirar, y sé, con total seguridad, que ambos nos morimos por acabar dentro lo que hemos empezado.

—Tienes que cogermelo el teléfono cuando te llame —le pido. Me acojona que huya despavorida y se aleje de nuevo de mí—. Tenemos una conversación pendiente. Sin alcohol de por medio. A poder elegir, de día —ironizo, y consigo hacerla reír.

—Sí, tienes razón. Tranquilo.

—No, tranquilo no. Ahora te arrepentirás y te censurarás por lo ocurrido, y después me evitarás, y no quiero que ocurra nada de eso. —Asiente, un poco descolocada—. Somos adultos libres, Elea. Descansa sin condenarte —reivindico de nuevo.

—Sí, no te preocupes.

Nuestros ojos se encuentran. La despedida. El punto en que siempre nos fallamos, en el que nos perdemos y nos cargamos lo poco que hayamos avanzado. Me acerco sin vacilar y le planto un beso en la frente que quiere transmitirle todo mi cariño. Y confianza.

—Entra, antes de que me arrepienta y me abalance dentro. —Me río, señalando con la cabeza la puerta. Y se escabulle dentro, no sin antes regalarme unas risas juguetonas que logran tranquilizarme.

Y así la pierdo hoy. Encerrada tras una puerta que derribaría sin dudarlo. Ansioso de ella. Pero con una sonrisa de imbécil que se extiende por mi cara. Estoy bien jodido. Lo único que espero es haber dejado impregnado mi sabor en su cuerpo. Y su piel encendida.

\*\*\*

Arturo me abre la puerta de su piso medio adormilado, aunque sea ya casi mediodía, y me voy desabrochando la corbata mientras me pregunta por la reunión con la familia de Dana.

—Ha ido mejor de lo que esperaba... aunque ha sido todo muy raro, tío.

—¿Por qué?

—Se ha presentado solo mi suegro. Bueno... rectifico, mi *exsuegro*,

Fernando. Sin Dana y sin abogados. Yo iba con Clara, pero, viendo el panorama, le he dicho que me esperara fuera. Ahí me he temido lo peor, pero no. Ha empezado a decirme que sabe lo difícil que es mantener un matrimonio y que era normal que estas cosas sucedieran porque éramos muy jóvenes. Me ha sorprendido que fuera tan comprensivo, pero me he mantenido alerta, que a estos perros ya me los conozco. —Arturo asiente sin perder hilo, arqueando las cejas cuando le sorprende algún detalle—. Total, que al final me dice que lo importante es que hagamos las cosas bien para que nadie salga perjudicado. Se refiere a ellos y su imagen, claro, pero le he seguido el rollo. Me ha dicho que, como acabamos de entrar en junio y tenemos el verano encima, ha hablado con Dana y han creído que lo más conveniente era que ella se fuera a Tenerife, a llevar el hotel de allí, mientras las aguas se calman.

—Vamos, para que te comas tú todo el marrón de dar la cara aquí en Valencia —escupe, contrariado.

—Eso a mí me da igual —atajo—. Después me dice que la versión que tenemos que dar es que ha sido una separación temporal de mutuo acuerdo y amistosa, por pequeñas diferencias.

—Claro, para que la *marquesita* no quede como la abandonada —asume con un tono agrio. Parece que a él le afecte más que a mí.

—Es lo normal, Arturo, a nadie le gusta decir lo contrario —desdramatizo—. Pero aquí viene lo más raro. Cuando le he dicho que estaba de acuerdo en todo, me dice que, mientras ella está fuera, yo puedo ir buscando otra vivienda sin prisas, y que ya en septiembre nos reuniremos con los abogados para concretar todos los detalles. Esperaba que me jodieran con el piso y el coche, pero me ha dicho que me quede, y me ha pedido que si necesito estar con otras personas, intente ser discreto, asegurándome que Dana hará igual. —«Como si me importara», pienso—. Pero que nos tomemos estos meses para relajarnos y reflexionar.

—Coño, parece tu padre, no el suyo. ¿Qué le has dicho?

—Que no se preocupara por eso, que no quería dañar la imagen de Dana y que había sido una decisión muy meditada.

—¿Entonces? —pregunta, atónito.

—Entonces, no sabré nada de cómo se queda todo el tema hasta septiembre. Me ha dicho que él irá moviendo algunos asuntos burocráticos y se pondrá en contacto con Clara, pero que no me preocupe.

—¿Y qué es lo que te inquieta? —pregunta con sequedad.

—Los conozco. Y es raro que lo hayan tomado así. Es una afrenta para ellos que quiera separarme de su hija. No cuela que estén tan tranquilos y empáticos. Me preocupa que este tiempo les sirva para preparar una estocada final y me jodan vivo.

No me cuadra nada de lo ocurrido, y tengo la sensación de que es una de sus estrategias para ganar algo. El problema es que no la estoy viendo venir. Estoy intentando atar en corto todas las posibilidades, y no se me ocurre qué traman. Clara me ha asegurado que no pueden hacer nada, que está todo bien, porque yo solo quiero la empresa que fundé antes del matrimonio... pero no acabo de verlo claro.

—No te han querido nunca para ella, a lo mejor les has hecho un favor con la separación. O no quieren cabrearte y ganan tiempo mientras ven cómo pueden joderte. —Sus posibilidades también son factibles.

—Clara lo ha revisado todo y asegura que no puedo perder más de lo que ya nos imaginamos respecto a los contratos que tengo con los restaurantes y hoteles suyos, y dice que está todo en orden. La empresa la fundé antes de casarme, así que no son bienes gananciales. Lo demás no me importa —ratifico francamente.

—Entonces, ¿por qué no estás dando saltos de alegría? Ella se marcha a Tenerife hasta septiembre, nada de lloros ni visitas inesperadas, y tienes unos meses para ir adaptándote, no te echan de tu casa hoy mismo, y tan solo tienes que decir que es de mutuo acuerdo. ¿Qué más quieres? —Abre ambos brazos en señal de queja.

—Estoy contento, pero aún no me lo creo del todo. Hay algo que me huele raro, y estoy buscando algún detalle que lo confirme. Clara dice que no hay nada de lo que preocuparse.

—Entonces no lo hagas. Ella es la mejor en estos temas, es una leona. Si ella no ve peligro, es que no lo hay.

—Lo sé. —Todo lo que tiene de estúpida lo multiplica como impecable en los juicios.

—También es una *mona rhesus*. —Esboza una triste sonrisa.

—¿Qué dices?

—Nada, cosas de Paula. —Da media vuelta y lo veo desaparecer tras la barra americana de su cocina.

Salió la liebre. He percibido que Arturo no estaba de humor desde que me ha abierto la puerta. Aunque no esté acostumbrado a preguntarle, tenía la certeza de que antes o después saldría el motivo. El gesto de irse al tocar su

tema lo confirma. Yo también lo conozco demasiado.

—¿Qué tal con ella? —le pregunto siguiéndolo.

—Bien. Ayer conoció a Julio. Parece que conectaron.

Joder. Había olvidado lo de su tejemaneje con aquel tipo. Ahora todo cobra sentido.

—Era lo que querías, ¿no? —lo pincho.

—Sí. Claro. —Me mira con aspereza.

—Pues parece que no sea así. ¿Por qué no le dices claro que has cambiado de idea y quieres algo serio con ella? —Sé que para *loquero* no valgo, a pesar de que me esfuerzo.

—Porque él es su *hombre y si*.

—¿En qué lenguaje hablas, tío? —me desconcierta; si no lo conociera tan bien, diría que está colocado. Abre una lata de cerveza y me pasa una tónica a mí. ¿Tónica para mí? Evito decirle nada, y me sirvo yo mismo otra cerveza al ver su descontrol.

—En su jerga, es una de esas personas o relaciones que te marcan y que se quedan abiertas, sin cerrar. Y siempre te estás planteando qué hubiera sucedido si las cosas hubiesen ido de otra manera.

El mundo se está volviendo loco, y nosotros con él. Porque ni este había hablado nunca tan profundo, ni nos habíamos complicado tanto la existencia por nadie.

—¿Y? —Espero un motivo real para que no actúe. O yo estoy muy lento, u hoy se me escapan demasiadas cosas...

—Pues que, si le digo algo ahora y la mareo, él seguirá ahí dentro de su cabeza. —Señala su cabeza con movimientos desgarrados—. Prefiero que lo conozca y lo intente, y que cierre el maldito capítulo, si es que lo cierra...

—Ya. Pero quizá necesite saber también que tú no has cerrado su capítulo, para que quede claro lo que hay de tu parte —tanteo.

—No, es mejor que ella se aclare primero. No vamos a dejar de vernos mientras no tengamos nada serio con otra persona. Así que...

—¿Pero qué pasó anoche con él? No me habías avanzado mucho.

—Julio y yo tenemos un amigo en común, el que tiene la empresa de maquinitas de *vending*, Fran —prosigue tras mi asentimiento—. Le pedí a Fran que trajera a Julio al Ático del Ateneo para preguntarle por un tema de trabajo, les dije que estábamos contemplando la posibilidad de lanzarnos en proyectos de publicidad que quizá les interesaran a los dos por sus empresas.

—¿Ah, sí? ¿Y el jefe de tu empresa no sabe nada? —me cachondeo.

—Total —me ignora—, que le comenté que prefería una reunión informal, y le dije esa tarde que, como cenando estaba más ocupado, podríamos tomar unas copas después. Lo cité en el Ático del Ateneo y le pedí que me avisara cuando estuviera llegando... Eso fue una petición de última hora al ver que Paula y yo no nos podíamos estar quietecitos —explica—. Me mandó un *whatsapp*, y le repetí la estrategia a Paula: ella tenía que fingir no estar interesada en mí y yo le echaría los trastos en la reunión. Casi me jodiste el plan sumando a Alejandro y Clara a la noche, pero, afortunadamente, él se marchó cabreado y mi prima ya conoce mis locuras y me siguió el tema. Cuando llegaron, presenté a los cuatro, y les ofrecí uno de nuestros nuevos *packs*, pero a un precio más económico. Ya sabes que, si no, ellos no podrían pagarlos.

—Gracias por la consulta. —Aunque no me importa, y él lo sabe.

—Quedaron en pensarlo, Julio se lo comentará a su jefe, pero terciamos rápido y seguimos el plan de mi flirteo con Paula, que ella ignoró en favor de Julio, tal y como acordamos.

Jugada magistral. Arturo y yo sabemos que es infalible que un tío vea reforzado su ego al ser *elegido* por una mujer a la vista del resto de varones.

—No había previsto que Fran y Clara se acoplaran también; parece que se gustaron —sigue como un autómata su relato de la noche—, así que, en un momento dado, me acerqué a un grupo de chicas que no me había quitado el ojo encima. Y ya Julio se atrevió a acercarse un poco más a Paula.

—¿No tenía novia?

—Por lo que le dijo a Paula y pude entender, parece que está soltero.

—¿Estabas con las tías de al lado y escuchando la charla de Paula? —flipo.

—Tenía que asegurarme de que iba todo bien...

—¿Y entonces? —inquiero, curioso. Debe de haber algo más... no me cuadra su expresión con este relato insípido.

—Entonces, Julio, que ni siquiera recordaba haber hablado nunca con Paula, decidió que de repente le encantaba y empezaron las carantoñas. Y yo me largué.

—¿Te largaste sin más?

—Sí.

¿Por qué me cuesta creerlo?

—¿Con alguna de las chicas?

—No. No estaba de humor.

—Ya imagino. —Mi comprensión parece destapar su válvula y sigue hablando.

—Paula me siguió para preguntarme por qué me iba sin despedirme, y le dije que mi misión esa noche había acabado. —Me rehúye la mirada y se centra en su cerveza.

—No sé por qué, tío, tengo la sensación de que hay algo más.

—Lo hicimos en el ascensor del Ateneo.

—¿¿Cómo??

—Como pudimos, Marco.

No era eso lo que preguntaba, pero...

—Estáis como cabras.

—¡Me provocó! Me dijo que me debía una noche desenfrenada por haber logrado aquel éxito, y le dije que quería cobrármelo ahí. Yo qué sé. Ni lo pensamos. —Se palmea la barbilla, inquieto—. Entramos al ascensor, lo bloqueamos a medio camino, nos encaramamos el uno al otro con rabia, y cuando bajamos se había montado una de miedo allí con el de seguridad. Le dijimos que sin querer se había presionado el botón, me importa una mierda si se lo creyó o qué, pero se calló. —Conocemos al tipo, somos asiduos al local, así que no me extraña—. Y Paula se volvió a subir con Julio. Le dije antes de despedirme que tenía mal gusto, que ese pelele no podía hacérselo en un ascensor. ¿Y sabes lo que me contestó? ¡Qué ya lo veríamos!

Ahora entiendo que esté tan agarrotado.

—Tú verás, Arturo, pero yo le haría saber a Paula que estás jodido con esto.

—No. Ya te lo he dicho. Quiero que se dé cuenta por ella misma de que ese tío no es para ella. Bueno, ¿qué tal tú con Elea? —cambia de tema. Somos expertos en esto los dos—. Según Paula, eres su *hombre y si*.

—A estas se les va la olla. —Pero no puedo reprimir una sonrisa. Arturo lo intenta también, aunque la suya esté impregnada de tristeza—. Aún tengo que hablar con ella, anoche no pudimos.

—Ya, claro. ¿Teníais la boca ocupada? —Lo veo sonreír con cierta picardía a pesar de su rostro cansado. Qué mamón.

—No, no pasó nada. —Me mira incrédulo.

—Me extraña. Por cierto, tuve que aguantar los reproches de Alejandro.

—Culpa tuya por llevarlo. Te dije que no lo hicieras. Yo esta mañana también me he tragado un sermón de Clara, por dejarla allí sin avisar; claro que se ha callado lo del tema de Fran. Me ha dicho que estoy demasiado

pillado por Elea, y me ha advertido de que no salga de estampida ahora como hacen muchos separados. —Ambos reímos ante la ocurrencia.

—Ya, eso quedó patente. Pero, entonces, ¿nada de nada? —solicita. Quizá es que ya le han llegado noticias vía Paula.

—¿Tú sabes algo? No sabrás nada por Paula, ¿no?

—No, no sé nada desde anoche.

—Cuando sepas algo, avísame. Ahora Elea va empezar a autoflagelarse y quiero hablar con ella antes de que ocurra.

—¿Por qué tiene que autoflagelarse si no pasó nada? —Está claro que no se lo traga.

—Porque se reprime, y me va a volver loco. No quiere ni oír hablar de mi separación, y sigue pensando que Dana es su jefa y cree que le debe lealtad. Como si Dana se hubiera preocupado alguna vez por ella sin interés alguno. Si la fundación sigue en pie es porque yo medié, pero, si se lo digo, aún la aterrorizará más la idea de perder el trabajo ahora que no estoy con Dana — protesto.

—¿Y qué piensas hacer?

## CAPÍTULO 17: TURISTA EN TU PIEL

ELEA

Repaso por última vez mi imagen frente al espejo e incluso me sorprende gratamente el resultado del nuevo cambio de imagen. Estos dos últimos días, me he dejado en manos de Pau. Lo cierto es que una Elea insegura y ojerosa había tutelado mi cuerpo esta semana y ella ha contribuido a rescatarme.

La causa de esta invasión se inició cuando mi mundo empezó a descolocarse: la misma noche en la que Marco me comunicó que se separaba. En un principio, me sentí desfallecer. Me debatía entre la incredulidad de que la catástrofe que se iniciaba fuese culpa mía, y la certeza de que lo era, y además iba a conllevar tragos amargos. Me venían a la cabeza mis pequeños de la fundación, Carlos y Vicky, Dana... y pensaba que les había fallado. Sin embargo, la perspectiva que me dieron las palabras de Marco logró serenarme, ver la situación con otra mirada. Menos trágica y bañada de matices grises. Esa misma noche empecé a plantearme que aquella *crisis* era también una oportunidad, y que quizá era lo mejor para todos. Incluida Dana. ¿Por qué obcecarme en que dos personas recuperen una relación que no hace felices a ninguna de las dos? ¿Que nunca lo ha hecho? No sé si fue autosugestión, aumentada por los argumentos de Marco, el aliento de mi amiga Paula, cuyas palabras reverberaban aún en mi mente, y mis ganas de dejarme llevar. Y todo ese cóctel producía en mi interior una ebullición de atrevimiento que me lanzó a dejarme llevar con Marco. Ya no era un hombre casado. Había dado el paso de cortar la relación. El único obstáculo que quedaba era la fundación. Pero ¿y si nadie se enteraba? ¿Y si podía lanzarme a una aventura con él sin ponerla en peligro? ¿Y si podíamos probarnos el uno al otro sin correr más riesgos que acabar con esta tentación que nos absorbe?

Esa noche, Marco me tentó más que nunca. Se encargó de nublar mi mente con mimo, con caricias y un sexo implícito que prometía mucho placer. Hasta que en un momento, no sé si de lucidez o mojigatería, me detuve, a pesar de mi deseo. No pude dormir apenas esa noche. Me proporcioné placer a solas en el piso, pero, aun así, no conseguía evitar que, al cerrar los ojos, mi piel siguiese rememorando cada una de sus caricias, que mi cuerpo se estremeciera al recordar sus susurros roncós en mi oído, sus gemidos... Después de horas en la cama intentando deshacerme de todo ello,

decidí que una ducha aplacaría todas las sensaciones. Pero, si soy sincera conmigo misma, no recuerdo el sonido del agua sobre mi cuerpo, y sí los jadeos entrecortados que vibraban en el portal en el que nos mecimos.

Casi cuando escuché que nacía el ajeteo del mercado de Ruzafa, y fui consciente de que apenas había descansado, empecé a notar como se instalaba en mí una extraña sensación de incertidumbre y desasosiego. Sabía que esa misma mañana se reunirían mi jefa, con su elenco de abogados, y Marco, para empezar los trámites. Los minutos de espera multiplicaban mi alarma. El temor por lo que podía estar ocurriendo corrompía los pocos pensamientos sensatos que se cruzaban por mi mente. Inicé la lectura del último libro de romántica al que me había enganchado para intentar desconectar. Pero no podía concentrarme en las letras.

Marco debió de adivinar mi estado, porque me envió un mensaje de WhatsApp que pretendía ser tranquilizador:

**MARCO:** «Todo ha ido bien. No te preocupes. He hablado con Fernando, Dana no ha venido, está en Tenerife, pasará allí el verano con sus padres hasta que todo se calme por aquí. Su familia ha entendido la situación».

Imaginé que Dana estaría tan destrozada que había preferido no estar delante de su marido cuando se tramitaban los papeles que lo alejaban de él. Y me sentí ruin. La falta de descanso de la última semana, aumentada por la noche en vela y mis temores, acabó por adueñarse de mí. Creo que ahí fue cuando empecé a encontrarme mal, como si las fuerzas me fallaran, aunque no quise darle mayor importancia.

**ELEA:** «La llamaré esta tarde y me disculparé. Necesito saber cómo está».

Tras el mensaje, me acribilló a llamadas que no respondí. No sabía qué decirle, cómo afrontar aquello. No tenía la cabeza despejada, y necesitaba distanciarme de todo.

**MARCO:**

«No la llames. Ni se te ocurra. No puedes decirle nada. Nos perjudicarás a todos. A mí, a ti y a la fundación. Confía en mí y no lo hagas».

«Por favor».

«¿¿Por qué no contestas a mis llamadas?? Dijiste que hablaríamos».

«Estoy preocupado por ti. Contesta, POR FAVOR».  
«Todo va a ir bien».  
«Confía en mí».  
«Si sigues sin responderme a las llamadas, voy a ir a tu casa. Ahora».

**ELEA:**  
«NO. Por favor. No vengas».  
«Hablaremos, pero necesito tiempo».  
«Confía tú en mí. No le diré nada. Lo prometo».

Minutos más tarde, el asesor de Dana me llamó y me indicó que, debido a unos imprevistos, mi jefa estaría «unos meses fuera, ocupándose de temas laborales y personales». Señaló que quedaban canceladas algunas galas y eventos, manteniéndose solo aquellos que, por proximidad, no podían ser anulados, y de los cuales debía ocuparme yo. Además, me puntualizó que, si en ellos se nos preguntaba por la situación personal de Dana, los empleados teníamos que informar de que se encontraba gestionando unos temas empresariales así como ciertas «desavenencias en su relación de pareja».

Sus eufemismos me recordaron los comentarios de Marco sobre la importancia para ellos de mantener una imagen idílica, así que no pregunté ningún dato al impasible asesor.

Sin embargo, esa llamada me abría la posibilidad de contactar con Dana. La noticia ya me había llegado por otra vía. Y yo necesitaba saber cómo estaba. Sentía que le debía una disculpa. Por no haber podido convencer a Marco para iniciar una terapia (eso para empezar). Por sentirme la culpable de su separación (aunque esto no pudiese transmitírselo abiertamente). Por no haber podido alejarme de él cuando aún podía (aunque la Elea psicóloga me recordara que nos habíamos negado a ello y había sido la propia Dana quien me había coaccionado a algo que ya se aventuraba un desastre).

Me esperaba a una mujer destrozada, quizás perdida. Me encontré a una jefa fría e inclemente.

—¿Sí? —Ni rastro de tristeza en su voz. Pensé que era pura fachada.

—Dana, soy Elea, me he enterado de vuestra separación y...

—Ya veo. Las noticias vuelan. —Soltó una risita vacía que me provocó escalofríos.

—Sí... bueno... lamento de veras no haber podido solucionarlo y convencerlo... —Me volvió a cortar.

—Ya. Era lo que me esperaba. ¿Te dijo que quería separarse?

—Creo que son detalles que debéis hablar, prometí mantener confidencialidad, a pesar de no ser una terapia en sí.

—Siempre tan útil... Tiene que haber otra. Supongo que sabes que, desde el principio, sabía a qué atenerse, así que debe de haber un interés mayor. — Realmente Marco no me había mentido cuando relataba las bases de su relación. Sentí náuseas—. ¿Sabes algo de ello? ¿Le han ofrecido dirigir alguna empresa?

Aquella última pregunta me dejó por unos segundos fuera de combate.

—Es mejor que lo habléis, Dana, lo siento.

—Vale. Si no me ocupo yo misma de las cosas, no salen bien. No servís para nada. Sabía que tu fama de profesionalidad tan solo era fruto de las ideas de los cuatro tontos a los que has engañado, así que no te sulfures, chica. Con él esperaba esto antes o después. Me equivoqué al confiarte a ti la situación.

Cada una de sus palabras ahondaban en la herida que yo misma me había creado desde que empezaran las sesiones, así que sangró y dolió como nunca. A pesar de ello, reconocí la injusticia al generalizar y dudar de mi profesionalidad respecto a otras situaciones, e intenté reponerme.

—Dana, te avisé de que no era la persona adecuada. Me obligaste a ocuparme de ello, a pesar de no ser mi especialidad y...

—Déjalo. —Su voz sonó autoritaria—. Agradezco tu llamada. —En cambio, su tono me decía lo contrario—. A partir de ahora lo solucionaré yo. Ocúpate de la fundación y sigue comunicándote con los asesores hasta que vuelva en septiembre.

Colgó sin darme tiempo a responderle nada más, ni siquiera a articular una nueva disculpa y una despedida. Repasé mentalmente algunas de las palabras que habían chirriado en mis oídos. ¿Dana pensaba aún en solucionar su relación con Marco? ¿O se refería a los trámites? ¿Sospechaba que había una tercera persona? ¿Sospecharía de mí? Parecía improbable, creo que ni siquiera me consideraba una opción. ¿Pensaba cerrar la fundación tras su vuelta en septiembre?

Llamé inmediatamente a Vicki y a Carlos para hacerlos partícipes de lo sucedido. Podían sufrir las consecuencias de todo aquello, y quería informarlos cuanto antes, así que se presentaron con urgencia en mi piso. Les relaté los últimos acontecimientos que les concernían, y esperé sus reprimendas, algún gesto recriminatorio, algún sermón que ya me hubiera reiterado yo mentalmente; quizá consternación ante las noticias, inquietud...

Todo ello creo que hubiera sido más soportable que lo que en realidad me encontré. Porque mis compañeros y amigos permanecieron atentos a los detalles sin inmutarse, y ante mis desgarros y el llanto que no pude reprimir, me alentaron, me animaron, me consolaron y me sostuvieron. Adujeron que lo esperaban, que su pareja estaba demasiado rota, que no habría podido hacer nada, que sabían que la fundación podía tener los días contados desde hacía tiempo, que era un final irremediable. Se crisparon con Dana por sus palabras, y retrajeron cada una de las canalladas que habían soportado de ella. Y, esta vez, fueron ellos los que me incitaron a buscar soluciones para que, en caso de que en septiembre quisieran cerrarla, encontrásemos la forma de reabrirla. Me intentaron convencer de que era irracional que me culpabilizara de aquella manera por actos de terceras personas que escapaban de mi control, y muy sutilmente, percibí que incluso apoyaban que pudiera tener un futuro con Marco. Y así fue cómo ellos consiguieron que me rompiera del todo, y que me sintiera más miserable por no haber sabido controlar aquello. Imagino que la presión y el cansancio acumulado pudieron conmigo, porque mi vista empezó a oscurecerse, sentí mi cuerpo laxo y pesado, el mareo se hizo más evidente y me desplomé.

Tengo recuerdos de todo lo sucedido con posterioridad, como si estuvieran velados por una condensada niebla. Carlos y Vicki decidiendo que debía descansar unos días en casa. Carlos marchándose. Paula entrando. Bromeando con mi palidez y comparándome con Miércoles Addams. Vicki y Paula llamando al japonés para pedir cena. Ambas intentando sonsacarme detalles de la noche anterior con Marco (ahora que lo pienso, malditas insensibles que ni respetan un *yuyu*). Mis amigas intentando hacerme reír. Mis amigas ideando un *kit de supervivencia para yuyus*. Paula hablando con Arturo e informándolo de la situación, sugiriéndole (ante mi petición) que Marco me dejara tranquila unos días hasta que descansara. Vicki marchándose y asegurándome que todo estaba bien. Paula y yo durmiendo en mi cama, medio abrazadas. Los susurros de mi amiga que se mezclan con el sueño: «todo irá bien».

El domingo no fue muy distinto. Paula se dedicó a hacerme reír y a ponerme película tras película mientras me hacía comer guarradas que, según ella, curaban el alma. Y, como no me dejó elegir ni una película de su *top ten*, acabé tragándome por milésima vez *El diario de Bridget Jones*, *Algo pasa con Mary*, etcétera. Lo cierto es que, poco a poco, empecé a sentirme mejor, un poco aletargada por el festín de sueño-azúcar-risas que Pau me estaba

dando, pero aun así el mareo y el cansancio no cesaban; por eso el mismo, el lunes a mediodía, mi enfermera del alma me acompañó al médico. Tensión adecuada. Oídos en perfecto estado. Algunas preguntas. Pruebas de equilibrio. Análisis. Y a esperar resultados. Mientras, reposo y medicación.

Hiberné en mi acogedor piso hasta el miércoles, día en que me entregaron los resultados de las pruebas, que iban por el camino que ya había anticipado. Nada fisiológico. Un «vértigo fóbico» era el causante de este perpetuo estado de crucero andante en el que me encontraba, debido a la somatización de «alguna situación estresante». Estuve a punto de puntualizarle que no era *alguna*, que eran *bastantes* y preocupantes. Después de separarme, mudarme, e intentar pagar un alquiler y media hipoteca con un único (y escaso) sueldo, reencontrarme con mi deseo sexual en la última persona indicada para ello y que esto conlleve la probable pérdida de empleo, ¿tal vez? Total, que me recetó descanso. Claro, qué majete el médico. Como si una pudiese ir a la farmacia y comprar dosis de «un descanso de mi vida para siete días por favor». Al menos tenía que intentarlo, eso decía la psicóloga que habitaba en mí.

Ante los resultados de las pruebas, y comprobando que los mareos eran cada vez más leves, el jueves, Vicki y Paula decidieron que me hacía falta *el kit de supervivencia para yuyus*. Consistió en pasar el día por el centro de Valencia, de compras (lo que nuestra economía permitió), festín culinario en San Tommaso, paseo aletargado por el Carmen para intentar bajar la comida, y por la tarde acabamos en el increíble Spa del Mar, en el cual mis amigas habían reservado una oferta a través de Bucmi. Disfrutamos las tres de un tratamiento oriental de belleza y masaje, con productos naturales que nos dejaron flotando y con la piel nueva. Paula deseó que pronto le diera otro *yuyu* a alguna, y hasta Vicky y yo la secundamos.

Hoy, viernes, he decidido que, ya que me encontraba mejor, debía acudir a la gala benéfica de la fundación, con mis compañeros. Así que esta misma tarde me he pasado por La Pelu para que Pau me hiciera otra de sus obras de arte en mi pelo, y lo ha conseguido, con un semirrecogido con ondas al agua que combina ideal con el vestido de Hoss Intropia que he escogido. Es el mismo que llevé a la boda de Vicki y me encanta, porque me recuerda a un cielo estrellado, azul universo, con diminutas incrustaciones desiguales en tamaño que simulan las estrellas, con dos finos hilos como únicos tirantes. No sé si es mi estado de ánimo, que ha mutado a optimista, o el tratamiento de ayer, pero percibo que mi piel ha recuperado su color oliváceo, el vestido

largo seduce mi silueta y mima una a una mis curvas, y el elegante peinado de mi amiga me hace parecer casi una estrella de cine. Imagino que será así como se sentirá Dana cada vez que acude a uno de estos eventos, a los que, debido al alto nivel, no nos invita.

Al pensar en ella, cierto recelo se instala en mi pecho. Mi semana de cura del alma me ha servido para desintoxicarme de todos esos mensajes negativos que a veces las personas nos dirigimos. Ese autosabotaje que no tiene más sentido que el de herirnos. He conseguido aparcar a Marco. Y a Dana. Y la fundación. Pero soy consciente de que no he tenido que enfrentarme a nada más que mis pensamientos. El resto de batallas han quedado a la espera, y hoy empiezo con ellas. «Poco a poco», me digo. Hoy me toca luchar por la fundación, tengo que hablar en público para sustituir el típico discurso de mi jefa, pero mi objetivo es únicamente recaudar fondos. Sé que deberé torear los ya extendidos rumores sobre su separación, ya que nadie de su familia acudirá al evento para afrontarlos. En definitiva, debo exponerme a mis miedos respecto al futuro del centro. Y hacerlo sintiéndome bien. No importan los resultados. Solo importa disfrutar hoy. Pelear por el hoy. El resto lo pelearé mañana. Se acabó la penitencia, chica. Es la hora de la acción. *Come on!*

Salgo de casa con la certeza de que mi recuperada seguridad conseguirá fondos. La sonrisa se me dibuja sola, y permito que mis tacones resuenen sin intentar ocultar su repiqueteo. Hoy no me importa atraer miradas. No tengo que pedirme perdón por ello. Me permito que aflore la Elea que es fiel a sí misma, a la que no le importan las opiniones del resto más que las propias. Y con esa actitud llego al hotel en el que se celebra el evento de hoy. En la puerta Carlos, Vicki y su marido, Javier, ya me esperan. Ellos trajeados y elegantes, ella divina con el vestido largo y sobrio de Adolfo Domínguez que tan bien le sienta. Advierto que todos se sorprenden por la energía que transmito. Sí. Yo también la percibo. Me lisonjean con ello y lo celebramos con optimismo, para pasar poco después a preparar entusiasmados los puntos de mi discurso. Me vienen a la cabeza algunos de los consejos que me regaló Marco en aquella comida que hoy me resulta tan lejana, y convengo en seguirlos. Paula llega poco antes de que me plantee estrangular a mis compañeros por todas las *puntillas* que han sacado a mi guion, y mientras ella se funde en nuestro grupo con su mono largo y sus comentarios picantes, yo logro escabullirme para repasar por la sala que todo esté correcto.

Mientras saludo a los técnicos y comprobamos juntos los diversos

dispositivos de audio e imagen, voy percibiendo cómo los murmullos van aumentando en número. La gente se ha ido agrupando en círculos de conocidos alrededor de sus respectivas mesas, ellos se palmean la espalda sin énfasis y ellas se sonríen mientras se analizan unas a otras de reojo. Diviso algunas caras conocidas, pero pocas. Este mundo de empresarios y élite no es mi gente. Se ven tan cómodos, todos trajeados y pulidos, aquí esperando para sacar a pasear sus egos para hacer la buena acción de la semana. Esa que compense, quizá, el resto, de las que no querrán hablar. Repasando lentamente las figuras y rostros juraría que percibo entre ellos un movimiento que me ha resultado familiar. Como si ese pose... esa forma de andar que creo haber divisado fuera de... pero no. Es imposible. Rebuscando de nuevo, me tranquilizo al no volver a ver a nadie que se le parezca.

—Comecocos. Relájate, que te veo muy tensa. —Qué mona mi Pau, siempre agasajando.

—No, es que me había parecido ver a alguien y me he asustado. Pero no. —Casi en el mismo momento en el que el rictus de su cara me indica su culpabilidad, Marco y Arturo aparecen en mi campo de visión.

Marco se desliza entre la multitud saludando a unos y otros con una naturalidad que envidio, con una mano olvidada como por descuido en el bolsillo del pantalón de su traje negro. Se deshace con rapidez de cada individuo e individuo que lo saluda, y me lanza miradas en las que me demuestra que soy su objetivo. Que viene directamente hacia mí.

—¿Qué puñetas hace Marco aquí? —Logro reaccionar sin dejar de mirar su avance. Oh, Dios mío, estoy perdida. Está espectacular. Ese traje ama a su cuerpo, lo noto, y esa pajarita tan cercana a sus labios depredadores...

—Pues verás... —Carraspea mi Pau—, quizá se me escapara delante de Arturo que hoy venías a la gala... y, claro, Marco lleva toda la semana preocupándose por saber cómo estabas... ha sido imposible detenerlo. —Por la forma en la que me mira y se acerca, sé exactamente de lo que está hablando Pau. Aunque ahora quiera estrangularla a ella. Pero la cercanía de esos ojos verdes magnéticos eclipsa mi sed de venganza para con mi amiga.

Veó casi por el rabillo del ojo cómo la traidora-*metegambas* de Paula se acerca a saludar a Arturo, intentando así librarse de mi sermón. Marco me regala una sonrisa tramposa.

—Si llego a saber que tan solo unos roces contigo eran suficientes para dejarte una semana *offline*, me hubiese contenido más —me susurra frente a frente. Pero su humor no me apacigua.

—No puedes estar aquí. Vas a levantar sospechas y...

—Shh, shh, shh. Está todo bajo control. He llamado a Fernando y le he dicho que vendría con Arturo hoy para ofrecer una sensación de normalidad. Le ha encantado la idea, les conviene. Sabe que últimamente os he ayudado en el *marketing* de la fundación, y todo lo que sea cuidar la imagen le gusta, así que mi presencia hoy aquí está de sobra justificada.

—Aun así, no deberías estar aquí.

—Veo que estás mejor, si ya eres capaz de alejarme. —Sonríe—. Yo no estaría aquí si hubiera podido hablar contigo o verte. Pero, como siempre, me obligas a tomar medidas desesperadas. ¿Estás mejor?

—Sí, solo ha sido un cúmulo de cansancio, y estrés.

—Me alegro que ya esté todo en orden. Estás preciosa. Me has dejado sin palabras. —Me sonrío y me derrito de nuevo—. Me moría por verte, ahora que todo ha pasado, nena. Te prometo que lo solucionaremos todo.

—Marco, ahora no es el momento...

—Lo sé, lo sé. Ahora saldrás ahí y nos dejarás a todos con la boca abierta. Y no solo por cómo estás de espectacular esta noche. —Me guiña un ojo al tiempo que me arrebató la chuleta del guion que sostenía en mi mano—. ¿Este va a ser tu discurso?

Achica los ojos, concentrado en él, tan tranquilo, y yo tan nerviosa paseando la mirada para detectar si alguien nos observa. Parece que tenga razón, y a nadie más que a mí la chirríe su presencia aquí esta noche.

—No está mal, pero creo que está demasiado encorsetado.

—¿Encorsetado? —Lo que me faltaba.

—Sí, se nota que lo has pensado palabra a palabra. Descuádralos un poco. Háblales con el corazón. Como si me hablaras a mí directamente. No a una multitud de bolsillos llenos. ¿Me entiendes?

Estoy como un flan. Así que solo puedo asentir e intentar que mi cabeza procese su petición.

—Escucha. —Levanta suavemente mi barbilla—. Voy a estar perdido entre esta gente, pero en tu campo de visión. Localízame y háblame como si quisieras convencerme de que este centro es lo único importante. El resto saldrá solo. Será uno de nuestros mejores momentos, y en él solo estaremos tú y yo. El resto será ruido.

«El resto será ruido». ¿Sabe exactamente qué palabras decir para encandilarme más, o siente de verdad estas cosas? No tengo tiempo a reaccionar, Carlos y Vicki aparecen para dar el pistoletazo de salida a la gala,

así que nos sentamos en nuestra mesa, cercana al escenario que compartimos con los asesores de Dana. Abre el evento uno de los mayores benefactores del centro, un reconocido empresario amigo íntimo del padre de Dana. Y, después, se suceden un sinfín de discursos y actuaciones musicales cada cual más vacía y anodina. Sin embargo, creo que la gente está cómoda. Paula exagera sus caras rancias, y el resto intentamos fingir que estamos concentrados en el escenario, aunque de vez en cuando compartimos miradas cómplices cargadas de sarcasmo.

Por fin empieza el vídeo de imagen corporativa de la fundación que elaboramos cada año. Este año hemos añadido las palabras de algunos de los peques, que hablan de sus necesidades y sus experiencias con nosotros. Sus familias agradecen y agradecen, hablan desde el desamparo de encontrarse en su situación. Esos rostros humedecidos por las lágrimas me ponen de nuevo en tesitura, así que me planto en el escenario con soltura, como si no me costara. Cuando creo que me va a ser imposible distinguir a Marco entre la multitud, sus ojos orgullosos me encuentran como si se conectaran con los míos. Y, entonces, empiezo a relatar el tormento por el que pasan estas familias, que podría haber sido la nuestra. Compruebo cómo el silencio ha eclipsado el auditorio, y esos ojos que no me abandonan. Sigo hablándoles de emociones, de las emociones de las familias y de los niños que no atendemos porque no tenemos suficientes recursos. Les cuento sus días y lo que podríamos hacer por ellos. Me doy cuenta de que una lágrima se precipita hacia mi mejilla; no era una reacción que quisiera mostrar, quiero mostrar que soy suficiente fuerte para dirigir este centro. Sin embargo, Marco me hace un gesto con su cabeza que interpreto como «adelante, con fuerza». Y eso hago, les hablo directamente pidiendo donaciones que no sean suficientes para calmar su conciencia, no, sino que sean suficientes para que se pregunten durante los próximos meses «a quién he ayudado», «a quién podría decir que he salvado». Todo ello con la voz quebrada, como mi interior. Y finalizo sabiendo que he calado en sus cabezas, no sé si he llegado a sus almas. Me despido escuchando de fondo un insulso aplauso que me despide.

—Has estado perfecta, cielo —me anima Vicki.

—Apenas han aplaudido... —gimoteo.

—Porque los has dejado noqueados. Creo que se sentían tan miserables que no tenían ni fuerza.

Desde nuestra mesa no tengo ángulo con la mesa de Marco, así que me quedo con las ganas de saber su opinión a través de su mirada. ¿Habré dado

una imagen patética? Al menos he sido sincera.

Los camareros con los platos de los entrantes empiezan a invadir la mesa al ritmo de *Wonderful World*, y las tonterías de mis amigos me distraen. Entre plato y plato, uno de los asesores va subiendo al escenario para anunciar las donaciones que le llegan a través del móvil. Esta fue una de las ideas de Marco, y funciona, pero tampoco puedo ver su cara de pavo real vanidoso ahora.

Se me ocurre consultar el móvil, y me doy una paliza mental por no haberlo hecho antes. Tengo varios mensajes.

**MARCO:**

«Brillante. Has llegado a tocar sus raíces, nena».

«Los has dejado K.O.».

«Me muero de ganas por abrazarte. Estoy orgulloso de ti».

Me pregunto por qué sus palabras llegan a ser tan importantes para mí. Porque me hacen sonreír como la pava real, hinchada, ahora yo.

**ELEA:** «Al menos las donaciones están siendo generosas. Es un trabajo en equipo. Tu idea también ha estado bien».

**MARCO:** «¿Bien? ¿Solo bien? Ha sido la polla, cariño».

«Polla» y «cariño» en la misma frase, con Marco, me provocan una oleada de calor y risa, y acabo abanicándome. Vicki me riñe por estar pegada al móvil e ignorarlos, pero antes de dejarlo tengo que responderle algo más.

**ELEA:** «Creído. Tengo que dejarte. Me riñen... me haces perder mi buena educación en la mesa».

**MARCO:** «En la mesa y en las escaleras. No te olvides».

Quiero matarlo por mencionarme esto. Así que lo castigo un poco con mi indiferencia y derivo mi atención a la euforia colectiva desatada en mi mesa por las donaciones. Puñetas, creo que hasta hemos logrado resucitar a los muermos asesores de Dana. Sí, definitivamente, crear una batalla fría por engordar los egos de la alta sociedad haciendo públicas sus donaciones ha

sido un auténtico exitazo.

**MARCO:** «Menudo jaleo estáis armando».

**ELEA:** «Si te avergüenzas, puedes fingir que no nos conoces».

**MARCO:** «Nos aburrimos aquí, y envidiamos a los gafitas por estar en vuestra mesa. No nos avergonzamos, lista. Además, Arturo está pesadito hoy. Parece que no soy al único al que se lo ponen difícil».

**ELEA:** «No sé de lo que me hablas».

**MARCO:** «Te lo cuento luego mientras bailamos».

**ELEA:** «Jajajajaja. Buen intento. No voy a bailar. Salimos pitando de aquí en cuanto podamos».

**MARCO:** «Ya veremos...».

Y de nuevo ese reto en forma de puntos suspensivos...

Por supuesto, estoy al tanto de la vida amorosa y sexual de Paula. Ahora mismo Arturo debe de estar que echa chispas porque esta noche mi amiga ha quedado con Julio, tras la gala. Esta semana han estado escribiéndose mensajes que han derivado en una cita formal... y ya sabemos cómo quiere acabar mi peluquera / enfermera del alma la cita. Arturo no ha intentado detener nada. Se ha mantenido imperturbable, aunque los que empezamos a conocerlo sepamos que por dentro debe de estar en ebullición. Paula también lo imagina, que no es tonta, pero se justifica diciendo que es cuestión de ego masculino, porque si le importara lo suficiente la intentaría alejar de Julio. En fin, parece que necesitamos una buena dosis de palomitas porque esto no va a solucionarse con facilidad.

El baile ha empezado igual de rancio que el resto de la gala. Mejor no hablamos de la selección de canciones. Creo que Marco está intentando solucionar este detalle, porque lo veo a lo lejos indicándole algo al DJ. Paula y Arturo han desaparecido misteriosamente, y Vicki, Carlos y yo nos hemos dividido, iniciando una ruta de agradecimiento por los distintos grupos de personas que conversan mientras toman unas copas. La gente se muestra

agradable conmigo. Se interesan por el centro y me preguntan por su funcionamiento, los casos, mi formación... Sé distinguir cuándo tienen interés real y cuándo algunos especímenes masculinos alargan la conversación por intentar acaparar a una de las chicas solteras de la velada, pero en ambos casos me mantengo profesional. Y soporífera.

Nadie parece al tanto de los rumores de separación de Dana y Marco. Quizá los hayan escuchado y descartado al verlo por aquí.

Creo que Marco me va persiguiendo con sus ojos incendiarios a través de todas estas cabezas y cuerpos desconocidos, así que decido escurrirme entre ellos para deshacerme de esa presencia que se materializa en ideas libidinosas en mi cabeza. Pero logro el efecto contrario, porque, antes de que me dé cuenta, me encuentro inmersa en un discreto baile de miradas y juegos de escondite con Marco. Un juego que está despertando mi lado más coqueto, que está alterando mi pulso y elevando mi temperatura corporal. «¿Me ves, Marco? Ahora, ya no me ves...». Y deslizo con gracia mi vestido estrellado por entre el tumulto, huyendo de sus ojos depredadores tras los cuerpos y las columnas que voy encontrando.

Mientras yo paseo por los distintos grupos, él se va posicionando con los corros más cercanos, siempre encontrando el ángulo de visión en el que ambos nos divisamos. Me lanza miradas con mensajes certeros: «te atrapé». Acompañadas de sonrisas lobunas. En algunas ocasiones, mi espía levanta su copa hacia mí, y he logrado escuchar que brinda en mi honor por mi discurso. La gente mira en mi dirección y me felicita, apoyando su dedicatoria.

Suena *East of Eden*, de Zella Day, de fondo, e imagino que este tipo de música no ha sido escogida al azar por el DJ. Tengo que morderme en varias ocasiones el labio para no dejar aflorar esta ola agitada que se expande en el interior de mi vestido. Y seguimos nuestro secreto cruce de presencias. Instintivamente, elevo el nivel del juego, intentando enmascararme y situarme en recovecos en los cuales no pueda alcanzarme, pero creo que estimula sus artes sociales porque se mueve entre el gentío charlando y consigue alterar las posiciones de la gente de forma que siempre acaba cruzando esa intensa y perturbadora mirada con la mía. *Game over*, parece decirme, mientras se lleva felinamente la copa hacia esos labios sensuales. ¿De dónde ha salido esta Elea coqueta que lanza esas provocativas miradas jugando al gato y al ratón, esperando al final acabar en la boca del gato? No tengo ni la más remota idea, pero estoy disfrutando tanto con ella que alimento la partida.

Me ronda cuando cambio de un grupo a otro, llegando a acariciar fugazmente mi brazo cuando pasa por mi lado. ¿Cómo es posible que un mero roce me estremezca? Reverbera en mi interior como si cada uno de mis sentidos se amplificara cuando él está cerca, como si no tuvieran otro fin que sentirlo para atraerlo hacia mí. Marco lo llena todo. Estoy aquí, reunida con un montón de rostros y figuras, de charlas y risas, de música y ruidos, y mi mente tan solo parece invadida por su presencia. Sé que sonrío cuando los corros que visito ríen, sé que asiento cuando los percibo mover la boca, pero sus palabras no llegan a mis oídos, porque todos mis sentidos están con él. En este baile de cruces fingidos, de gestos traviosos, de complicidad y promesas de placer.

Arturo se acerca a mí y, pidiéndome un baile, me rescata del tostón de monólogo que un pesado había iniciado, y del que he intentado huir en varias ocasiones sin éxito.

—Te debo una, Arturo, creía que me iba a acaparar toda la noche.

—Creo que esa era su intención, cielo, pero no lo culpo, esta noche estás imponente. —Me guiña un ojo y salimos a la pista de baile.

—Gracias, eres un sol.

—Lo cierto es que deberías agradecerle a Marquito, ha sido él quien me ha avisado para que fuera a liberarte.

—Hablando de problemas, —bromeo— ¿dónde está Paula?

—Se ha ido. —Desvía la mirada, pero diría que se le ha ensombrecido.

—¿Sin avisar?

—Estaba enfadada. —Percibo su preocupación y, aunque me gustaría hablarle abiertamente del tema, sé que no es el momento ni el lugar.

—No te preocupes, Arturo. A Pau no le duran apenas los enfados. Ladra mucho, pero...

—La he cagado bien. La conozco lo suficiente para saber que, si se ha ido enfadada conmigo, he encendido la mecha para echarla en los brazos de Julio esta noche. —Traga saliva y sigue dirigiendo su cara hacia lo lejos, imagino que allí donde se encuentran sus pensamientos.

No puedo negar lo evidente, y la deducción de Arturo es acertada, así que se instala un triste silencio entre nosotros.

—Todo irá bien, Arturo. Confío en ambos os daréis cuenta de que esta situación es peligrosa, y la detendréis antes de haceros daño.

—No sé si hemos llegado a tiempo, Elea. Pero gracias de todos modos. Espero que tú y Marco juguéis mejor vuestras cartas —me avisa.

—Nuestras circunstancias son imposibles —reprimó decirle que ojalá no lo fueran.

—Hablando del rey de Roma... Ahí viene.

—Creo que me debes un baile. —Mis sentidos vuelven a turbarse y, antes de que pueda reaccionar, sus brazos me estrechan.

¿Pueden unos brazos hacerte sentir acogida y adorada a la vez? Siento su mano en la cintura, y no reposa allí por casualidad, su firmeza me indica la necesidad que teníamos de palparnos. Su otra mano acoge la mía con calor. Nos movemos con la oportuna música de *Suffer*, de Charlie Puth. Pero marcamos un ritmo lento, muy lento, casi como si esperásemos así alargar estos instantes que nos dedicamos y convertirlos en añejos. Oigo su respiración entrecortada junto a mi oído, que le transmite a mi sexo ese anhelo del que habla. De repente, me asalta la necesidad de vigilar que nadie esté siendo testigo de esto que nos asedia, pero no, a nadie le resulta tan pernicioso como a mí esta cercanía que tenemos. Intento evadirme, me digo que debo calmar todo esto, así que intento distraerme observando alrededor, y veo a Arturo marcharse con paso decidido.

—Arturo se va. Espero que vaya a por Paula. —Pienso en voz alta.

—No creo. Ha llegado tarde. Sabe que no es su momento.

Ambos nos miramos fijamente. Estoy tentada de preguntarle por el significado de sus palabras. Me muero de ganas por saber si él cree que es nuestro momento. Pero no lo hago. Esquivo su mirada.

—Moría de ganas por tocarte. Por tenerte así esta noche. Dime que nosotros no vamos a perdernos de nuevo.

—No he pensado en ello, Marco —exhaló—. Esta semana solo quería cuidarme, y pensar en ti me altera. Creí que tendría unos días más para poner en orden mi cabeza y, después, quería llamarte y... no sé, hablar, aclarar cosas...

—Es lo mejor que te ha podido pasar. Dejar de pensar tanto. Visto lo visto, está claro que no te hace bien.

¿Todo el mundo ve tan fácil dejar de pensar?

—¿Qué es lo que quieres de mí Marco? —me atrevo a preguntar.

—Solo quiero que nos demos la oportunidad de conocernos mejor. Nos lo merecemos. No tenemos nada que perder. Nadie tiene por qué enterarse si no quieres.

—¿Y si nos perdemos como amigos? No quiero que nos hagamos daño y no podamos volver a tener esto.

—No sé qué puede pasar con nuestra amistad, Elea. Puedo prometerte que no quiero perderte, pero no que no vaya a ocurrir. Y, aun así, quiero arriesgarme; no he dejado en ningún momento de desearte. Y creo que sabes de lo que hablo.

Nunca en mi vida me he sentido tan sumamente deseada por alguien. Nunca nadie me había demostrado como él la importancia de que luches por mí. Y creo que es en este preciso momento cuando decido que tenemos que acabar con esto. Liberarnos de ello. Dure lo que dure. Asumiendo que puede que se desvanezca todo cuando se sosiegue la pasión. Y pagar el precio que tengamos que pagar por ello. Aunque sea no poder quitarme nunca más el recuerdo de su tacto en mi piel.

—Voy a irme a casa, Marco. —Mi voz destila convicción.

Se detiene, y su mirada me atraviesa, en medio del resto de cuerpos que siguen bailando, ignorantes.

—¿Quieres que te acompañe?

La pregunta suena como un eco en mi cabeza mientras intento reunir valor para contestar. Marco sostiene mi mirada, expectante.

—No. —Cierra los ojos un milisegundo, desarmado—. No. Quiero que te quedes un rato por aquí, y luego cojas un taxi y te reúnas allí conmigo. Porque no quiero que nos vean salir juntos.

Se muerde el labio inferior y fracasa al ocultar una sonrisa franca, de las mías. Mantiene la fuerza de los ojos en mí, pero diría que ahora brillan depredadores.

—No sé cuánto rato voy a poder quedarme por aquí sabiendo que estás esperándome, pero lo intentaré. Haz algo por mí. No te quites el vestido. Llevo media noche persiguiéndote y tú incitándome con él. Quiero ser yo el que te lo quite, muy lentamente. —Sus susurros en mi oído tienen el efecto que él espera, así que acabo alejándome para despedirme de Vicki y Carlos con verdadera premura.

Llego a mi casa en un estado de nerviosismo sexual totalmente nuevo para mí, creo que estoy tan obnubilada que me niego a pensar en lo que quiera que vaya a ocurrir esta noche. Retumban en mi cabeza las palabras de despedida que me ha regalado Vicki, cuando por mi rostro inseguro ha intuido el motivo de mi estampida de la gala. «Te mereces pensar en ti primero, Elea. Olvídate del resto. Y disfruta».

Vuelvo a mi tan empleada estrategia de distracción, así que compruebo que todo esté en orden en el piso, especialmente en mi habitación y el baño.

Ante el espejo, me retoco los brillos del maquillaje, y me doy aliento para no acabar huyendo. No llevo ni cinco minutos en el piso cuando suena el timbre y se me disparan la ansiedad y el pudor, pero mis pies corren presurosos para abrirle. ¿Cómo lo recibo? Opto por la naturalidad (aparente) y lo espero ante la puerta abierta del piso, descalza, escuchando cómo resuenan sus pasos por la escalera, precisos y rápidos. Aminora el ritmo al verme apoyada en el marco de la puerta y desliza sus ojos por todo mi cuerpo con descaro.

—¿Es esta tu idea de *un rato*? —intento bromear en un intento vano de dispersar toda esta tensión que se adueña de mí. Ay, socorro. No sé qué voy a hacer con este flamante espécimen de hombre trajeado en mi piso. Empiezo a sentir de nuevo ese ligero deje de deseo en mi sexo solo de pensar lo que ocurrirá en unos instantes.

—Un rato es algo relativo. —Sí, lo constato, porque a mí se me hacen eternos estos últimos escalones que él sube tan sexy—. Además, confieso: estaba acojonado pensando que iba a llegar y no me ibas a abrir. Ahora mismo no puedo entender cómo puedo ser un cabrón tan afortunado.

Sus palabras y mi miedo me provocan una risa nerviosa, y por fin lo tengo frente a frente.

—¿Son imaginaciones mías o mi resuelta psicóloga está fuera de juego?

Le golpeo el brazo mientras noto cómo me ruborizo más de lo necesario.

—Ven aquí. —Atrapa mi mano y tira de mí mientras avanza hacia el salón-comedor—. Ahora que ya no está la psicóloga por aquí es cuando vuelve mi guía, y le muestra el piso a este turista descarriado.

—Y desvergonzado.

—Por eso lo exploraré yo mismo. —Sin embargo, no libera mi mano, que acaricia con su pulgar mientras desliza la vista por la estancia—. Me encanta este sitio. ¿Lo has decorado tú?

—Sí, bueno, con la ayuda de las chicas. Aún estoy en ello.

—Es... diferente. Tiene tu sello. —Dirige su vista hacia las vigas de madera, las paredes de ladrillo blanco, el suelo conservado de pequeños azulejos hidráulicos de colores y los detalles decorativos *vintage*.

—La verdad es que es un sueño que solo puedo permitirme porque la finca es antigua y no tiene ascensor. Además, el piso no es muy grande... La cocina es diminuta, mira. —Lo guío hacia la barra que separa ambas estancias, y compruebo de reojo cómo escruta con interés los detalles más nimios de mi vida.

—¿En serio? —Levanta la bolsita de galletas con forma de dinosaurio que

he olvidado sobre el banco.

—¿Qué pasa? —Sonrío coqueta.

—Tienes que tener algún trastorno que te ha anclado a tu infancia, no es normal que te gusten tanto las cursilerías infantiles... —se mofa, aunque suena...tierno.

—Si llego a saber que venías a psicoanalizarme, te dejo con tu generosa erección en el baile, guapo.

—¿Generosa? ¿Guapo? Sí que estoy de suerte esta noche... —Me atrapa y tira de mí antes de que pueda escapar, abrazándome desde atrás y apoyando su cabeza en mi hombro—. Venga, me parece que aún te queda piso por mostrarme.

—¿Se supone que tenemos que andar los dos así por el piso? No sé si vamos a llegar a algún sitio o nos vamos de morros... —Se me escapa otra breve risa nerviosa provocada por el roce de su erección en mi culo.

—Andaremos despacio, pero llegaremos... y disfrutaremos del camino turístico —musita con sus labios tan cercanos a mi oído que logran estremecerme, por milésima vez.

Empiezo a andar, y Marco secunda mis pasos, acompasados a los míos y manteniéndome envuelta en un abrazo cariñoso. Nos resulta más sencillo de lo que pensaba recorrer el piso así. Me encanta tenerlo tan cerca, sentir su calor corporal acorralándome, respirar ese olor tan suyo, tan varonil. Le intento indicar y mostrar los detalles que se me van ocurriendo al paso, y respondo a sus preguntas, pero a duras penas puedo concentrarme en lo que digo. De repente, inicia esos besos por mi cuello desnudo que tanto he evocado esta semana. Una de sus manos acaricia mi pecho, que reacciona endureciendo mis pezones; con la otra, recoge mi mano y la guía hasta su tremenda erección.

—¿Generosa, habías dicho?

—Mmmmm... —Soy incapaz de responder a eso. Prefiero acariciarla por encima de la tela del pantalón, que permite que mi mano se deslice suavemente por su dureza. Escucho un jadeo y una maldición...

Y ponemos fin a la parsimonia. Llegamos a trompicones y gemidos a mi habitación. De un solo y rápido movimiento, Marco me ha empotrado contra la pared y a tientas he logrado encender la luz de la antigua y pequeña lámpara de araña que cuelga sobre la cama. Se queda clavado frente a mí, enjaulándome con sus brazos y su mirada sedienta fija en mis labios. Sé que me pide permiso por fin para unirlos, para superar esa línea infranqueable que

él mismo estableció. Recorre con su pulgar mi labio inferior, entreabierto por mi respiración entrecortada, hasta que decido atraparlo para chuparlo, simulando una sosegada pero elaborada felación.

—Joder cariño, me estás volviendo loco... Dime que hemos superado la fase de amigos y ya puedo besarte —implora.

Asiento, aún lamiendo, hasta que me interrumpe su boca sobre la mía. La urgencia se ha apoderado totalmente de nuestros cuerpos, pero la intentamos combatir a turnos. Nos besamos hasta dejarnos sin respiración. Sus manos sujetan mi rostro como si así cogieran fuerzas para frenarse. Lo calmo cuando noto que se apremia, y él me suplica cuando me precipito yo a gemidos. Parece que ambos hemos sellado sin palabras que queremos eternizar el momento.

Una de sus manos se desliza desde mi mejilla hacia el tirante de mi vestido y lo deja caer mientras ambos seguimos su trayectoria con la mirada, descubriendo uno de mis pechos. Lentamente, soy consciente de que ahora su mano ha atrapado el bajo de mi vestido, y lo ayudo a deshacerse de él, quedando cubierta solo por mi tanga negro de *plumeti*, al que parece adorar. Mientras Marco vuelve a besarme con pleitesía, me deshago uno a uno de los botones de su camisa, y escucho el estrepitoso sonido al caer al suelo su cinturón acompañado del pantalón. Todo en él es morboso, sus sonidos, sus movimientos... Se deshace de la poca ropa que nos queda y desliza su mano desde mi pecho hasta mi centro, sin dejar de contemplarme, sin dejar de absorber mis reacciones y mis sonidos. Uno de sus dedos me invade muy despacio mientras su boca se ocupa de mi pezón, y su mirada sigue capturando la mía.

—Joder, nena, cómo estás, cómo me estás poniendo... —me susurra, al tiempo que introduce un segundo dedo y yo intento detener mi orgasmo inminente.

—Para, para. No puedo más

—Córrete —me pide, descansando su frente en la mía. Por su tono diría que él también está haciendo verdaderos esfuerzos por contenerse.

—Quiero correrme con tu polla dentro. —Mi petición le saca una díscola sonrisa.

—Tus deseos son órdenes, pero no sé si voy a durar mucho.

—No quiero. No quiero que dures. Necesito correrme. Ya.

Alcanza un preservativo estratégicamente guardado en el bolsillo de su pantalón y se lo pone ante mi atenta mirada a su recio miembro. Me muero de

ganas por sentirlo todo él en mi interior. Cuando me muevo para dirigirme a la cama, me detiene.

—¿Dónde vas tan deprisa?

—¿No vamos a la cama?

—No, nos quedamos aquí.

—¿Aquí? ¿De pie? —No salgo de mi asombro.

—Vamos a marcar cada metro de tu piso. Y tú has querido que esta sea la primera parada.

—Pero...

—Confía en mí.

Antes de que pueda protestar, Marco ya me ha encaramado a él, y mis piernas quedan suspendidas sobre sus férreos brazos, acoplándose a su cuerpo como engarces hechos a medida. Me apoya con suavidad en la pared y, mientras una de sus manos se ocupa de sostener mi trasero, la otra dirige su polla a mi obertura, deslizándola en su interior muy lentamente. Nos miramos apesadados, creo que sorprendidos de la intensidad del momento, de la comunión física y emocional que sentimos. Me da pavor. Esquivo su mirada abrazándome a él con frenesí, y es la señal que necesita para iniciar el ritmo de sus embestidas guiando mi trasero en ellas. El golpeo rítmico que provocan nuestros cuerpos al encontrarse se detiene en ocasiones cuando Marco asalta mi boca.

—Me voy ya, no puedo más... —Mis palabras lo detienen.

—Entonces, mírame. Mírame mientras te corres.

Por la seriedad que destila, me veo incapaz de contradecirlo, de esconderme en el miedo que me da otorgarle este momento, aunque diría que él lo intuye. Ha reducido el ritmo de sus embistes, pero los percibo más intensos y profundos, como si quisiera colarse en mi interior. Mucho más de lo que ya está. Mucho más de lo que querría. Me hace arquearme, dirigir mi vista al techo e incluso cerrar los ojos unos segundos, para encontrarlo de nuevo esperando mi mirada cuando logro recuperarme. Atrapa de nuevo mis labios en un beso desgarrador, y el roce total de nuestros sexos nos hace llegar al deseado clímax. Yo ahogando un grito de placer. Marco dejándose ir en un jadeo entrecortado. Nuestros ojos fijos en el otro.

No nos separamos de inmediato. Yo contra la pared, y Marco descuidado sobre mí como si todo se fundiera en uno. Escucho nuestros corazones acelerados golpearnos a un ritmo delirante, inmortal, despertándonos del aturdimiento. Creo que son ellos los que nos hacen reaccionar y deshacernos

poco a poco, y simultáneamente empieza a nacer en mí el pudor por estar desnuda frente a él sin saber cómo proceder. Las piernas me fallan un poco al volver al suelo.

—¿Estás bien? —Marco me sujeta de la cintura para sostenerme, y acaricia mi mejilla. Así sí. Así, ¿cómo puede una estar mal?

—Estoy perfecta. —Me gano una sonrisa franca. De las que encienden su rostro. De las mías, de las que tanto me gustan.

Y con mis piernas aún entumecidas y temblorosas, llegamos a la cama, sobre la que me dejo caer sin reparos. Marco se quita el preservativo, y de reojo compruebo que su miembro sigue en plena forma. ¿Por qué no baja?

—Tranquila. Se le pasa enseguida —me dice, conteniéndose las risas. Pillada. Debía de estar haciendo caras extrañas, o soy muy transparente.

—No. Si por mí, no hay problema. Aún me queda mucho por mostrarte del piso —respondo, pícara.

—¿Ah, sí? Pensaba que se me había terminado el ticket del viaje y me mandarías para casa.

Se me disparan todas las alarmas.

—¿Quieres irte?

—¡Por supuesto que no! Pensaba que tú querrías que me fuera. Ya me has utilizado —me provoca, el muy seductor—. ¿Me dejas quedarme?

Estoy tan tontorróna después de todo esto que quiero encadenarlo a mi cama *forever and ever*. Pero no se lo digo, claro. Debo seguir manteniendo camuflada a la Elea Grey.

—Claro, si quieres...

Su mano levanta mi barbilla hasta obligarme a mirarle a los ojos.

—Vas a tener que echarme de aquí, Elea. Porque, después de esto, no querré irme nunca.

Qué calor tengo de repente. ¿Será que su miembro aún ufano sigue vigilando nuestro intercambio? Le echo una ojeada para comprobar su vigor. Es que debería haberse relajado un poco al menos...

—Elea, nena. Tranquila. No va a asaltarte.

—Pero es que... es raro que esté tan...

—¿Tan...?

—Es raro que no... que no baje.

Se carcajea ante mi pregunta indirecta.

—Me encanta que me digas lo que piensas con tanta naturalidad. —Pero se descojona de mí, nunca mejor dicho.

—Vengaaa, Marco, esto es serio.

—Joder, pues a mí no me lo parece. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Te tomas algo para... ya sabes?

—¿¿Cómo?? ¿Estás de broma? Joder, aún estoy en la treintena, nena.

—No sé... es que es raro.

—Ya, bueno. A veces sucede... —Quita importancia—. Hay hombres que no tenemos el periodo refractario.

¿¿What??

—No lo entiendo. ¿Qué quieres decir?

—A ver, es sencillo. Si estoy excitado, puedo mantener la erección tras eyacular. El segundo orgasmo tarda más en llegar, pero, mientras, puedo seguir disfrutando.

—¿Y eso es normal? ¿Lo has consultado con algún médico? —Vuelve a reírse. Veo que intenta contenerse, pero no lo consigue, y lo cierto es que me divierte verlo así.

—Es normal, no es que sea un ser paranormal. Y no, no lo he consultado con ningún médico. Cuando era joven y descubrí que al resto de amigos no les sucedía lo mismo, busqué información al respecto.

—No quiero ni saber cómo descubriste que a tus amigos no les sucedía.

—Mejor, no quiero aburrirte contándote cómo nos hacíamos pajas todos juntos viendo revistas cutres que uno de ellos le robaba a su padre y nos medíamos el tiempo que tardaba cada uno en llegar, lo grande que la teníamos, etcétera.

Arggg, me vienen las imágenes a la cabeza y soy incapaz de dejar de reír.

—Vale, entonces... eso es lo normal en ti.

—Sí, pero tranquila. No siempre me pasa, esto es para que veas las ganas que te tenía. Y no significa que tengamos que pasarnos la noche entera teniendo sexo sin descanso. Tan solo significa que poder... podemos. Hasta que me agotes y comprobemos mi aguante.

—Seguro que ya lo tienes todo calculado y medido.

—Te aseguro que no. Cuando quieras, iniciamos las comprobaciones.

—Entonces... si está así... —prosigo curiosa—. ¿Se supone que es porque podrías seguir?

—¿Seguir cómo? —Sé que me pincha para que se me suelte la lengua. Pero me estimula...

—Seguir con la ruta turística por mi piel. —Mi voz me llega como arenosa, enronquecida. No sé cuándo puede acabarse todo esto, así que mejor

aprovecharlo al máximo. ¿Dónde estaba escondida esta Elea tan sensual?  
—¿Quieres probar? —Su voz animal ya me promete un nuevo inicio.

## CAPÍTULO 18: MI LUGAR FAVORITO

MARCO

Me despierto a su lado, huracanado en sus rizos, que campan descontrolados por la almohada, mi cuello y mi pecho, y sonrío, sintiéndome el hombre más condenadamente afortunado del mundo. Apenas puedo ver su cara, apoyada y acurrucada como está sobre mi pecho. Estoy como un loco por contemplarla. Me conformo con acariciar su pelo y rogar para que, cuando despierte, no tenga un ataque de arrepentimiento por lo de ayer.

Ayer. Joder, ayer. Fue diferente. Al menos, yo lo sentí así. Intento desentrañar el porqué... y no sabría decir, pero parecía que nuestros cuerpos se acoplaran con facilidad extrema, como si se reconocieran y se fusionaran. Nos encendimos y apagamos muchas veces a lo largo de la noche. Ambos quisimos llevarnos al límite, y nos detuvimos exhaustos, que no saciados. Lo hicimos de manera diferente a medida que nos exploramos, menos famélica, menos ávida, pero igual de intensa. Joder, fue brutal. Y lo mejor era que después no desaparecía ese nexo, seguíamos siendo los de siempre, la misma naturalidad con la que podíamos hablar y reír hasta que un coqueteo inocente o una caricia indolente volvía a encender la mecha. Acabamos dormidos, encadenados el uno en el otro, con nuestras piernas y brazos en posturas que no sé si podríamos volver a reproducir. Sentía la necesidad de tenerla muy cerca. Aún la siento, a decir verdad. De compensar todas las horas que nos hemos deseado, alejados e imposibles el uno para el otro.

Un leve ronroneo me adelanta que se está despertando. No me muevo, dudando de su reacción; sin embargo, acaricia mi pecho con su índice, lentamente, formando caricias con formas extravagantes. Su gesto me tranquiliza.

—Buenos días, dormilona.

Levanta su cabeza, y se asoma una retraída sonrisa.

—Buenos días. —Su voz ronca despierta de nuevo mi erección, ¿o ya estaba aquí?

—¿Has dormido bien?

—Mmmm... muy bien, ¿y tú?

—Mejor que nunca. —Levanto su barbilla y me acerco para besarla, recelando de su reacción. Me devuelve un beso tímido y se vuelve hacia la mesita de noche para levantar, aún con movimientos torpes, el despertador.

—¿Cómo es posible que sean casi las doce del mediodía?

—Es posible que porque hemos dormido de lujo.

—Sí, pero la verdad es que aún me siento cansada... —Se hace la remolona.

—¿Sí? Eso es porque anoche me pasé, pero hoy descansaremos, te voy a cuidar y lo remediaré.

—Creo que estás sobrevalorándote o infravalorándome a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Su respuesta llega en la forma que menos esperaba. Se sienta a horcajadas encima de mí, acudiendo a la llamada de mi polla, más excitada que nunca, que queda a unos centímetros de su sexo, y se acerca hasta mi boca. Al garete mis planes de portarme como un caballero para no amedrentarla.

—Porque aún no has podido acabar conmigo... —susurra sin pudor.

Sus murmullos se convierten en un apasionado beso y, al inclinarse hacia mí, solo puedo centrarme en la fricción de nuestros sexos. Mierda. Esto es demasiado bueno. Es deliciosa. Me asalta la boca y saboreo que en este nuevo abordaje me sorprenda llevando la voz cantante. ¿Hasta dónde vas a llevarme, Elea? ¿Cuánto más puedes hacerme perder la cabeza?

—¿Qué piensas hacerme? —la pico. Quiero oírla atrevida.

—Estaba pensando en llevarte de paseo turístico... Pero quizá ya te sepas el camino. —Me pone a mil que esté tan perversa.

—Es mi destino favorito, nena... Podría ir mil veces, y seguro que seguiría disfrutándolo con mi guía.

—Hoy la ruta será diferente...

Y yo la estoy deseando. Todo se difumina ahora, todo excepto ella.

Desciende con lametones y besos húmedos hasta mis pectorales y se pierde deslizándose, más y más. Joder, agonizo adivinando lo que me espera y ya siento las sacudidas que está dando mi polla a sabiendas de que ella será la protagonista.

Recojo algunos rizos para que no me impidan disfrutar del espectáculo de sus labios en mi miembro, pero, para mi desconcierto, sigue descendiendo hasta mis testículos. Los lame con delicia, levantando sus ojos cachondos e incitadores hacia mí al tiempo que me masturba. Ahora succiona mis testículos, con un brillo ladino en sus ojos. Sabe que me está haciendo perder el control.

—Joder, joder, joder...

Intento guiarla hasta mi polla para que acabe esta anticipación que me

hace perder la cordura, pero sonrío juguetona mientras niega con la cabeza y sigue a lo suyo. No por mucho tiempo. Finalmente, sus labios envuelven mi agitada erección y mi mano la ayuda a llevarla casi hasta el final de su garganta en embistes rítmicos que se mezclan con nuestras exhalaciones ruidosas. La detengo cuando empiezo a notar de nuevo la llegada inminente del clímax, y me medio incorporo para agarrar su nuca y atrapar su boca con agresividad por la excitación de lo que me acaba de provocar.

Pero mi chica hoy no me da opciones. No me deja decidir más que ese beso.

—Túmbate.

Empuja mi hombro hacia atrás, desinhibida, y me dejo caer de nuevo en la cama. Vencido. Y expectante. Piensa acabar conmigo. Es oficial.

Se sienta de rodillas, pero dándome la espalda, y se monta sobre mi erección, que se hunde con facilidad en su interior. La visión de su culo sobre mí, de sus muslos cercandome los míos, de mi miembro entrando y saliendo al son que ella marca con sus descensos, de su espalda gloriosa, y sus rizos desparramados es... sencillamente despampanante. Hace que mi miembro se multiplique en su interior. Empuño algunos de sus rizos y tiro de ellos con suavidad hacia mí.

—Me voy a correr como no me des un respiro. —Joder, apenas puedo hablar. Y a ella le gusta. Se ríe. Se ríe y me pierdo más.

Se reincorpora, gatea de nuevo hacia mí y me besa dejando que la coja por la cintura, que acaricie su pezón y admire su mirada vidriosa por el placer. Me otorga unos segundos de tregua, hasta que vuelve a cabalgarme, ahora regalando la visión de frente, piel con piel. Iniciamos un baile de oscilaciones suaves hasta que una idea me nubla un instante.

—Mierda, el preservativo... —recuerdo sin ganas.

Capto su sorpresa un instante, pero está presa como yo de esto que merecemos. Y me imagino que piensa lo mismo que yo, ¿cómo coño rompemos este instante? ¿Quién nos separa de esta sensación de paz infinita de tenernos uno al otro?

—Tomo la píldora... yo...

—Estoy limpio —me apresuro a recalcar.

Sus ojos acaparadores se relajan y vuelven a obnubilarse de placer, deciden que sobran las palabras. Necesito correrme en su interior. Y lo necesito para ayer. Me centro en sus pechos desnudos, meciéndose a nuestra pauta, y me endezco un poco, pidiendo permiso silencioso para agarrarla

mejor, para encaramarla más a mí. Ataco sus pezones y los lamo, y subiendo lamo también su cuello, que me ha tentado tantas veces. Escucho cómo se deshace en jadeos, cómo se arquea y me da más acceso a su cuello, así que lo recorro sin prisas, acunando con una mano su nuca. Joder, qué ganas tenía de esto, nena. Siento por el condenado ritmo que están marcando sus caderas que su clímax es inminente y lo desboco buscando su clítoris y friccionándolo superficialmente. Y cuando ya pienso que su sensualidad no puede sorprenderme más, una de sus manos se desliza por su espalda hasta mis testículos y, sin dejar de cabalgarme, los fricciona y me lleva a un orgasmo brutal. Descontrolado. Intenso. Abrumador. Percibo el suyo con su grito apurado y las contracciones contra mi miembro.

HOS-TIA.

Estoy perdido con esta mujer.

Unos minutos después, habiéndonos recuperado y calmado, sosteniéndola aún sobre mí, nos desenganchamos y salgo de su interior, aún con mi polla erecta. Sé que ella la observa de refilón, aún curiosa por el vicio que demuestra con ella. Disimulo el placer que me produce su curiosidad y, tras un beso que pretendo sea cariñoso, salgo de la cama para realizar el plan del día que he ideado mientras ella dormía.

Elea sigue en la cama, acurrucada y adormilada, cuando vuelvo a por ella. Su cuerpo es un pecado.

—Muy valiente antes con todo el rollo de que infravaloro tus fuerzas... pero te veo K.O., nena —la pincho, abrazándola desde un costado.

—Mmmm... *te-dicho-que-taba-cansada-peo-ya-me-levanto-que-soy-un-anfitriona-pesimaa*. —Eso es lo que su bostezo me deja entender.

—Ven. —La cojo en brazos y me la llevo hacia el baño—. Nos he preparado un baño de burbujas para despejarnos.

—Mmmm... así no voy a querer que te vayas nunca.

—Ese es el objetivo.

—Se nota que eres de *publicidad-y-eventos-y-esas-cosas...*

Tiene una de esas bañeras que simulan ser antiguas, esas de formas redondeadas, e imagino que le gustan los baños porque tiene sales y jabones especiales para aburrir. Creo que me he pasado un poco con la cantidad, porque, al entrar, las burbujas nos han invadido y se han derramado casi hasta la habitación. Pero no le ha importado, al revés, se ha guaseado de mi experiencia en estas cosas, y he atisbado algún signo de estar entre orgullosa y satisfecha de mi novatada. «No, nena, no, nunca había tomado un baño de

estos antes de ti». La he acomodado sobre mí, y nos hemos recostado escuchando en Spotify una de sus listas favoritas de música, una selección de algunas canciones de la *Antología Desordenada* de Serrat.

Nos relajamos apretujados en su bañera, mimándonos, dejando que la espuma se vaya deshaciendo con nuestras caricias, que surcan cada centímetro de nuestra piel, que se tornan cosquillas en los recovecos que memorizo, que se convierten en suspiros en aquellos otros que ya me sé. Nos deleitamos también entre su música, y me asombro disfrutando de su elección de canciones, algunas de las cuales desconocía y que ahora contribuyen a la magia de este momento: *Y el amor, De vez en cuando la vida, Aquellas pequeñas cosas, Pendiente de ti, Hijo de la luz y de la sombra...* Y sé que callamos ante las letras, ante las palabras, algunas por miedo a que hablen de nosotros.

Se me ocurre que de nuevo estoy viviendo uno de esos momentos que me permiten respirar entre toda la basura que tengo. Uno de estos putos ratos que me vienen a la cabeza cuando cierro los ojos y necesito calma. Así que intento aspirar todos los detalles de este instante con ella. Su moño alto deshecho sobre mi pecho y mi hombro, su piel morena en contraste con la mía, las dos mojadas e imantadas, sus manos cazando burbujas y repasando mi piel.

—Siempre logras colarte en mis mejores momentos —ronroneo en su oído.

—¿Sigues haciendo la tarea? —Ríe divertida, torciendo el cuello para que me pierda de nuevo en él.

—Bueno, más o menos... puede decirse que sí. Me he acostumbrado a acostarme pensando en ello. Ahora soy más consciente de los ratos que son especiales. No los anoto, pero cada día antes de acostarme sigo eligiendo los tres mejores momentos del día. Y siempre —le doy un beso cariñoso en la sien—, siempre, siempre —énfatiso— te cuelas en ellos.

Vuelve su cabeza para plantarme un beso.

—Mmm, exagerado.

—No exagero. ¿No estoy entre los tuyos?

—Aún no te has ganado el derecho a saber tanto —juguetea.

—Te lo sacaré. Y me colaré entre los tuyos.

Es una promesa. Quiero sentir siempre esta calma que siento cuando estoy con ella. Esta sensación de que todo está bien. De que puedo enfrentarme a lo que sea.

Después del baño, desayunamos a lo mediterráneo frente a los grandes ventanales. Para recuperar fuerzas, hemos preparado juntos un desayuno que podría competir con el de los mejores hoteles. Entre mucho cachondeo por lo mal que nos desenvolvemos los dos en la cocina, la apuesta ha sido sencilla: tostadas con mermelada casera de tomate (que detalla Elea que es una elaboración de Vicki), zumo de naranjas valencianas que hemos exprimido medio en cueros en su cocina, y café. Y me ha vuelto a dar por pensar lo fácil que se hace estar con ella. Y crear momentos tan de verdad.

Lo dicho. Bien jodido.

En mitad del desayuno me llama Arturo, que no se sorprende lo más mínimo al saber que estoy aún en casa de Elea. Lo escucho ruinoso, así que, a petición de mi comecocos, lo invitamos a venir al piso a comer. No era lo que tenía en mente, pero aprovecho para pedirle a mi amigo que me traiga ropa, ya que mi psicóloga me ha susurrado entre risas que no era un buen plan comer con él casi en cueros.

Nos metemos de nuevo en su minicocina para preparar la comida, aunque sabemos que será esencialmente para Arturo, después del almuerzo con el que nos acabamos de homenajear nosotros. Tras varios intentos frustrados de empezar a cocinar, acabamos manoseándonos en su encimera y decidiendo llamar a Arturo para que se pase por Allioli y traiga la comida hecha ya. ¿Para qué perder el tiempo?

Arturo llega cargado de bolsas con un careto digno de no-mención. Al menos, mi pinta tan ufana al abrirle la puerta en calzoncillos lo ha hecho descojonarse.

—Anda, macho, ve a taparte que no tienes vergüenza.

—Ninguna. Como tú. Espero que me hayas traído algo que valga la pena.

—Te he traído de todo, para que el señorito presumido elija.

—Que te den.

—Claro, por tu cara ya veo que a ti no te hace falta.

—No te pases ni un pelo...

—¿Dónde está mi chica? —me pica, el muy mamón.

—¿Tu chica? No me jodas...

—Estaba comprobando que, a pesar de tu cara, eras el de siempre, y sí, viendo lo fácil que es cabrearte...

—Parecéis niños pequeños. —Elea reaparece tras la segunda ducha del día y, por su gesto, veo que se muestra algo inquieta y azorada ante mi amigo. Está preciosa, con el pelo mojado, unos simples vaqueros ceñidos y

una camiseta blanca que contrasta con su tez y la oscuridad de sus ojos y sus rizos. La hostia, ¿cómo puedo estar contemplándola como si no la hubiese visto en semanas?

—Guapa —la saluda Arturo, dándole dos besos y quitándole la vergüenza con su naturalidad.

Nos sentamos de nuevo en la mesa que le roba toda la luz necesaria a esta Valencia de pasos ajetreos que se aprecian desde aquí. Arturo se ha quedado pasmado de que Elea y Paula puedan vivir en sitios tan minúsculos. Pero no ha podido negar el encanto que tiene el piso. Ante la falta de apetito de los tres, decidimos charlar un rato ante unas cervezas.

—El espacio de Paula es mucho más de Pin y Pon —medio protesta Elea.

—No lo jures. Por cierto, tu amiga está loca.

—¿Está loca o te vuelve loco a ti?

—Las dos cosas —dice, tajante, antes de dar otro sorbo a su Paulaner—. Esta mañana se ha atrevido a enviarme un *whatsapp* para agradecerme haberle presentado a Julio.

Silbo, alucinando.

—Uff, ha sacado la artillería pesada —aclara Elea.

—¿¿Artillería pesada?? ¡¡Me saca de quicio!!

—Creo que es lo que pretende. Para que actúes.

—Exacto —ratifico.

—Pues ha logrado cabrearme a lo bestia. —Elea arquea las cejas ante la vehemencia de Arturo y me mira, pero la tranquilizo con un gesto. Mi amigo es perro ladrador...

—Solo le faltaba mandarme una foto recién follada. O peor. El vídeo del polvo —replica de nuevo, apurando la cerveza y alcanzando otra del cubo de latón repleto de ellas que ha puesto Elea en el centro de la mesa. Ya me imagino lo peor. A Arturo durmiendo la mona en el sofá y yo de guardia con él sin poder estar a solas con Elea.

—¿Sabes una cosa? —añade pensativa—. Creo que, si realmente se hubiera acostado con él, no te habría mandado nada. No le preocuparías lo más mínimo. Creo que, si te ha mandado eso, es porque está rabiosa porque no reaccionas. Luego... está furiosa porque no se ha acostado con él.

—¿Tú crees? —De repente, el cafre de amigo parece un poco más despierto.

—La conozco muy bien. Siempre puedo equivocarme, pero me da que, aunque quiera que te espables, nunca sería tan ruin de enviarte algo que

piense que pueda herirte.

—Quizá ella piense que no puede herirlo porque cree que a Arturo no le importa lo más mínimo que esté con Julio.

—A ver, Paula no es tonta. Sabe perfectamente que Arturo está interesado en ella. Pero ambos sabemos que no eres el gurú de las relaciones duraderas, y él no se ha pronunciado sobre qué tipo de interés es. Yo creo que ella, con el mensaje, pretende meter un poco de presión para que se aclare, bien para decidir estar al margen porque no le interesa tanto como plantearse algo más, o bien para dar un paso al frente.

—Luego os cabreáis si decimos que las mujeres son complicadas —añado, ganándome una mirada asesina de mi preciosa loquera.

—¿Entonces tú crees que no ha estado con él? —Está realmente pesadito.

—No lo sé, no sé nada de ella y, aunque lo supiera, tampoco te lo diría. Solo son suposiciones y reflexiones que he hecho en voz alta por si pudieran ayudarte...

—Pero no es tan sencillo. Ni voy a estar al margen ni voy a dar un paso al frente. Quiero que se aclare ella sin estar yo por el medio. Si soy yo el que provoca la situación, es probable que intentemos algo, sí, y él va a seguir metido en su cabeza y yo voy a seguir pensando que está ahí, que no ha cerrado la historia. Y, si en algún momento nos va mal, va a pensar en él. Las cosas no son así, joder. No se trata de elegir entre uno u otro, y, si no tengo al primero, me quedo con el segundo. Se trata de que se aclare ella sola, que no somos niños. —Su tono combina una mezcla de tensión y fatiga.

—Pues va a ser que los hombres tampoco sois tan sencillos —aprovecha Elea para devolvérmela casi susurrando—. Entiendo tu postura. No voy a juzgarla ni opinar, porque creo que estás convencido. Aunque creo que te puede hacer sufrir...

—Lo sé. Estoy hasta las pelotas.

—Yo no te entiendo —contrataco—. Te juro que, si fuera yo, anoche no habría podido dejarla ir con el otro. Me hubiese tirado a la piscina con o sin agua y le hubiese sacado a ese de la cabeza. Sí o sí.

—No es tan fácil, tío. Lleva mucho tiempo metido ahí. —Se acaba la segunda cerveza y yo mismo le pongo la tercera delante—. ¿Algún consejo? —Mira hacia Elea, mendigando un milagro que no existe, para salir del lío en el que están.

—Si esa es tu elección, al menos mantente ahí para ella. Es la única forma de que vea que hay algo más de lo que puede darle Julio.

—¿A ti te gusto yo más, verdad? —bromea mi amigo, buscando algo de piedad, aunque en su gesto puede vérselo dolido.

—Después de haber escuchado todo el repertorio de vuestro *kamasutra* y saber todos los sinónimos que tiene la palabra «semental»... ¡Ni punto de comparación!

Y con la vuelta del buen rollo y el humor, la conversación se desvía hacia otros derroteros e intentamos distraer a Arturo, evitando que pase de la tercera cerveza.

\*\*\*

Celia entra al despacho como un huracán. Buenos días, lunes. Menos mal que hoy estoy de buen humor.

—¿Qué es eso de que te separas?

—Buenos días, Celia, ¿qué tal el fin de semana? ¿Y mis sobrinos?

—No te hagas el sueco. Tu hermano me lo dijo ayer y casi me da un soponcio.

—No te aclaras, ¿no era eso lo que me aconsejabas?

—Síííí, pero quería enterarme primero. Siempre me dejas para el final. — Su voz es puntiaguda.

—Porque siempre que te enteras de algo la armas gorda. Por eso.

—Todos estos años, la que aguantaba los aires de grandeza de la marquesita era yo, no tu hermano. Y se lo dices a él primero. No te lo pienso perdonar.

—Seguro que con un viernes libre solucionamos eso último.

—Tendrán que ser al menos dos.

—Hecho.

—Entonces... ¡¡¡Felicidades, cuñado!!! —Me abraza como un koala—. Tenemos que celebrar tu soltería. Verás cuando les diga a tus sobrinos que te has separado, lo contentos que se ponen.

—¿Mis sobrinos?

—*Sip*. Cuando ella estaba delante, no les dejaba trotar a sus anchas, porque se estresaba. ¿No lo notabas?

—Se ve que no notaba muchas cosas. —Se me hace un nudo en el estómago pensando en que mis sobrinos estaban a disgusto con ella. Aunque, bien pensado, tampoco es que hayan coincidido mucho. Disipo rápidamente las ideas punzantes de mi cabeza—. Pero nada de celebración.

—Ya veremos. Por cierto, la separación te sienta muy bien, traes muy,

pero que muy buena cara—. Se marcha a su despacho dando saltitos. Estoy seguro que, en menos de diez minutos, media Valencia va a enterarse de que me he separado.

Quedándome solo en el despacho, me doy cuenta de lo extraño que me siento. Ha cambiado tanto todo desde el último día que estuve aquí, han pasado tantas cosas, que parezco una persona diferente, y hasta el espacio y mis cosas me resultan raras, como ajenas. Me he sentido igual esta mañana al despertarme en mi piso, o mejor, en el piso de Dana. Allí la sensación ha sido peor. A lo largo de esta semana, había sentido una sensación de desapego y fraude estando en el piso. Como si, sabiendo que todo pertenece a Dana, estuviera invadiendo un espacio que ya no me pertenece. Pero esa sensación se agudizó anoche, cuando volví de pasar el fin de semana con Elea. El desapego se sumó a una sensación de alienación, y en ese instante decidí que no iba a buscar piso tan minuciosamente como me había planteado. Llamé a Arturo y le pregunté si le molestaba un compañero de piso temporal y algo se calmó en mí cuando me aceptó en su casa. A pesar de ello, me costó dormir. Me sentía fuera de lugar.

No quiero engañarme, sé que gran parte de ese insomnio se debe al temor que tengo a que Elea se arrepienta y me aparte. Tan pronto como salí de su piso me invadió ese miedo. Quizá también me ha costado acostumbrarme a dormir sin la sensación de tenerla al lado.

El domingo, al despertarme, llegué a pensar que era un *deja vú*, porque de nuevo sus rizos campaban a sus anchas por mi cuello y mi pecho, y sus piernas me enlazaban. Y de nuevo mi polla formaba la tienda de campaña. Y de nuevo nos despertábamos aturridos pero satisfechos. No varió mucho el día. Establecimos una exquisita rutina de polvo aletargado y baño con burbujas, esta vez elaborado con más cuidado para no desparramarlas todas. Volvimos a escuchar a Serrat, abrazados y mudos, y después reformé un detalle, y es que, teniendo ya ropa en condiciones, bajé a la cafetería para comprar chocolate y churros mientras Elea se vestía. Ella se deleitó con su desayuno preferido, y yo viéndola a ella suspirar de placer con cada pecado.

Después, nos volvimos a arrebujar en el sofá, a escucharnos el uno al otro como si nada más importara. Porque nada lo hacía. Por la tarde, intentamos ver varias películas. Y no acabamos ninguna. Y tampoco nos importó. Y llegó la noche, y sin quererlo, pero sin obviarlo, tuvimos la conversación que necesitábamos.

—Creo que esta noche tendré que irme a dormir a mi casa, antes de que

pienses que tienes un *okupa*.

—Sí. Será lo mejor. —¿Ese tono denotaba resignación?

—No. Para nada. Ni es lo mejor ni es lo que quiero hacer. Pero es mi estrategia para que me sigas echando de menos y conquistarte.

—Entonces no deberías compartirla conmigo. —Sí, había conseguido esa sonrisa que me vuelve loco.

—Para que veas que estoy tan seguro de mis artes que puedo detallarte cada paso. ¿Vas a echarme de menos?

Respondió con silencio, pensativa, así que la envolví en un abrazo y seduje su hombro desnudo con dóciles mordiscos, provocando quejidos de placer.

—Eso es trampa.

—No, es estrategia. En el amor y en la guerra todo vale.

Hasta a mí me resultó raro emplear la palabra amor. Pero ambos lo dejamos correr.

—Entonces, ¿cómo seguimos a partir de ahora, nena? Tengo miedo a irme hoy de aquí y perderte.

Se tomó unos segundos para responder, pero lo hizo convencida.

—No lo sé, supongo que como todas las personas que empiezan a conocerse. Iremos quedando, nos llamaremos... pero solo lo sabrán las chicas y Arturo.

—No te preocupes por eso.

—Y no podremos salir juntos si no es con más gente, disimulando, claro.

—Podría quedarme eternamente aquí encerrado contigo.

—Aquí no hay mucho con lo que entretenerse...

—¿Tú crees? —Pegué a su culo mi ya perenne erección e intenté deshacerme de su tanga, aunque se resistió, traviesa.

—Vale, vale... No es necesario, ya estaba convencida. Solo quería jugar contigo.

—Tarde, nena. Has desatado a la bestia.

Se escabulló entre risas, corriendo hacia el pasillo, y allí mismo le demostré de nuevo algunas de las cosas que se pueden hacer para entretenerse. Allí marcamos unos nuevos metros de su piso. Quedaban ya pocos más.

Debo de estar con una cara de pánfilo de cuadro recordando todo esto, porque Arturo se mofa de mí desde la puerta del despacho.

—Lo tuyo es de traca, tío. Creo que no te he visto reírte solo en tu puta

vida. Luego dicen que los psicólogos son unos charlatanes... o mejor dicho, las psicólogas.

—Muy gracioso. Anda, trae el programa para la competición del club de hípica y me cuentas los detalles para elaborar contrato. —Mejor que me ponga a currar.

—No me cambies de tema y cuéntame detalles, cabrito.

—No pienso contarte nada. No seas pesado.

—¿Pero bien?

Decido darle algo con lo que se quede contento y zanje el tema.

—Muy bien. Mejor que nunca. ¿Contento?

—No, pero me conformo. —Se marca un baile a lo Michael Jackson y su optimismo me da que pensar.

—¿Has hablado con Paula?

—Afirmativo.

—¿Y qué tal?

—No puedo darte más detalles. Pero «Bien. Muy bien. ¿Contento?» —me la devuelve con mis palabras.

—Yo no soy un cotilla morbosos como tú. Con eso me conformo. Por cierto, si te va bien esta tarde, paso ya las cosas más necesarias a tu casa y ya me instalo. Duermo de puta pena en mi casa.

—Qué pronto se acostumbra uno a lo bueno, ¿eh?

Una vez nos volcamos en el trabajo, me resulta más sencillo no preguntarme cada cinco minutos qué estará haciendo Elea. Paso a preguntármelo cada veinte minutos o media hora. Todo un logro. A media mañana, ya no me aguanto más las ganas de saber de ella. Necesito saber si me contestará. Si estará arrepentida.

**MARCO:** «Buenos días dormilona.

Espero que esta mañana hayas echado algo de menos...».

Espero impaciente hasta ver los tics azules, y le medio sonrío al móvil cuando me informa de que está escribiéndome algo.

**ELEA:** «Algo he echado de menos: especialmente los baños y el chocolate con churros.

¿Qué tal has dormido tú? ¿¿Has echado algo de menos??».

Miento si digo que no se lo he puesto en bandeja para esta respuesta... Me tranquiliza que tenga ganas de jugar. Este terreno me lo conozco. Me gusta.

**MARCO:** «Yo he echado de menos tu bañera... y tenerte a ti en ella... y tus rizos desparramados sobre mí... y la forma que teníamos de empezar el día... ¿Sabes de qué hablo?».

**ELEA:** «Claro. Del desayuno ;)».

**MARCO:** «Sí, pero de mi desayuno. No del tuyo».

**ELEA:** «Jajajaja. Anda, no me marees y déjame trabajar sin que me suban los calores».

**MARCO:** «Te dejo tranquila con tus calores a cambio de que me digas cuando te veo».

**ELEA:** «Hoy lo tengo mal».

**MARCO:** «Entonces te llamo. ¿Esta noche sobre las 9?».

**ELEA:** «OK».

Tengo que dejarla respirar un poco. No puede pensar que soy un acosador. O un loco posesivo. Pero, vaya, que ganas no me faltan para decirle que me haga un hueco esta noche. Desisto antes de decírselo para que no crea que solo quiero follar.

Sobrevivo al día con una tranquilidad envidiable gracias a cuatro intercambios de mensajes tontos que hemos mantenido. Por la noche, hemos alargado una conversación de besugos hasta las once, hora en la que Arturo ha aparecido con cara de recién follado en su piso, que ya *okupo*, y he cortado la llamada tras haber pactado verla el miércoles. Me parece imposible esperar tanto.

El martes se resume en trabajo, llamadas telefónicas de los más allegados que se van enterando de la separación, y mantengo la línea que acordé: «separación de mutuo acuerdo por desavenencias, pero todo es ideal en el

clan de los Herranz. Dana con sus padres trabajando en la gestión de los hoteles, que es temporada alta. Cambio y corto». Clara, mi imparable abogada, me llama para informarme de los trámites y los acuerdos con los abogados de la familia de Dana, y además recibo un mensaje de mi exmujer agradeciéndome que fuera a la gala. Conociéndola, sé que es un intento de acercamiento, así que corto bastante rápido con otro mensaje en el que le aseguro que no hay nada que agradecer y no debe preocuparse.

Lo único interesante del día es que sigo en contacto permanente con Elea a través de los *whatsapp*s que intercambiamos. Así voy estableciendo una rutina en la que me aseguro estar presente en su cabeza. Pero se instala una alarma en mi pecho cuando me dice que quizá hasta el jueves no podamos vernos.

¿En serio? Esto me suena. ¿Otra vez piensa escaquearse?

Diez minutos después, estoy en la fundación.

Vicki me abre la puerta, arqueando la ceja visiblemente confusa.

—Hola, Marco.

—Hola, corazón, ¿está Elea?

—Sí —alarga un poco la respuesta, cauta. Y ya refuerza mi paranoia de que me está evitando—. ¿Te esperaba? Porque creo que se le ha ido la olla y no me ha dicho nada.

—No, pasaba por aquí...

—Ya veo... —Por el gesto vivaracho, demuestra que nuestra nueva situación no le disgusta, y además se ha relajado, lo que me hace pensar que, si se alegra de que esté aquí, es porque su amiga no me está evitando—. Está reunida con una chica que quiere empezar aquí un voluntariado, no creo que tarde.

—Había pensado darle una sorpresa, ¿puedo esperar en tu despacho para que no me vea al salir?

—¡Claro! Ven, prepararé cafés y te cuento lo que conseguimos en la gala.

Diez minutos después de una relajada charla, en la que agradezco que su amiga sea tan prudente como para ni siquiera mencionar ningún detalle personal nuestro, oímos la despedida en la entrada y los pasos de Elea de vuelta a su despacho. Y no pierdo ni un segundo antes de plantarme allí. Elea repasa de pie la maraña de papeles de su escritorio, con un *look* de psicóloga que me pone a mil. La melena recogida de lado, una falda lápiz en amarillo y una blusa blanca.

—¿Se puede?

Sus mejillas se tiñen de color de inmediato. Y sus labios curvan una sonrisa tímida. La señal que necesitaba para desmontar mis paranoias. Todo está bien.

—¡Marco! ¿Qué haces aquí?

—Estaba de ruta por Valencia y pasaba por aquí. Pensé en venir a comprobar que estuvieras tan ocupada como me dices.

Niega con la cabeza, en un gesto de «eres imposible» que ya me conozco.

—¿Quién te ha abierto? —Rodea el escritorio por la ruta más larga, evitando acercarse a mí, y se asoma al pasillo para comprobar que no hay nadie, cerrando la puerta de inmediato.

—Oh, oh. ¿Qué piensas hacerme que necesitas tanta intimidad? —bromeo y dirijo mis pasos firmes pero sosegados hacia ella, como un cazador hacia su presa segura.

Se ríe y, sin darme la espalda, retrocede hacia el escritorio. En efecto, está huyendo de mi contacto.

—De intimidad nada, no quiero que nos vean.

—Pero si solo vengo a preocuparme por los futuros eventos... —Sigo avanzando, aunque ella se empeña en mantener las distancias. Da lo mismo. No tiene salida.

—Marco, por Dios, quédate quieto. Me das miedo con esa mirada.

—¿Esa mirada? ¿Cómo te miro?

—Como si fueras a comerme aquí.

—Ahh, porque es lo que voy a hacer.

—No, no, no. Ni lo sueñes. Aquí no. —Pero no puede dejar de reír.

La atrapo y la encarcelo entre mis brazos.

—Por fin te tengo. —Hundo la cara en su pelo, aspirando su aroma. Por fin en casa, pero eso me lo trago, claro.

—Eh, eh, eh. Aquí no podemos tocarnos.

—Ah, ¿no? ¿Quién lo impide? Que yo sepa nadie puede vernos.

—Las puertas no tienen pestillo —susurra, inquieta, provocando mis risas.

—¿Y? Solo está Vicki, y no va a abrirla sabiendo que estamos los dos aquí. Solos. Te he echado de menos. —Varío el rumbo. Se la ve la mar de feliz entre mis brazos.

—Solo han pasado dos días. Y hemos estado hablando.

—Exacto. Hablando mucho. Pero no te he visto. Ya pensaba que me estabas evitando.

—Bueno, eso es culpa mía, que he tenido tendencia. —Me pone ojos culpables, piadosos—. Pero no es eso, de verdad que estamos liadas. Esta tarde tengo un curso de especialización en el Colegio Oficial de Psicólogos, y mañana cuando acabemos las sesiones hemos quedado con un asesor amigo de Carlos. Vamos a revisar de forma independiente las cuentas para ver si hay forma de ocuparnos nosotros de la fundación si por casualidad en septiembre quiere cerrarla.

Obvia el nombre de mi exmujer. La levanto en brazos eludiendo sus protestas y la llevo en volandas hasta su silloncito, en el que me siento con ella en mi regazo.

—Me parece una idea excelente. ¿Quieres que os ayude? Puedo sumarme a la reunión. —Le acaricio la mejilla en un intento de transmitirle que me importa.

—No, mejor que no. Prefiero mantenerte al margen.

—Tengo amigos aquí y allá. Si no te convence el tipo, avísame y te recomiendo otros.

—Gracias.

Me gano otro beso, este más largo, y nos abrazamos en silencio unos segundos. Se me expande el pecho, como si me permitiera respirar mejor... ese es su efecto en mí.

Beso reiteradamente su pelo y, tras despertarse ella también de su estado de ensimismamiento, me relata detalles banales de estos días. Y resulta que a mí me interesan. Y resulta que yo también tengo ganas de hablarle de los míos, del trabajo, de la conversación que tuve con mi hermano, de Arturo, de la mudanza exprés... Se nos echa el tiempo encima sin darnos cuenta.

—En un rato empiezan a venir los niños, tengo que prepararme. —Se va levantando y desperezándose, apoya el culo en su escritorio. Yo me mantengo cómodamente arrellenado en su sillón giratorio, contemplándola.

Consulto el reloj. Aún faltan más de cuarenta minutos para eso. Lo que pasa es que está recelosa por que estemos aquí encerrados, la delatan las reiteradas miradas de reojo que le echa a la puerta.

—¿Entonces no nos vemos esta noche ni mañana? Puedo encargarme de una deliciosa cena y esperarte para llevarte a la cama. —Me levanto y me acerco a ella.

—Me encantan tus ideas, pero prefiero que vengas otro día que tengamos más tiempo. ¿No crees? —Me acuna el rostro, la muy ladina sabe cómo salirse con la suya.

—¿Y la dejarás así hasta entonces?

Aprieto su culo contra mi erección, para que la evidencie sin tapujos, y me responde con carcajadas, echando su cuello hacia atrás, provocador, expandiéndose como impulsos nerviosos hacia mí.

—Eres lo peor —sentencia cuando vuelve a mantener mi mirada.

—No, tú eres lo peor por hacerme estas cosas.

—Venga, vente esta noche a mi casa —concede.

—¿Y la dejarás así hasta entonces? —repito estrategia.

—No pensarás que... ¡Marco! ¡Aquí no podemos! —susurra, exaltada.

Atrapo sus labios.

—Shhh, ¿te apetece?

Niega con la cabeza, pero se muerde el labio. Error, nena. No puedes mentirme así.

—Marco, a-quí-no-po-de-mos —enfatisa, bajando la voz.

Encarcelo su cuerpo sobre el escritorio, con mis dos brazos a ambos lados de sus costados.

—Te repito, ¿te apetece? —Mantengo mis ojos en los suyos, creo ahora que más oscuros que nunca.

—Pues claro —arruga la nariz y los labios, en una mueca que me resulta irresistible—, pero...

—Shhhhh. Entonces, no hay más que hablar. —Acallo sus protestas con un beso que ella agota minutos después.

—Pero Vicki está en su despacho y puede oírnos y sabrá lo que estamos haciendo... —gime.

—¿Y entonces por qué tienes las mejillas encendidas y respiras entrecortadamente? —Me encanta verla apurada—. Escucha, Vicki va a pensar sí o sí que esto ha pasado. Como va a pensarlo de todas formas, mejor que lo piense y que nosotros lo disfrutemos. Será silencioso, en lo que depende de mí... No sé tú.

Y, entonces, sus manos me sujetan la nuca y me devora la boca, apasionada, como tanto me gusta. Y el resto son mis manos bajando la cremallera de su falda, lanzándola por el suelo, y abriéndola de piernas sobre su escritorio. Ella rodeándome con sus piernas mis caderas, ansiosa. Y yo desabrochando los primeros botones de su camisa, desesperado. Y las bocas que no se despegan. Y se me ocurre que tenemos que probar algo que no hemos hecho el fin de semana. Y en su escritorio es perfecto. Así que me separo y me deslizo para probar su sexo, pero las manos de Elea tiran del

cuello de mi camisa y me lo impiden.

—No. Ni se te ocurra. —Su voz es tajante.

—¿Por qué?

—Porque, cuando me hagas eso, quiero poder gritar.

OK. Me convence al instante. Me muero de ganas, pero lo respeto y reconozco que yo también quiero hacerla gritar. Así que libero mi miembro apenas de los pantalones, compruebo lo preparada que está para mí, y la penetro con tanto ímpetu como la primera vez. Pero en su escritorio, como en mis mejores fantasías sexuales.

Me encanta cómo se muerde el labio, conteniéndose para no gritar y se agarra como puede a la mesa ante mis frenéticas embestidas. Aminoro el ritmo, conteniendo también así el ruido, y le pido que se agarre a mi espalda, para llevarla aún más hondo, a ese punto en que sé que disfruta. La penetro más y más. Y siento, por la fuerza de sus uñas en mi espalda y su estremecimiento, que se va, así que le susurro que se suelte sin dejar de mirarla, sin poder apartar la vista de su expresión de placer, y, en el último momento, cubro su boca con mi mano para evitar que se muerda el labio para no gritar. Joder, me muerde la mano y esa intensidad que me refleja lo que siente me hace abandonarme a mí también con ella. Silenciosos. Descargados.

Sonrientes.

—Me debes una visita turística de estas a mi despacho, nena.

Y se ríe, bajando la voz, desmadejada ella y su melena sobre el desastre de papeles de su escritorio, ladeando la cabeza para mirarme con gesto pícaro. No puedo resistirme: la aplasto con mi cuerpo para besarla de nuevo.

## CAPÍTULO 19: ENCERRADO EN TI

ELEA

Algunas veces, cuando estoy con Paula, me vienen a la cabeza una retahíla de trastornos que diagnosticarle. Y hoy es uno de esos días. Estamos en una de tantas terrazas de Ruzafa, disfrutando del ambientazo que nos proponen las concurridas calles, con mesas llenas de algarabía, al solecito, con una cerveza y unas tapas. Y mientras Pau cotorrea, y Vicki parpadea sin parar, observándola atónita, la Elea psicóloga va catalogando:

*¿Promiscuidad sexual? Afirmativo*

*¿Sin remordimientos por los efectos de su conducta? Afirmativo*

*¿No consigue incorporar a su conducta las normas sociales? Afirmativo*

*¿Falla en la planificación o es impulsivo? Afirmativo*

*¿Frecuentes conductas temerarias? Afirmativo*

DIAGNÓSTICO: *trastorno de la personalidad.*

Vale. Es broma. Y exagero. No se puede evaluar cuando se llevan ya dos o tres botellines de cerveza La Socarrada. Pero no descarto repensármelo cuando tenga la cabeza despejada.

—Cuando tengas un rato, te pasas por la fundación y te hacemos una evaluación psicológica a fondo, chata. Porque esto se te va de las manos — anuncio, jocosa.

—No podéis evaluar me, soy amiga y no sois objetivas.

—Tienes razón. Porque, si fuéramos objetivas, ya no seríamos tus amigas —bromea Vicki, y se gana una peineta de la aludida.

—Si me evaluarais, ¿¿sería con el test de las manchitas??

Me cuesta un poco reconocer a qué se refiere, pero caigo rápido: el test de Roscharch, el que muestra unas tarjetas con unas figuras abstractas que tienen que ser interpretadas.

—No, la mayoría de psicólogos ya no usamos esos test.

—Ah, me quedo más tranquila... —responde, visiblemente aliviada.

—¿Por? —preguntamos a la vez las dos *comecocos*.

—Estaba segura de que casi todas iban a parecerme manchas de semen desparramado, y me ibais a encerrar.

No sé si por su seriedad, o su comunicación no verbal, pero estoy segura de que no es una broma, aunque Vicki y yo hayamos estallado en risas.

—Venga, ahora hablando en serio, creo que tienes que replantearte toda la

situación.

—No veo el problema. —Bebe su cerveza Turia con aire despreocupado.

—Alguno de los tres, por no decir todos, podéis acabar heridos.

—Somos adultos, y sabemos a lo que jugamos —contesta ella, segura.

—No lo tengo tan claro. Julio no sabe que te tiras a Arturo.

—No, pero lo dejamos claro. Por el momento tenemos una relación abierta, podemos conocer a otras personas. No hace falta que sepa con quién hago qué, y no me importa lo que haga. Así lo decidimos. Así que no hay problema.

—¿Y Arturo tiene las mismas reglas? —inquire Vicki.

Se toma unos segundos para contestar.

—Supongo que sí.

—¿Y qué es lo que piensas descubrir con ello? ¿Elegirás a base de polvos al ganador?

Casi desparramo de mi boca toda la cerveza al oír la pregunta de Vicki.

—Si lo hiciera un hombre, nos parecería lo más normal. Es más, desearíamos ser las siguientes, pero, como lo hace una mujer, casi soy una criminal de la moral, ¿no? ¡Pues no!

Pau lleva parte de razón en sus argumentos, pero olvida que nosotras no la juzgamos por la situación, sino que nos preocupan las consecuencias. Sabemos que nuestra amiga es frágil, aunque quiera esconderlo, y que, en el fondo, tiene más que clara su elección, aunque no quiera hacerla evidente por miedo.

—No se trata de eso y lo sabes... —le explico—. Vicki solo está preocupada, y quiere que te expongas tú misma a la realidad mediante sus preguntas... aunque haya sido un poco bruta. —De reojo, le echo una mirada a mi compi para que colabore.

—En realidad, lo preguntaba porque me gustaría conocer de verdad cómo piensa calificarlos en base al sexo. Me interesan los detalles escabrosos... —Finge escalofríos de placer y nos desternillamos todas, acercando nuestras cabezas al centro de la mesa para que nuestra peluquera inicie sus relatos.

—¿Qué queréis saber?

—Venga, desembucha. Ahora no te hagas la remolona.

—A ver... si tuviera que calificarlos, creo que sería justo que comparara los polvos como torneos; si no, Arturo tendría una clara ventaja por número, y no sería ecuánime.

Asentimos como endemoniadas, esperando que siga.

—Si fuera así, el primer polvo lo ganaría Arturo porque Julio eligió el clásico misionero y su cama.

—No recuerdo qué hizo Arturo en el primer asalto... —pide Vicki.

—Lo hicimos en su coche, en el parking del restaurante, antes de la cena.

—¿¿Sí?? ¿Y prefieres el coche a una cama? ¿Y antes de la cena?

—Uff, sí. Debería ser siempre así. Si no, estás toda la cena pensando en qué pasará después, con sonrisas fingidas y rezando para que no se te quede nada entre los dientes, o cenando poco para no estar demasiado llena como para poder moverte. Lo haces antes y cenas calmada y con apetito. Y luego, si vale la pena, ya repites. —Por su tono está mega-convencida. Vicki y yo intercambiamos caras de pasmo.

—¿Y cómo fue el polvo? ¿Quién tuvo la iniciativa de empezar en el parking?

—Ninguno y los dos. No sé. Me hizo una broma que no recuerdo, nos enganchamos a besarnos, nos volvimos locos, me dijo que no podía salir al restaurante todo *enchufado* y le dije que mejor lo solucionábamos en el asiento de atrás, que tiene las lunas tintadas.

—Joer, chata, normal que las manchitas te parezcan baba de caracol...

—Sí. Estamos de acuerdo, Pau. Ganó Arturo por goleada —segundo, alzando mi botellín de cerveza, y brindamos por el ganador.

—¿El primer polvo de Marco cómo fue?

Creo que me sonrojo incluso antes de que mi cerebro procese bien la pregunta. No es que me cueste hablar de estos temas con ellas, es que aún no me he acostumbrado a hablarles de Marco de esa manera.

—No sé... no pienso calificarlo, como Pau. —Que respete las excentricidades de mi amiga no significa que me una a ellas.

—Pero Ele... tampoco nos cuentas muchos detalles. Solo nos contaste migajas, ahora que llevas algunas cervezas ya no tienes excusa. —Me hacen ojitos.

—Sois unas petardas. Y no quiero revuelos ni gritos ni comentarios ni recuerdos para la eternidad. —«Ja. Ni tú te crees lo que les pides, bonita».

—Palabrita. —Ambas lo complementan con el gesto correspondiente.

—Me empotró contra la pared de mi dormitorio.

Hay grititos. Caras de sorpresa. Espasmos. Aplausos. Todo junto.

—¿En serio?

Respondo como puedo, asintiendo, mientras me abanico y miro a los lados para comprobar que nadie pega la oreja a nuestra conversación. La Elea

juez moral me recuerda: «Ay, Manolete, Manolete...».

—¿Y pudo? Quiero decir... ¿fue cómodo?

—Fue... épico. —Aprieto los muslos e intento en vano que mi mente no rescate ahora mismo esas imágenes. Cuando veo que siguen esperando más detalles, les cuento brevemente algunos pormenores. No puedo evitar destacarles lo romántico que me pareció... con su mirada siempre conectada a la mía.

—*Mamma mia*... eso es un primer polvo legendario. El resto, tonterías. En el «Top Ten de los Primeros Polvos», Marco es el puto rey —señala Pau.

Brindamos entre risas mientras le pedimos sinceramente a nuestra peluquera medio borracha que baje la voz.

—Sin embargo, hay un error de cálculo, Marquito. Si la empotras la primera vez, los siguientes polvos nunca pueden superar el primero —se mofa Pau, muerta de envidia.

—Lo mejor de todo es que los siguientes estuvieron a la misma altura... y alguno de ellos superó al primero.

Me gano más grititos. Más espasmos. Más aplausos. Más asombro. La gente de las mesas de alrededor nos mira con cara de querer alquilarnos la silla vacía que nos queda para enterarse de lo que pasa. Y esta vez me lo merezco.

Por requete-presumida.

Tras un rato más de charla picante, en la que nos ponemos al día de los descubrimientos sexuales de cada una, me marcho a casa al recordar que Marco ya debe de estar esperándome. Reconozco que me ha acelerado las prisas este *no se qué* que se ha instalado en mi sexo tras repasar alguno de mis encuentros con Marco.

Y sigo rememorándolos con una sonrisa tonta, camino de casa. Es curioso. Me doy cuenta de que casi hemos establecido una pauta. En la cocina suelen ser polvos risueños. Quizá porque son mañaneros, y estamos algo torpes, y llevamos el pelo deshecho. O porque el deseo nos apabulla cuando trasteamos los dos cocineros obtusos, y acabamos ensuciándonos el uno al otro de lo que sea que encontremos. Pero, en la cocina, siempre, hasta ahora, han sido encuentros en los que alternamos las embestidas con las risas.

En la bañera, la pauta es distinta. Allí suelen ser polvos más lentos, suaves, casi delicados. No sé si por el miedo a derramar el agua, o el miedo a derramarnos el uno en el otro antes de tiempo. Pero allí parece que detengamos el tiempo, y que nuestros cuerpos apenas puedan moverse,

alcanzando el clímax sin quererlo, sin provocarlo, estirando los movimientos hasta llegar a él.

Por el resto del piso no hay pautas. A veces son aquí te pillo, aquí te mato. Pero acabamos diez metros más allá. Sin saber cómo hemos llegado allí. Otras veces, alguno de los dos opta por postura, momento y lugar, para estrenarlo. Otras veces, las largas charlas cómplices nos llevan a explorarnos el uno al otro. Pero siempre, siempre, tenemos que llegar al clímax manteniéndonos la mirada. Un mantra que ha establecido Marco. Como si eso hiciera más real el momento. Él me dice que mis ojos cachondos se clavan en su piel y rescata el recuerdo cuando lo necesita. Yo creo que sigue sorprendiéndonos a ambos que, por muchas veces que hayamos intentado desgastarnos a lo largo de estas semanas, aún mantengamos la intensidad de nuestros momentos. Pero no nos lo decimos. Aún no.

Llego a casa y me encuentro a Marco moviéndose sexy y diligente por la cocina, mientras escucha mis listas de Spotify en el ordenador y silba alguna canción que soy incapaz de reconocer. Lo que sí reconozco es que la escena está llegando a ser tan cotidiana que me asusta la rapidez con la que se cuela a pasos prematuros en mi vida. Cuando le di las llaves de mi casa, no me esperaba este tipo de circunstancias. Más bien fue una solución para que Marco no tuviera que esperarse demasiado en el portal cuando no estaba o no podía abrirle con rapidez, para que nadie que lo reconociera pudiera encontrarlo morando ante mi puerta. Ahora, debería arrepentirme, pero me resulta tan encantador, seductor y tierno verlo sin camiseta luchando contra lo que me imagino que es un revuelto de huevos con... algo, que no logro hallar el remordimiento.

—Eii... ¿ya estás aquí? ¿Qué haces ahí parada? —Me regala un beso delicado que hace desaparecer esa sensación raruna instalada en mi cuerpo y vuelve a ocuparse de la sartén, que pelagra un poco.

—Disfrutaba del espectáculo. —Lo abrazo por la espalda—. ¿Revuelto con qué?

—Mmm... bueno... la verdad es que pretendía ser una tortilla de patatas.

Ambos miramos la sartén, no muy seguros de que sea comestible. Pero, claro, tampoco es que yo pueda burlarme, porque ambos sabemos que también estoy en el A1 de cocina.

—Claro, tortilla. Qué tonta... —No sueno muy convincente, y ambos desatamos unas sonoras carcajadas, aún abrazados, ahora frente a frente.

—¿Llamas tú o llamo yo para pedir comida? —pregunta divertido.

Pero yo venía a por otros menesteres. Así que me enrosco a su nuca y le planto un morreo que revela mi estado.

—Joder, cómo venimos. ¿Esto es porque me echabas de menos, han sido las cervezas o me he perdido algo?

—Esto es porque te echaba de menos, y ya sabes que el alcohol me pone cariñosa y, además, estaba contándoles a las chicas tus habilidades amoratorias —revelo, chisposa.

Marco se desternilla. Tanto para mí: en la cocina, sexo risueño.

—Espero que me hayas dejado en buen lugar —me susurra, después de dejarme sobre el banco de la cocina para empezar a desnudarme.

—Te han puesto en el número 1 de los Top Ten de los Primeros Polvos.

—¿Ah, sí? ¿Solo en el de los Primeros?

—Es que solo hemos hecho ese. Presuntuoso.

—Nah, es que quiero cerciorarme de que te tengo bien satisfecha.

—Me tienes.

—Así me gusta. Joderrr. Estás muy mojada, nena. —Descubre mi excitación al introducir su dedo en mi interior, y yo me agarro como puedo a los armarios superiores llenos de cacerolas para no desplomarme del placer —. ¿Te has puesto cachonda recordando cómo follamos?

Su voz, solo su voz, ya hace que cualquier palabra suene erótica. Me sujeta el pelo con fiereza, para avasallar mi boca. Creo que lo ha puesto muy cachondo a él verme tan apurada. Sigue estimulando mi clítoris, y apenas puedo contener mis jadeos guturales que ahoga su boca, delirante.

—Dime. Dime cómo de cachonda te ha puesto —susurra contra mis labios—. Ya puedes contármelo si no quieres que me detenga...

—Me ha puesto cachonda recordar cómo me empotraste contra la pared, y decirlo en voz alta —susurro, entrecortada, mientras él lame mi clavícula, mi garganta... Pero qué bueno—. Y recordar cómo me follas. Y venía a casa pensando que me encantan los polvos risueños de la cocina, y los lentos de la bañera y...

—¿Polvos risueños y lentos? —Tiene al menos cuatros de sus dedos en mi interior, y con el pulgar estimula mi clítoris, pero se ha detenido entre divertido y perplejo al escucharme. De verdad que soy lo más diciendo guarradas...

—Sí. En la cocina siempre nos reímos mientras follamos. —Ahora el que parece más que risueño es él.

—¿Te he dicho ya que estás muy graciosa y adorable cuando bebes un

poco más de la cuenta?

—No. Eso no me lo habías dicho. ¿No te ha gustado mi bautizo de polvos risueños?

—Me encanta lo que les pongas a los polvos mientras acabemos corriéndonos los dos, nena. ¿Qué te parece eso? —No puedo contestar porque ahora lame y mordisquea mi oreja mientras reinicia sus movimientos en mi sexo. Rápidos. Abarcando con su mano toda mi obertura—. Pero ahora tendré que hacerte reír para que no me pongas falta, y, además, ahora que sé que las chicas están al tanto, tendré que hacerlo lo suficientemente bien para que puedas relatarlo sin dejarnos en evidencia, ¿no crees?

Me hacen reír sus ocurrencias y me abrazo a su cuello para no perder el equilibrio.

—Sí, vamos bien, preciosa. Cógete a mí.

Pierde su mano en mi interior, pero descubro que se aferra a mi trasero y lo desliza suavemente para acercar sus labios a mi sexo. Lame mis pliegues y su lengua ataca mi clítoris, a la vez que estimula mi obertura con no sé cuántos dedos... porque estoy perdiendo el sentido de la realidad. Intento contenerme, pero sé que estoy perdida. Se acumula en mí una tensión exquisita que libero con gritos le indican mi satisfacción. Ah. Pero sé que esto acaba de empezar. Me incorporo para besarlo, para susurrarle un «qué bueno», y, con un guiño orgulloso, me deposita en el suelo, apuntalada entre el banco y su cuerpo estable. Duro. Firme. Seguro. Aprovecho mi posición para quitarle los pantalones y los calzoncillos y descubro su polla, ansiosa por liberarse. Me muero por metérmela en la boca y lamerla hasta que ambos perdamos el norte y, antes de que me cuente sus planes, me arrodillo para atenderla.

Marco gime y agarra mi pelo cuando mi lengua empieza a lamer su miembro; primero paseando con lentitud por toda su largura, mientras mi mano acaricia sus testículos. Lo miro directamente, segura, y lo descubro con gesto contrito por el placer, con sus ojos clavados en los míos.

—Joder, joder, joderrr... nena, me vas a volver loco. Tienes que ir parando.

Su mano en mi pelo me sugiere que me aleje de su miembro, descontrolado. Pero saberlo así ahínca más mis ganas, así que profundizo el alcance de su polla, y acelero los movimientos apresando un poco más con mis labios su piel para aumentar su goce. Sus jadeos y la nueva rigidez de su miembro me adelantan que su orgasmo es inminente, y ahora es él quien folla

mi boca guiando con bravura mi cabeza. Casi pienso que voy a correrme yo también cuando me detiene de golpe.

—Córrete en mi boca —le pido, nublada de deseo.

—No, nena, necesito correrme dentro de ti. ¿Quieres?

Ahora quiero cualquier cosa. Asiento, y me ayuda a incorporarme, moviéndome hasta quedar pegado a mi espalda, sus abdominales contra mi espalda, su polla rozando mi trasero. Me muevo un poco para frotarme contra él, para estimular su miembro con mi culo.

—Me encanta esta desinhibición de hoy, cariño —susurra, satisfecho—. Tendremos que pedirles a las chicas más Top Ten.

Me muerdo el labio, ahogando mis risas y apoyándome en el banco de mármol, y así me impulso para seguir moviendo mi trasero contra él, arriba y abajo, para acoger su erección con mis nalgas. Estamos tan sudorosos y tan cachondos que solo con este movimiento creo que podríamos correr. Lo noto en nuestras respiraciones, en nuestros sonidos... Marco acaricia mi espalda y me deja hacer, paciente, hasta que de repente sus manos abren y, de una sola embestida, se cuela en mi interior. Grito de placer al notarlo, mientras se ocupa también de mi clítoris.

—No puedo más... —gimoteo.

—Entonces, mírame. Mírame y córrete.

Ladeo mi cabeza para encontrar su mirada, y me regala un beso presto, antes de que la mano que previamente sujetaba con dureza mi culo, mantenga firme mi cabeza a la altura de sus ojos. Sus embistes se hacen más rápidos y duros. Dentro, fuera, dentro, fuera, a un nivel de rudeza y velocidad que provoca que ya no pueda refrenar más mi próximo orgasmo y explote en espasmos y palpitaciones que encierran más su polla en mí y duran una eternidad, aunque desearía que duraran tres más. En los últimos vestigios de mi placer, Marco se abandona al suyo en una última y profunda sacudida que ahonda en mí de muchas formas distintas. De muchas más de las que puedo controlar.

Ya en la cama, tirados sobre ella y exhaustos, Marco juguetea con mechones de mi pelo.

—Me gusta el efecto que tienen sobre ti las charlas con las chicas.

Me río y dejo escapar un largo suspiro hacia las vigas que contemplo.

—¿Sabes? Ha sido una sensación nueva para mí. No sé si te ha molestado...

—No lo ha hecho —se apresura en contestar—, pero continúa...

—Sabía que quizá debía detenerme porque no tenía tu permiso para hablarles de intimidades que también te pertenecen. Pero me ha costado reprimirme, porque nunca antes había tenido ese tipo de experiencias que contar.

Marco se medio incorpora, apoyando su cabeza sobre la palma de su mano, creando un triángulo con su brazo. Y ya me avergüenzan un poco mis palabras, aunque sé que es la persona idónea para escucharlas.

—¿No les contabas qué hacías con Lucas? —formula la pregunta precavido. No hemos vuelto a hablar de Lucas desde el último día que me lo nombró en la fundación y acabamos enfadados. Y agradezco su cautela.

—No había mucho que contar —suspiro—. Supongo que ellas también lo intuían, así que creo que evitaban un poco este tipo de conversaciones. No es muy divertido hablarles a tus amigas del misionero y poco más, y para ellas tampoco resulta cómodo sincerarse del todo cuando saben que una de ellas no tiene una vida sexual... muy satisfactoria. Así que, bueno, hablábamos, y nos reíamos y todo eso, no quiero que pienses que era un tema tabú... pero yo no participaba igual. Y ellas cortaban antes el tema. Y no sé... hoy me he desmelenado un poco, y quizá tú has sido mi víctima.

—Puedes hacerme tu víctima cuanto quieras si vas a seguir atacándome como has hecho, nena —bromea, con un tono ronco, y me abraza. Nuestros cuerpos parecen encajar a la perfección. Y nuestras palabras. Nunca antes me había sentido tan cómoda—. No me molesta que se lo cuentes. A ellas no. Confío en ti, así que también confío en ellas porque las has elegido tú.

Me emociona su respuesta. Me emociona el cariño que les muestra. Y la confianza que tiene en mí. Y cómo empatiza y me consiente. Y me emociona que no haya querido taladrarme con preguntas sobre mi vida sexual con Lucas, que haya respetado esa parcela, a pesar de que yo haya expuesto parte de ella. Y, de nuevo, soy consciente de cómo mis venas y mis arterias se llenan de él.

Lo abrazo intensamente. Quisiera que este gesto le transmitiera todo ello. Sin palabras. Porque es demasiado. Porque aún es pronto. Porque no sé cómo haremos para sortear todo lo que no quiero pensar. Porque necesito ir despacio.

Tras unos minutos de besos lentos, que ayudan a decirnos todo sin palabras, decidimos meternos en la ducha.

—¿Qué te parece si antes pedimos la cena? —requiero.

—Sí, porque mi tortilla ha sido fallida. —Hace una mueca tierna que se

gana otro beso—. Tengo una idea mejor. ¿Por qué no salimos a cenar algo?

Me dejan fría sus palabras.

—Estás de broma, ¿no? —Pestañeo, incrédula.

Arquea los ojos y chasquea la lengua.

—Se ve que sí.

—Marco, ya hablamos de esto. No podemos salir, nos verían y no habría excusa que dar. Estabas de acuerdo —espeto con dureza.

—No quiero dar excusas, y estaba de acuerdo mientras no nos conociéramos casi y probábamos qué tal estábamos juntos. Pero está claro que estamos de puta madre. No lo puedes negar. Esto que nos está pasando — señala la cama que hemos abandonado hace unos minutos— no es solo sexo. Y sabes que no va a acabarse en breve. Así que tampoco pasa nada si empezamos a salir y se enteran de que nos estamos conociendo.

Se ha instalado en mi pecho una alarma extremadamente sonora que me agita. Mi respiración se dispara. Pensaba que Marco estaba de acuerdo en mantenerlo para nosotros, y no puedo lidiar con ello de otro modo. No ahora.

—Sí pasa, ¡claro que pasa! ¿Qué es lo que estás diciendo? Se enterarían Dana y sus padres en un santiamén. Perdería mi trabajo, y seguramente cerrarían la fundación.

—Sabes que no es el trabajo de tu vida. Sabes que te has acomodado en él porque no has querido arriesgar con otra opción, pero ni es un sueldo digno, ni vivir a perpetuidad con el miedo a que la cierren es algo que te merezcas ni te convenga. ¿Y cuánto tiempo crees que podemos estar encerrados? ¿Cuánto tiempo antes de que nos entre claustrofobia, nos ahogemos de inanición o alguien me vea entrar reiteradamente o nos empecemos a aburrir el uno al otro por no poder salir?

—¡No lo sé! ¡No sé cuánto tiempo! —grito, frenética—. Pero sí sé que estabas de acuerdo. Y no ha cambiado nada. Seguimos sin conocernos tanto, necesito estar más segura para dar un paso así. Y tú estabas de acuerdo. — Intento calmarme y bajar el tono. Todo el vecindario estará escuchándome—. Si ya no lo estás, lo respeto. Sabes dónde está la puerta.

No puedo evitar que las lágrimas corran descontroladas por mi rostro, que me nublen la visión y se apodere de mí un miedo a verlo salir de mi vida tal y como le he indicado. Así que marché hacia el baño, para no ser testigo de nada, y desahogar esta pena que constriñe mi todo.

Marco me sigue y me abraza, aunque yo lo intente evitar.

—Shhhh, ya está, cariño. Perdóname, tienes razón, no quería presionarte.

Ya está. —Besa mi pelo y me mece—. No puedo verte así. Perdóname. Soy un idiota. Tengo tantas ganas de salir por ahí contigo y llevarte a mil sitios que te he hecho daño sin querer. Perdóname.

Sus palabras tienen el efecto contrario al que espera y, a pesar de que intento evitarlo, desanudan el conflicto que se había formado en mi pecho. Y sale en forma de llanto. Porque, en el fondo, sé que había una pequeña parte de razón en alguno de sus argumentos. Porque yo también querría salir con él y disfrutar esto que estamos viviendo en total libertad. Porque me apena que pueda estar agobiándose. Porque me da miedo pensar en cuánto tiempo dispongo antes de poder decidir lo que me ha planteado.

Y lloro todos esos porqués. No sé cuánto tiempo pasa hasta que se agotan mis lágrimas. Pero, cuando ocurre, estoy dentro de la bañera, abrazada a Marco, frente a frente, sentada sobre su regazo, con nuestras piernas enlazando el cuerpo ajeno, mi cabeza reclinada sobre su hombro, y oigo cómo sigue susurrándome palabras de calma mientras mima mi espalda de arriba abajo y la baña de agua tibia. Cuando percibo que mi respiración también se ha calmado, me decido a levantar la cabeza y mirarlo a la cara, con la mía aún empapada de lágrimas, apurada por la reacción desmedida que no he podido sosegar.

Me encuentro con sus ojos inquietos y turbados, con su rostro preocupado.

—Dios, dime que me perdonas, cariño. No sé cómo he podido... no sabía que te hacía daño, yo solo... he sido un idiota, un capullo...

—Shhh... —Mi mano acalla sus labios, que él besa. Me hace esbozar una triste sonrisa—. No pasa nada, Marco. No era para tanto, pero he tenido miedo...

—Y yo, y yo... —Me abraza fuerte, fundiéndose con mi cuerpo.

—No quiero que esto que tenemos te haga daño, que te agobies y no estés cómodo...

—No me daña, nena. Ya sabes que soy impaciente, y tengo tantas ganas de disfrutar de todo a tu lado, que me han podido las prisas. Perdóname...

—No vuelvas a decirlo. Te perdono. No ha sido nada. Se me ha ido de las manos porque pensaba que te ibas, y te iba a perder... —Solo con verbalizarlo, vuelven las lágrimas a mis ojos.

—Ven aquí. —Vuelve a abrazarme—. No voy a irme a ningún sitio. Esto que tenemos es demasiado especial para irme por una tontería. Superaremos el agobio y las prisas, y lo que sea. Estoy tan bien contigo, tan seguro de esto,

que quiero que tú también lo estés, pero no pasa nada. Necesitamos tiempo y lo tenemos. Ya está.

Me baña entera de besos. Y de caricias. Y hacemos el amor como nunca lo había hecho. Llorando, sin poder evitar que las lágrimas se derramen. Lágrimas que él me besa y me borra, mientras me penetra muy lento. No sé si es lo que quiero interpretar o lo que él quiere transmitirme, pero lo cierto es que siento que el ritmo pausado pero intenso en el que nos movemos, es el ritmo que me permite que llevemos nosotros. Y, con su adoración, sus besos en mi piel y mis lágrimas, y este sexo tan íntimo, tan nuestro, vuelve a empujar para filtrarse aún más dentro de mí, ya en mis entrañas.

El sábado mantenemos nuestra ya establecida rutina. Quizá por la preocupación que se instaló ayer en mi cabeza, decido mover a las chicas para poder irnos de cena todos juntos y evitar que Marco se ahogue en el piso. Hemos salido otras veces juntos, para disimular, pero hasta ahora no me había percatado de su necesidad. Quizá porque yo estoy demasiado cómoda con él en casa.

A través del WhatsApp, y a lo largo de todo el día, vamos cerrando detalles para que todo esté en orden: no podemos ir solamente Vicki y Javi, Arturo y Pau, Marco y yo... ya que sería demasiado evidente que somos tres parejas y podrían iniciarse rumores. Así que, muy a nuestro pesar, Pau insiste en invitar a Julio y otro de sus amigos. De verdad que hemos intentado evitar el desastre, pero nuestra loca preferida cree que es una cena entre amigos de lo más *normal*. Reservo en uno de nuestros sitios favoritos: Mediterránea de hamburguesas; nos morimos por ver a estos repipis con las manos pringadas. Mmmmm...

Marco y yo nos hemos vestido y desvestido como cuatro veces antes de estar de acuerdo con lo que nos íbamos a poner. El *look* que teníamos pensado llevar ha quedado arrugado después de una emergencia sexual, así que finalmente hemos improvisado hasta elegir otro conjunto. Ni nos hemos atrevido a mirarnos mucho uno al otro, por si nos volvía a ocurrir... Sin embargo, antes de salir de casa, percibo cierto malhumor en Marco, aunque él lo esté intentando disfrazar. Sé que ha aparecido cuando hemos previsto que no podríamos salir de casa juntos, y hemos decidido hacerlo con diez minutos de diferencia.

—Algún día saldremos juntos a todos los sitios y desearás poder salir tú antes porque, con lo tardona que soy, las esperas te van a desquiciar —le digo, abrazándolo antes de que salga hacia el restaurante.

—Claro que sí, preciosa. No te preocupes. Nos vemos allí... —Sin embargo, su sonrisa no es de las francas. No es de las mías.

Entro en el restaurante buscando nuestra mesa con la mirada, aunque, por el jaleo, la localizan más rápido mis oídos. Están ya todos sentados, y me han dejado un sitio entre Marco y el amigo de Julio, frente a Vicki, y Paula se ha apoltronado al lado de Arturo y frente a Julio. *Ay-socorro-espero-que-el-karma-no-nos-ataque-hoy-por-favor.* Marco me guiña el ojo disimuladamente cuando me ve acercarme, y ya se me olvida el lío de mi amiga y mi corazón inicia un baile, recordándome ese cosquilleo que se intensifica cuando él está cerca. Al sentarme, descansa su mano en mi rodilla, y aprovecho para entrelazar nuestros dedos bajo el mantel. Qué ilusión que me ha producido ese simple gesto. ¿Hola? ¿Elea? ¿Acaba de salir de tu casa y ya estamos así?

Y, claro, la cena es lo más surrealista que podamos imaginar, porque así son las cosas con Pau. El amigo de Julio ha quedado sentado frente a Javier, el marido de Vicki, y parece que hayan establecido un pacto a lo *sálvese quien pueda*, alejándose en una conversación de ingenieros (ambos lo son) que nos deja al resto al margen. Así que aquí estamos, intentando no pisar minas que hagan explotar la tensión que percibimos entre los dos polvopercursantes de Pau. Vicki, creo que presa de los nervios, no deja de comer y de lanzar comentarios chorra. Y Marco y yo, cada vez que no sabemos que decir, nos miramos y bebemos de nuestra copa de vino. Los camareros van sirviendo las exquisitas tapas al mismo ritmo que nosotros iniciamos y detenemos los temas que salen a palestra.

—¿Sois pareja? —pregunta Julio, señalándonos a Marco y a mí y enmudeciéndonos a todos momentáneamente.

—Noo, que va —Vicki miente de pena.

—No, no lo somos. —Creo que esta es mi voz.

—Somos amigos. —Creo que eso lo dice Marco.

—No son pareja, para nada. —Pau sonrío como si hubieran dicho la mayor tontería del mundo.

—Que vaaaa... —Arturo gana el premio al mejor mentiroso de todos.

¡¡¡Viva el disimulo al cuadrado!!! Después de esto... las carcajadas monumentales de todos nosotros y un Julio atónito que sonrío cortado, sin saber por qué. Ay, espero que esto se le olvide rápidamente...

Un rato después, con varias botellas de vino por medio, todo parece haberse calmado. Creo que Julio y Arturo se estudian en la distancia, se

lanzan miradas electrizantes, pero han empezado a interactuar, imagino que intentando analizarse el uno al otro. Sé que Marco le ha dado varias puntadas a Arturo bajo la mesa, cuando los comentarios eran demasiado brutos.

Es entonces cuando Vicki empieza a comunicarse con nosotras en nuestro grupo de WhatsApp.

**VICKI-TRON:** «¿A cuál de los dos piensas tirarte esta noche?».

El vino se me cuele por el orificio erróneo al leerlo, menos mal que la mano cálida de mi hombre me ayuda con suaves golpecitos en la espalda.

**PAU-LANER:** «¡¡A los dos!! (emoticonos de la flamenca)».

Vale. Ahora me ahogo de verdad.

La fulmino con la mirada más iracunda de la que soy capaz.

Vicki se cubre la cara con ambas manos y Marco no deja de preguntarme qué coño ocurre. Cubro el móvil para no meternos en más problemas.

**YO:** «Espero que sea una broma...».

**VICKI-TRON:** «¿Y eso cómo funciona? ¿¿Uno se espera en el lavadero de La Pelu mientras el otro está dentro chuscando?? (emoticono mono riendo)».

Juro por lo más solemne que hacía años luz que mi amiga Vicki no tenía este vocabulario. Esto ya nos afecta a todas, estoy acojonándome...

**YO:** S.O.S. (emoticonos cara de horror)

**PAU-LANER:** «No. Les he propuesto un trío (emoticono fiesta)».

Se me desploma el tenedor de las manos. Marco me mira preocupado. Vicki y yo nos hablamos con gestos y telepáticamente: «¿Quién de las dos se la lleva de aquí y la encierra para hacerla entrar en razón?». Paula sonrío triunfal, y coquetea con Julio ante la mirada rabiosa de Arturo. ¡Ahora entiendo esa frialdad!

—Paula, me acompañas al baño, ¿*porfa*? —le pregunto, sugiriéndole con mi gesto que más vale que me diga que sí.

—No. No me apetece. Gracias. —Sabe lo que le espera y nos evita.

Todos los XY de nuestra mesa están pensando en este mismo momento que somos reclusas del manicomio y estamos de permiso de fin de semana. Lo intuyo.

**VICKI-TRON:** «Ay, mi madreeeeeeeeeee. ¿Ya lo saben? ¿Qué te han dicho?».

**PAU-LANER:** «Julio ha aceptado. Arturo se lo está pensando. Me responderá después de la cena».

**YO:** «Pau. Vamos ahora mismo al baño. Esto tenemos que hablarlo. No puedes hacer estas locuras».

**PAU-LANER:** «No pienso ir. No voy a escuchar vuestros reproches. Solo es un trío. No seas mojigata».

;;;Mojigata me llama!!! La muy...

**YO:** «;;;NO ES UN TRÍO NORMAL!!! ARTURO TIENE SENTIMIENTOS, Y TÚ TAMBIÉN. Y JULIO NO SABE QUE ESTÁS TIRÁNDOTE A ARTURO».

**VICKI-TRON:** «Bueno... ahora mismo ya debe de haberse hecho a la idea».

**PAU-LANER:** «Somos mayorcitos. No quiero sermones. No obligo a nadie. Y voy a guardar el teléfono para no seguir con esto. Tampoco quiero miradas que me lancen a la hoguera. Si me quemo esta noche, sé que será cosa mía».

**VICKI-TRON:** «AMÉN».

Me rindo. Tiene razón. No puedo comportarme como su abuela. Pero me preocupa tanto...

**YO:** «Vale. Como quieras. Pero ten cuidado. Por favor. No quiero que te lastimen. Te quiero mucho. ».

Y ahora entiendo la conducta de los dos participantes en el trío. Estaban meando el mismo territorio para ver qué meada olía peor y se quedaba como macho alfa. Aunque, al pensarlo bien, y viendo ese rictus de tormento en mi Arturo, es posible que él no esté jugando al mismo juego. Es más viable que no sepa cómo parar al portento de mi amiga... y cómo hacerlo ganándosela. Y Paula parece estar disfrutando de ello. No puedo revelarle nada a Marco para que intente convencer a su amigo de que esto es una locura. Traicionaría a mi amiga, y eso es impensable para mí. Pero voy a intentar hablar yo misma con Arturo para que se decante por no hacer el trío. Si fuera solo sexo, estaría la mar de tranquila. Pero sé que esto va a acabar como el rosario de la aurora.

## CAPÍTULO 20: ESCONDIDOS

MARCO

Hacía años que no pasaba un agosto en Valencia. Solíamos pasar el mes en el hotel de los padres de Dana, el de Tenerife, y, desde allí, los dos primeros veranos juntos, Dana planeaba algún viaje. Después, incluso evité viajar con ella, porque nos irritábamos el uno al otro en exceso. Ella solía viajar durante todo el año con sus amigas, por lo que tampoco me insistía cuando me negaba. Allí, en Tenerife, era todo más llevadero: la gente de todos los veranos inundando nuestro tiempo, enterarme bien de la gestión del hotel con Fernando (pensando en el futuro), mis suegros y Dana entretenidos criticando a todo ser viviente que entrara en su órbita visual...

Sí. Muchos años sin pasar unas vacaciones en mi tierra. Por eso me asombra apreciarla tan deshabitada. Solo invadida por pequeños ejércitos de turistas que le dan ese toque florido a la ciudad: las mareas de arándanos con chanclas. El centro de la ciudad solo parece animarse a media tarde. Y el resto de la humanidad se aglutina en sus playas. Esas sí, plagadas.

Hay miles de cosas que hacer para disfrutar de Valencia en cualquier época del año. Esas opciones se multiplican si estás de vacaciones, como nosotros, que hemos chapado el chiringuito todo el mes. Pero hay poco que hacer sin ser visto. Así que Elea y yo seguimos escondidos en su piso hasta que pueda convencerla de que esto vale la pena. Y malgastamos esos millones de planes que me gustaría hacer junto a ella.

No sé si la situación ya está consiguiendo asfixiarme. O si estoy perdiendo la esperanza de que algún día dé el paso esperado. Hay momentos en que incluso me planteo si hace bien en ser cauta, porque ¿y si ya nos estamos empezando a cansar uno del otro? ¿O son solo las circunstancias?

Joder, no es que estemos siempre encerrados. Intentamos unirnos a los planes de nuestros cómplices, quienes se prestan para ir a la playa, o salir a cenar, o pasar el día en algún chalet o apartamento con más gente. Pero nunca solos. Nunca en contacto. Nunca acortando distancias. Ella siempre con el miedo de encontrarnos a alguien que pueda llegar a sospechar. Siempre en la sombra. Y todo esto va a poder conmigo. Quiero, deseo e intento darle toda la paciencia de la que puedo hacer acopio. Pero no sé cuánta más va a quedarme... Siento que se va consumiendo el aire que me queda en los pulmones, y que en cualquier momento voy a estrangularme con esta

sensación. El piso cada vez me parece más pequeño. Más oscuro. Menos acogedor. Me abraso allí dentro. Tengo ganas de verla. Pero, cada vez que pienso que vamos a volver a encerrarnos allí, me fustiga una angustia y vuelve a salir la mala leche de antes, aunque la manejo por ella. Me asfixio, joder. Y no razono. Nos pasa factura. Ella piensa que todo el mundo sospecha. Yo empiezo a analizar a la gente que me encuentro de camino al piso.

Que acabe esto pronto.

Que acabe ya.

Llego al piso de Elea tras pasar el día en el chalet de mi hermano, mis sobrinos y Celia, que está mucho más tranquila ahora que todos tenemos vacaciones. Esperaba encontrar a Elea aquí, pero la casa está desierta, en la penumbra. Lo que me faltaba. Quizás esté en La Pelu con Paula. Tras varias llamadas de teléfono sin respuesta, tropiezo con un cartel en la nevera: «Si quieres una sorpresa, te espero en La Pelu». Se me escapa una sonrisa y me pregunto qué diablos estarán tramando.

—Anda, guapo, mira que has tardado. —Paula me recibe con prisas, con la peluquería ya cerrada—. Tienes que ir a la parada del bus turístico que está en la Plaza de la Reina —suelta a bocajarro.

—¿Cómo?

—Que Elea te espera en la parada del bus turístico de la Plaza de la Reina —repite en tono más alto y agrio, aunque me siga costando creer lo que escucho. ¿Elea esperándome a mí en medio de la calle? Pero tampoco veo a Paula colaboradora como para darme más información. Otra que hoy no parece tampoco estar de muy buen talante—. Ten, tienes que ponerte esto. — Me ofrece un borsalino y unas gafas de sol con montura de madera.

—¿Para qué?

—Cuando llegues lo verás. ¡Pero corre, que la pobre llevará ya una hora esperando!

En la plaza hace un sol de justicia, y la gente lo desafía apoltronándose en las terracitas bajo las inmensas sombrillas y fotografiando a su vigilante, el Micalet. El taxi me deja justo en la parada del bus turístico, pero ni rastro de Elea. Casi cuando he decidido probar de nuevo a llamarla por teléfono, vislumbro al lado de una tropa de turistas a una morena con un borsalino idéntico al mío, enmascarada además con unas gafas de sol. Es mi morena.

—¿Nos estás camuflando? —inquiero cuando la alcanzo.

—Exacto. ¿Cómo puedes estar tan tremendamente guapo y estiloso

incluso yendo disfrazado de turista?

—Porque me has puesto de turista estiloso; para ir de verdad de incógnito deberíamos llevar gorra de publicidad y chanclas.

—Con calcetines, ya. Pero con esto servirá.

—¿Servirá para qué? ¿No tienes miedo de que nos vean?

Recapitulo, en un intento de crearme esto: estamos en la parada del bus solos. Bueno, para ser más exactos, seguimos al lado de los turistas alemanes, pero vamos sin los canguros o guardaespaldas habituales. Y estamos los dos. Expuestos a que nos vean. Estoy loco de contento por estar disfrutando de la luz del día con ella. Porque haya decidido saltarse su norma de una puñetera vez. Pero, por otro lado, temo por las consecuencias para ella.

—No nos verán. Nos vamos de vuelta. Los dos. Solos. —Me besa, exaltada ella también. Loca de contenta. Y después, tira de mí para subir al bus.

Ya acomodados en la parte superior del mismo, sin ningún turista alrededor que se haya atrevido a exponer sus pieles nacaradas a la solana de nuestra tierra, al aire libre, es cuando tengo tiempo para asimilar qué ha urdido.

—¿Vamos a hacer la ruta turística en el bus?

—*Sip*. —Sonríe traviesa—. Me moría de ganas por dar una vuelta contigo por Valencia. Y pensando en cómo poder darla solos... se me ocurrió esto. —Me mira fijamente con esos ojos tan oscuros y a la vez tan transparentes—. Nadie mira nunca las caras de los turistas que van en bus. Pensé que era una buena idea y que podría sorprenderte... además, es parecido a la ruta que hicimos en moto cuando viniste a por mí a la universidad aquel día.

A medida que habla, parece ir avergonzándose, y me doy cuenta que aún no le he dicho que estoy encantado de estar aquí. De que haya pensado en mí de esta manera. De que se exponga por mí, a salir los dos. A recordar uno de nuestros mejores momentos. Juntos.

Decido primero rendirme a lo irresistible. Y la beso. Enmarco su rostro entre mis manos y saboreo sus labios firmes, dejándonos casi sin aliento. Solamente interrumpimos el beso cuando el vehículo arranca e inicia la ruta a ritmo lento, permitiendo que la suave brisa nos rocíe, sin llegar a molestar, ondulando su melena apenas apresada por el sombrero de incógnito.

—Gracias, nena. —Vuelvo a comerme sus labios. Y me obligo a parar para no convertir este trayecto en un auténtico martirio por todo lo que ya tengo ganas de hacerle—. Ha sido una gran idea. Debería haberlo pensado

yo, que soy de *publi*. —Ella me sonríe, coqueta, ya más serena.

—Esto es lo mío. Además, ahora conozco perfectamente cada detalle de la historia de la ciudad, no es necesario inventarme nada —presume.

—Mi guía turística va mejorando... —Le guiño el ojo.

Solo ella puede hacerme cambiar de humor al son de un chasqueo de dedos. Solo ella puede hacerme sentir que toco el cielo en un ro oso autobús. Darme otra visión de la ciudad que he pisado toda mi puñetera existencia. Ay. Lo hace ella, claro. La vemos casi a la altura de los árboles que nos encierran, nos encubren, y que podríamos llegar a rozar con nuestros dedos. Distinguimos los detalles de los edificios, que vamos eligiendo a medida que admiramos. Y la Plaça del Mercat, que nos arranca recuerdos de momentos que elegimos nuestros. Recordamos también que prometimos recorrer nos a pie el Mercat Central. Y le digo que también quiero ver con ella La Llonja. Y asiente rehuyendo mi mirada.  Cu ndo, Elea?  Cu ndo nos bajar s de esta torre en la que nos has arrinconado y dejarás que nuestros pies se enreden en el suelo?

Pero ahora la tengo aquí. Me cobijo en el presente. Arropada entre mis brazos. Resplandeciente. Charlatana. Recordándome pinceladas de aquel lejano paseo de dos jóvenes inmaduros, pero con todo el cariño que les guardamos. Me confía detalles que desconocía sobre sus miedos de entonces, sobre sus sentimientos, inseguridades y mis meteduras de pata con comentarios que ni recordaba. Pero ella sí. Ella perpetúa más de lo que debería. Y así me demuestra cuán equivocado estaba cuando pensaba todos estos años lo poco que la había calado.

La calle de la Bosseria despierta mis anécdotas de farra. Elea las escucha con los ojos como platos, con sus labios curvando sonrisas perennes. Y de nuevo convierte este rincón en uno para admirar.

—Qué bonita es mi Valencia. Mi Valencia bohemia y *graffiteada*. Mi Valencia de balcones de plantas y luz. Mi Valencia tradicional y orgullosa — me revela, soñadora.

«Qué bonita eres tú, Elea. Mi Elea espontánea. Qué fácil contentarte. Qué fácil explotar la vida contigo. Reciclas el aire. Qué loco me estás volviendo. No sueltes esto, Elea. Me habrás jodido cada puto rincón de esta ciudad para siempre. Me joder s vivo a mí, para siempre».

Me da miedo esto que se está creando en mi cabeza. Me da miedo ella. Pero lo acallo y la beso. Y no me importa en estos momentos. Porque ella no para de reír, con ese gesto tan característico suyo, echando la cabeza atrás

para que las carcajadas le quepan en el cuerpo y a mí me vuelvan loco. Para que le bese el cuello y ella se encoja presa de las cosquillas. Porque ahora somos completamente felices. Y eso me da esperanza, y me colma de paciencia para esperar hasta que ella esté preparada.

Y, entonces, las Torres de Quart se alzan ante nosotros. Y sé qué momentos está rememorando en su cabeza cuando las señala y me regala un guiño divertido, y las rodeamos saboreándolas. ¿Por su historia o por lo que significan en la nuestra?

Ahora bordeamos el río. Y ella rescata cada detalle haciendo que hasta yo aprecie el verde más verde que nunca, y aquel paseo más cercano de lo que está. ¿Cómo es posible que los caminantes de ahí abajo sean ajenos a esto que se expande en mi pecho? ¿Cómo es posible que yo no pueda obviar tampoco el temor que me produce sentirlo? La beso en el pelo y la acuno entre mis brazos, consciente de que estoy robando un momento de intimidad a las calles. Consciente de que pueden vernos. Disfrutando de algo que para el resto de parejas será tan insignificante, esa libertad que la mayoría no tasa porque tiene.

Y nosotros la degustamos ahora, a sabiendas de que es fugaz.

\*\*\*

Otro taxi nos deja delante de casa. Rectifico. Delante de *su* casa. Nos metemos rápidos en el portal para que nadie sospeche de una pareja que, ya entrada la tarde, llegando a anochecer, aún lleva borsalino y gafas de sol y parecen borrachos. Borrachos de felicidad, es lo que ellos no saben. No la dejo subir las escaleras sosegadamente. La atrapo desde atrás y la voy besando, sofocando el deseo que hemos ido incubando toda la tarde. Vamos ascendiendo escalón a escalón como podemos, acallando gemidos para que el único vecino de la finca, un indiferente suizo, no nos demande por exhibicionismo público. Porque, si abriera ahora mismo su puerta, se encontraría con una pareja con sus lenguas enredadas, subiendo a trompicones, con la mano de él entre las piernas de ella. No sabría decir si ella aprieta las piernas por aumentar su placer, o para intentar frenarlo a él hasta que lleguen a su piso. Quizá el vecino, si abriera, eligiera la segunda opción. Nosotros sabemos que la correcta es la primera. Porque notamos su pulso acelerado, y lo empapada que está. Porque sabemos que está a punto de correrse. Aquí, en medio de la escalera, subiendo bien amarrada a la barandilla, para no venirse abajo... o arriba del todo... no sabemos bien.

Pero el vecino no abre. Ni se manifiesta. Y no nos encuentra. Y nosotros conseguimos llegar al piso. Y nos desnudamos en segundos, y nos enganchamos con la misma rapidez. Y el resto es volver a fabricar momentos que compiten por grabarse en nuestra memoria. El resto es piel contra piel, las manos entrelazadas, los ojos intrincados, nuestros latidos descomedidos, los gemidos altos y desbocados... y, tras un orgasmo brutal, se escapa de mis labios un «te quiero».

Joder, la quiero.

Cómo la quiero.

Joder. Joder. Joder.

\*\*\*

El piso de Arturo se encuentra frente al parque de los Viveros, y aquí llevo ya más de diez minutos aparcado en doble fila esperándolo. Hemos quedado para comer en La Turqueta, porque hace días que no nos vemos, a pesar de que se supone que vivo en su casa. Sale tan pulcro como siempre, sonriendo a todo aquel que se cruza en su camino. A pesar de ello, no tiene ese júbilo de cuando trae buenas noticias... supongo que tiene problemas con Paula. Curioso: es la primera vez que una mujer le provoca contrariedades.

Nos palmeamos la espalda y nos abrazamos como si hiciera meses que no nos viéramos. Acostumbrados a cansarnos del otro todos los días en la oficina, se hace raro no vernos por pocos días, ahora que casi podría decirse que no salgo del piso de Elea.

En el restaurante me decido ya a indagar.

—No tienes muy buena cara —avanzo, mientras el camarero nos acerca los primeros platos.

—Lo sé. Hemos cambiado los papeles. Ahora soy yo el jodido.

Paso de aclararle que sigo bien jodido. Quizá de otra manera, pero ahora más que antes.

—¿Qué te pasa?

—*Pasa* que, el otro día, en la cena, la señorita me propuso hacer un trío con el capullo ese. *Pasa* que le dije que no y se fue con él. *Pasa* que no sé nada de ella desde esa noche. Y *pasa* que estoy hasta los cojones de esto — vomita, hastiado.

—¿Cómo?

—Lo que acabas de oír. No he querido decirte nada para no joderte ahora que estás tan bien. Y suponiendo que no me has llamado preguntando,

imagino que Elea no te ha dicho nada.

Niego con la cabeza.

—Pues eso. Que me pide un trío. Y ya ves, ¡a *mí* con esas! Por favor, si tendré el puto récord de participación en tríos de toda Valencia. ¡Si quiere probar un trío, le monto uno en cinco segundos! Pero con él, *no*. Eso no es explorar, ni probar, ni hostias consagradas. Eso es querer jorobarlo todo. ¿Y después, qué? ¿Vamos a quedar los tres para seguir con el temita? ¿Te crees que voy a mirar mientras él se la mete? ¡Joder, si ya me estoy volviendo loco al imaginarla con él, solo me faltaba verlo para arrancarme los ojos! Lo peor es que ella lo sabe. Y está jugando con fuego. ¿Pero qué tiene, quince años? Y, si espera que la llame después de esto, va lista. Pero ¿te crees que le importa? ¿Te crees que da señales de vida? Pues no, la señorita estará demasiado liada probando tríos con el papanatas ese. Ya ves. Ya ves. Un tío que la ha tenido delante de sus narices y que no se ha dado cuenta hasta que no entro yo en escena. Un monigote.

Joder, me deja pasmado con su drama. Y con lo afectado que se muestra. Y cabreado.

—Pero ¿no acordasteis que era algo abierto?

—¿Abierto hasta qué punto? ¿Hasta que me lo tengo que montar con él? Venga...

—No, claro. Pero vosotros dos funcionáis con reglas distintas al resto de los mortales. Así que tampoco entiendo qué es lo que te molesta tanto. Por lo que sé, tú empezaste esto de querer presentarle a Julio. Ahora ella te pide un trío con él. Parece que vaya todo en la misma línea...

—Eso fue al principio. Ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué cosas? —Joder, mi chica estaría orgullosa de mí, estoy siendo un buen aprendiz de comecocos. Un poco más y ya lo tengo...

—Lo que siento.

¡¡POR FIN!! Levanto los ojos al techo en señal de agradecimiento.

—Joder, mira que te ha costado. Pero ¿ella lo sabe? ¿Sabe por qué te negaste al trío? ¿Sabe que han cambiado las ideas que tenías sobre vuestra relación? —Hasta yo me siento orgulloso del sensato loquero que me ha invadido.

—Desde esa noche he estado replanteándome las cosas. No quiero compartirla. No quiero que ella esté con otro.

—¿Y eso no es posesión?

Me hace una mueca de fastidio. Sé que lo estoy pinchando. Pero lo

necesita. Además...donde las dan...

—No es posesión, tío. Necesito saber que me elige a mí. Que estamos bien y me prefiere.

—¿Y esto te había pasado antes con alguien?

—No. Rotundo. Todas ellas podían compartirme con cuantos quisieran. Y yo lo mismo —replica, tajante.

—Y, ahora, tú... ¿estarías dispuesto a centrarte en ella?

Arturo baja la mirada hacia su plato, incómodo. Sé que para él esta cuestión es fundamental. Porque nunca ha estado con ninguna chica en exclusiva.

—Creo que podría intentarlo. Creo que con ella funcionaría.

Se me escapa una sonrisa triunfal. Lo cierto es que estoy loco de contento porque mi amigo por fin haya encontrado esa sensación con alguien... y que ese alguien sea tan especial como Paula. Retengo mis ganas de levantarme de la mesa y celebrarlo con un puñetero grito. Sí. A ese nivel estamos de euforia. Pero, solo con un intercambio de miradas y gestos nimios, sé que nos entendemos, y él sabe lo feliz que estoy por él. Y cómo valoro esas palabras para otros tan insignificantes. Pero que él nunca ha pronunciado.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer?

Esta conversación me recuerda a hace unas semanas... cuando era yo el que recibía esa pregunta.

—No tengo ni la menor idea.

—Ni se te ocurran las flores.

—Lo sé, lo sé. Esta es capaz de tirármelas a la cabeza. —Ha recuperado la sonrisa relajada—. Sé que tengo que esperar hasta que se dé cuenta de que Julio no es lo que ella cree. O rezar para que no lo sea. Pero, si esto se alarga mucho, me va a crisar.

Creo que en este momento nadie podría entenderlo como yo.

—En tu lugar, yo no esperaría. Para que ella elija, necesita saber que estás pensando todo esto. Tienes que abrirte y que ella sepa lo que puedes ofrecerle.

Arturo asiente como pensativo.

—Sí... supongo que es lo debo hacer ahora.

—Prepárale algo especial para decírselo. No se lo aboques. Somos de eventos y publicidad, ¿no? Pues haz que se note.

—Macho... quién te ha visto y quién te ve. —Me gano una mirada entre atónita y burlesca.

—Ya... estoy haciendo un máster intensivo. Tenía un amigo que me daba consejos de mierda para las mujeres, así que he tenido que ingeniármelas yo solo. —Ambos reímos, arrastrando las risas hasta extenuarlas—. Por cierto, hablando de sorpresas, tengo que pedirte un favor...

Y empezamos a maquinar.

\*\*\*

Elea está fuera de sí. Está preocupada. Está tan impaciente porque tiene que tomar una decisión que puede marcar el rumbo de nuestras vidas. Una decisión que puede afectar a acontecimientos futuros a niveles nacionales. Casi me atrevería a decir internacionales: ¡¡debe elegir la ropa que va a ponerse para pasar el día con mi familia!!

—Es imposible que lleves casi una hora escarbando en tu armario y no hayas encontrado petróleo. —Me divierto a su costa.

—No me hace gracia. Es que, si llevo el bikini, todo lo que me ponga encima me hace parecer una dominguera. Y no quiero que la primera impresión que tengan de mí es que soy una dominguera.

—Claro, porque es eso lo que van a pensar —me burlo.

—Están acostumbrados a Dana... claro que van a compararme.

Ahhh. Y... salió la liebre.

—Cariño —inmovilizo sus brazos para que deje de sacar más vestidos como si estuviese poseída—, nadie va a compararte. Se mueren de ganas por conocerte y, si compararan, no sería por los modelos que llevas, te lo aseguro.

Me hace morritos, alterada.

—Lo sé. Pensarás que soy una tonta, pero es que estoy nerviosa. No sé si es lo más adecuado que me conozcan ya...

—Ya lo hemos hablado. Es adecuado: solo voy a presentarles a la mujer que me está volviendo loco. Sin más etiquetas ni expectativas. ¿Ok?

Asiente y nos damos un abrazo largo, urgente y penetrante, que creo que logra tranquilizarla.

Mi familia nos recibe en comitiva, en la entrada interior del chalet de mi hermano, como si fuésemos la Familia Real. Incluso los niños van peinados, un logro ahora en verano. Celia con una sonrisa nerviosa, hasta mi hermano se ha quitado el uniforme del chalet (el sombrero de paja medio arruinado y los pantalones roídos) y parece que comparta mi genética y todo. Me da la risa al verlos tan puestos.

Elea baja del coche mordiéndose el labio, tímida. Finalmente ha optado

por un vestido blanco, como ibicenco, unas alpargatas marineras a rayas rojas (que me ha contado que ella misma ha customizado con unos parches para imitar a unas que vio en Vogue), y las gafas Woodys de madera con el borsalino que llevamos en la ruta turística del otro día. Hemos pasado por casa de Vicki para que le dejara un bolso (¡Nooooo! ¡Erroooooor! No era UN bolso, me he enterado de que era EL bolso. El que necesitaba. Un capazo de la marca Dragona Fly... Lo que le decía a Arturo, un máster intensivo...). En definitiva, preciosa, como siempre la veo yo.

—Anda, Elea, tenía muchas ganas de conocerte. Nos has revolucionado a Marco. —Mi cuñada, siempre tan sutil, hace enrojecer aún más si cabe a Elea. Ahora es también un arándano con patas. Todos contenemos las risas —. Me encanta el vestido, por cierto, vas muy mona.

Y ahora sí que sí: ¡puntazo para Celia! Con esto le perdono las meteduras de pata del resto de su vida.

—¿Sí? Pues es de las rebajas, estaba tirado de precio.

—Uy, qué envidia, este año ni he podido pasarme por las rebajas. Ven, te enseñe el chalet mientras ellos preparan un tentempié. ¿Y las alpargatas? Son divinas...

Las voces se pierden al paso que las aleja, inmersas en sus cotilleos, como si ya se conocieran. Y es que la palabra «rebajas» y Celia siempre hacen buenas migas.

—Deja de mirarla tanto, que mi mujer te la devolverá en un rato, tranquilo, hombre —se mofa mi hermano.

—Ve a preparar el tentempié mientras yo juego un rato con mis sobrinos, ya has escuchado antes a la directora... —Se la devuelvo.

—Serás mamón. —Pero ya se aleja a cumplir con las órdenes de su mujer —. Por cierto —vocea en la distancia—, es muy muy guapa... ¡y parece normal!

Seguro que Elea lo ha oído... Lo que no es normal es mi familia.

La piscina se ha convertido en una cancha de waterpolo improvisada, en la que Elea y mi sobrino mayor, Paco, y mi hermano y el pequeño Edu, compiten por ganar para no ser los que se encarguen de preparar la merienda. No parece que se hayan conocido hace unas horas, cualquiera que nos viera diría que es una estampa familiar demasiado común.

Celia los contempla tomando el sol embadurnada de aceite, e intenta hacer trampas en el conteo de puntos para que pierda su marido.

—Menudo cambio, jefe —me susurra—. Elea no nos ha preguntado qué

tipo de cloro y la cantidad que ponemos para no estropear su biquini.

No recordaba ese incidente de Dana. Pero me hace reír. Especialmente por estar tan lejos de esas cosas.

—No las compares. No tienen nada que ver.

—No, ya lo veo. Ni tú con ellas. Nunca habías estado tan pendiente de nadie. Si llego a saber que no era de la nobleza, me evito todo el sábado de limpieza a fondo.

Nuestras risas se unen al algarabío que han formado en la piscina. Y yo me quedo más que satisfecho de la afinidad que se ha creado con mi familia y Elea, especialmente por verla a ella disfrutando tan cómoda y feliz. Hemos podido disfrutar del día relajados, gozando de los niños y la paella, de charlas sin *guerras frías* entre mujeres, con naturalidad y bromas.

—¡Habéis perdido! —grita Edu, devolviéndome al partido—. ¡Hoy prepara la merienda Paco con la tía Elea!

Y, por un milisegundo, a todos nos impactan esas palabras. Creo que la más afectada es ella, que ha vuelto a ponerse en modo arándano, mientras el resto de adultos disimulamos a duras penas el regocijo y el sonido de nuestras risas.

A mí me encanta como suena «tía Elea»... por eso le revuelvo el pelo mojado a mi sobrino y le regalo un guiño poderoso.

## CAPÍTULO 21: INOLVIDABLE

ELEA

Tengo una sensación instalada en mi cuerpo que huele a prisas. Percibo un reloj en mi cabeza, que parece sonar recordándome los segundos que me quedan o que pierdo, aún no sé decir, haciendo eco de ese *tic, tac, tic, tac* que me agita. Es como una alarma silenciosa pero nerviosa, que me recuerda que el verano se acaba. Que Dana volverá. Que Marco no estará indefinidamente encerrado conmigo entre estas paredes. Que debo empezar a decidir pasos que tendré que iniciar.

Lucas sigue con su rutina de llamadas, que cada vez evito con más ahínco, que cuando no puedo impedir, se vuelven extremadamente lacónicas. Me percibe distante. Lo insto a que deje de llamarme. Lo insto a asumir que tiene que soltar la cuerda, que tenemos las manos ensangrentadas de tirar de ella, que yo ya la he soltado... pero sigue pensando que soy pesimista y lo podremos solucionar cuando vuelva.

Y, a sabiendas de lo mal que lo hago, enmascaro ese *tic-tac*. Pongo música en mi cabeza. Encierro a la Elea juez moral y a la Elea psicóloga en algún rincón de mi cabeza en el que pueda extinguir sus voces. Y lo dejo todo para más adelante. Para cuando esté más fuerte y preparada para elegir qué pasos dar.

El presente me ayuda a conseguirlo, porque mis días están colmados de cada uno de los momentos que compiten por ser los mejores y suben los niveles de mi felicidad, de nuestra complicidad. De las salidas a la playa con Pau, o Arturo, o Vicki, o todos ellos. De los baños en la piscina de la familia de Marco. De las cenas que empezamos los dos en el suelo, más fresquitos, más libres. De la desnudez de un rubio paseándose por mi piso a todas horas. De las charlas que ya han llegado hasta tal magnitud de intimidad que diría que no esconden secretos. De paseos en bus que se tornan balas directas a ese núcleo donde se fabrican más ganas, más momentos, más sentimientos. De las dos potentes palabras que una vez se escaparon de sus labios, y ya no ha vuelto a repetir. Pero que se han quedado instaladas entre nosotros. De mi confesión, en la que pude declararle al fin que sí, que se colaba cada día en mis mejores momentos. Del pacto que establecimos, para no decirnos esas dos palabras que nos aterrorizan, así que nos engañamos diciéndonos: «Te cueles en mis mejores momentos». «Y los haces eternos», añadiría yo.

Y nos lo decimos todos los días.

Marco esta mañana se ha ido con Arturo y algunos amigos, así que he decidido tumbarme en la mecedora del balcón, disfrutando de la sombra y la paz de mi barrio con un buen libro de romántica entre mis manos. Creo que eso que escucho de fondo son mis propios gemidos, es mi orgasmo intelectual.

Al mediodía, quedo con Pau y decidimos irnos a disfrutar de una buena paella en La Marcelina, un restaurante tradicional situado en primera línea de la playa. Oye, ya que no nos hemos podido ir de vacaciones, nos resarciremos con planes de lujo. Tras la comilona, y después de tostarnos un rato al sol, a petición de mi peluquera, hemos llamado a Vicky, que está de vacaciones en Moraira, y con el manos libres y el alboroto de la playa, Paula nos suelta a bocajarro el notición:

—Chicas, imaginad en vuestra cabeza un buen redoble de tambores. Trrrrmmmmmmtrrrmm...

—Venga, no te hagas la interesante y suéltalo de una vez. —La voz de Vicki a través del teléfono se escucha lejana—. ¿Tenemos ganador del polvo-concurso?

—*Xiiiiiii* —dice, mientras nos volvemos locas; es decir, gritamos, estiramos las caras y los cuellos en gestos extraños que nadie entendería, pataleamos, aplaudimos... En fin, nuestro ritual de adolescentes para celebrar noticias. Sí, todo esto en la playa, rodeadas de sombrillas repletas de humanos, exacto.

—Venga, cuentaaa.

Paula, tumbada en su toalla frente a mí, le habla al móvil que hemos dejado entre nuestras cabezas, aunque me mira directamente con una sonrisa de oreja a oreja que me explica esa excitación y júbilo que ha demostrado a lo largo del rato que hemos estado juntas.

—Por supuesto que el ganador ha sido... ¡¡¡Arturo!!!

—Eso ya lo imaginábamos, pero cuenta el desenlace.

—Ohhh, fue ideal, se lo curró mucho. Anoche quedamos para cenar y me sorprendió lo nervioso que estaba. No quiso ni besarme en el coche antes de la cena, así que me temí que fuera a decirme que se acababa todo. Como lo veía apurado, nada más sentarnos pensé en quitarle el marrón de encima, y le dije que no pasaba nada si estaba enfadado y quería dejar de verme, le aseguré que podíamos seguir siendo amigos.

Vicki y yo hacemos los coros con «ohh, noo», pero Paula no se detiene

mucho.

—Empezó a maldecir y a culparse por no haber actuado antes, así que yo me quedé patidifusa, no entendía nada. Me preguntó si estaba segura de dejarlo por Julio y le dije que era él quién me estaba dejando. Total, un follón, y nunca mejor dicho. —Nos desternillamos riendo como ratoncitos—. Al final, nos pudimos aclarar y me dijo que no me estaba dejando, ¡¡sino que me proponía que iniciáramos una relación más seria!! ¡¡Y en exclusiva!! —De nuevo los gritos, los espasmos, los aplausos y la gente mirando en nuestra dirección—. Me pidió que no contestara aún si no tenía las cosas claras con Julio, pero le reconocí que Julio era un muermo de cojones, que me había dado cuenta de que estaba con él para aferrarme a una ilusión, y en parte también porque Arturo no quería compromisos.

—*Well done, baby!!* —La refuerza la voz remota de Vicki.

—Y me confesó que no esperaba compromisos porque no sabía que nadie pudiera llegarle como yo lo he hecho. Resumiendo —presume con tono vanidoso—, me dijo que le había roto los esquemas, que le dolía imaginarme con otros, que no podía aún decirme qué sentía exactamente, pero sí me aseguró que no era tan solo atracción, y que nunca se había sentido así antes.

Volvemos a gritar de amor.

—¿Y qué les pasó a tus bragas entonces?

—¡No llevaba bragas! ¡Ni tanga, ni nada de nada! Cuando quedamos por teléfono, quise darle una sorpresa guarra y era lo primero que quería decirle al subir al coche, pero, como lo vi tan distante, y después se tornó en una *ruptura*, y después en algo romántico, ¡no me dio tiempo! Así que mis bragas no ardieron, pero cuando me dijo eso yo sí. ¡¡Me quedé en *shock*!!

—Venga, sigue, sigue... —la achucho.

—Siguió diciéndome que no sabía tener relaciones, pero que quería aprender conmigo porque era la primera mujer con quien sentía que podía ser él mismo y que presentía que yo también era auténtica con él.

—Ohhh... —Hipamos a coro.

¡¡Estoy entusiasmada!! Tengo la piel de gallina, y creo que estoy tan emocionada que temo ponerme a llorar mientras escucho palabra a palabra el relato de mi amiga y puedo observarla con esta felicidad en su rostro que tanto merece.

—¿Y entonces, qué? ¡Odio no poder estar ahí con vosotras para celebrar esto juntas!

—Lo sé. Pero quería contároslo al unísono al menos. Bueno, sigo

detallando. Después de su declaración, le dije que yo tampoco tenía mucha experiencia en relaciones, pero me encantaría intentarlo con él. ¡Y nos besamos y fue un beso diferente! No sé cómo explicaros... pero sentía que nos besábamos como más dulce. Ninguno de los dos podíamos dejar de sonreír. Me preguntó si era ya oficial que Julio estaba fuera de la ecuación y se lo confirmé sin duda alguna. No podíamos siquiera cenar, de lo eufóricos que estábamos, así que dejamos la cena en el plato y le propuse irnos a La Pelu o a su casa a *inaugurar* el inicio de nuestra nueva relación, y me confesó que tenía preparada otra sorpresa si me apetecía.

—Menudo listón está dejando Arturito... —opino, guiñándole un ojo a Pau.

—Sí, pues cuando oigas esto, verás. ¡Me llevó a un hotel *supermegaromántico*! ¿Te acuerdas del restaurante Alma del Temple? —se dirige a mí.

—¡Por supuesto!

—Pues había reservado una habitación en ese hotel, una increíble, chicas, con la piedrecita esa que tanto te gustaba Elea. —La mato. ¿Cómo puede referirse a la muralla como piedrecita? —. Os vais a reír, pero, cuando entré, no podía dejar de pensar: «Anda que, Pau, él todo romántico y tú sin bragas...».

Se nos cuela a todas una risa nerviosa por las ocurrencias de Paula, pero la animamos a continuar.

—Había previsto todos los detalles, fue genial. La cama tenía un tragaluz sobre ella, para poder ver las estrellas mientras fabricábamos baba de caracol. —La interrumpen nuestros gritos de nuevo, ¡qué pavas nos ponemos! —. Y nos subieron Moët y fresas al poco de llegar.

—¡¡¡Primer puesto para Arturo en el Top Ten de noches románticas!!! — anuncio divertida.

—Tendré que pedirle a Javi que se una más a vuestros chicos, a ver si se le pega algo, porque esto ya no puede ser —bromea Vicki.

Tras intentar sonsacarle a Paula más detalles en vano, detectamos que, o bien se ha vuelto muy digna ahora que la relación es formal, o bien prefiere dosificarnos los detalles en varios ciclos. Tampoco insistimos, porque Vicki debe cortar la llamada, ya que tiene planes con Javi, así que nos despedimos y recogemos los bártulos de la playa.

Pau y yo no podemos evitar abrazarnos como dos niñas pequeñas cuando nos incorporamos, dando saltitos infantiles. Tras andar, canturreando y

bailoteando hacia la tarima de madera que nos alejará de la playa, una señora mayor que moraba a pocos metros de nosotras nos suelta:

—Enhorabuena, ricura, cuida al hombretón, que como ese quedan pocos...

—Que me cuide él a mí señora, ¡más le vale!

Y, entonces, nos damos cuenta de que casi todo el mundo a nuestro alrededor nos mira, algunos con miradas recelosas, otras con ojos soñadores, otros cuchichean, otros siguen boquiabiertos... Y así somos conscientes de que, encerradas en nuestro mundo, hemos estado retransmitiendo nuestro primer puesto en el Top Ten de noches románticas a todo quisqui... Nos cubrimos el rostro con nuestras pamelas de playa y salimos de allí pitando.

Llego a casa con unas ganas enormes de compartir con Marco la nueva etapa de nuestros amigos, pero nuestra morada sigue tal y como la he abandonado, señal de que aún no se ha dejado caer por aquí. Me preparo un baño fresquito con mi música relajante y cojo el libro que he empezado esta mañana y ya me tiene enganchada perdida. Oh, sí. Anotado en mi mente. Sin duda este también será uno de mis mejores momentos del día. ¿Por qué siempre pensamos que los mejores planes son los más caros?

Recibo un *whatsapp* de Marco cuando ya estoy mutando a pasa.

**MARCO:** «Pasamos en 10 minutos a por ti. Planazo. Pero tienes que hacerme el favor de ponerte la ropa que yo te indico para poder ir cómoda. Te aviso cuando estemos en la puerta. No puedo decirte más...».

En el siguiente mensaje me pide que me ponga mi peto vaquero de Topshop y unas alpargatas. Me parece una buena elección de comodidad y estilo, así que lo felicito mentalmente y lo combino con mi queridísimo collar de Frigopie de la diseñadora Patricia Nicolás, y mi bandolera de cuadros vichy en rosa y blanco, de Kling. Y con el pelo aún mojado salgo de casa ante su señal.

Al abrir el portón de la finca, tropiezo con un motero casi irreconocible debajo de un casco integral, montando en un pedazo de moto que no me da tiempo a investigar, porque el rubio que la conduce me tiende un casco y me señala con un gesto de cabeza que monte detrás.

—¿Y esta moto? —le pregunto, ya montándome en ella.

—Un préstamo. ¿Preparada?

—¿No viene nadie más? ¿No habías hablado en plural?

—Claro, esta preciosidad y yo. ¿Te parece poco?

Me aferro a su cintura antes de responder.

—No me hace falta nada más.

Y la moto arranca y se desliza por Ruzafa camino de quién sabe dónde. Me tranquilizo pensando que con el casco y una moto ajena no tienen por qué reconocernos. Está dando vueltas, presumo que disfrutando del paseo, llevándome por rincones desconocidos para mí hasta que reconozco el camino hacia la Albufera. El lugar donde nos vimos por primera vez. Marco acaricia la mano que agarra su cintura, también como aquella otra vez...

—¿A la Albufera? —le pregunto en alto, para luchar contra el ruido del viento.

—Te debía un paseo de incógnito por Valencia, y un recuerdo — responde, también desafiando al ruido.

—No me debías nada.

—Pues, entonces, me apetecía. —Y engarza su mano con la mía y la aprieta hacia su pecho. Y yo suspiro como una tonta por el gesto, preguntándome cómo diablos logra aumentar la intensidad de los momentos que vivimos.

La Albufera está casi desierta a estas horas. Ha oscurecido y, afortunadamente, no hay demasiada iluminación artificial que distorsione el paraje. Marco aparca la motocicleta y vacila para sacar una bolsa de tela en un intento en vano de que yo no le dé importancia. Vale, Marco nunca lleva bolsas, ¿cómo no voy a preguntar? Ante mi insistencia, confiesa que contiene nuestra cena, sin darme más detalles. ¡Picnic nocturno! Pero antes queremos explorar. Nos fundimos y difuminamos con la penumbra del lugar, siendo tan solo dos figuras sombrías aferrándose a la cintura ajena, inyectándose en vena de nuevo este aroma a naturaleza y a libertad ansiada.

—Este lugar es mágico. —Mi susurro se une al canto de los pocos grillos que han empezado a lanzar sus llamadas y recibo un casto beso en la sien como única respuesta posible de Marco.

Gozamos de un paseo cómplice, deambulando por caminos de tierra que no parecen andados, en los que nos cruzamos con algunas parejas, sombras desconocidas que también parecen buscar la intimidad de la oscuridad. Parecemos rehuirnos unos a otros. ¿Serán también amantes prohibidos? ¿Cuánto tiempo lleváis fingiendo a ojos del mundo? ¿Cuánto tiempo es posible? Me pregunto si aspirarán la misma felicidad que nosotros cuando podemos escaparnos. Cuando podemos fingir que tan solo somos un hombre

y una mujer, sin pasado, sin nombres ni apellidos, sin control.

Marco me pregunta por mis pensamientos. Y le miento. Le digo que me estaba acordando de mi infancia en este paraje. Para no ahondar más en su herida, que sangra más que la mía. Así que acabo relatando aquellas meriendas campestres con mi padre y mi hermano; ellos pescando, yo espantando a los peces con mi vocación de (nefasta) bailarina. Los dos hombres que después me fallaron, huyendo, abandonándonos. Los mismos que me hicieron más fuerte. Los mismos que le quitaron las ganas de vivir a mi madre, que aún lo hace por inercia, por castigo.

—Mi madre aún no ha superado nada. Que mi hermano esté siempre medio desaparecido, hoy subsistiendo en Cádiz, mañana en Málaga, pasado en Portugal. Sin oficio ni beneficio... al menos que sepamos. La vida que le dio mi padre... Solo le faltaba que ahora su hija se separase.

—Ya. Supongo que habrá sido un mazazo.

—Especialmente porque adora a Lucas.

—¿Lo sigue adorando ahora? —Parece sorprendido.

—Claro, para ella la culpa la tengo yo, que debería estar esperando a mi marido mientras se busca *las pesetas* trabajando en otro país. Lucas es el yerno perfecto para ella. La sigue llamando, no sé si incluso más que a mí; él siempre insistió en que viviera con nosotros, pero ella nunca quiso. Está muy cómoda con mis tíos en el pueblo.

—Normal. Ya la convenceré yo de que el yerno perfecto soy yo. —Me encanta que lo tome con humor, pero se me clava un aguijón en el estómago, porque conociéndola... no sé si eso sucederá alguna vez.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo harás? —intento distraernos.

—Ay, nena, soy de publicidad, uno tiene sus trucos. —Y su guiño seductor me confirma que está convencido, aumentando mi desazón.

Aparte de nuestros murmullos, solo hay silencio y nuestros pasos lentos, resquebrajando alguna ramita que cruje, alejándose de la civilización. Nuestras caricias pausadas, para que no corrompan esta paz, y, sin pretenderlo, mis pasos nos guían hasta una de los embarcaderos de madera más desconocidos, donde solía venir para ver el atardecer junto a Darwin cuando vivía en el pueblo.

Aquí rememoramos entre risas nuestro primer encuentro, nuestro primer pique y nuestro primer robo de alientos, por lo que decidimos que es el lugar idóneo para nuestro picnic nocturno, así que aparcamos el trasero al final de la pasarela, antes de descubrir uno a uno los manjares que Marco guarda en la

bolsa:

—Mmmm... cerveza La Socarrada, un punto para el turista descarriado. A ver qué más hay por aquí... Oh, vino blanco Marina Alta, sí señor. Mmmm... papas... y... ¿sándwiches?

Otra vez nos inunda la risa a ambos.

—Tenía que ser algo que aguantara bien y fácil de llevar. Además, son de cosecha propia, no te quejes.

—¡No me quejo! Me parece que tienen una pinta increíble. De verdad. ¿De qué son?

—Este es de ternera marinada, mostaza, rúcula y mozzarella. Este de queso brie y manzana. Aquel de escalibada. Y el que tienes en la mano de jamón y cebolla caramelizada al vino tinto.

—¿Cosecha propia, has dicho?

—Como lo oyes, nena, he ido al chalet de mi hermano para que Celia me asesorara con la lista de la compra y me ayudara, pero llevo media tarde buscando en los supermercados cosas extrañas y aguantando las bromas de toda la familia como para que a la señorita le entre la risa al ver los sándwiches. —Aunque trate de parecer serio, su tono guasón lo delata.

Me lo como a besos y, durante unos breves minutos, olvidamos el picnic nocturno, las estrellas, los juncos agitándose lentamente y el agua calmada que nos rodea, y solo nos centramos en el sabor de nuestros besos lentos y nuestras miradas encontradas, que nos desnudan bajo la tenue luz de la luna valenciana, que es la única testigo de cómo hacemos el amor, de cómo nos deshacemos el uno al otro.

—Sigues colándote en mis mejores momentos. Los vuelves inolvidables —murmuro cuando nuestra respiración tras el clímax se repara, para sustituir esas dos palabras imposibles.

—Y tú en los míos, nena.

Bebemos a morro de los botellines de cerveza y de la botella de vino, porque mi *detallista novel* ha recordado el descorchador de vino, pero no los vasos. Y creo que así es más perfecto si cabe. Porque además de amantes, somos dos amigos que pueden charlar mientras beben a morro. Nos contamos sobre las aventuras de Arturo y Paula, y así me entero de las peripecias de los dos bribones para conseguir la habitación del hotel a última hora. Marco detiene la cháchara y me da de comer de su sándwich, y yo hago lo propio, para aprovechar e intentar jugar a morder los dedos del otro, y nuestras carcajadas deben de escucharse a kilómetros de distancia, y nuestros besos

también. Pero no nos preocupa. Porque nuestras risas y nuestros labios hoy no tienen nombre. No son de nadie. No son prohibidos. Tan solo somos dos sombras en una pasarela de madera. Dos sombras con las manos (y la mente) sucias. Con las ganas siempre encendidas. Fabricando uno de los mejores momentos de nuestras vidas. No me cabe ninguna duda de ello.

Bien entrada la noche, cuando ya hemos devorado también los *eclairs* de chocolate y nata (con confesión incluida de que estos habían sido elaborados por Celia), reiniciamos una charla veraniega de las que tanto adoro. Una de esas charlas que saltan de un tema a otro, y que se alargan hasta la madrugada, porque no hay tiempos ni horarios. Nos acostamos mirando hacia el cielo salpicado de astros, abrazándonos, acariciándonos... En algún momento, nos llegan los vestigios de música, de la música de una guitarra y una armónica y las voces de un grupo de amiguetes que cantan, ríen y charlan. Están fuera del alcance de nuestra visión, pero los imaginamos en corro pasándolo a lo grande alrededor de la guitarra. Las melodías que inician, pausadas, nos acompañan en esta perfecta noche de verano.

Contagiados por sus murmullos, Marco me habla de sus veranos, aquellos en los que viajaba de camping en camping con sus padres, que, ahogados económicamente, organizaban como podían las escapadas familiares. Y así acabamos hablando de nuestra adolescencia y, por inercia, nos contamos nuestros amores y desamores. Los de verano y los de invierno. Los que nos marcaron y lo que casi hemos borrado. Los que dolieron y los que hicimos doler.

—¿Te acuerdas lo que me dijiste en una de tus sesiones sobre el amor?

Dejo de atender el brillo de las estrellas y viro la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres?

—A aquello del triángulo.

—Ah, sí. El triángulo de Stenberg, intimidad, pasión y compromiso.

—¿Recuerdas lo que te contesté?

Sus ojos conectan con los míos, como si quisieran alertarme de que es importante cada palabra.

—Vagamente. Creo recordar que me dijiste que no creías en ello y que eran estupideces.

—Más o menos. El caso es que... —aprovecha la pausa para sacar algo de su bolsillo. Una cajita con unas letras doradas que parecen brillar con los destellos de la poca luz que les llega— ...el caso es que todo esto me ha hecho cambiar de opinión.

Mi corazón parece desbocarse. Mi mente solo puede centrarse en la caja, como si el resto no existiera. Sus palabras han empezado a llegar hasta mí como disipadas, como si las estuviera escuchando en otra realidad paralela. Me invade cierto alivio al pensar que la caja es demasiado grande como para contener un anillo.

—Creo que ese amor pleno del que hablabas es el que estoy sintiendo por ti. Bueno. No lo creo. Lo sé. El otro día pasé por una vitrina en unos grandes almacenes y vi este colgante, y me recordó a ello.

De la cajita, y con sumo cuidado, va sacando una gargantilla dorada con un elegante y minimalista colgante, en forma de triángulo, que me arranca un pedacito de ese ahogo que sentía.

—No quiero que pienses que quiero que te precipites, no quiero agobiarte. Pero es justo que sepas que he cambiado de opinión respecto a los sentimientos, y creo firmemente en que lo que tenemos es especial. Me gustaría que te pusieras el collar cuando pienses que sientes lo mismo, cuando estés preparada. A veces tengo miedo de hablarte de ello, porque sé que necesitas pensarlo sin prisas. Pero necesito que sepas hasta qué punto estoy comprometido, así que no volveré a mencionarlo. Esperaré a ver la intimidad, la pasión y el compromiso colgado de tu cuello para saber que estamos listos para hablarlo y hacerlo público. —Esto último lo sostiene con un deje tierno y pícaro, sospecho que con la intención de restarle vehemencia al momento por mí—. ¿Qué te parece? ¿Tenemos trato?

—Tenemos trato —logro articular.

Pero en mi cabeza el reloj que he tratado de enmascarar suena más fuerte que nunca, la alarma que había intentado esconder se enciende con ímpetu.

Y no sé si esto que acaba de pasar derriba todas las murallas, o las está erigiendo más alto si cabe.

## CAPÍTULO 22: NOS HIZO FALTA TIEMPO

MARCO

Los últimos días de agosto son calurosos para el resto de Valencia. Y resultan muy fríos para Elea y para mí. Se ha instalado entre nosotros una ruptura de algo que no sé ni definir, ni detectar, ni solucionar. Tengo la sensación de que, haga lo que haga, va a molestarla, de que cualquier palabra puede alterarla, y mi sola presencia ya parece pesada en el piso.

He intentado repasar mentalmente cada uno de los movimientos, palabras y gestos que he tenido con ella, y no logro detectar la posible causa. Creo entender que esta actitud gélida que ostenta empezó la noche del picnic nocturno. Todo parecía ser perfecto hasta que subimos en la moto y llegamos a casa. En el trayecto, a pesar de la cercanía física, tuve la impresión de que estaba rígida y distante. Y ese desfase empezó a crecer y crecer por momentos.

Si le pregunto qué le pasa, finge una sonrisa fría y me responde como si todo estuviera bien. Los silencios en el piso vienen cargados de reflexiones que se escuchan a leguas, pero que me resultan ininteligibles, como en otro idioma, desconocido para mí. Mis intentos por solucionarlo del modo que sea resultan más nocivos.

Me imagino que la razón de todo esto tiene que ver con que le confirmara mi compromiso por la relación. Pero, sin duda, me esperaba otro tipo de reacción por su parte. Arturo no sabe nada de lo que puede estar sucediendo y Paula, si lo sabe, no suelta prenda. Y yo no estoy dispuesto a alargar esta situación ni un minuto más.

La observo en la distancia, haciendo la cama hiperconcentrada en dos míseras sábanas.

—Elea.

—¿Mmm?

—Elea. ¿Puedes dejar la cama y venir conmigo? Necesitamos hablar.

—Es que ahora estoy ocupada. —Ni siquiera vuelve la mirada para encontrarme.

—Ya, últimamente siempre estás muy ocupada. Pero necesito hablar contigo. —La cojo con suavidad del brazo para guiarla hasta el salón-comedor, y ya percibo su reticencia.

—Marco, es mejor que me des un poco de tiempo para reordenar mis

ideas antes de tener *esta* conversación.

—Puede ser. Pero ya no puedo soportar vernos así ni un minuto más. Necesito saber qué te está pasando.

El silencio inunda el espacio que antes llenábamos con tanta facilidad.

—Elea... —Joder, la voz parece fallarme—. ¿Qué diablos está pasando? ¿Qué es lo que te molestó del picnic? ¿Dije algo fuera de lugar? Te juro que he estado pensando y no recuerdo...

—No. No. No dijiste nada fuera de lugar. —Su tono es firme. Suspira antes de proseguir—. No es eso. Simplemente... siento que no puedo responder ahora mismo como tú querrías.

—No quiero que respondas de ninguna manera. Te dije que, cuando estuvieras lista...

—Sí, pero sé que estás esperando que esté lista a corto plazo. Y yo, en el fondo, sé que voy a necesitar más tiempo. Mucho más.

No le puedo quitar razón. Tengo la esperanza de que este sinvivir no se demore en exceso, porque siento que estas paredes pueden sepultarme pronto. No puedo pensar a largo plazo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—¿Ves lo que te digo? Se te nota, estás impaciente. Y creo que estamos en un callejón sin salida. Yo necesito más tiempo y tú necesitas decisiones en breve. Siento dentro de mí como un ajeteo, un nerviosismo constante, una presión por empezar a decidir, que solo me hace más difícil aclararme.

—Pero ¿¿aclarar, qué?? ¿Qué necesitas más?

La tensión ya se respira sin dificultades. Las cartas se descubren sobre la mesa. Sé que este momento es decisivo.

—Necesito saber que esto no es pasajero y cuando se acabe esta *luna de miel* quedará algo de nosotros.

—Oh, ¡¡venga!! —escupo, ya hastiado—. Lo que no quieres admitir es que estás posponiendo la decisión y no lo puedes alargar eternamente. Hay decisiones que no pueden tomarse estando cien por cien seguro de lo que va a ocurrir. Pero es que tampoco creo que estuvieras segura dentro de cinco años. No puede tenerse todo, Elea, estar encerrados quizá nos esté impidiendo ver de lo que somos capaces juntos. No es justo que no quieras arriesgarte cuando yo lo hice por ti. ¿Es incómodo? Sí. ¿Asusta? También. ¿Qué te crees? ¿Que yo no estaba acojonado cuando me fui a Madrid para poner punto final a mi matrimonio sin saber tu reacción?

—¡No es lo mismo! Tú nunca has arriesgado, porque nunca tuviste nada.

Y en el fondo sabía que llegaría este momento. Que querrías tomar el camino corto como siempre haces. El camino fácil —responde airada.

Nunca unas palabras tan simples hurgaron tanto en mis entrañas como estas. Quizá porque vienen de sus labios. Tal vez porque revelan algo que ha estado pensando todo este tiempo.

—Tenía la oportunidad de dirigir las empresas, la oportunidad que siempre busqué, y la quemé por ti. Y tomé la opción difícil por ti —espeto, aguantando el peso de cada sonido que sale casi ahogado de mi garganta.

—Creo que ambos sabemos que nunca quisieron que dirigieras las empresas porque no confiaban lo suficiente en alguien que no es de su mundo. No tenías nada, en el fondo lo sabías —niega con furia.

—Vale. Todo en orden. Está claro que ni tenía *ni tengo* nada —remarco con desdén—. Así que no perderemos más el tiempo. Espero que tú tampoco te quedes sin nada. Porque sabes que te estás aferrando a la fundación a pesar de saber lo volátil que es su situación. Suerte con ello.

Evito el portazo en la puerta, a pesar de las ganas que tengo de estamparlo todo a mi paso.

Y me repito lo inútil que he sido. Inútil. Inútil. Inútil. Por invertir todo, por situarme en la trinchera a pecho descubierto. Debí fiarme de mi instinto. Lo peor es esta opresión en el pecho al conocer que nunca he sido suficiente, que nunca estuvo en mi mano convencerla. Que siempre ha pensado que no luché, que de antemano vine sin nada. Que no tenía nada. Ja. Tenía claras las cosas. Tenía un camino hecho, uno que sabía que no dolería. Tenía las cosas fáciles. Y tomé el camino largo. Y me dejé engañar, sin pensar con la cabeza.

Inútil.

\*\*\*

Valencia ha vuelto al sonido de las puertas metálicas abriéndose en septiembre. Al ajetreo constante de sus calles, al tráfico y la rutina de sus pisadas. La vuelta al despacho y al automatismo ha sido mi oasis en este desierto en el que parezco inmerso los últimos días. Esta práctica la controlo, me la conozco. Papeles, llamadas de teléfono, personal, tiempo ocupado y repeticiones en mi mente que tratan de recordarme que saldré de esta. Como siempre hago. Que aquí no soy un inútil. Que puedo centrarme en mi empresa. Venga, venga, venga.

Y el tiempo se va llenando, aunque la recuerde cada vez que observo mi teléfono, o la cara lastimera de Celia, o la preocupación silenciosa de Arturo.

Pero no pregunto. No hablo. No pienso más de lo que puedo evitar. Porque así lo acordamos después de la discusión, cuando por la noche nos concedimos unos días de reflexión para volver a mantener una conversación decente. Ja. Decente. La que tuvimos no fue indecente. Fue sincera en extremo, al parecer.

Celia irrumpe en el despacho agitada.

—Es Fernando, el padre de Dana —anuncia, con los ojos intranquilos.

—Vale, estaba esperando la llamada. Pásamela.

—No, no, ¡está aquí! En la sala de espera —baja la voz, como si la sala de espera estuviera en la puerta contigua. No entiendo tanto espanto.

—Entonces, hazlo pasar.

—¡Viene con el abogado!

Después de todo, la intuición de Celia no parece tan fallida. Es extraño que Fernando se presente con el abogado sin ser la mía concedora de esta visita. Supongo que a perro flaco todo son pulgas. Perfecto inicio de septiembre. Me preparo para batallar esto.

—Bien. Veremos qué quiere. Hazlo pasar.

—¿Aviso a Clara?

—No por el momento. Que nadie nos moleste.

Fernando entra solo al despacho. Tostado por el sol, pero con su inconfundible traje y sus ojos fríos.

—Hombre, Fernando, no te esperaba, menuda sorpresa. Siéntate. —He valorado la posibilidad de llevarlo al sillón que tengo en el despacho. Pero, si viene a presentar batalla, prefiero la frialdad de una mesa de por medio.

—Espero que sea una agradable sorpresa. —Palmea mi mano, como de costumbre, y a pesar de que intento anticipar sus movimientos a través de su comunicación no verbal, no intuyo nada extraño. No hay más frialdad que la habitual. No parece haber enfado.

Me arrellano cómodamente en mi silla ofreciendo una falsa imagen de tranquilidad.

—Espero que el verano haya ido bien. —Ignoro su comentario anterior.

—Todo lo bien que se puede, después de la delicada situación familiar que tenemos, Marco. No te veo buena cara, no creo que tu verano haya ido como esperabas.

Sé que me está evaluando. Cada gesto, cada sonido, cada pestañeo cuenta para él. Me esfuerzo por transmitir mi cara más casual y elijo bien mis palabras.

—Supongo que será la vuelta al ajetreo, que no me está sentando tan bien.

—Ya. —Asoma una sonrisa calculada de su rostro—. ¿Un verano agitado?

—No. Más bien tranquilo.

—¿Por dónde has estado?

—No he salido de Valencia. ¿Dana y Consuelo bien? —Me apresuro a pasarle la pelota.

—No, lo cierto es que no muy bien. Apenadas por tu inesperada decisión. Eso venía a solucionar.

—Supongo que sabrás que no voy a firmar nada sin que mi abogada lo haya cotejado. —Presento mi primer movimiento, acompañado por una tensa sonrisa.

—Tengo la esperanza de que mi solución satisfaga tanto a ambas partes que no sea necesario que entrometamos a los abogados.

Frunzo ligeramente el gesto, desconcertado, y me medio incorporo sobre la mesa para escuchar su golpe magistral.

—Lo dudo. Pero te escucho.

—Vas a dirigir la cadena de hoteles, Marco. Como siempre anhelaste. A partir de la semana que viene, si quieres, la dirección será exclusivamente de mi hija y su marido, que espero que sigas siendo tú. —Me mira con suspicacia—. Problemas tenemos todos. Sois jóvenes, os casasteis jóvenes. Has tenido un verano en libertad, espero que haya sido memorable y... suficiente. Dana no te preguntará nada. Esta es mi oferta. ¿Qué te parece?

Hostiaputa. De todas las ofertas increíbles que me podía esperar, esta nunca habría entrado en mis planes.

—Fernando —carraspeo. Me ha dejado sin voz—, entiendo que, como padre, quieras solucionar esto, pero...

—Marco, déjate de tonterías y hablemos como siempre hemos hablado tú y yo. Mi hija sigue siendo la de siempre y mantiene sus mismas ideas. Yo he tenido mis dudas respecto a que fueras la persona idónea para ella y para las empresas, pero Dana tiene su propio voto. El divorcio solo cabe en mi cabeza como última opción, y creo que aún estamos a tiempo de evitarlo. Si ni siquiera quieres pensarlo, me iré con mi abogado directamente al despacho de la tuya. Sin presiones. Pero siendo claros: ya habrás tenido tu desconexión y tus canas al aire. Ahora, en una parte de la balanza tienes la oferta de mantener tu vida anterior y dirigir la cadena, tu sueño. ¿Qué tienes en la otra parte de la balanza? ¿Varias canas al aire?

Creo que ahí está el punto de unión. El punto donde todos coincidimos. Porque, al parecer, no tengo nada. Nunca lo he tenido.

Los edificios de Valencia se suceden extremadamente rápidos por la ventanilla, desvaneciéndose como figuras de acuarela a mi paso. Intento aminorar la velocidad del Jaguar, convenciéndome de que llegar unos minutos antes o después a la fundación no solucionará nada, aunque no estoy seguro de conseguirlo.

He forzado una conversación con Elea tras la reunión con Fernando, a sabiendas que aún no estamos lo suficientemente preparados para tenerla. Y el volante me abrasa en las manos al saber que voy a verla después de días de silencio. Y la cabeza me estalla al pensar que me pierdo o me gano, al plantearle las cuestiones que he estado ensayando todo el día en mi cabeza. Siento de nuevo ese hormigueo de los momentos importantes. Decisivos. Otro puto semáforo se interpone en mi camino. Otro puto intento de tranquilizarme. Alejandro Sanz en la radio. Me viene la cabeza esa canción suya que me vendría ahora como hecha a medida, y la busco entre mi USB integrado en el reproductor. Aquí está. *Ese último momento*. E, inexplicablemente, con su letra, me inunda una sensación de calma que consigue apaciguarme hasta ella.

La misma fundación. La misma entrada, con sus dibujos infantiles, con su combinación de colores absurdos, y hoy me resulta tan cálida que parece ser mentira. La misma puerta, y Elea tras la misma mesa, la que tanto odié. Y ella tan bonita y tan lejana, ahora, que resulta paradójico. Puta vida.

—Hola, Marco. —Su voz, dulce, que, sin haber olvidado, tampoco recordaba tan cálida.

—Hola. —Apenas reconozco la mía, y carraspeo para recuperarla—. ¿Todo bien?

—Sí... bueno... organizando la vuelta de los niños.

—Claro.

Y este eterno silencio incómodo que no sé enterrar.

—¿Vosotros en la oficina bien?

—Sí, arrancando, como vosotros.

—¿Conseguisteis el contrato con la tienda *online* que queríais?

Y he aquí, Elea acercándose tan genuinamente, haciendo lo complejo sencillo. Abriendo mi pecho al acordarse de ese detalle.

ESPERANZA. Un chute de esperanza en vena.

—La reunión es mañana —sonrío y me acomodo en la silla, apoyando mi

tobillo sobre la rodilla—, veremos cómo va. ¿Paula y Vicki bien?

Ahora es ella quien sonrío, pícara.

—Ya te lo ha contado Arturo... —Me señala con su índice.

—¿El qué? Te juro que era una simple pregunta. No sé a qué te refieres...

Me examina por unos segundos, pero parece fiarse de mi gesto extrañado.

—Vicki está embarazada. ¡Vamos a ser tías!

—Anda, ¡enhorabuena!

Y calor. Mucho calor en mi pecho de nuevo, al percibirla tan entusiasta. Me doy cuenta de que estos días me estaba congelando de nuevo, y unos malditos minutos con ella logran derribar las estalactitas de mi interior.

—Es un niño.

—¿Ya sabe el sexo?

—Sí, el embarazo está avanzado, viene para enero —sonrío ilusionada—, no había dicho nada a nadie porque tuvo un aborto antes... No quería decirlo y que le volviese a ocurrir. Y luego se fue a Moraira y, como quería contarlo en persona, la noticia se ha dilatado un poco. —Está nerviosa, no puede dejar de hablar—. ¿Te diste cuenta de que ella no bebía alcohol? Nosotras ni nos enteramos...

Tras unos minutos de cháchara, en los que me entero de los detalles de la nueva noticia, llega la mirada de Elea, esa que me devuelve al motivo de mi presencia.

—Sé que aún es pronto para hablar... —empiezo.

—Marco, hace solo unos días que te pedía tiempo, y estamos en las mismas. —Su tono no es de reproche—. No puedo decirte nada nuevo, estoy ocupándome de...

—No se trata de eso. Tengo algunas novedades... —la interrumpo.

No era así como había pensado plantearlo. No era así como había ensayado todo el día. Y las prisas desbocadas de mi pecho me hacen proseguir, y relatarle la reunión con Fernando. Se sorprende lo justo.

—Te habrá dejado de piedra —comenta, tras mi resumen.

—Ya te digo. Ahora entendemos todos la calma con la que se tomó la situación, sus palabras cuando le comuniqué mi decisión... Creemos que, desde el principio, ideó la estrategia de dejarme el verano para mí e ir planteando con su hija y los gestores el traspaso de la directiva. Piensan que necesitaba echar «canas al aire».

—Estarás contento, tienes al alcance de tu mano lo que querías... —Sonrío sin sonreír, casi esquivando mi mirada.

Me incorporo y rodeo los muebles hasta acuclillarme enfrente de ella.

—Elea... te he llamado nada más hablar con él. ¿Crees que si tuviera al alcance de mi mano lo que quiero no lo habría cogido? Quizá era eso lo que antes quería, pero ahora tengo otras prioridades. Pero necesito estar seguro de que están ahí, que puedo alcanzarlas...

—Marco, espero que no me estés pidiendo que te ayude a elegir.

—No. Te estoy pidiendo que me digas qué posibilidades tenemos. Porque, si existe la menor probabilidad de que podamos estar juntos, ni siquiera voy a pensar, ni remotamente, la propuesta de Fernando. Lo mando todo al garete. Todo. Pero, si no puedo estar contigo, si lo que hemos vivido te sigue pareciendo insuficiente, si vas a seguir anteponiendo la fundación y encerrándonos por miedo... supongo que tendré que plantearme su proposición.

Me cuesta trabajo enfrentarme a su gesto de pena y a la inseguridad en sus ojos, que ya me adelanta su respuesta. Me cuesta creerlo. Pensaba que esto la haría reaccionar.

—¿Cómo es posible? ¿Es que solamente he vivido yo lo que hemos tenido? ¿Es que he exagerado en mi cabeza lo que sentimos?

—Es egoísta. Estás pidiéndome que decida por ti.

—No —declino, convencido—. Estoy informándome de qué opciones tenemos. Ya lo arriesgué todo por ti una vez. Lo volveré a hacer. Pero quiero saber si tiene sentido.

—Nunca te pondría en esa tesitura.

—Elea, es sencillo. ¿Eliges tu vida anterior o tu vida ahora, conmigo? Si es lo segundo, lo pelearemos. Si es lo primero... valoraré la opción de Fernando. Porque ya no me quedará ninguna ilusión más a la que aferrarme.

En el fondo de sus ojos percibo esa respuesta, esa lástima con la que me contempla, mientras se aprieta los labios para no estallar en llanto por lo que acaba de elegir. Sé que no lo verbaliza para no rechazarme una vez más, para no hacerme daño.

—Lo sé. Lo sé. —Y percibo la derrota en mi voz, porque en este mismo momento no puedo ocultar que se acaba de desmoronar la esperanza que mantenía, y el suelo se abre entre mis pies—. Ya me lo demostraste, tú ya decidiste, y antepusiste la fundación. No necesitaste saber qué opciones te ofrecía. Supongo que ya lo sabía antes de venir hacia aquí...

Percibo los brazos de Elea abrazándome; se ha arrodillado frente a mí, rota en llanto. Y sigo sintiendo cómo desciendo hacia el infierno, y oigo de

lejos sus «lo siento». Saco ganas y fuerzas para consolarla. Y le digo que no pasa nada. Al fin y al cabo, no puedo culparla por no sentir lo suficiente. Que nos ha faltado tiempo, logro entender. Y le digo que sí, claro, aunque ambos sabemos que es una burda excusa. Lo que han faltado son ganas. Porque el tiempo se detiene cuando uno siente. Se alarga como si de otra galaxia se tratara. El tiempo se ha detenido para mí cuando he compartido mis mejores momentos con ella. El tiempo se ha detenido ahora con ella en mis brazos, cuando soy consciente de que es nuestra despedida. De que no la volveré a abrazar, ni consolaré de nuevo su llanto, que sus rizos no me envolverán, ni sus mejores momentos serán más míos.

Y, si este es nuestro último momento, no me perdonaré nunca si lo estropeo. Siempre hemos sido malísimos en las despedidas. No quiero este recuerdo en esta, si es la definitiva. Así que no le permito que hunda más su cabeza en mi hombro, sintiéndose culpable. Limpio las lágrimas que arrasan su rostro y contemplo sus ojos vidriosos y absortos. Joder. Ya los añoro, y aún los contemplo. Sé que estoy tragando saliva porque percibo que hasta ese mínimo detalle me cuesta. Y le susurro que no pasa nada, que no se preocupe, que sé que se merece al mejor tío del mundo y que lo encontrará, que es especial, que el verano ha sido maravilloso a su lado, que no lo cambio, que no, que aunque pudiera no lo haría. Y que me tendrá para lo que necesite, que estaremos cerca, lo sé. Y que la voy a besar. Por última vez. Y que será el mejor momento de mi día, porque no me perdonaría nunca no besarla por última vez. Y la beso antes de que ella me pare, antes de que me lo impida. Un beso dulce porque es suave, un beso de despedida, salado, bañado por sus lágrimas, impregnado por las que yo contengo.

Y me cuesta trabajo de nuevo tragar saliva. Y levantarme y levantarla. Y decirle que no debe sentirse culpable ni preocuparse. Que yo forcé desde el principio la situación. Y eso alienta su llanto. Y me cuesta trabajo decirle que ha sido precioso, y sonreír, y decirle que guardaré sus recuerdos siempre.

Y lo que me cuesta salir de allí y dejarla. Joder. Lo que me cuesta y lo hecho mierda que estoy. El trabajo que me cuesta andar los pasos, como un autómatas. Y aun así lo hago. Y aun así los doy. Y aun así la pierdo.

## CAPÍTULO 23: LA ÚLTIMA SESIÓN

*ELEA*

—No logro entenderte —sentencia Paula.

Se han presentado en mi casa para desayunar ante mi negativa a salir con ellas a nuestra cafetería. No me apetece vestirme. No me apetece salir. He pasado toda la semana en este estado de semisupervivencia y de semiinconsciencia. Pensaba que el fin de semana no llegaría nunca. Necesitaba arrebujarme entre mis sábanas, velando mi pérdida, cocinando mi pena en la cama, a fuego lento. A imprimirla en cada rincón del piso, que ahora lleva su aroma. He llorado una lágrima, solamente una, por cada uno de los errores que he cometido. Y aun así distingo mis ojos secos, de las muchas que han sido. Demasiadas. He empañado los enormes ventanales del piso de mi culpabilidad.

—No logro entenderme ni yo, Paula. Pero, por el momento, soy incapaz de hacer nada más, de pensar más o mejor...

La cabeza me va explotar de un momento a otro. Creo que ya ha iniciado la cuenta atrás.

—No pasa nada, cielo. Has podido con cosas peores. Podremos con esta. —Ni siquiera los mimos de Vicki me consuelan. No tienen efecto alguno. Me siento yerma.

—Sí. He podido con muchas otras situaciones. ¿Entonces por qué esta se siente como si pesase tanto? ¿Es porque en el resto sentía que no tenía el timón? ¿Es porque sé que esta la he dirigido hacia al abismo yo?

—No pasa nada, aún podemos solucionarlo —irrumpe Paula, animosa.

—Está de nuevo con Dana. Va a dirigir el imperio de hoteles. Ha elegido. Fin. No hay nada que solucionar.

—¡Eres injusta con Marco! ¡Le hiciste creer que no podríais tener nada más! ¡Le diste a entender que no había sido suficiente y que elegías tu vida anterior! ¡Le dijo que no a Fernando, pero insistieron! Insistieron y le mejoraron la oferta inicial, y lo han perseguido toda la semana. ¡Joder, no lo habéis visto, pero está quebrado! ¿Cómo va a decir que no? Si supiera cómo estás y lo que sientes, nunca hubiese tomado esa decisión.

A pesar del retorno de mis lágrimas, a través de ellas, diviso la tristeza y la rabia de Paula, y sus ojos también vidriosos fijos en los míos.

—Tenía que decidir por él mismo, Pau. —Mis palabras parecen lamentos,

más que explicaciones—. Necesito más tiempo para reordenar mi vida y pensar a qué me dedicaría sin la fundación, y dar el paso definitivo con el piso de Lucas, y encarar a mi madre... y todo requería más tiempo del que Marco podía esperar. Estaba empezando a pensar cómo organizarlo todo. Pero entonces le ofrecieron las empresas de nuevo... Si me atrevía, y luego algo se torcía y él perdía la oportunidad de llevarlas, nunca me lo habría perdonado. Y era un peso demasiado grande para llevar yo. Tenía que ser él quien decidiese, independientemente de mí.

Y me trago para mí que anhelaba que dijera que no. Que se mantuviera firme. Me callo, y no les digo que tenía la esperanza de que llevar esa cadena de hoteles no fuera tan importante para él.

—Supongo que ya está todo dicho, porque hablas en pasado. No puedo estar de acuerdo contigo, Elea. Esta vez, no. Creo que te estás equivocando. Siempre me has dicho que, para decidir, una persona tiene que buscar información sobre sus opciones, para elegir la mejor. Me dijiste que la información es el primer paso, luego la valoración. Y a él le mentiste con las opciones que tenía, le hiciste creer que lo vuestro no era suficiente, así que es normal que haya decidido agarrarse a lo único que parece mantenerse estable. Y está jodido, que lo sepas. Y cabreado con la vida, de nuevo. Es injusto para los dos. Estaré a tu lado en lo que decidas, pero esta vez no puedo apoyarte.

Paula se marcha dando un portazo que no duele, porque entiendo que es su manera de expresarme que está conmigo en mi pena. Que la siente casi tanto como yo. Ojalá me transmitiese un poco de su ira, para levantarme e intentar parar esto. Pero no sé. O no puedo. O no debo. O todo lo anterior.

Vicki me informa, más pausadamente, de que Paula, además de venir cada día a confortarme, ha estado yendo a visitar a Marco. Para animarlo. Siento que la quiero incluso más ahora. ¿Es eso posible?

—Le dije que no podía hablar por ti, ni insinuarle nada respecto a cómo estás o lo que sientes. Y lo está respetando. Aunque casi puede con ella. Me llama cada hora, para preguntarme qué podemos hacer por vosotros —relata Vicki, mientras me acaricia el pelo.

Mi Paula valiente. Mi Paula entregada.

—¿Qué cuenta de él?

—Ele, no creo que debas saber nada —me ruega con la mirada, pero la mía debe de inspirar mucha más compasión, porque acaba cantando.

Así me entero de que Marco sigue en el piso de Arturo, que les ha pedido un poco de tiempo. «¿Ves, Elea? Sus noches aún no tienen compañía». Que

esta semana deja su empresa a cargo de Arturo, y él y Dana empezarán el traspaso de poderes en la directiva. «Estarán juntos, todo el día juntos». Han querido que traspasara su propia empresa, que se deshiciera de ella, pero Marco se ha negado. «Quieren absorberlo, dejarlo a su merced. Pero se ha dado cuenta». Tenían un contrato para atarlo a la cadena, pero Clara ha elaborado uno propio, y será el que firmen. Y, aun así, escucho que está pasándolo mal. Que Arturo dice que ha vuelto su carácter hosco y gruñón. Que está irritado con todo y con todos. «Marco, ¿por qué no eres feliz, si siempre soñaste con esto? ¿Y por qué, si no lo eres, no lo dejas perder y escoges otro camino?».

Y otra vocecita en mi interior me reformula las preguntas, las mismas, pero dirigidas hacia mí.

\*\*\*

La fundación no me ilusiona, ya no me conforta. Hoy parece otra carga. La simple visión de su fachada logra revolverme las tripas. Es injusto. Antes de él caminaba cada día feliz hacia aquí. Hoy me pregunto si debería haberla arriesgado. No por él, sino por mí. ¿Me lo preguntaré cada día? Lo peor no es su ausencia en mi vida, ni su ausencia en mi piso, ni la ausencia de mis risas. Lo peor no es imaginarlo con ella, ni saber que no tendré sus abrazos, ni sus besos, ni sus detalles. Lo peor es que me ilusioné como nunca había alcanzado hacerlo. Lo peor es que la vida con él adquiriría posibilidades de presente y de futuro preciosas. Y que, cuando eso se pierde, parece que la luz disminuya en todo aquello que miras. Me digo que dejará de doler. Que son etapas. Pero ¿recuperaré las mismas ganas? ¿La misma luz? ¿Seré capaz de disfrutar tanto de momentos inolvidables junto a alguien? ¿Me arrepentiré siempre de mi decisión?

Sigo andando hacia el edificio. E intento convencerme de que hoy estoy especialmente nerviosa por la reunión con los gestores, la que tenemos cada inicio de trimestre.

Carlos y Vicki aún no han llegado, así que me toca ir encendiendo el aire acondicionado y cada una de las luces. Me parece escuchar pasos regios que no concuerdan con ninguno de mis compañeros.

—¡Voy!

Antes de que pueda llegar hasta ellos, Dana y yo nos encontramos en el pasillo. La última persona que esperaba ver.

—Hola, Elea.

—Hola —consigo responder.

—¿Estás sola? —Pasea su suntuosa mirada por el pasillo.

—Sí... estarán al llegar.

—Ya veo. No importa. Queremos hablar contigo.

—Sí, claro, esperaba a los gestores a las once de la mañana.

—Entonces vendrán a esa hora, me refería a que ahora queríamos hablar contigo Marco y yo.

*Espera-espera-espera-espera-espera.* ¿Qué? Se me detiene el corazón de golpe y porrazo. ¿Marco va a venir? ¿Con ella? ¿Le ha contado algo? Tengo que estar en una maldita pesadilla.

—¿Marco, dices?

—Sí. Está aparcando. —Comprueba el reloj con gesto nervioso—. ¿Pasamos a tu despacho mientras?

Asiento y me preparo para lo peor. Me obligo a mantener la boca cerrada para no delatarme sola...

—Espero que tu verano haya ido bien. —Intento distraerla y, mientras, mis neuronas van carburando posibilidades a mil por hora.

—Lo cierto es que no he tenido vacaciones, mi padre y yo hemos estado trabajando en proyectos sin descanso, pero no nos podemos quejar, todo está funcionando bien.

—Me alegro. —«¿De qué diablos le hablo ahora? Trabajo, trabajo, prueba con algo relacionado con el trabajo»—. Supongo que los gestores te informarían sobre la cantidad que conseguimos en las galas.

—Marco me ha informado de todo. —Primer golpe certero. ¿Marco ha estado hablando con ella sobre la fundación? ¿Marco está detrás de todo esto? Es imposible—. Cubrió mi presencia en todas las galas, ¿verdad?

¿Es una trampa? ¿Qué se supone que tengo que decir?

—Sí, nos ayudó bastante.

—Sí, le pedí que me sustituyera. —¿Pretende que me crea tamaña mentira? ¿Entonces no sabe que Marco y yo hemos estado en contacto?—. La recaudación no estuvo mal; sin embargo, hay mucho gasto. Si te soy sincera, no sé cuánto tiempo vamos a poder mantener este desfalco. Ahora que he empezado a manejar las empresas, tengo todavía más claro que el objetivo que quisimos conseguir con el centro está más que cubierto, así que no veo muchas opciones. O disminuir el personal o cerrarla. El local me vendría bien para otros negocios que tengo en mente.

—El objetivo de la fundación es social, no económico.

—Para eso tenemos al estado de bienestar, cielo. Yo no soy ninguna ONG.

—Buenos días.

Marco aparece en la entrada. Parece un dios griego. Reconozco esa voz ronca pero aterciopelada y esos ojos de recién levantado. No ha perdido sus andares seguros... pero detiene su mirada en cualquier cosa que no sea yo. Que me rehúya no hace sino aumentar mi inseguridad. ¿Qué está pasando aquí? Sigo analizando detalles para calmar esta ansiedad que me reconcome.

—¿Para qué querías que viniera hasta aquí, Dana?

Se dirige hasta ella y se apoya en la silla que queda a su lado. Su tono es seco. No pretende sentarse. Esto no va para largo. No vienen juntos, no estaba aparcando, otra mentira de Dana. No sabe para qué está aquí. Entonces... ¿es una encerrona de Dana para decirnos que sabe lo nuestro?

—Siéntate, tengo una propuesta que hacerte. —Ella lo mira interpretando su papel de pareja feliz, sin problemas. No se imagina que no es necesario que actúe porque sé cada detalle de su relación. No sabe nada. Entonces, ¿qué hacen aquí? ¿Van a cerrar la fundación?

—No tengo tiempo de sentarme. Me has dicho que solo sería recogerme. Después, que entrara a por ti. Ya está. ¿Nos vamos?

—¡Marco! —Se lleva la mano al pecho, como sorprendida por sus palabras, y me señala, como avisándolo de que no puede llevarle la contraria delante de mí.

—Dana, no tengo tiempo para juegos. ¿Qué es lo que quieres?

Sigue sin sentarse, y percibo que su exasperación crece con rapidez. *No-puedo-creer-que-esté-viviendo-esto-delante-de-mis-narices*. Creo que Marco está tan nervioso y perdido en esto como yo. Al menos no ha sido un complot suyo. ¿Es que Dana se ha enterado, pero no quiere descubrirnos? ¿Lo que pretende es restregármelo por la cara? Creo que los nervios disparan las ideas más extrañas en mi mente.

—Elea, como podrás observar, Marco está de nuevo muy encrespado y negativo. —Lo observa con condescendencia—. Es normal, ambos lo hemos pasado mal estando separados. —«¿Esta mujer no se cansa de tragarse sus falsedades?»—. Por eso lo he traído aquí, me gustaría que volviese a terapia contigo.

JA. Ahora sí que necesito que me pellizquen para que me despierten de este infierno. ¡¿Terapia?! La que necesita un implante de neuronas es ella. Tenemos que salir de esta como sea. Marco se lleva las manos a los

lagrimales, furioso.

—Dana, no digas sandeces y vámonos de aquí.

—Marco, cielo, ¡cálmate! ¿¿No te ves?? ¿Lo estás viendo, Elea? No puede seguir así, tú conseguiste hacérselo entender la otra vez.

¡Tendrá cara! Me echó en cara por teléfono que no había conseguido nada...

—¿¿Que me calme?? ¿Me traes aquí, engañado, para otra de tus ideas absurdas, y pretendes que me calme porque hay otra persona presente? ¡¡Estoy hasta los huevos de tus gilipolleces!!

—Marco, necesitamos ayuda, no podemos seguir así.

Está fuera de sí. Va a decir alguna estupidez. Dana va a enterarse de todo, porque él no está actuando con sensatez. Tengo que dejar de ser espectadora y detener esto antes de que se nos vaya a todos de las manos.

—Marco, no pasa nada, Dana solo pretende mejorar vuestra situación. No pasa nada. —Conecto mi mirada a la suya e intento transmitirle la importancia de que se relaje—. Puedo recomendaros a algún colega.

—Ja. Perdona que me ría, pero ni loco pienso ir a ninguna terapia de nuevo. Esto es lo que hay, Dana. —Se abre de brazos, como señalándose a sí mismo—. Tú lo has querido. De hecho, *tú* me has rogado. Lo coges o lo dejas.

No hay nada del Marco que yo conozco en este tipo colérico, triste y enfadado que nos mira cual animal enjaulado.

—No puedo llevarlo así a ningún otro terapeuta. Esto es una vergüenza, tienes que calmarlo.

—Mira tú por dónde... Otra que piensa que soy una vergüenza para ella, peeeero viene a buscar la vergüenza. —Se ríe amargamente—. Eso sí, después quiere llevarme a terapia.

Soy capaz ahora de ver la intensidad de su herida, cómo de dolido está tras esa máscara que ha mostrado hasta ahora. Dios mío, ¿piensa que es una vergüenza para mí?

—¿*Otra que piensa?* —Dana me mira e intenta reírse con una carcajada tan falsa como su tinte. Creo que es su forma de intentar desdramatizar y de hacerme creer que es una broma. Si ella supiera...—. Marco, cielo... ¡¡Tienes que dejar de decir memeces!!

Su tono empieza a ser arisco, y detecto una guerra fría de miradas y tonos que temo desencadene en la tercera guerra mundial... y salten por los aires todos los secretos que resguardamos.

—Es un momento de mucha tensión. Creo que es mejor que nos calmemos todos, lo dejemos aquí y busquemos otro momento para aclararlo.

—No, Elea, esto tenemos que solucionarlo, no podemos dilatarlo ni un momento más. Está todos los días así. Tienes que hacer algo.

Marco suelta una carcajada vacía, una carcajada herida.

—Vaya, vaya, parece que Dana también tiene prisas. Venga, ¿¿por qué no?? ¡Vamos a hacer una terapia todos juntos!

Se sienta en la silla con rabia y puedo apreciar el movimiento de su pecho, agitado. Sé que va a explotar de un momento a otro. Su gesto es amargo, aunque se ría; su mirada es furibunda, frenética.

Me he debido de quedar unos segundos atónita, porque me traen de vuelta a la realidad los ruegos de Dana para que empiece.

—Dana, no puedo llevaros, no puedo llevar esta terapia.

—Elea, no te lo estoy pidiendo. No me hagas recordarte que quizá la fundación dependa de esto...

—Claro, Elea, hazlo por la fundación, ¿por qué no? Al fin y al cabo, es lo único importante —la interrumpe Marco con su ironía.

—No pienso montar este número en otra consulta ante otro desconocido. No te lo vuelvo a repetir. Haz lo que tengas que hacer, y dinos cómo solucionarlo.

Hija de la gran... Las voces de las Eleas psicóloga y la jueza moral se cuelan en mi cabeza. «No entres en su provocación, no metas la pata. Marco está descontrolado, no puede echarle una mano ahora. Solo es un teatro. Ella quiere un maldito teatro. Quiere irse de aquí con el convencimiento de que su pareja no tiene problemas, y es imposible. Solo tienes que calmarlo, hacer como que son dos desconocidos. ¿Qué harías en una terapia así con dos desconocidos? Puedes emplear la técnica del recuerdo positivo, que recuerden sus orígenes como pareja, eso los relaja, los transporta a la etapa bonita de la pareja, y suele funcionar» .

—De acuerdo. —Intento ponerme la careta más impersonal; mi cabreo me sostiene, me da fuerzas, y voy sacando un folio como si pensara tomar notas —. Para empezar, me gustaría que me relataseis cómo os conocisteis, como os enamorasteis.

Me cuesta un infierno que las palabras salgan por mi garganta. Tengo que sonreír. ¿Es esta mueca estirada que están intentando hacer mis labios una sonrisa? No puedo hacer más. Tengo que mirarlos a los dos. No tiene que notarse que no puedo mirarlo a él. No tiene que notarse cómo me duele. No

puede advertirse que compartimos dolor.

Dana mira a Marco, como pidiéndole que tome iniciativa y empiece a hablar, pero él sigue en un silencio amenazante y su mirada más hostil, que parece preguntarme: «¿Qué diablos estás haciendo?».

—Es curioso, porque, siendo los dos de la misma ciudad, nos conocimos cuando fuimos a estudiar un master en Madrid —empieza Dana, con una dosis sobreactuada de azúcar—. Creo que fue una atracción mutua desde el primer cruce de miradas, nos quedamos atrapados el uno en el otro.

No puedo escuchar esto. *No-no-no-no-no*. Porque es mentira. Es más parecido a lo que nos ocurrió a nosotros, a Marco y a mí. ¡Quiero gritárselo! Me encantaría descubrirle todas sus falsedades, y las nuestras. Ojalá nunca te hubieses acercado ese día, Marco...

Les pido un momento, e intento beber un poco de agua. Tengo la boca seca. Así no puedo formular la próxima pregunta. Tiemblo entera. ¿Es la rabia? ¿Es el miedo? Oigo como un zumbido lejano, como si mis oídos se estuviesen rebelando contra todo esto. El ritmo de mis palpitaciones es frenético. Ojalá pudiese salir corriendo de aquí. Me obligo a darle hasta el último aliento a mi sueño, la fundación.

Ya no sé si es mi sueño o lo único que me queda.

Percibo sus miradas puestas en mí. La mano me tiembla al intentar coger la botella para verter el agua en el vaso. Es Marco quien se levanta rápidamente y lo hace por mí, con un gesto preocupado que parece haber mitigado su furia.

—¿Qué coño estás haciendo? —susurra.

Dana calibra la situación. Nos mira a ambos; empieza a sospechar, claro. Vuelvo a imitar un torpe intento de sonrisa para mostrar que todo está bajo control, que no hay nada fuera de lugar y, tras beber dos tragos que apenas puedo deglutir, reinicio. Tengo que lograr disipar esta tensión para demostrarle a Dana que soy profesional, que no puede cerrarnos el centro. Recuerdo algunos de los consejos que nos dieron en el máster acerca de la terapia de pareja: «Antes de la evaluación, de los cuestionarios y la entrevista acerca de los problemas, podéis minimizar las tiranteces preguntándoles a cada miembro de la pareja acerca de lo positivo del otro».

—Perdona, Dana, me hablabas de cuando os conocisteis. ¿Qué os atrajo al uno del otro?

Dana sonrío, complacida en su juego.

—A mí me encantó su carisma, ¡¡nos tenía a todas enamoradas!! Además,

era muy atento con todas.

—De hecho, solo supiste que existía cuando ellas empezaron a competir para llevarse el gato al agua...

—¡Marco! —lo regaña como si se tratara de una broma—. Lo cierto es que todas estaban como locas por tener un poco de su atención, pero la conseguí toda yo. Marco es muy atento y cariñoso.

Duele. Duele mucho.

—¡Ya basta! —Sé que la corta por mí. Sé que intenta detener esto porque está viendo cómo me desgarrar.

Intento recomponerme. Un último aliento. Hay una vocecita en mi interior que me pregunta si valdrá la pena todo esto. La acallo.

—Marco, tu turno —le recuerdo, con una mirada fría.

Que este suplicio acabe pronto. Que acabe pronto. Creo que, de un momento a otro, voy a echarme a llorar. «No escuches sus palabras. Protégete, aíslate. Piensa en algo bonito, corre, hazlo antes de que empiece». Marco suspira, pero él ahora sí que es capaz de mirarme.

—Me enamoró de ella su espontaneidad, su naturalidad... —Dana mantiene esa enfermiza actitud de modestia que me saca de quicio. No puedo seguir escuchándolo, pero, a pesar de ello, me resulta inevitable, aunque me esté rompiendo por dentro—. Me fijé en ella desde lejos, porque llevaba una camisa de hombre, exactamente igual que la mía.

¡Oh, Dios mío! Me quedo un momento fuera de combate.

—Marco, pero ¿qué dices? —Dana está estupefacta, y sigue en el juego de las apariencias. Él no la mira. Mantiene su mirada fija en mí, y en mis lágrimas, que ya no puedo contener.

—Parecía ajena a todo, paseando, jugando con su perro... Cuanto más me acercaba a ella, más notaba ese halo de frescura. Cuando hablé con ella, no aleteó las pestañas, ni se hizo la tonta, ni jugó a la débil damisela. Me rebatió con picardía cada una de mis bromas.

—Marco, calla, por favor... —le ruego.

Pero sé que es demasiado tarde. Sé que todo está perdido. Sé que acaba de poner las últimas cartas sobre la mesa, y que no hay forma de justificarlas. Y que es la peor forma y un pésimo momento para contárselo todo a Dana. La fundación está perdida. Y yo solo puedo sentir que todo a mi alrededor se derrumba lentamente, ladrillo a ladrillo.

—Marco, ¿¿qué estás diciendo?? ¿¿A qué juegas?? —El tono de mi jefa va subiendo en decibelios. Igual que su inquietud. Es notoria ya nuestra

complicidad... porque Marco la hace patente al mirarme así. Y mis lágrimas me delatan. Delatan nuestra historia.

—No puedo verte así, Elea, no puedes sentarme frente a ti y pretender que interprete el papel de marido enamorado. —Rodea la mesa y se acuclilla frente a mí—. No puedo, Elea, cariño. No puedo. Es la única forma que tengo de que te des cuenta de que estoy luchando por lo nuestro. No me creo que no sea suficiente, y te veo ahora tan dolida frente a mí, y sé qué tienes sentimientos. Tienes que pelear por esto. Te juro que me destroza por dentro, pero tengo que hacerlo por los dos. Teníamos que dar el paso. Todo irá bien. Créeme. Me está matando tener que descubrirlo así, no darte más tiempo, pero lo hago por nosotros.

Mientras me abraza, y yo hundo la cabeza entre mis manos ante este desmorono, escucho de fondo los respingos de Dana, sus gritos, sus relinches y sus sentencias, que retumban en mi cabeza como un eco tardío:

«Os vais a enterar, os vais a enterar, os vais a enterar... Me habéis engañado todo este tiempo, me habéis engañado todo este tiempo... en vez de terapia habéis estado follando como puercos, en vez de terapia habéis estado follando como puercos... Pienso hundiros, pienso hundiros... A ver quién te contrata cuando esto se sepa, a ver quién te contrata cuando esto se sepa...».

## CAPÍTULO 24: NUESTRO TRIÁNGULO

MARCO

Llego unos minutos antes del tiempo acordado a la fundación... o lo que queda de ella. La entrada parece triste sin los dibujos de los pequeños, diría que incluso hace más frío. Me produce un poco de vértigo pensar que soy un poco responsable de que esté todo tan destartado... sin alma.

Encuentro a Elea en su antiguo despacho, hoy convertido en una sala vacía con pocas cajas apiladas y dos sillas deshabitadas sin su escritorio. Precinta cajas absorta, y aún se me encoge un poco más el pecho al encontrarla tan gris.

—Buenas tardes.

—Hola, Marco. —Su voz sombría no me sorprende.

—¿Llego pronto?

—¿Pronto o tarde para qué? Como ves, ya no tengo mucho que hacer...

Evita la coletilla: «Por tu culpa». Aunque, por su tono, la he recibido igualmente.

—Elea, cariño...

—Ni se te ocurra llamarme así. —El rodillo con la cinta de embalar parece un arma arrojada cuando ella lo levanta de ese modo.

—Escucha...

—No. —Es tajante—. Has insistido en que hablásemos, y eso haremos, pero a mi modo. Y no más disculpas.

Supongo que los millones de mensajes de disculpa que he enviado desesperadamente estas semanas no han sido efectivos... Pero al fin la tengo delante. Y, aunque el panorama parece desalentador, quiero ser optimista y pensar que lo podré subsanar. Que hoy nos tenemos que ir juntos de aquí, joder.

Nos sentamos frente a frente en las sillas que tanto saben de nosotros. Tiene el rostro cansado, ojeroso. El maquillaje no logra disimular la falta de sueño que le he robado desde aquel maldito día. Lleva una coleta que apenas se mantiene erguida. Casi como ella. Me siento miserable. Tengo ganas de abrazarla y disculparme de nuevo. De prometerle que de ahora en adelante todo será diferente, y que voy a ayudarla en todo. Y no lo hago porque sé que ella necesita actos, y no más palabras.

—Supongo que ya sabes la situación como está. Esta semana acabamos

de desmontar el centro. Se cierra y nos vamos directos al paro —interpreta de maravilla su discurso preparado—. Dana no quiso escucharme ni verme, lo que entiendo perfectamente, espero que tú tuvieses más suerte.

Otra vez preocupándose por Dana, como si la inquietud alguna vez hubiese sido mutua.

—Sí, hablé con ella hace unos días, y con Fernando. Les expliqué más o menos la situación. Están más preocupados por la imagen de Dana y las empresas que por saber de nosotros. Todo esto pasará, Elea. Sé que ahora parece que todo el mundo hablará de esto eternamente, y que no hay solución, pero en unos meses ni recordarán que...

—Sí, bueno, yo sí lo recordaré, y ya me vale con eso.

—No puedes castigarnos así, Elea.

—Ahora mismo soy incapaz de verlo de otro modo. —Sus ojos están intentando sujetar las inminentes lágrimas—. Nos equivocamos en todo... desde el principio. Asumo las consecuencias, y no me oirás quejarme de ellas... pero no me pidas que olvide lo que he hecho.

—No sé cómo puedo pedirte que me perdones si ni siquiera te has perdonado tú misma.

—Ahora mismo no puedo hacerlo, Marco. Ahora mismo mi vida va a la deriva, y todo por lo que había luchado estos años lo he perdido por una mala gestión... Es difícil que pueda perdonarnos. Quiero que tengas claro que no te culpo a ti más que a mí, pero soy incapaz de mirarte a la cara sin que me duela.

—Cariño, sabes que eso pasará...

—Puede que sí. Y puede que no.

—Escucha... escúchame un momento. Podemos verlo de dos modos: lo hemos perdido todo, pero *todo todo*. O podemos habernos ganado a nosotros, habiendo perdido el resto. Yo elijo verlo de ese modo.

—Pero yo no puedo, Marco. No es que no quiera, es que no puedo... Hace semanas que la situación se me había descontrolado. Tenías razón, estaba dilatando decisiones, y lo peor es que yo lo sabía. Pero ahora necesito tiempo, tiempo para ir tomándolas una a una y ocuparme de todo aquello que debería haber hecho poco a poco.

—Vale. Tiempo. Eso lo entiendo. Pero...

—No, Marco. No te pido tiempo y te aseguro que podré salvar algo. Te pido tiempo para poder aclararme y decirte qué es lo que sucede conmigo y con nosotros. —Su voz se ha endurecido.

—Aún sientes rabia hacia mí.

—No puedo entender que fueras tan egoísta. Que soltaras aquello sin previo aviso. Sin dejarme decírselo de otro modo... Quizá, entonces...

—Quizá nada —la corto—. Lo hice porque estábamos jugando de nuevo a su juego. Los dos atados a su yugo. Tú por la fundación, yo ya ni sé el porqué... Y nos estaba doliendo, joder. ¿Cómo iba a hablarte de ella si ni siquiera podía mirarte a la cara sin quedarme sin respiración? ¿Cómo? ¿Cómo, Elea?

—Vale. He dicho lo que tenía que decirte. Creo que es mejor que te vayas, no tengo fuerzas para discutir.

—Ni yo. —Se me escapa un suspiro tedioso, no puedo irme así, no puedo fastidiarlo todo más. Hundo la cabeza entre mis manos intentando dominarme—. Lo hice porque te quiero, Elea. Y no encontré una manera de hacerlo mejor...

El silencio domina ahora la estancia. Ni siquiera escucho nuestras respiraciones, en este estado de nervios en el que me encuentro. Tan solo puedo fijarme en las lágrimas que mi confesión ha desatado en ella. Respóndeme, Elea, por favor. Dime que tú no, y acaba con esto. O dime que sí y no importará ni pasado ni futuro, solo este momento.

—Yo también te quiero, Marco... —Dejo escapar el aire de mis pulmones y me lanzo a abrazarla. La estrecho entre mis brazos y siento que he estado vacío sin su contacto estos días—. Pero no cambia lo que te he dicho antes. Ahora no puedo... tienes que entenderlo.

—Lo hago. Lo entiendo. Tómate tu tiempo. Pero vuelve a mí.

—Aquella vez no era nuestro momento. Esta vez tampoco. Parece que nunca lo será... —Intenta reírse mientras disipa unas lágrimas de su rostro que no dejan de sucederse.

—Lo será, Elea, no pienses así.

—Te llamaré, ¿vale? Cuando esté preparada, te llamaré...

—No lo harás. Te conozco. Te resultará difícil dar el paso, y lo irás dejando un día y otro hasta que ya no sea importarte llamarme. Sé que no podrás, lo sé, te conozco...

Sus lágrimas se multiplican, porque me dan la razón.

Necesito tiempo, Marco...

—Mírame. Mírame. —Dirijo su rostro hacia mí, con suavidad—. No me llames si no puedes. Solo tienes que mandarme una señal, cualquier detalle bastará, y vendré hasta ti. Voy a estar esperándote. Pero, por favor, no nos

rindas, no nos rindas tan pronto. Por favor.

—Sí, vale, pero prométeme que no vendrás detrás presionándome, que respetarás el tiempo que necesite... Promételo. —Y asiento, claro, ¿qué me queda?

Y ya... Después de suplicarle. De facilitarle el camino de vuelta a mí. De abrirme en canal a ella. De tocarla, abrazarla y sujetarla... Me hace prometerle de nuevo que respetaré su espacio, que no iré tras ella, que no la llamaré.

Solo me queda besarla para que recuerde de lo que somos capaces cuando nos unimos.

Inicio el beso dubitativo, esperando un rechazo que no llega. Otro beso con lágrimas, otro beso desgarrador de despedida. Es un beso que se vuelve desesperado, y arremolinado, que pugna por cambiar lo hablado. Un beso que puede ser el último. La beso como si lo fuese, pero para que no lo sea. La beso para transmitirle que ya nadie podrá besarla con estas ganas y esta ansia, y este deseo, y este sentimiento. Porque no podría soportarlo, porque, si hay más de lo que estoy sintiendo, destruirá como yo estoy destruyéndome. La beso para que, si es la última vez, sea su último mejor beso. Y el mío. Para que retroceda y me diga que no puede vivir sin esto que nos une.

Y estas ganas, y estas manos desesperadas que aprietan y que se desatan, se van... sin saber si volverán.

**Octubre** aún duele demasiado. No tengo apenas noticias tuyas. Elea les ha pedido a Arturo y Paula que no le hablen de mí, ni me cuenten nada de ella. Y ellos lo están respetando, claro. Lo único que consigo son detalles de contrabando, que me llegan a través de lo que Celia es capaz de sonsacar. Ni tan siquiera puedo preguntar sin conseguir sentir que le estoy fallando. Le he enviado algunos mensajes, uno por cada noche que no está a mi lado, a sabiendas de que no los va a contestar. Esperaba que me bloqueara, pero tenía que quemar ese cartucho. Sigue apareciendo en mi teléfono que lee cada mensaje que le envío, a pesar de que abro todos los días la aplicación con el miedo a estar bloqueado. «Pero los pensamientos no se pueden bloquear, Elea». Si sabe cómo, mi preciosa psicóloga, espero que me indique la ruta. Porque voy a volverme loco del todo así.

Me entero de que está montando un centro de terapia con Carlos y Vicki, no sé si con alguien más. Estará muy cerca del otro, aunque investigo el local y es bastante más pequeño que el anterior. Aun así servirá. Me parece una decisión cojonuda. Aunque me repatea no estar a su lado para vivir la ilusión. «Porque estás ilusionada, ¿verdad, cariño?».

He salido de la vida de Dana por completo. Creo que ella ya llevaba tiempo fuera de la mía. Recojo las pertenencias que siento como indispensables de nuestro antiguo piso, y dejo allí todas las que pienso que están contaminadas de esa vida anterior. Incluido el coche, que fue su regalo de boda. Sé que hasta su familia está sorprendida de que no quiera nada de ellos, que esté facilitando todos los trámites, y que ni piense ni quiera aprovecharme de su dinero ni posición. Cree el ladrón...

Consigo un piso de alquiler cerca de la oficina. Debo de estar gilipollas perdido, porque lo escojo porque sé que a ella le gustaría. Tiene mucha luz, muchas ventanas, y una terraza de infarto con unas mecedoras que sé que ella usaría para leer. Y sin embargo... y sin embargo... pienso que si vuelve, preferiré mil veces su finca sin ascensor. Este piso no tiene alma. Celia se ha ofrecido a redecorarlo, pero rechazo la idea. Es solo un piso-dormitorio, y espero que me dure pocos meses. Espero que ella vuelva antes, antes incluso de que pueda llegar a odiarlo por lo vacío que está.

En la oficina todo está movidito, por ahí no me quejo. Al menos el trabajo me distrae. Me quedo hasta las tantas la mayoría de días, con papeleo, con proyectos... tengo que sacarlo a flote. La familia de mi exmujer trata de perjudicarme, *sugiriendo* a algunas de sus influencias que nos dejen y

echando pestes de mi empresa, pero lo remediaré. Estoy más motivado a ello que nunca.

**Noviembre** ya y sin nada más que migajas. Sigo teniendo muchos ratos de querer mandarlo todo a la mierda. Todo y a todos. Arturo y yo hemos tenido tropecientas broncas porque me jode que, siendo mi amigo, elija no traicionarla a ella y mantener el pico cerrado. Él me dice que no es así, que es por mi bien. A pesar de lo insoportable que estoy, Paula y él vienen cada dos por tres a mi piso. Paula me pone una serie cutre para que me ría, lo llama algo así como un *kit de supervivencia para depresiones*. Y, aunque le repita un millón de veces que no estoy depresivo, refunfuña que los hombres lo tomamos todo al pie de la letra y sigue plantándose en mi casa para hincharme a golosinas, y me compra revistas sobre coches. Estoy por darle copia de la llave de mi piso. Acabo por cogerle el gustillo a estos ratos, especialmente cuando me dice que es un ritual que comparte con las chicas. Al final, me río con la serie y todo. ¿Cómo puede ser que Lorelei Gilmore no sucumba a la tensión sexual que tiene con Luke? Paula me lleva la contraria, quiere que se quede con el padre de Rori.

El mensaje de cada noche es mi único lazo con Elea. Sigo esperando una respuesta que no llega. Pero los lee. Con eso es suficiente. Tengo que estar en su vida, ella está en mis mejores momentos aún, tengo que conseguir que sigan vivos en su cabeza. Me guardo para mí que cada día la mensajeo, y que cada día ella los lee minutos después. ¿Sonríes, Elea?

Las habladurías ya han disminuido. Están centradas en las miserias de otras personas, de otros hogares. Estos meses la han descuartizado viva, con sus lenguas. Dana ha salido bien parada; está claro que las malas lenguas respetan el poder, a la gente con dinero. Yo he quedado como un hombre incapaz de guardarse la polla en sus pantalones. Y la peor parte siempre es para la mujer. Durante todo este tiempo, han culpado a Elea. Su reputación profesional y personal en entredicho. No se paran a preguntar detalles, corroboran que yo era un paciente, que fuimos infieles, que es mala profesional. Da igual lo que yo defienda. Lo que diga nuestro círculo. Quieren carnaza. Quieren un culpable que vapulear. Y me revienta que haya sido ella. Me revienta que al final sus temores fueran certeros. Y entiendo más si cabe su reacción hacia mí.

Arturo me calma, sin entrar en detalles, me asegura que ella está bien. Y yo sigo mi cruzada contra el mundo, contra el mundo que la daña. Levanto el teléfono para amenazar a mi exmujer de que, si sigue alimentando esa clase de rumores de Elea, pienso *cantar por soleares* toda la mierda de su familia y

hundir su imagen como pretenden hacer con ella. Me cuelga. Pero sé que he germinado el miedo en ella. Ahora que he descubierto mi punto débil, tendré que estar más atento para que no vayan a por él.

**Diciembre.** Puto diciembre. Estoy recomponiéndome, pero lo hago por ella. No quiero ser un hombre destruido cuando vuelva. No quiero ser de nuevo su proyecto de paciente. Así que intento con todas mis fuerzas rehacerme. Como sano. Ella dijo que era importante. Leo. Leo puñeteros libros de autoayuda; la mayoría son basura; hay otros que me recuerdan algunas de sus palabras, así que los devoro. Salgo a correr todos los días. Eso sí que me sienta realmente bien. A veces salgo por el río, con la esperanza de encontrarla con Pau por allí. Pero no ocurre. Pruebo el yoga y el *mindfulness*, pero, como los libros de autoayuda, tampoco son lo mío. «Y me obligo a salir a tomar algo y conversar, de algo que no tenga que ver contigo, Elea».

Mis sobrinos me preguntan si la *tía Elea* vendrá a las fiestas de Navidad, y me sorprende cuando de mi boca sale un «tal vez». «Ellos no saben nada de la situación, pero tú sí, Marco, y te estás auto engañando pensando que, antes de que acabe el mes, este infierno se habrá acabado. Sabes de sobra que es pronto para ella». Pensaba que lo tenía ya roto todo dentro de mí, pero me doy cuenta de que aún quedaban trozos que destruir cuando mis sobrinos me entregan una tarjeta de felicitación en la que salen guapísimos con un gorro de Papá Noel... y me entregan otra para ella. ¿Qué nos has hecho, Elea? ¿Qué consigues hacernos a los hombres de la familia Pitarch? Valoro la posibilidad de enviársela, pero la descarto. No quiero que piense que lo he ideado o que juego sucio. La guardaré para cuando vuelva, porque vendrá.

Abre puertas a patadas, pero niña, vuelve...

**Enero.** Por fin se acaban las malditas fiestas. Y, pocos días después de Reyes, les llega el regalo más inesperado. Ya son tías. El pequeño de Vicki nace unas semanas antes de lo previsto, pero todo está bien. ¿Por qué estoy tan contento? Porque sé que ella estará feliz. La imagino acunándolo, besando su cabecita... Estoy seguro que llorará como una magdalena al verlo y se echarán encima de la pobre Vicki para abrazarla. «Tengo ganas de vivir todo ese proceso contigo, Elea, no te demores tanto, reempecemos a construir nuevos mejores momentos. Siento que se me están agotando los viejos. Siento que puedo empezar a distorsionarlos de tanto repensarlos».

Me decido al fin por un coche. ¿Y quién se muere de ganas de acompañarme a por él al concesionario y grabarlo todo en vídeo como si se tratase de un acontecimiento épico? Exacto, Paula. Esta pequeñaja se ha metido en mi vida más de lo que debería. Estos meses diría que ha sido como... como una mascarilla de oxígeno. No, no es ese vendaval de aire que alimenta tus pulmones, pero es ese artefacto que te obliga a vivir. Mejor no le diré nunca con que la comparo. O, mejor pensado, sí, ella se descojonará. Hemos elegido un Ford Edge, *a full de accesorios*, como dice Paula. Y digo «hemos» porque ella, con todas sus revistas y sus comidas de tarro, ha estado ahí. No es mi antiguo Jaguar, y sin embargo lo siento más mío. El del concesionario cree que somos pareja. Nos dice que es un coche ideal para la familia. La jodida se ríe y me anima que me ponga manos a la obra. Eso espero, pequeñaja, que tu amiga vuelva ya y lo estrenemos. De ilusión también se vive, ¿no? ¿Cuánto tiempo se puede sobrevivir?

Al menos sé que el centro está funcionando, no sé si bien o mal, pero se mantiene en pie. «Eso está bien, Elea, cariño. Te lo has peleado, te has atrevido, costará, pero funcionará».

**Febrero.** Demasiado tiempo ya sin verla. No sé cuántas veces he contenido el impulso de plantarme en su nuevo centro, o en su piso, para hablarle. Las mismas que me he obligado a no hacer guardia cerca de su casa para verla, aunque solo fuera de lejos. No quiero que piense que la estoy acosando. Quiero respetar mi promesa. Y tampoco sé si sería capaz de detenerme si la viera. ¿Cuánto tiempo necesitas para perdonarte, Elea? ¿Y cuánto más para perdonarme a mí? ¿En qué fase estás? Empiezo a tener pensamientos demasiado concurrentes de que no vas a volver. Quizá he estado demasiado seguro hasta ahora. Quizá tenga que empezar a caminar planteándome que estoy solo.

La empresa mejora un poco. Para compensar la pérdida de algunos contratos, estamos abriéndonos a eventos más pequeños. Celia está como loca con el tema porque hemos conseguido una asociación con un importante *wedding planner*, y las revistas empiezan a tenernos en cuenta. No me emociona la idea de las bodas, pero debo reconocer que está funcionando.

Le digo a Arturo que su novia pasa más tiempo en mi casa que en la suya, y se ríe, el muy mamón. Hace semanas que decidieron irse a vivir juntos, y ya pensaba que no iba a verles el pelo, pero, como son tan inauditos, siguen pasándose por aquí como siempre. Los vecinos de la finca creerán que nos llevamos un rollo extraño...

**Marzo.** Son fiestas en Valencia y, además, afortunadamente, la faena sigue subiendo, así que me mantengo ocupado. Tengo claro que nunca seré el empresario del imperio que siempre quise, y no me importa lo más mínimo. La única preocupación tiene aspecto de mujer espontánea. Arturo me recomienda que me compre el piso en el que vivo, porque me interesa tener alguna propiedad, y además asegura que es un buen momento para la compra de vivienda. Le planteo que quizá es temporal, porque puede que a Elea no le guste despegarse de Ruzafa ni de su piso, pero me responde con una mueca y rehuyendo mi mirada. Lo interrogo por su reacción, pero afirma que tan solo es que le duele verme aún en esa situación, pero ya no sé si miente y soy yo el paranoico o me esconde algo más. ¿Has decidido algo, Elea? ¿Volverás con Lucas? ¿Has conocido a alguien? ¿Y, entonces, por qué no me bloqueas y me cierras del todo el acceso a ti? ¿Piensas responder algún día?

No puedo con esto. Arturo me jura y perjura que no hay nada de lo que preocuparse, y me convence para salir a despejarnos, iremos a ver la *masclatá*, quizás luego coja el coche y me vaya unos días fuera. A cualquier ciudad sin petardos y sin putas calles cortadas. «Sin ti, Elea, así no tendré que cortarme las piernas para ir a buscarte después de estas ideas que me carcomen».

PARTE III:  
COMPROMISO

# EL EPÍLOGO DE ELEA

*Marzo 2014*

Valencia está en fallas. Ya se escuchan las bandas de música recorrer los barrios, llenarlos de pasacalles, telas y trajes, bailes y petardos que igual te despiertan por la mañana que no te dejan dormir con sus guateques en toda la noche. Y la ciudad es una infinita galería de arte callejero que la gente recorre sin dejar libre ni un solo metro. La multitud alarga las horas en las terrazas y bares, y el sol se alía con ellos, quedándose un poco más, solo un poquito más. El olor a churros se cuele en mi piso, tentándome a bajar las escaleras para volver con otro cucurucho repleto. El último, esta vez el último.

Me recuerda a aquellos desayunos con Marco, y evocar el recuerdo reproduce en mi rostro una dulce sonrisa, con tintes melancólicos. Hace varias semanas que me di cuenta de que ya no me dolía evocar nuestros momentos.

No ha sido así durante este tiempo. Han sido unos meses... confusos. He tenido que lidiar con emociones enfrentadas, con estados de ánimo muy cambiantes y contradictorios, con mis impulsos y mis frenos, con mis ganas y mis necesidades.

Una época convulsa en la que he vendido mi parte del piso que compartía con Lucas, y he podido despedirme de él sin más «y si...». En la que he entendido que me aferraba a una idea de pareja que no quería con él. Viajé hasta Holanda y lo encontré tan feliz entre sus investigaciones y sus horarios imposibles que entendí que, si hubiera abierto los ojos antes, me hubiese dado cuenta de que su gran amor era el trabajo. Y me alegré de que, al menos, él fuera tan feliz.

Lucas aún se aferraba a esa idea que habíamos protegido tanto con promesas de futuro y planes alejados del presente. Me di cuenta de que mi relación con Marco había logrado que yo fuera capaz de cerrar en mi mente la historia con mi exmarido, desprenderme de mis ilusiones y no creer más sus promesas. Pero él había seguido fanatizando con ellas sin pausa. No me quería, tan solo quería la idea que tenía de mí y de futuro... con alguien. ¿Cómo era posible? Supongo que es más fácil darse cuenta desde el exterior, cuando los sentimientos no te atrapan cual tela de araña.

Después de relatarle lo sucedido con Marco, vi decepción en su mirada,

quizá también una mezcla de enfado. Fue entonces cuando accedió a comprarme mi parte del piso. Supongo que fue su portazo a nuestra historia. Al día siguiente, en el aeropuerto, logramos disculparnos mutuamente y desearnos suerte. Que te vaya bonito, sí, pero aún no se había marchado el desencanto de su mirada.

En enero firmamos el divorcio y me despedí del piso y de aquella vida. Lucas ya se mostró más comprensivo... me hizo pensar que quizá con el tiempo podremos mantener una bonita amistad.

A mi madre también le costó entenderlo todo. Se santiguó tropecientos mil veces cuando le hablé de Marco. Quizá le quité alguna letra más de su abecedario... quizá fue otra ecuación que acababa en negativo. Me costó horrores dar el paso. Casi más que con el propio Lucas, por eso de querer proteger esa aura de fragilidad. Pero mis tíos me apoyaron y creo que lograron que mi madre sopesara en la balanza entre la opción de una hija perfecta o una hija feliz.

La fundación quedó reducida a un local vacío días después de la confesión de Marco frente a Dana. Los gestores llegaron puntuales a la reunión que manteníamos, para informarnos de cómo sería el proceso de desmantelamiento. Carlos afirmó, por la premura de todo, que aquella decisión había estado gestándose desde hacía tiempo. Lo cierto es que nunca lo sabremos.

Pero, francamente, fue lo mejor que pudo pasarnos. Porque gracias a ello pudimos ser valientes e iniciar nuestro propio proyecto de centro. Fue una decisión pusilánime pero rápida. En el paro nos daban la opción de un cobro único si lo invertíamos en nuestra empresa, y eso hicimos, Vicki, Carlos y yo. Reinventamos el concepto de fundación, por si no era posible mantenerlo, y ahora somos los tres socios de una policlínica terapéutica que tiene la opción de pago según los ingresos de los clientes. Y nos funciona. Estamos muy orgullosos y felices. Ya no hay miedo en el cuerpo por depender de personas que no entienden nuestro trabajo.

Creo que todo este conjunto me ha llevado a perdonarme a mí misma, y a Marco, y a respetar nuestra historia. No ha sido fácil, porque he vivido momentos complejos en los que deseaba no haberlo conocido. En los que me martirizaba preguntándome cómo había podido yo alargar aquello, participar en ello. Engañar al mundo de ese modo. Engañarme a mí. Días en los que me sangraban los recuerdos. De arrebatos en los que arremolinaba todas las sábanas y las echaba en el basurero de la esquina. ¿Podía su aroma quedar

calado entre sus hilos a pesar de muchos lavados? ¿Era mi cerebro el impregnado? Días en los que su ausencia en el piso dolía tanto que lloraba cada vez que abría la puerta. Y también cada vez que algún rincón me recordaba uno de nuestros momentos felices. Días en los que las dificultades con todo me hacían pensar en él. Días en los que culpaba a Marco de las habladurías de la gente, que convirtió lo nuestro en algo sórdido y obsceno. La psicóloga que se lía con su cliente. La mala profesional. El marido que es infiel a su mujer. Que cara más dura. Las miradas de desprecio, o las burlas disimuladas de quien cree que tiene la suficiente cordura, información y porqué para poder juzgarte. Y tú en tus horas más bajas... batallando con todo a la vez. Y pensar que tu mundo se va a pique, en tantos aspectos que no tienes posible tabla de salvación. Creer que no puedes más. Y, entonces, descubrirte pudiendo, un día más. Una noche más. Y una mañana más, levantarte, y sentir que cuando pensaste que no podías más, aún no te conocías tanto. Y saberte poderosa. Por seguir luchando, a pesar del dolor, a pesar del miedo, a pesar de tus pensamientos. Un momento más.

Y, entonces, descubrí un mensaje que parecía que Carlos Rivera me enviaba directamente a mí, y lo convertí en mi himno en esos días. Lo tarareaba cuando reconocía esas miradas, esos juicios, cuando notaba que incluso en mi cabeza se desdibujaba lo que en realidad nos había ocurrido, y así conseguí que lo nuestro, fuese solo nuestro:

*Solo tú y yo conocemos la historia  
Porque tú y yo la escribimos  
Y no permitas que nadie te venga a decir otra cosa  
Porque aún existe la gente que odia a quien toca la gloria  
Solo tú y yo aceptamos el viaje  
desde que nos conocimos  
Que venga el mundo a juzgar el que ama  
Y a quien necesitaba  
Y que no tiene remedio de ser lo que no se esperaba  
Respira lento  
Regresa el tiempo  
Que yo de amarte no me arrepiento  
Lo que vivimos fue tan sincero  
Cuánto te quise, cuánto te quiero  
¿Y quién se queda lo que construimos?*

*Lo que nos destruimos*  
*Que venga aquel invisible valiente a borrar tu pasado*  
*Que venga y quite el calor de los besos que daban mis labios*  
*Que desdibuje en tus sábanas blancas los días y noches*  
*Y después vaya a comprarse una vida*  
**QUE LO NUESTRO SE QUEDE EN NUESTRO**  
*Que yo de amarte no me arrepiento*  
*Lo que vivimos fue tan sincero*  
*Cuánto te quise, cuánto te quiero...*

En medio de todo mi caos laboral, personal, familiar... no hubo día en el que no deseara descolgar el teléfono y requerirle. Si no éramos culpables por querernos, si podía aceptar eso, ¿qué me impedía marcar el maldito botón verde? Cada vez que lo pensaba, vaticinaba un desastre y mis mil Eleas parecían de acuerdo en que no era el momento: estaba demasiado frágil, aún no tenía las ideas claras, seguía guardando algo de culpa para los dos, tenía que centrarme en sacar adelante nuestro nuevo centro, bla, bla, bla...

Para sentirme más fuerte, desde el principio pedí a Arturo y Paula que nos ayudaran a ambos evitando hablarnos al uno del otro. No podía ocuparme de mí si estaba más pendiente de cómo resolvían el divorcio Dana y Marco, preocupada de qué consecuencias tendría para ambos... Mis amigos lo entendieron y respetaron desde el inicio, y se han mantenido al margen todos estos meses. Marco no estuvo de acuerdo con la medida; en cuanto supo que no sabría de mí a través de ellos, me envió el primer mensaje:

**MARCO:** «No rompo mi promesa porque esto no es una llamada. Ni técnicamente estoy yendo tras de ti. ¿Es que pretendes que sea un adiós definitivo desterrándome del todo de tu cabeza? ¿Crees que no saber de ti solucionará algo?».

Me mantuve firme en mi decisión, y tampoco le respondí, aunque quise hacerlo, quise decirle: «Es que dueles tanto, tanto, tanto, que necesito imaginarte lejos».

La noche siguiente me llegó otro mensaje suyo.

**MARCO:**  
«Están siendo días jodidos, Elea».

«Imagino que crees que intentar que no sepa de ti es una buena idea, pero no funciona para mí.

Saber cómo te está yendo me ayudaría».

«Joder, creo que me voy a volver loco. No sé qué me has hecho, pero ahora mismo no sé vivir sin ti».

Me rompí mucho ese día. Sentí cómo aparecían grietas nuevas. Pero alimenté el silencio. ¿Qué sería de dos personas rotas intentando algo rasgado?

Los mensajes no cesaron, y yo no fui lo suficientemente fuerte como para bloquearlo. Incoherencias de mis mil Eleas. Una me clamaba que lo hiciese: «Bloquéalo, Elea, es lo lógico, es el siguiente paso si quieres alejarte y seguir con el camino que has escogido». Otra me recordaba que heriría más a Marco si lo hacía. Otra me destacaba ese sentimiento de ansia y júbilo cada vez que sus letras me decían que seguía ahí, que no decaía. Y, a pesar de los pesares, yo sentía que el dolor nos unía. Así que seguí alimentándome de sus mensajes...

### **MARCO:**

«No has respondido. Pensé que lo harías... y quizá ahora me siento imbécil por partida doble.

Por pensar que el mensaje tendría algún efecto en ti.

Y por enviarte un mensaje como un animal herido y débil.

Quiero decirte que podré con esto.

No quiero que respondas por pena.

Joder, claro que sé vivir sin ti. Pero no quiero.

Eso es todo».

Y la vida seguía distrayéndome. El embarazo de Vicki con nuestro hombrecito. Paula diciéndole a Vicki que podía decir eso de «con dos cojones» siendo técnicamente apropiado. Prepararle una *baby shower*. ¡¡*Habemus* nombre!! Nos enteramos de que nuestro peque se llamaría Héctor.

Y en lo profesional, también las neblinas dejaban entrar algún rayo de luz. Un nuevo cliente en el centro, se estaba corriendo la voz. Nos dimos cuenta de que las habladurías solo alejaban a los clientes que no nos convenían, y aquí se reforzaba la Elea poderosa que desconocía, la que seguía luchando y pensando que todo iría bien. Paula y Arturo decidiendo si iban a vivir

juntos... pero mi tenaz amiga no quería dejar el barrio.

Y yo centrándome en todo ello. Para no tener que contestarle a los mensajes que cada vez llegaban con más fuerza.

**MARCO:**

«Sigo pensando cada noche en mis tres mejores momentos del día.

Me conecta a ti. Y ordena mi cabeza.

Los primeros días, al volver a hacerlo, me costaba conciliar el sueño. Es jodido darte cuenta de que tus mejores momentos del día son los que recuerdas del pasado. Mi pasado contigo.

Ahora ya no tiene ese efecto... me he dado cuenta que, al menos, recordarlos me hace estar un poco más cuerdo cada día».

Leer ese mensaje me inspiró paz. Ternura. Expandió mi corazón y me acercó más a él. Me di cuenta de que Marco estaba logrando su objetivo, derribar lentamente cada uno de los argumentos que lo separaban de mí. Fue como si estuviera encontrando el camino, para que las mil y una Eleas acabaran rendidas a sus pies. Y, aunque supe que el que Marco lograra su objetivo significaba que yo me desviaba del mío, seguí leyendo sus letras cada día.

**MARCO:**

«El otro día decidí que uno de mis mejores momentos del día había sido descubrir que lees mis mensajes a los pocos minutos de recibirlos.

Lo cual significa que te sirven para algo, porque, si no fuese así, ya me habrías bloqueado.

Así que... aunque sea un poco extraño hablar solo... y a sabiendas que has pedido no saber de mí... voy a lanzarme e intentar hacerte más feliz. Te enviaré mis mejores momentos cada noche. Espero lograr arrancarte alguna sonrisa.

Ojalá algún día te decidas y respondas».

Y la vida girando alrededor: La firma con Lucas para venderle la mitad del piso. ¡Me deshice de deudas con el banco! ¡En ese momento decidí vivir de alquiler toda mi vida, no más prisiones presiones! Paula cedió y se fue a vivir con Arturo. Nunca los había visto tan felices. Son la pareja ideal. Resolvió mantener la minivivienda en La Pelu para estar más cómoda

mientras trabaja. No todo era bonito, pero evitaba pensar en la soledad de mi piso, en los esfuerzos titánicos por buscar clientes para el nuevo centro, en el miedo por si no funcionaba a largo plazo y nos quedábamos sin nada...

**MARCO:**

«Ahí van los de hoy:

Ver a Paula reír con una ridícula serie que nos tiene enganchados me ha recordado cómo te ríes tú, echando la cabeza hacia atrás en un intento de que las carcajadas devoren cada milímetro de tu cuerpo. Sí, decididamente, ese ha sido el ganador.

El segundo ha sido ver a Arturo tan feliz y poder celebrarlo con él... me imagino que ya sabes a qué me refiero.

El tercero está ocurriendo en estos momentos, en que puedo escribirte e imaginar tu sonrisa mientras me lees. No la escondas ahora... deja que se transmita...».

¡Héctor llegó a nuestro mundo! ¡Es el hombrecito más guapo del universo! Vicki lo pasó mal durante el prolongado parto, pero se recuperó gracias a los bocatas de jamón que le llevábamos de contrabando. Ver a Héctor por primera vez fue como un golpe de realidad: ¿de verdad me estaba preocupando por cosas tan nimias pudiendo disfrutar del milagro de la vida? Héctor tiene los ojos más bonitos que he visto jamás. Cuando me cogió por primera vez el pulgar, le prometí mentalmente que no lo soltaré jamás, que seré la tía más preparada del universo. Después del parto, lloré días enteros por cualquier tontería. ¿Puede la depresión postparto contagiarse entre grandes amigas? Su llegada nos hizo muy felices.

**MARCO:**

«Enhorabuena, tía Elea. El primer momento feliz de hoy ha sido imaginarte allí, en el hospital, llorando abrazada a Vicki y a Paula, casi sin poder dejar respirar a la estrenada mamá. ¿Ha ocurrido así?

El segundo momento que ha hecho mi día un poco más feliz ha sido imaginarte con el pequeño, lo que me ha llevado a imaginarte con un hijo nuestro. Lo que me ha llevado al peor momento del día al pensar que quizá nunca sea posible.

El tercero ha sido recordarte como la tía Elea de mis sobrinos, ¿recuerdas aquel día? Aún hay veces que me preguntan por ti. Les digo que quizá algún

día vuelvas. Espero que sea verdad...».

Contratamos un logopeda para nuestro centro. A un autónomo, porque no podíamos desembolsar otro sueldo. Pero sentí que todo se iba encarrilando. Esos días sentí cómo los esfuerzos de mucho tiempo empezaban a dar frutos, que podía descansar mejor, que veía la luz mucho más clara, y, en general, empecé a sentirme feliz de nuevo.

**MARCO:** «Hoy tengo una estupenda noticia. Hemos conseguido los contratos de varios eventos deportivos muy suculentos, y una colaboración con un decorador de bodas muy conocido a nivel nacional. Vamos a intentar abrir nuevas líneas de eventos para absorber más mercado. La familia de Dana ha intentado perjudicarnos quitándonos algunos contratos con gente allegada a ellos, pero solo está consiguiendo que tenga más ganas de darles en la cara. Toda va lento, pero va. Y después de todo lo ocurrido, el mejor momento es poder contártelo. Espero que saltes de alegría cuando lo leas (pensarte así es mi tercer mejor momento)».

Héctor era (y sigue siendo) el principito más llorón del universo, y nos lo rifábamos para cogerlo en brazos y achucharlo. Mi hermano dio señales de vida y nos visitó. Mi madre no podía dejar de abrazarlo, llorando; lo cierto es que era la viva imagen de nuestro padre. Se alegró de verme soltera... lo que son las cosas. Y volvió de nuevo a Cádiz, a su loca vida de surf y chiringuitos.

**MARCO:**

«Uno de los mejores momentos del día de hoy ha sido conocer a tu hombrecito, Héctor. Me he encontrado casualmente con Vicki y me lo ha puesto en brazos a pesar de mi negativa. Ha sido especial, no quiero quitarle mérito al pequeño, pero lo cierto es que he pensado en ti. He pensado que tenerlo a él en brazos me conectaba a ti, que lo habrías tenido un rato antes, y lo tendrías un rato después.

En este estado me has dejado...

He llegado a casa contento. Es curioso, pero me siento más lleno que nunca, y a la vez más vacío. Es demasiado largo para explicar por aquí. He cenado en el suelo, emulando nuestras cenas, que decías que te hacían sentir libre.

Pero no ha sido igual. Mi nuevo piso es perfecto, cerca del mercado de

Colón, con una miniterraza que quita el hipo. Entonces, ¿por qué sigo echando de menos un diminuto piso sin ascensor en Ruzafa?».

Y aquí sigo, después de todo, apoyada en el balconcito de mi pisito, haciendo balance de todos estos meses que tanto temía, y que he vencido, esperando a Vicki para ir con ellas a ver la *mascletà* y pasar el día. Hace días que me recorre esta alegría serena de quien se siente francamente bien.

Veo llegar a Vicki y voy bajando para salirle al paso.

—¿Dónde está mi peque?

—Hola, Elea, yo me encuentro perfectamente bien, gracias por preguntar, y sí, Héctor también está perfectamente con su progenitor, gracias —ironiza.

—A ti te veo estupenda, por eso no pregunto.

—No esperarías que trajese al bebé a la *mascletà*, para que le den codazos a mansalva y nos volvamos locas.

—Ahí llevas razón. De todas formas, pensé que nos quedaríamos fuera del tumulto.

—De eso nada; si vamos a la *mascletà*, vamos al mogollón. A Héctor me lo traerá su padre al restaurante, y ahí ya decido qué haré por la tarde.

—Buena idea.

—Por cierto, estás espectacular, nena.

—Gracias. Me siento bien. —Y, además, me he puesto un conjunto nuevo de unos *jeans* que me quedan de infarto.

—Se te nota, ¡y hoy lo celebramos!

Recogemos a Paula de La Pelu, y nos la encontramos irritada por tanto moño de fallera.

La plaza del Ayuntamiento está bastante llena cuando llegamos, pero, como hormiguitas, vamos haciéndonos hueco hasta situarnos al lado del puestecito que vende cervezas frías, y ahí empezamos nuestro ritual fallero. Minutos más tarde, ya cantamos prácticamente todas las canciones falleras con más vozarrón que Francisco, empezamos las olas de gente y nos matamos por darle a cada balón y globo que sueltan (espero que las gafas de sol contribuyan a mantenernos en el anonimato).

—Chicas... —Vicki pone cara de circunstancias de repente—. ¿Esos de ahí no son Arturo, Marco y sus amigos?

Alerta roja. Y... ¡bingo! A pocos metros de nosotras, aunque separados por cabezas y cabezas y más cabezas de gente, vemos al grupito de Marco. Está claro que ellos ya nos han visto mucho antes que nosotras, porque

nuestras miradas se cruzan: Marco me regala una sonrisa cómplice y Arturo nos saluda desde la lejanía.

Lo veo más rubio que nunca... o quizá sea el sol, que tiene ese efecto en su pelo. Está para comérselo, con sus gafas de aviador y una chaqueta de piel envejecida a conjunto. Aparto la mirada cual robot, y me percató de que Vicki y Paula han enmudecido y me miran fijamente.

—¿Quieres que nos vayamos a otro sitio?

—No, no. Que va. —Creo que ya respiro con un poco más de facilidad—. No pasa nada, nos podemos quedar.

Sí, sí, pero nos ha cortado el rollo. No más cantos, no más olas. Uso mis gafas de sol como espejo para comprobar que mis ojos no se me han salido de órbita al verlo, y, ya de paso, si mi maquillaje y mi pelo están bien.

—Estás perfecta, no padezcas —me tranquiliza Paula, que se comunica con Arturo en la distancia con unos gestos dignos de ver—. Sabía que venían a la *mascletà*, pero no imaginé que coincidiríamos tan cerca... Te lo juro.

Mis amigas cotorrean tonterías intentando romper el hielo que parece que se ha instalado a nuestro alrededor, mientras yo me las ingenio para contestar con monosílabos y mirarlo de soslayo para espiar pequeños detalles que antes no he podido captar. Van solos los chicos y... ¡¡oh, mierda!! Me ha pillado mirándolo.

Minutos más tarde, empieza la *mascletà*, e intento concentrarme en el ritmo que marcan los petardos, su resonar en la plaza, que logra que nos envuelva, el olor a traca que nos rodea, el silencio sepulcral entre petardo y petardo, la conmoción de la gente... pero, para mí, hoy se suma un punto de emoción al tenerlo a pocos metros. Es como si pudiéramos disfrutarlo al unísono, juntos. Como si en mi interior también se disputara una *mascletà*, con el mismo estruendo, con la misma potencia, aunque diría que mi corazón dispara aún más rápido si cabe. Sin pensarlo, al desviar la vista, me encuentro de nuevo con sus ojos, ya desprovistos de las gafas de sol, y sonreímos los dos como dos tontos. Y así se suceden varios encuentros visuales en los que compartimos sonrisas a través de las múltiples cabezas, en los que nos buscamos disimuladamente para no perder el ángulo de visión en el que tropezamos, en los que me gana algún que otro guiño... haciéndome perder la noción de dónde estoy.

De repente, hay aplausos y gritos de júbilo por el final del espectáculo sonoro. Y nosotros nos unimos a ellos celebrando un motivo distinto al de la multitud, nuestro encuentro, manteniendo esta tontorróna sonrisa en nuestros

labios.

Salir de la abarrotada plaza y sus calles adyacentes después de la *mascletà* siempre es un caos. La multitud nos va guiando hacia una de las salidas de la plaza, y creo distinguir que Marco y los chicos van en dirección contraria. Es imposible saberlo a ciencia cierta, la gente se va agolpando hacia las salidas y nosotras solo nos dejamos llevar. Una vez ya nos disipamos entre las callejuelas alternas, nos dirigimos hacia El Alquimista, que nos tiene reservada nuestra mesa de siempre. Casi me estaba calmando cuando las palabras de Paula me alteran de nuevo.

—Por cierto, ahora en la comida nos explicas esas risas y esos guiños que os traíais el rubio y tú entre manos... —Las dos alucinan, y me voy dando cuenta de que quizá no ha sido todo tan velado como pensaba.

En el restaurante, nos han guardado nuestro rinconcito, y llegamos exhaustas y hambrientas, pero eso no me libra del interrogatorio.

—A ver, a ver... desembucha, preciosa. ¿Qué era eso de comerse con los ojos el uno al otro?

—No hemos comido nada, exagerada, supongo que nos hemos alegrado de vernos.

—¿Supones? Si hay un poco menos de gente, os desnudáis con la mirada el uno al otro.

—¡Ay, no! No lo hagas obsceno... ha sido algo muy *light*. El encuentro desde lejos de dos viejos amigos.

—¿*Light*? Creo que habéis encendido vosotros la salida de la *mascletà* sin mechero, bonita.

¿Por qué me sonrojo? ¿Por qué tengo tanto calor? ¿Por qué tengo tantas ganas de sonreír? ¿Y por qué las intento contener?

En la comida, es imposible detener el interrogatorio, aunque me haga la sueca. Un mensaje de Marco sube de nuevo mi temperatura corporal.

**MARCO:** «No hace falta que me espere hasta la noche para decirte que mis mejores momentos de hoy han sido los encuentros que he tenido con tu sonrisa, tu mirada y sentirte tan cerca. Estás preciosa, como siempre. Me ha encantado verte de nuevo. Disfruta del día».

Me tiemblan las manos al terminar de leerlo, y de nuevo reaparece en mi rostro esta sonrisa bobalicona que me acompaña desde que lo he visto.

—No me digas que te ha escrito...

—No es asunto vuestro.

—¿Cómo? ¡No puedes ser tan egoísta! Nosotras siempre lo hemos compartido todo contigo. —Paula sabe hacerse la mártir como nadie.

—Es solo un mensaje diciendo que le ha gustado verme.

—Andaaa, qué mono...

—¿No es un poco raro que después de todo este tiempo sin hablaros hayáis reaccionado tan tiernos los dos? —Y también es una hábil observadora.

—Ya, es verdad. Nosotras más tiesas que un cactus cuando los hemos visto, y parecía que vosotros encantados —Vicki la secunda.

—Elea, no nos estás escondiendo nada, ¿verdad? ¿Os habéis visto?

—¡¡Por Dios, no!! No, no nos hemos visto, lo sabríais, por supuesto. —Creo que se me atraganta un poco la pasta al saberme un poco descubierta. Soy muy mala actriz.

—¿Y qué es lo que nos hemos perdido?

¿Por qué siguen las comisuras de mis labios subiendo hacia arriba a pesar de estar en un marrón con mis amigas? ¿Por qué quiero levantarme y bailar sobre la mesa?

—Es una chorrada, pero, bueno, la verdad es que Marco me ha escrito algunos mensajes... —admito finalmente.

—Define «algunos mensajes» —pide Paula, ojiplática.

—Concreta el tiempo verbal, «me ha escrito», ¿a cuánto tiempo se refiere? —se une Vicki, cruzando los brazos sobre la mesa.

—Valeee, un mensaje cada noche, y empezó semanas después de que dejáramos de vernos.

Y aquí viene el chaparrón. La servilleta de Paula vuela despedida. Vicki se cubre la cara con ambas manos.

—¿¿¿¿Qué????

—*Mamma mia*.

—¿Todo este tiempo nosotras evitando hablarte de él, y cumpliendo tus directrices de no hablarle a él de ti, y vosotros os mensajeabais?

—Eh, eh, eh, eh. Aquí nadie se mensajeaba. Yo recibía unos mensajes. Punto —intento resguardarme.

—Ja. ¿Y eso no es saber de él?

—¿Por qué no lo bloqueaste?

—¡No lo sé! ¡Lo siento, vale! —Mi tono delata agobio—. Recibí el primero y no tuve fuerzas para bloquearlo, y de un día para otro me decía que

lo haría al día siguiente, y me servía para saber que estaba bien... Yo qué sé...

—Al menos podrías habérselo dicho, *chati*. —Ya se van ablandando.

—No tenía sentido. Tampoco quería hacerlo grande. Era simplemente un mensaje. Y no quería darle más vueltas.

—No es un simplemente un mensaje, mona. Es la prueba de que nunca has podido romper la conexión con él. —Vicki parece feliz de que así sea.

—Venga, cuéntanos qué te escribía, desembucha. Y hoy pagas tú la comida, por el agravio de escondernos algo tan importante.

Y así es como queda todo, aunque les cuento muy por encima lo que Marco me escribe. Me gustaría que quedase para nosotros, que lo nuestro quede en nuestro. Mis amigas lo entienden. Las percibo entusiasmadas con la idea, y se me escapa el porqué, después de tanto daño.

Tras la comida, Vicki nos abandona para irse a casa con sus chicos. No quiere sacar a Héctor con la cantidad de gente que hay por la calle, así que Paula y yo nos pateamos Valencia con nuestra alma fallera pletórica. Cuando oscurece, decidimos ir a mi piso para ducharnos y cambiarnos, que esta noche tenemos cena en la azotea de unos amigos de Arturo, para poder disfrutar del mejor castillo de fuegos artificiales del año de Valencia, *la Nit del Foc*.

Me decido por un *look total black*, que rompo con mi *biker* de cuero roja y los botines moteros. Los labios en *rouge*, por supuesto. Paula se arranca con unos shorts vaqueros con media tupida y sus Adidas Gazelle en azulón pitufo.

Estamos listas antes de enterarnos de que Arturo se retrasa, así que lo celebramos sentándonos con los ventanales abiertos de par en par para tomarnos unas birras empapándonos del ambiente de Ruzafa.

—Hacía tiempo que no te veía tan feliz como hoy.

—Venga, Pau, no empieces. Hace meses que me ves bien, ahora estoy en un buen momento en mi vida, todo parece encauzado. No lo minimices todo a Marco —me adelanto, antes de que lo diga ella, para que no inicie el sermón.

—No, no lo hago. Has peleado como una leona estos meses, y te mereces que todo esté yendo bien. Por eso no entiendo nada. Me dijiste que no podías perdonaros porque habíais acumulado demasiados errores y no era un buen momento para empezar nada, y, sin embargo, has estado leyendo todos estos meses sus mensajes. Me dijiste que pondrías primero las cosas en su sitio, y después verías qué sientes, y creo que es patente que aún sientes algo por él.

¿Qué es lo que te impide lanzarte de nuevo?

Su tono, otras veces alterado con estos temas, es suave hoy. Me invita a pensar en lo que estos meses he estado sorteando.

—No lo sé, Paula. Al principio fue una cuestión de ritmos. Marco necesitaba respuestas rápidas y yo tiempo. Lanzarnos era arriesgar situaciones que requerían una situación personal estable que no teníamos ninguno de los dos. Después, a ello se unió el dolor por cómo concluyó todo, y el cargo de conciencia. Era imposible avanzar con ello. —Inspiro profundamente y doy un trago a mi cerveza, ordenando a la vez mis ideas—. Sé que ahora todo ha cambiado: mi situación personal no es óptima, pero es buena, y la profesional también, y sé que nos he perdonado porque nos recuerdo con cariño. Pero aun así... siento que sigue sin ser el momento.

Mi amiga se toma un tiempo para responderme.

—Nunca será el momento perfecto para nada. Pero ahora lo que te impide lanzarte es el miedo. Tienes, exactamente, un trastorno por *acojonamiento*.

Casi nos atragantamos las dos entre nuestras risas. Lo peor es que yo me río por no llorar, porque reconozco la verdad en las palabras de mi amiga.

—Tienes toda la razón, Pauli. Estoy acojonada. —Y brindamos por ello. Vale, lo reconozco, quizá hayamos bebido demasiadas cervecitas a lo largo del día.

—Pero, si solo es eso, es fácil de solucionar. —Me da miedo cuando está en ese plan.

—Déjame unos días para que lo reflexione y, de verdad, te prometo que lo llamo.

Upps. Me da hasta pánico haber dicho eso. Mi Elea juez moral me pregunta si realmente lo tengo claro, pero el resto la sermonean y le aseguran que está claro desde hace días... aunque no me haya atrevido a reconocerlo hasta ahora.

—¿Quedaste en llamarlo?

—No exactamente. O sí, depende de cómo se vea. Le dije que lo llamaría, y él me dijo que eso me costaría demasiado, que tan solo una señal le bastaría para venir a buscarme.

—Ohhh, qué bien te conoce el mamón. —Vuelve a beber su cerveza, repantigada en su silla—. ¿Has pensado alguna vez en este tiempo cómo lo harías? ¿Lo llamarías, usarías una señal?

No sé por qué voy a reconocer esto. Debo de estar borracha. O atolondrada, hablando de Marco. Pero mi Elea romántica me pide que lo

suelte. Allá voy.

—La verdad es que sí. El día que me regaló el colgante del triángulo, me dijo que cuando estuviera lista para dar más pasos y hacer público lo nuestro, me lo pusiera. Así que este tiempo... pensaba que, cuando estuviera lista, me pondría el colgante, y así, el día que nos encontrásemos por casualidad, él lo entendería.

Paula se ríe en mi cara. Literalmente. Sin anestesia ni disimulo alguno. Y me señala con el dedo tronchándose de mí.

—Menos mal que no tienes que ganarte la vida como celestina porque te morirías de hambre. ¡Niña! Pero ¿cómo vas a esperar a encontrarte por casualidad y esperar a que él vea el colgante? ¡Tienes que poner de tu parte! ¡Las mejores casualidades son las que se planifican! Eso me dijo un buen amigo hace poco. Bueno, déjalo en mis manos y ya idearemos un plan para que dejes de posponerlo más.

\*\*\*

Estamos frente al río, en Blanquerías, en un edificio de tres alturas más la azotea, que pertenece a los afortunados propietarios del ático, amigos de Arturo. La céntrica azotea en la que cenamos es preciosa. Está decorada con tiras de luces diminutas que le otorgan un aspecto bohemio, y tiene cada detalle cuidado con mimo. Tomo nota de la vajilla combinada con platos de diferentes estilos, las sillas de estilo romántico, la música de fondo... Además, somos como unos veinte invitados, lo que conforma un ambiente entre íntimo y festivo ideal. A excepción de Alejandro y Clara, desconozco al resto de invitados, aunque alguna vez Marco me habló de ellos. Marco de nuevo, en mi cabeza.

Confieso que me he llevado una pequeña decepción cuando no lo he encontrado al llegar. Mi falsa imaginación me había hecho pensar que quizá Paula lo avisaría y lo encontraría aquí, como por una esperada casualidad. De hecho, antes de salir de casa me he puesto el colgante, que no dejo de acariciar a la menor ocasión. Paula me ha guiñado un ojo al verlo. «Sí. Estoy preparada».

Incluso he llegado a pensar que los cuchicheos de Paula y Arturo durante toda la cena tenían que ver con Marco. Pero la cena ha llegado a su fin, y me doy cuenta de que tiene razón mi amiga: soy tremendamente mala imaginando situaciones. Paula me intenta distraer con monerías, creo que percibe que estoy nostálgica. Nos hacemos veinte mil fotos con veinte mil

caras distintas, y en ninguna de ellas veo mi sonrisa al cien por cien. Y es por mi culpa. ¿Por qué he tenido que hacerme a la idea de algo que debo planificar yo?

Nos levantamos y preparamos todo para que los fuegos artificiales nos encuentren con el Moët dispuesto para el brindis, cortesía de Arturo, claro. Mi amiga sí está pletórica, aprovecha la mínima ocasión para acaramelarse con Arturo. Compruebo mi móvil de nuevo, pero nada.

—Elea —Arturo me llama desde el muro de piedra de la terraza que da al cauce del río y la avenida—. Ven a ver esto, es como un éxodo de gente, ¡ven!

Se refiere a que, a estas horas, todo el mundo va saliendo de sus casas y casales falleros para dirigirse en masa hacia el centro y el río, para ver los fuegos. Es impresionante. Las calles están repletas de gente, como en una procesión desordenada. Tiene razón, es como un éxodo de gente, con la diferencia de que aquí hay tranquilidad, serenidad...

—Todos andando en la misma dirección, ¿eh? Impresiona —comenta Arturo.

—Sí. —Lo cierto es que, como es un edificio de cuatro alturas, se aprecia todo sin que ocasione vértigo.

—Todos menos aquel loco. ¿Qué se le habrá perdido para ir a contracorriente? —susurra.

Arturo me señala un punto en el que una persona con prisas intenta esquivar a la multitud, yendo en sentido contrario, en concreto hacia nuestro edificio. Está cerca... y, antes de que pueda siquiera abrir la boca, me doy cuenta de que sé muy bien a quién pertenece esa silueta y esa forma de moverse. Solo él podría andar a contracorriente con esa seguridad. Tengo ganas de saltar de la alegría. Porque también sé perfectamente hacia dónde se dirige.

Paula se acerca y nos abrazamos, presas de la alegría. Lo perdemos segundos después, cuando se cuelga en el edificio.

—Suerte. —Paula me besa en la frente y se aleja hacia otro extremo de la azotea con Arturo, que ya ha dejado de abrazarme y pedirme que cuide a Marco y prometerme que seremos felices juntos.

Me quedo apoyada en mi trocito de azotea, ajena a las charlas del resto de gente, justo enfrente de la puerta, para que me encuentre.

Y lo hace. Claro. Como siempre ha hecho. Lo recibe Cristina, la propietaria del ático, que se interpone sin saberlo entre nosotros, y él la

saluda sin mirarla, porque tiene sus ojos reducidos a mí, detalle que atrae la curiosidad de los amigos que se han percatado de la situación. Sonrío nerviosa. Pero Marco no me devuelve la sonrisa; acorta la distancia que nos separa con sus pasos firmes.

—Me han dicho que alguien por aquí llevaba algo que me pertenece.

—Pensaba que había sido un regalo... —Acaricio de nuevo nuestro triángulo.

—Depende de lo que signifique que lo lleves. —Juega conmigo con su sonrisa traviesa y sus ojos felinos, que me dejan casi sin poder de comunicación.

—Significa pasión... —Sigo su juego, también dilatando el tiempo entre frase y frase—. Creo que también significaba intimidad y...

—¿Y...?

¿Cómo podría dudar cuando me derrite al mirarme así?

—Y compromiso —contesto al fin.

Y me gano una de sus sonrisas. De esas sonrisas que me hacen sentir que va a explotar de felicidad. Como yo.

—Cuánto has tardado, nena.

Y son las palabras idóneas como preámbulo para sellar mi boca, enmarcando mi rostro en sus manos, y yo acogiendo su nuca para abrirme a él, para decirle sin palabras lo que lo he echado de menos. Marco me responde devorándome con sutileza, irreprimible pero lento, para responderme que sabe exactamente el significado de este beso, de lo que se inicia, de todo el tiempo que tenemos.

El espectáculo de fuegos artificiales se inicia poco después, cuando aún conservo las manos de Marco en mi espalda, estrechándome hacia sí. Cuando ya nos hemos susurrado que la ausencia ha sido dura, que nos amamos. No hemos tenido ni tiempo ni ganas de desviar los ojos hacia el resto de la gente que nos acompaña en la azotea. Supongo que habrán observado sutilmente. Y no nos ha importado. No podíamos dejar de tocarnos, de abrazarnos, de besarnos y de mirarnos. Hasta que, abrazados, hemos decidido disfrutar del conjunto de luces que se cernía sobre nosotros, casi como si quisiera llegar a abrazarnos, a celebrar con nosotros nuestra dicha, nuestro mejor momento.

—Soy el hombre más jodidamente afortunado del universo. —Me besa la cabeza mientras se asegura de abrazarme fuerte y yo descanso mi cuerpo en su torso—. No pienso soltarte nunca.

Entre susurros, le pregunto cómo ha decidido venir, y me entero de que

Paula le ha enviado nuestra foto, en la que se apreciaba claramente nuestro colgante, y le ha dicho que había alguien que llevaba toda la cena esperando verlo entrar por la puerta. Arturo ha llamado a Marco y le ha contado la conversación que hemos mantenido mi imprudente amiga y yo.

—¿Y has esperado hasta los fuegos artificiales?

—¿Esperarlo? ¡Los he organizado para ti! —bromea—. No, ahora en serio, tenía que esperar al momento de los fuegos para que mi chica no me pudiera echar en cara por el resto de nuestras vidas que no planeo adecuadamente nuestros eventos... y he pensado que nuestro mejor momento requería la mejor artillería. Nunca mejor dicho.

—Es perfecto. Ha sido perfecto.

—Este es el jodido mejor momento de mi existencia.

Sonrío. Por dentro y por fuera. Y aprieto muy fuerte su abrazo. Porque también es el mío. Porque él sabe que este es uno de nuestros mejores momentos. Y porque espero que queden muchos más.

## EL EPÍLOGO DE MARCO

*Mayo 2017*

Recuerdo que, una vez, en alguna de las pocas clases en las que presté atención, escuché algo sobre una teoría, una aún poco desarrollada, por lo que dijo el profesor, pero que captó mi interés. Algo así como la «teoría de la casualidad planificada». Intentaba demostrar la importancia del aprovechamiento de los eventos fortuitos en la vida de cada persona. Ahora, si pudiera volver atrás, alertaría a ese mal estudiante que fui, a ese chaval demasiado preocupado por las fiestas, los coches, las motos y las chicas. Le taladraría los oídos para que escuchase muy atentamente esa teoría.

Le diría «ey, chaval, abre los ojos, concéntrate y escucha atentamente... porque un momento puede cambiar tu puñetera vida».

Solo uno.

El momento en el que te giras y la ves. Quizá no hubieses mantenido la vista fija en aquella silueta lejana más de dos segundos si no hubieses advertido que lleva tu misma camisa. Una chica. Tu misma camisa. Pero ya sabes que eso no tiene relevancia. Sin embargo, no apartas la vista. Y no sabes qué es lo que mantiene tus ojos en esa silueta lejana. Puedes perder la vista en la inmensidad de ese lugar, en el perro divertido que corre de un lado a otro y en el que casi no has reparado, en la charla infértil de tus amigos que no saben cómo enfocar el trabajo... Pero hay algo en la serenidad de sus movimientos, en su melena salvaje, en su risa provocada por el juego con su mascota... Hay algo diferente.

Y, entonces, ese palo cae unos metros delante de ti. Y tú, aún preguntándote por qué estás sonriendo. Por qué sigues mirándola. Por qué no estás prestando atención a tus compañeros. Chico, estás lento. Cómo se nota que no sabes lo que te espera. Pero parpadea en tu cabeza aquello del aprovechamiento de las casualidades. Qué diablos. Te acercarás. Ya lo has decidido. Les murmuras a tus amigos algo ininteligible que sabes que entienden. Que se esperen un momento, eso mismo. Ni siquiera prestarás atención a las bromas y comentarios que acostumbran, «al ataque», «no pierdes el tiempo, ¿eh?». No te ríes. No. Porque crees que esta vez se equivocan, solo quieres acercarte un poco para ver qué es lo que has visto de diferente, qué es lo que ha enganchado tu mirada. Ay. Lo que no sabes es que

en cada paso que das estás más perdido. Que no solo serán tus ojos los que se enganchen. Que te cautivará su inteligencia. Que tus oídos se prenderán con el sonido de sus risas y de sus palabras. Que vas directo a la casualidad mejor aprovechada de tu vida. Pero también hacia tu primer rechazo. Y hacia el segundo y el tercero... de la mano de la misma mujer. Que tu magnífico ego se verá pisoteado. Pero que la adorarás.

Ay, chaval. Tú solo te diriges hacia allí, con el palo que has recogido como coartada, creyendo que vas a deslumbrarla con tu sonrisa. Sin saber que serás tú el deslumbrado. Sin saber que esa chica lleva el nombre de la mujer de tu vida. Que entrará como un vendaval, y despabilará tus pulmones, y que a partir de ese momento respirarás la vida de otro modo. No será fácil. Quizá tomes las decisiones más arriesgadas gracias a ella. Ya se lo agradecerás. Pero para eso tendrás que pelear. Tendrás que alejarte del camino cómodo y de lo que te brinda una vida estéril. Pero, ey, chico, confía en ti. Confía en ti porque lo harás.

A lo largo de los años, pensarás muchas veces que has perdido ocho años de ella. Con ella. Pero tu preciosa psicóloga te dirá que, gracias a ello, tenéis un presente magnífico. Un presente en el que sabéis que lo que verdaderamente importa en la vida es el cómo y con quién. Porque tendrás una vida de infarto con una mujer increíble.

Ella te hará cuestionarte cada detalle de tu vida.

Le pedirás matrimonio. Ay, chico. Sé que ahora no entra en tus planes, pero lo harás. La llevarás a ese parque con ese lago donde os conocisteis, ese sitio que para ella significa tanto, porque con ella lo planificas todo; quieres que sea sencillo pero vuestro. Así que te las ingeniarás para conseguir un paseo en barca los dos solos. Ella se recostará sobre tu pecho, y tendrás la visión de su melena rizada apoyada en tu hombro, y sus piernas desnudas y morenas medio flexionadas sobre la tarima de la barca. Esas piernas te harán perder momentáneamente la respiración y la concentración, pero, chico, te centrarás. Le susurrarás mil y una veces que la quieres, o esa será tu intención, y sus risas calmarán tus nervios.

TE QUIERO TE QUIERO...

Te llevarás su mano a tus labios, para besarla, como prelude para deslizar el anillo en su dedo.

Y ella se mirará el anillo, con un diminuto diamante en forma de triángulo (fundamental, pero ya lo entenderás, chaval). Entonces, volverá a reír, echando hacia atrás ese cuello que adorarás.

—¿Qué es esto? —Se volverá hacia ti, aún con la sonrisa estampada en su rostro.

—Eso, nena, es nuestro anillo de compromiso. —La mirará, travieso, receloso.

—¿De compromiso? —Las risas pasarán a la sorpresa y rezará para no ahuyentarla. «Que no sea demasiado pronto, que no lo sea», rogarás.

—Ajá. Pasión, intimidad y compromiso, ¿no?

Ella asentirá levemente, y sabrás que en su cabecita habrá una disputa de Eleas con mil opiniones diferentes, así que te esforzarás por sumar a las que tienes de tu parte.

—Pero ¿esto significa que me estás pidiendo matrimonio? ¿Una... una boda?

—Eso significa que quiero que estemos siempre juntos, y que quiero que tengas un símbolo de nuestro compromiso.

Cuando sus hombros se relajen, entenderás que has dado en el clavo con las palabras adecuadas. Porque su gesto te vaciará entero de dudas y de miedos. Tranquilo, chico, ahí dejarás de contener la respiración de nuevo.

—Pero no quiero una boda a lo grande... Ambos hemos tenido una así y ¿sabes? Yo al menos no la disfruté. Quiero que la nuestra sea muy nuestra, los mínimos convencionalismos, las mínimas frivolidades, cero apariencias. Nuestra gente y nuestro momento.

—Que así sea —secundarás, seguro y agradecido por su idea, apenas sin poder controlar la sonrisa que se extenderá desde tu rostro hasta tus entrañas.

La abrazarás entonces tú, conquistado, rabioso de felicidad. Pensarás que con ella todo es perfecto. La besarás mil y una veces, en el pelo, en sus labios, en el cuello, en la mejilla, en las manos... a sabiendas de que estarás viviendo uno de los momentos más dichosos de tu vida. Estarás loco de felicidad, chico. Loco de ella. Loco por ella.

Y apenas un mes después os casaréis. Hazme caso, chaval. Y acuérdate bien de esto: los mejores momentos son los más simples. Qué fáciles son las cosas cuando las queremos hacer fáciles. Qué simples las cosas que solo cargan con los sentimientos y las ganas. La boda será así. Ideal. Perfecta. Simple. Sencilla. Vuestra.

Una paella, en un humilde restaurante, con la Albufera a pocos metros,

bañando el día, con vuestra gente. Apenas veinte personas en dos mesas largas situadas sobre el césped. Tus sobrinos descalzos correteando por allí, con los gritos de «tía Elea», que seguirán abriéndote el pecho. Más aire. Ya te lo decía. Una nueva manera de respirar la vida. Una pelota de playa blanca con vuestros nombres enlazados en azul (el regalo que daréis para los peques) surcará las cabezas de los invitados con los juegos de los pequeños, que acabarán atrayendo a los más mayorcitos, que os arremangaréis los pantalones, y descalzos y sin vergüenza, empezareis a picaros: que si cuántos toques haces tú, que si estás viejo, que si quítame el balón si te atreves... Los jocosos comentarios de ellas, que llegarán a vuestros oídos, «son más críos que los propios niños». Y, entonces, Arturo y Jorge las retarán, y Celia y Paula saltarán como resortes para unirse al juego, como si lo hubieran estando deseando desde el principio. Y acabaréis en un partido todos contra todos, excepto las pocas personas mayores, como tu suegra y los tíos de la novia, que respaldarán como animadores a las chicas desde la mesa. Y Paula se arrancará con uno de sus brindis y bautizo.

«Por los hombres QUE SÍ, que nos arrancan los síes a base de momentos felices. Que sacuden nuestro mundo para mejor. Que colman nuestros Top Ten –guiño– y que dan otro significado a los triángulos. Por los hombres QUE SÍ y las mujeres, como Elea, que se los merecen».

Sí. Será un día excepcional. Tu mujer vestirá de blanco, con esa tela que tanto te gusta, *plumetti*, la llamará. Con sus rizos libres, como tanto te gustarán. De novia, porque será la novia, pero sin disfraz. Con el vestido que otras veces lucirá, y que siempre acabarás arrebatándole, lujurioso. Preciosa. Realmente preciosa. Elegante. Sencilla. Sin máscaras. Sin postizos. Radiante. Sonriente. Plena. Feliz. Muy feliz. Y te hará sentir el hombre más jodidamente feliz y afortunado del sistema solar.

Porque dirá que sí. A una vida contigo. Y eso celebraréis. Nada más. Y nada menos.

Y, aunque pienses que ya no puedes ser más feliz, porque si lo fueras explotarías de dicha, un año después descubrirás que estabas equivocado. Llegará un ser diminuto a vuestras vidas. Y te convertirá en padre. Y llorarás de felicidad tantas veces que tu mujer se cuestionará la ridícula idea de que las hormonas se contagian como las micropartículas, por energía cuántica. Pero tus lágrimas serán de agradecimiento. A ella y a la vida. Por todos esos momentos que te regalará. Los mejores.

La llamaréis Elsa. Te costará convencer a tu mujer, porque creará que el

nombre es demasiado similar al suyo. Pero tú mantendrás una secreta teoría: quizá así tengas más probabilidades de que se parezca a ella. Y en parte lo hará. Heredará sus oscuros rizos. Ah, pero, chico, tendrá tus ojos. Verás tu sello impreso en ellos: el mismo color, la misma picardía, exacta cabezonería y travesura. Ja. El mundo no estará preparado para tu renacuaja, pero ya te preocuparás tú de que lo esté.

Respira. Tienes gente alrededor que te ayudará en ello. Arturo y Paula, siempre revoloteando cerca de vosotros. Unos tíos orgullosos y presentes. Unos amigos igual de locos que siempre. Decidirán no tener hijos, porque no irá con su forma de vida, y a ninguno se le ocurrirá opinar ni juzgarlos por ello, porque no tendréis ni derecho ni ganas. Y serán felices. Mucho.

Vicki y Javier te harán tío de dos muchachos muy pero que muy graciosos. Héctor y Tadeo. Paula y Arturo se desvivirán haciendo de caballo con su espalda para entretenerlos. A tu hija la disfrazarán con un rollo *pin-up* que no te hace mucha gracia, pero tampoco te atreverás a abrir la boca. Arturo te mirará en esas ocasiones con la burla en los ojos. Pero, tranquilo, que él tampoco tendrá huevos para cachondearse de ti delante de las fieras.

Y, aunque a tu suegra no le gustes al principio, acabará rendida a tus encantos. Te la camelarás, te lo aseguro. Un consejo para ello: sonrisa ladeada, mantén tus ojos en los suyos, y cuida a tus mujeres como unas reinas, incluida a ella. Infallible, ya lo verás.

Y compartirás tu nuevo ático en Ruzafa con un perrito adoptado al que llamaréis Kafka (recordando que algunos capullos pueden transformarse en locos enamorados) y dos mil dos seres incomprensibles que te harán perder la cabeza cada día. Y llamarás a tu pequeña *nenita*, aunque tu mujer se muera de la risa cada vez que te oiga. Y, cuando ella te diga *papi*, vas a querer comértela a besos. Y anotarás esos momentos en tu mente como los mejores del día. Porque lo serán.

Ay, chico, prepárate. Porque vendrá otro. No puedo avanzarte más. Porque, en estos momentos, acabamos de ser concedores de ese segundo embarazo. No sabemos si vendrá una nueva mujercita con mil y un matices más, o esta vez descubriremos a un hombrecito. Ojalá pudiera haberte avisado de todo esto, chico.

Aunque, quizá, entonces todo se habría contaminado, y ahora no estaríamos tumbados sobre el césped, en el cauce del río. Con Elsa tumbada sobre mi pecho, dormida después del picnic, y mi mujer recostada sobre mi hombro, con la cabeza a centímetros de nuestra pequeña. Incluso durmiendo

se buscan. Inseparables.

Esta tarde vamos a celebrar la noticia. Haremos de nuevo la ruta en el bus turístico. A Elsa le encanta, levanta los bracitos y creo que ya empieza a reírse echando sus ricitos hacia atrás. Elea asegura que son imaginaciones mías, y ya me tranquilizo, porque no quiero que con ese gesto vuelva locos a los chicos como su madre hace conmigo. Aún seguimos rememorando nuestros momentos, porque seguimos cuidando la intimidad, la pasión, el compromiso. Comprometidos a hacer nuestros los momentos. A pelearlos. A explotar los buenos y convertir los no tan buenos en mejores. A brindar y bautizar lo imposible. A sacudir nuestro mundo. A querernos a ojos de todos. A respirarnos con ganas. A conectar nuestras miradas.

A recordarnos nuestros mejores momentos. Y a descubrir los próximos.

## Agradecimientos

GRACIAS. Gracias infinitas a mi hermana y mi chico, que han sido los dos principales motores de este proyecto.

A mi HERMANA, por descubrirme la literatura romántica, por creer en mí y por las minuciosas críticas que me han ayudado a perfilar la historia a lo largo de tooodo el proceso. Gracias por ser la mejor compañera de vida. Por tu fidelidad. Por tu interés genuino. Por convertir nuestros momentos en recuerdos que remueven sonrisas. Por todas las batallas que hemos luchado cogidas de la mano. (Ah, y por supuesto, ¡gracias por ser la primera fan incondicional de Marco!).

A mi CHICO, mi señor Paciente, mi gran inspiración. Por animarme a escribir, por apoyarme en todos los trajines en los que me embarco, por tu sonrisa perenne y tu optimismo. Gracias por convivir con mis 1.001 Audreys, por saber amarlas. Millones de gracias por nuestra historia, por empeñarte en que la hubiese, por nuestros mejores momentos y por los que nos quedan. Por cuidar nuestro triángulo como lo cuidas.

A mis PADRES, a los que esta vez he querido sorprender, manteniendo en secreto mi proyecto hasta su publicación. *Ejem, ejem...* ¡SORPRESA! (Espero que hayáis obviado todos los fragmentos que os rogué que no leyerais...). Gracias. Gracias por ser mis primeros amores. Por estar siempre presentes. Gracias por leer. Por adentrarnos en el mundo de los libros. Por alentar cada proyecto. Por hacernos creer que podemos conseguir lo que nos proponamos. Por inculcarnos el valor del esfuerzo, la constancia y la determinación. Hay más, mucho más, pero en resumen: GRACIAS POR TANTO. Todo lo que soy, todo lo que tengo, todos los sueños que alcanzo, son siempre gracias a vosotros. Son vuestros.

A mis AMIGAS, que estaban al tanto de este sueño y me han animado a cumplirlo, ilusionándose conmigo. Gracias por vuestros mejores deseos, siempre.

Gracias a ABRIL CAMINO. Cuando me planteé autopublicar, pensé que sería tan complejo que no sabría hacerlo. Deseé que hubiera alguien que me cogiese de la mano para ayudarme en cada paso del camino... y la encontré a ella: lectora cero, correctora, maquetadora, *coach*... en fin, el *ángel de la guarda* de la autopublicación. Imprescindible. Yo que tú me pondría en

contacto con ella si has pensado en autopublicar ;)

Y a TI. Por darme una oportunidad. Por leerme. Por ayudarme a cumplir un sueño. MIL GRACIAS.

## Sobre la autora

Soy Audrey Ferrer y amo los libros. Desde muy pequeña he disfrutado perdiéndome entre las historias escritas, encerrándome en habitaciones para que nadie me molestara o incluso comprándome pequeñas linternas para poder leer bajo el edredón cuando las páginas me atrapaban hasta horas intempestivas. Cuando mi imaginación se desbordaba, autopublicaba libros infantiles con portada de cartulina, ilustraciones a color y personajes que, incomprensiblemente, se parecían mucho a mis compañeros de clase.

El miedo me llevó a escoger otros caminos académicos y profesionales, por lo que me licencié y actualmente trabajo en otros ámbitos alejados del mundo de las letras, trabajo que también me hace profundamente feliz.

Ahora me he decidido a volver a alimentar mi pasión por la escritura y cumplir mi sueño: *Nuestros mejores momentos* es mi primera novela romántica, aunque ya te avanzo que estoy enfrascada en mi segunda obra.

Si quieres saber más sobre mí, te invito a que me sigas:

<http://www.audreyferrer.com/>

[https://www.instagram.com/audreyy\\_ferrer/](https://www.instagram.com/audreyy_ferrer/)

[https://twitter.com/Audrey\\_Ferrer](https://twitter.com/Audrey_Ferrer)

NOTA DE LA AUTORA: Me he permitido la licencia de variar ciertos detalles en el proceso de creación, por lo que encontréis alguna canción y algún establecimiento adelantados a su tiempo. Espero podáis disculpar estas licencias literarias.